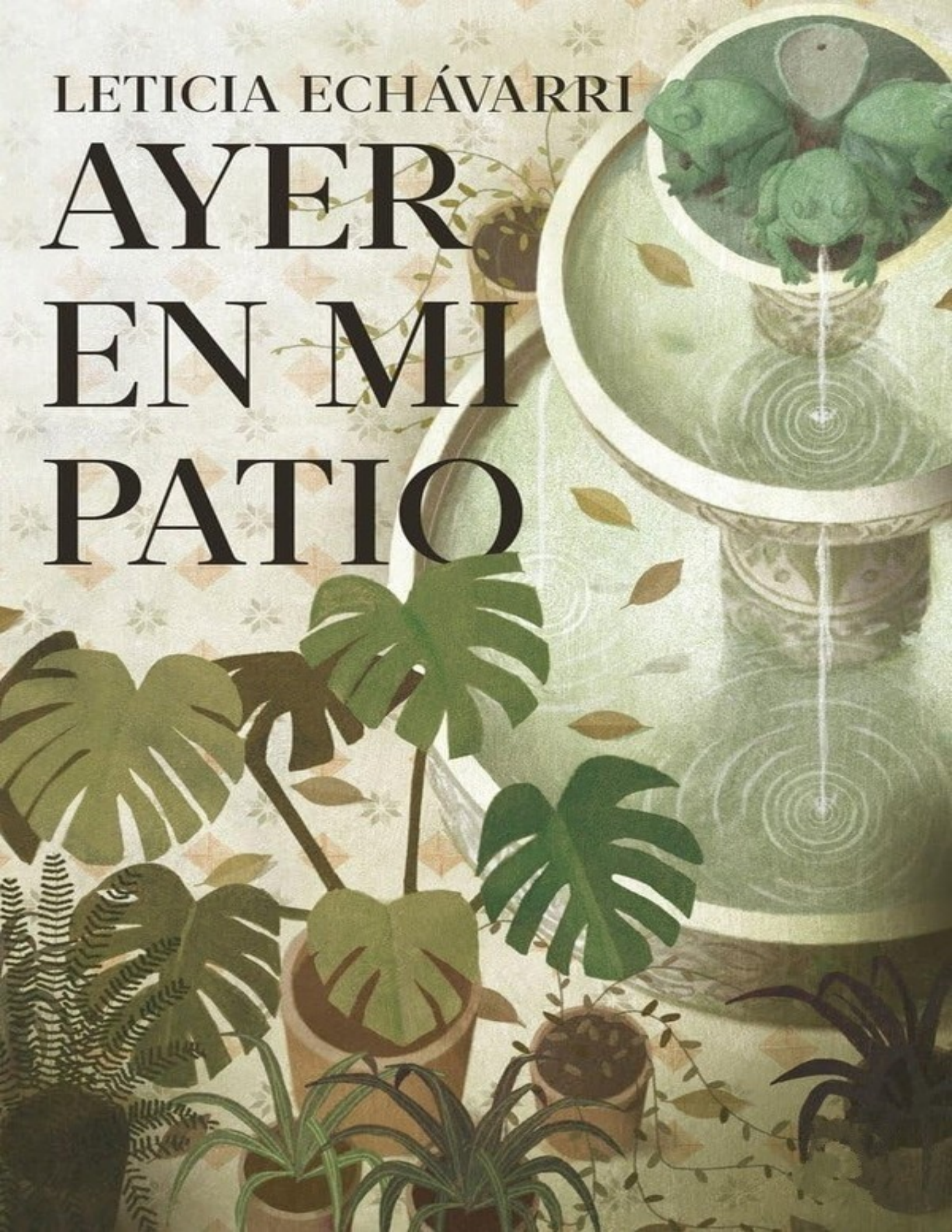
LETICIA ECHÁVARRI

# AYER EN MI PATIO



Koldo es una joven que estrena casa y embarazo al mismo tiempo. Obligada a guardar reposo, lo hace en su nuevo hogar, una joya ubicada en el corazón de Madrid. Forma parte de una antigua colonia y alberga un evocador patio que parece sacado de otra época; un pequeño vergel con una enigmática fuente en el centro. A medida que su tiempo de reposo se alarga, Koldo se da cuenta de que su casa oculta mucho más que un patio; una historia sin final persigue a esta comunidad desde hace más de cincuenta años: la violenta muerte del heredero Pascual Silva y el acertijo de un anillo imposible que desapareció junto con su joven prometida.

Movida por la curiosidad y el aburrimiento, Koldo se adentra en un hermético vecindario sobre el que va descubriendo el papel que jugó y el que silenció en esta historia. Lo que parecía una tediosa espera se convierte así en un viaje interior y exterior: una exploración de la maternidad y la identidad y una aventura doméstica que entrelaza presente y pasado sin moverse de una colonia y de un patio que parecen ocultar la clave de todo.

Leticia Echávarri

# Ayer en mi patio

Título original: *Ayer en mi patio*
Leticia Echávarri, 2026

---

Revisión: 1.0

19/04/2026

*A Aguirre, que me dio la idea*
*A mis padres, siempre*

«Entonces, ¿dónde reside la clave del misterio? Pues bien, voy a traicionar el secreto: mirándolo bien, no es sino la magia de la sombra; expulsad esa sombra producida por todos esos recovecos y el *toko no ma* enseguida recuperará su realidad trivial de espacio vacío y desnudo».

JUNICHIRO TANIZAKI,
*El elogio de la sombra.*

Observó por la mirilla; era el conserje. Otra vez. Aquel no era el mejor día; no lo sería hasta dentro de muchos. Fastidiada, abrió la puerta de todos modos.

—¿Otra vez con la misma historia, Paco?

El portero la miraba compungido. Era un tipo flaco y nervioso, poco aficionado a mirar a los ojos de la persona que tenía enfrente.

—Mira que es insistente la señora… —se quejó Koldo.

—Solo quiere saber si se lo ha pensado ya —respondió el otro, atribulado.

Koldo suspiró, apoyada en el marco de la puerta, mientras tiraba de su coleta con una mano. Sus dedos se enredaron entre el cabello castaño. Estaba en pijama y todavía descalza, y sostenía un vaso de zumo en la otra mano.

—La verdad, lo veo todo un poco raro. Tanto empeño… Y encima tal como estoy.

—Es verdad que ha insistido mucho. Pero de manera amable, ¿eh? —Se apresuró a aclarar él—. Dice que se marcha hoy mismo. Que será cosa de un cuarto de hora.

Koldo se preguntó qué resortes había activado aquella petición para que el conserje, tan poco dado a tomar partido por nada, se posicionara del lado de una terca desconocida antes que de una de las personas que contribuía a justificar su sueldo mensual. Una sustanciosa propina, supuso. Aunque la naturaleza austera de Paco lo hacía poco probable. Puede que una radio nueva para la garita desde la que escuchar zarzuelas sin interferencias. La reflexión le hizo gracia, y la persona responsable de esa pequeña hazaña le

provocó curiosidad.

—Ya sabes que no puedo estar mucho rato de pie, Paco. Quince minutos. Y dile que sea puntual, hazme el favor.

La joven cerró la puerta, terminó el zumo y dejó el vaso en el fregadero sobre una sartén, varios platos y media docena de vasos, todo por fregar. Echó un vistazo a la lavadora entreabierta con la ropa húmeda aún dentro y, con un leve gesto de fastidio, dio media vuelta y recorrió el pasillo de vuelta al salón. Se tumbó en el sofá, apoyó la cabeza sobre un cojín y cerró los ojos deseando que otra realidad acechara a la vuelta de la siesta.

# Capítulo 1

Tres meses antes, Koldo se dejaba arrastrar por sus propios pasos mientras el calor que le generaba el café que tenía en la mano trataba de compensarla del frío circundante. Se detuvo ante un cartel. Era uno de tantos que podían encontrarse en todas las ciudades de cierta envergadura pegados de cualquier manera en sus paredes o abrazados a sus farolas. La ubicuidad de inmobiliarias y el tirón de los portales de venta *online*, sin embargo, mermaban su presencia de forma progresiva e implacable. Koldo siempre se detenía a leerlos; le gustaba pensar que los propietarios eran vecinos de toda la vida, y que el recurso del cartel les confería un estatus de información confidencial que había escapado a la lujuria inmobiliaria y que solo los del barrio —o los que por allí pasaban— tenían el privilegio de compartir. Se lo quedó mirando mientras le daba un sorbo al café que se estaba tomando. «Se vende el piso», rezaba. «El piso», releyó divertida, con aquel artículo que denotaba la confianza en la notoriedad de la propiedad por parte de quien la anunciaba. No había teléfono de contacto o razón a la que acudir. La sedujo tanto la idea de que «el piso» no anduviera lejos que, imaginando que este pertenecía al propietario del comercio en cuya puerta estaba pegado, se decidió a entrar. Odisea, se llamaba el lugar. Una campanilla anunció su llegada, pero nadie acudió a su encuentro. Se trataba de una de esas vetustas librerías de viajes que, como el cartel, parecía haberle dado esquinazo al presente de

forma un tanto milagrosa. Remitía a una época en la que el mundo todavía no se había vuelto uniforme, la tecnología no había despojado de misterio al acto de viajar y en el planeta aún quedaban lugares ignotos que justificaban la figura del explorador. El tipo que atendía al otro lado del mostrador estaba ocupado, así que hizo rato paseando entre las estanterías. Antiguos ejemplares de *National Geographic* se apilaban en una esquina presididos por glorias aventureras de los primeros años de la Transición como el naturalista Félix Rodríguez de la Fuente y el reportero y atleta Miguel de la Quadra-Salcedo. El índice de Koldo recorrió los lomos de aquellos libros que remitían a evocadoras gestas. *Ébano*, de Kapuscinski; *El camino más corto*, de Leguineche; *Los trazos de la canción*, de Chatwin. Este último, una deslumbrante ventana a las creencias de la Australia aborigen, lo había leído hacía años. Se lo dejó un amigo en los años de facultad y siempre había querido que volviera a caer en sus manos. Su capacidad para recordar cosas ya leídas era más bien escasa, pero la impresión que estas le causaban, indeleble. Y casi siempre se sorprendía coincidiendo consigo misma cuando se permitía hacer una segunda lectura, algo que sistemáticamente la reconciliaba con su falta de memoria y la solidez de su criterio. Tiró del lomo del volumen encajonado, pero fue el libro que descansaba sobre esa pila el que acabó cayendo al suelo. Se agachó para devolverlo a su sitio. *En Siberia*, de Thubron. Narraba una audaz odisea a través de los parajes del desaparecido imperio soviético y una blanca inmensidad campaba a sus anchas en la cubierta. Mientras mordisqueaba un obstinado pellejo que se había levantado a un lado de la uña de su pulgar, lo curioseó con cierta negligencia. Despistada, dio un tirón excesivo al pellejo, lo que provocó una involuntaria exclamación de dolor. Se chupó el pulgar, molesta consigo misma, y siguió leyendo hasta que, recordando el volumen de Chatwin, cerró el libro que tenía entre las manos para devolverlo a su lugar. Fue entonces cuando cayó en la cuenta, con relativo horror, de que el desgarro a un lado de la uña había dejado un notable rastro de sangre no solo en el lomo, sino también sobre

la cubierta de la obra de Thubron. El rojo, certificó al frotar el libro con disimulo, se había extendido por aquellos nevados parajes con la contundencia de un grafiti. Le dio un trago al café con leche que tenía en la mano para ganar tiempo, a la vez que la campanilla, que anunciaba la llegada de un nuevo cliente, reclamaba su atención a través del hueco que había entre dos pilas de libros. Un joven cuyo rostro no acertó a ver entró en la tienda sacudiendo una majestuosa coleta que retenía bajo control un buen manojo de mechones dorados. Fibroso y atlético, se posicionó de un salto junto al mostrador y colocó frente al probable propietario un pequeño vaso de cristal con lo que parecía un café solo. Este dejó de hacer lo que tuviera entre manos y se dirigió a él:

—Bien cargado, espero —lo saludó. Se trataba de un tipo calvo de presencia intimidante y cráneo de mariscal de campo.

—Listo para disparar —respondió el joven de la coleta.

Su tono de voz, grave y cálido, provocó un respingo en Koldo. Sin saber cómo, apretó demasiado el vaso de cartón del café y parte del mismo acabó derramado en el libro sobre el que ya descansaba el rastro de sangre. Contempló la cubierta con aprensión. Luego miró alrededor suponiendo que, protegida como estaba por la estantería, nadie había reparado en ella. Volvió a bajar la vista sobre el volumen, cuyas hojas pronto empezarían a engordar y ondularse debido al café derramado y en cuya portada la sangre había dejado impresas varias huellas dactilares pertenecientes a su pulgar. Dejó escapar un silencioso lamento. A punto de devolver el libro a su lugar, maldijo su suerte. Otro dependiente se acercaba por su derecha. Pillada en falta, la sorpresa la hizo girarse demasiado rápido, lo que hizo que su codo arrojara un par de libros más que cayeron al vacío. Mimetizándose con aquel pequeño caos, optó por agacharse de forma aparatosa, devolverlos a su lugar y, consciente de las miradas que, ahora sí, la cercaban, asomarse por un lado de la estantería y ondear uno de los libros como una bandera blanca. El tipo calvo y el joven de la coleta, que hasta entonces habían estado enzarzados en una interesante conversación, la observaban.

—¿Me lo recomienda? —preguntó ella a cambio.

El librero inclinó en su dirección aquel poderoso cráneo al tiempo que la observaba desde detrás de unas de esas gafas de cristal tintado que fueron bastante habituales décadas atrás. Tenía un torso que pedía galones en la pechera y una refinada nariz aguileña bajo la que reposaba un profuso bigote de corte casi épico. Un retrato en blanco y negro del explorador Richard Francis Burton, con sus pómulos esteparios y aquella mirada de acero, colgaba sobre el dependiente, proyectando el aura imperturbable del aventurero sobre la del tipo con el que compartía bigote. Koldo tragó saliva mientras aguardaba una respuesta. Esta llegó con voz estentórea pero con interés moderado, como si al requerir su opinión lo hubieran distraído de ocupaciones más trascendentales.

—Yo prefiero la obra de Thubron que te has guardado en el bolso —le dijo como al descuido.

Notó cómo la sangre reptaba por su cuello hasta alcanzar el rostro; la había pillado. Sin embargo, la ausencia de censura en su tono le produjo una agradable intriga. Notando por el rabillo del ojo la mirada del joven de la coleta, caviló en voz baja sobre su siguiente paso.

—Pues entonces será mejor que me lleve el de Thubron, tal como pretendía —concluyó, devolviendo el otro libro a su lugar antes de acercarse de forma temeraria al mostrador. El rostro del hombre, visto de cerca, tenía la piel tan cuarteada como un viejo lobo de mar. Notó al otro tipo muy cerca, a su izquierda, con el codo apoyado en el mostrador, atento al desenlace. Tras unos momentos de silencio en los que el dependiente parecía haberse olvidado por completo de su presencia y la silueta del joven parecía seguir acechando desde el punto muerto de su ángulo de visión, decidió, solo por ver qué pasaba, sacar el libro del bolso, sucio y húmedo, y depositarlo sobre el mostrador. Su estado, confirmó, era deplorable. Sujetó con fuerza el también maltrecho vaso de cartón que aún tenía en la mano como un talismán capaz de infundir seguridad. El tipo volvió a ajustarse las lentes y, acercando su rostro, basculó su

mirada del libro a la joven.

—¿Te interesa Siberia?

—No especialmente.

Si al tipo le sorprendió la respuesta, no lo demostró.

—Yo estuve un tiempo allí, cortando leña. Vivía en una cabaña llena de ratas. Cada vez que entraba en casa daba un portazo para anunciar mi presencia. Luego me sentaba en una silla a esperar hasta que todos aquellos bichos se iban por donde habían venido —explicó, lanzando una sonora carcajada. Era la risa de un pirata—. Aquel sitio me pareció una mierda. Hasta que tuve que irme.

Koldo lo miró, estupefacta. Él, a su vez, la observó como una rapaz a su presa. Parecía limitarse a disfrutar de aquel acto moderadamente vandálico cometido por ella. Koldo también percibió cierta curiosidad, o eso le pareció. El tipo la contempló con renovada diversión.

—Hay países en los que te cortan una mano por esto.

De forma inopinada, alzó el brazo izquierdo, oculto hasta entonces tras el mostrador, y dejó un muñón a la vista. Koldo se quedó paralizada un par de instantes, quizá tres, para luego reaccionar con lo que consideró una altiva indiferencia. Mirándolo a los ojos, supuso que le tomaba el pelo, pero no le dio tiempo a estar segura. El otro tipo, que no había abierto la boca hasta entonces, se permitió deslizar un par de palabras con aquella voz grave y envolvente.

—Ofrecería mi coleta a cambio de su mano. Sin dudarlo.

Koldo se permitió por fin mirarlo y recorrer sin disimulo la figura del joven, que arrancaba en unas All Star negras, continuaba en unos viejos vaqueros y una camisa clara remangada bajo los codos, y finalizaba en un rostro dorado y risueño de ojos levemente rasgados. Le devolvió la sonrisa con cautela, al tiempo que constataba el familiar atractivo de sus rasgos aniñados. Disimuló la impresión de aquella imagen rescatada del pasado que, a pesar del filtro impuesto por los años, le sonreía con la confianza que otorga una broma íntima que sigue vigente. Pensó si no se lo estaba

imaginando, si aquello no sería una ilusión y aquella figura improbable, recuperada de una remota intersección de su memoria, no sería un desconcertante espejismo. Pero se parecía más a él que nunca, como si los años hubieran terminado de definir lo que entonces solo se insinuaba. Se lo quedó mirando, enmarcado por la propia puerta de la entrada que él había dejado abierta al irrumpir en la librería. En la misma, bajo el nombre de esta, aguardaba el cartel olvidado por el camino.

—En realidad, yo solo había entrado a preguntar por el anuncio de ese piso en venta —dijo, como si eso lo justificara todo.

—¿También querías robarlo? —apuntó el librero.

Compadecido, el joven se adelantó sin que Koldo tuviera que replicarle al tipo.

—Eso es cosa de Paco, el conserje de la colonia —le dijo—. No hay mundo para él más allá de los límites de La Proa.

—¿La casa en venta es una de las de aquí? —preguntó ella, incrédula, olvidando el pequeño trance en el que se hallaba.

Las miradas de ambos volvieron a cruzarse. Los pómulos de él, al sonreír, apretaron su mirada de una forma muy familiar mientras consultaba la hora en el móvil.

—Es probable que Paco esté ya comiendo, pero las cosas más inesperadas suceden cuando crees que no vas a llegar a tiempo —observó él con satisfacción, como si el móvil le hubiera proporcionado el dato definitivo capaz de reorganizar todo aquel pequeño caos generado durante los últimos cinco minutos—. Te acerco a su garita. Si el piso te interesa, claro.

Le interesaba. Un piso no es lo que tenía en mente comprar cuando salió aquella tarde a por café; pero tampoco entraba en sus planes robar un libro o encontrárselo a él. Un piso en aquel lugar, de hecho, le interesaba de forma especial. Koldo notó la mirada del tipo calvo todavía acechando tras las lentes. Creyó llegado el momento de afrontar el veredicto.

—Puedo pagarlo —se ofreció, al tiempo que señalaba el libro que aguardaba sobre el mostrador.

El otro negó con la cabeza.

—¿Qué placer hay en cobrarse un delito que no se ha cometido? Llévatelo. Ya habrá ocasión de pagar.

Aquel gesto indulgente hizo que un escalofrío le recorriera la espalda. Tomó el libro con la cabeza gacha y volvió a meterlo en su bolso.

—El café, Tristán. Cuando se enfría se te llevan los demonios —le recordó el joven de la coleta a modo de despedida mientras aquel tomaba el vaso y se lo bebía de un trago, todavía humeante, como si fuera un *whisky*.

No se sintió del todo segura hasta que, siguiendo al joven, alcanzó la puerta, atravesó el umbral de la librería y perdió al tipo calvo de vista. Una vez fuera, los dos quedaron frente a frente. Él paseó su mirada a lo largo de la figura de Koldo sin disimulo alguno; luego sus ojos se detuvieron en el libro que asomaba de su bolso.

—¿Lo sigues haciendo?

—¿El qué?

—Planificar viajes que nunca harás.

Se rio con ganas mostrando unos dientes pequeños y redondos que hacían juego con aquellos ojos orientales. Koldo le devolvió la sonrisa.

—¿Qué coño haces aquí? —dijo ella por fin.

La última vez que vio a Asier estaba a punto de coger un autobús a Galicia. De eso hacía más de nueve, tal vez diez años. Se despidieron en el Café Bilbao de la plaza Nueva mientras fuera caía *txirimiri*. Lo observó, tratando de gestionar la incredulidad y conectar con la alegría que le producía tenerlo delante, sin saber si la sorpresa de ambos vibraba en la misma frecuencia. Seguía conservando aquella expresión cálida, afable e inofensiva con la que lo habría recordado de pensar en él alguna vez. En realidad, certificó para sí misma, su rostro seguía siendo, más que inescrutable, equívoco. Él se encogió de hombros, como solía hacer cuando no

quería dar una explicación. Que era casi siempre.

—¿Vives aquí en Madrid? —Siguió ella—. ¿Trabajas ahí? —prosiguió, señalando el bar que había enfrente de la librería.

—A veces.

—¿A veces trabajas ahí? ¿O a veces vives en Madrid? —insistió Koldo, replicando de forma espontánea aquella antigua dinámica compartida de preguntar y no obtener respuestas.

—Las dos. —La miró él de nuevo con la risa asomando a sus ojos. Le acarició la mejilla izquierda. El gesto la pilló por sorpresa; eso lo había olvidado. Lo cariñoso que era—. Espérame en la puerta del primer bloque, ese de ahí. Aviso en El Mascarón y te acompaño —se limitó a decir por toda explicación. Luego dio media vuelta y desapareció por la puerta del bar, dejando el peso entero de la sorpresa bajo la responsabilidad de Koldo. No podía decir que se hubiera acordado a menudo de él, ni siquiera que lo hubiera echado puntualmente de menos. Pero, obligada a posicionar aquella figura del pasado en algún lugar concreto desde el que asimilar aquel fortuito encuentro, convino consigo misma en que tuvo su cierta, aunque intermitente, entidad a lo largo de un curioso periodo de su juventud.

Se deleitó en aquel reencuentro mientras buscaba el portal correspondiente al primer bloque de la colonia bajo cuyas alas se cobijaba la librería de viajes que acababan de abandonar. Era un sitio lógico, constató, para encontrarse con Asier. Lo conoció cuando compartía piso con unas amigas durante el último año de facultad. Era el hijo de los vecinos de enfrente; poco más que un adolescente que había abandonado su casa y los estudios para vivir de sus precoces encantos sirviendo copas y con el que de vez en cuando coincidían en el ascensor cuando iba a visitar a sus padres. Era uno de esos seres inmunes a las normas cuyo trato educado, expresión amable y cultura a raudales hacía que, a diferencia de otros, no se le viera venir. Era su as en la manga y funcionó con ella. Luego, de manera orgánica, Koldo se echó un novio de manual y él desapareció con una mochila en un autobús sin que ambos

acontecimientos tuvieran que ver. Se preguntó por sus últimos años. Y le divirtió comprobar lo inesperado del resultado. A Asier le sorprendería saber que era ella quien llevaba casi tres meses durmiendo en un sofá y buscando casa. Tendría gracia que fuera él quien le encontrara un piso en el que sentar cabeza, sonrió para sí. Y que fuera precisamente allí. En aquella colonia con forma de trasatlántico; un barco encallado en la meseta castellana al que su abuela, que murió siendo ella aún muy niña, se refería en tono ensoñador las pocas veces que evocó su paso por Madrid.

# Capítulo 2

La Proa era un peculiar complejo de edificios de estilo racionalista y notable valor arquitectónico sobre el que sobrevolaba el aura romántica de su parecido con un gran trasatlántico. Para ella, nacida en el norte y no lejos del mar, era, por motivos diversos, uno de los lugares más evocadores y cargados de significado de aquella capital anclada en la meseta central. Se encontraba en un callejón y sus seis edificios conformaban una especie de apéndice bajo el que se alojaba el pasadizo que albergaba la librería, un pequeño bar y algún comercio más. Tenía además la ventaja de que cerca vivía Iso; otro más de los motivos por los que ella se encontraba curioseando por la zona, dispuesta a dilapidar de forma sensata la herencia de su padre, asentarse como él hubiera querido e invertir en un proyecto de futuro. Tal vez el proyecto no fuera el que su padre tenía en mente, pero lo hubiera aprobado igualmente. Y ahora resulta que vendían un piso justo ahí.

La coincidencia se le antojó tan absurda como el encuentro; y el hecho de estar esperando a Asier, plantada frente a aquel portal, un disparate. A punto de girar sobre sí misma, evitando por un último instante dar uno de esos pasos que se dan como los demás, pero que suponen un giro quizá irreversible sobre lo que a uno le estaba deparado, adivinó a través del reflejo en el cristal de la puerta una figura que la cogió de la cintura.

—¿A dónde ibas? —preguntó, interpretando con acierto la

reticencia en su gesto—. ¿Tienes miedo de que te guste la casa?

Se giró. Asier la miraba con aquellos juguetones ojos que se rasgaron por la presión ascendente que ejercían sus pómulos al sonreír.

—Tengo miedo de no buscarla donde debo —respondió—. Ni con quien debo —añadió con cierta severidad.

Él se la quedó mirando con la puerta abierta, invitador. Koldo se tomó un momento antes de claudicar y, cuando lo hizo, lanzó una mirada al dintel a través del cual estaba a punto de introducirse, casi como si estuviera santiguándose. «Edificio Píramo», rezaba la placa metálica bajo el número del portal.

—Bonito nombre.

—Y apropiado. El dueño de la colonia era un tipo muy particular; los seis edificios que conforman la colonia están enfrentados entre sí de dos en dos, y cada una de las tres parejas representa, a través de sus respectivos nombres, una historia de la mitología griega. Siempre con final trágico, como el que parece que tuvo su hijo. Este de aquí Píramo, un tipo muy enamorado de Tisbe, el edificio de enfrente.

Koldo pasó junto al joven, que mantuvo la puerta abierta mientras esta notaba cómo él la analizaba con descaro: el cabello castaño que le caía por la espalda hasta la altura de los omóplatos, la chaqueta corta, el pantalón ceñido. Pareció satisfecho. No supo adivinar si debido al examen o a su decisión.

Las paredes del portal, bastante amplio, estaban revestidas hasta media altura por láminas de madera que irradiaban una anticuada calidez. La mesa del conserje estaba en la pared de la izquierda, flanqueada por unas jardineras de escayola desde las que unas cuantas de aquellas plantas de hojas formidables cuya forma evocaba un costillar trepaban como culebras hacia el techo. La mesa, alargada y tapizada en cuero negro, estaba vacía. La pared opuesta estaba presidida por un sugerente mosaico en el que se mostraba a un apuesto joven sin apenas ropa y con una herida sangrante en el pecho que yacía en el suelo junto a la mitad de una

leona que, como una esfinge, miraba de frente en lo que parecía una imagen cortada en dos. Daba la impresión de que faltaba la parte izquierda de la escena, incluida la mitad correspondiente de la leona.

Asier señaló el mosaico.

—Aquí tienes a Píramo. Y a una de las mitades de la leona causante de su desgracia —le indicó el joven—. La otra mitad y la joven Tisbe están en el mosaico del edificio de enfrente —explicó al tiempo que sacaba el móvil—. Solo un momento —le dijo sentándose sobre la mesa de cuero de un salto mientras marcaba un número—. Ahora mismo localizo al conserje.

Koldo se preguntó por la agenda oculta del joven, una duda recurrente en el pasado. Tuvo que reconocer que siempre sospechó de su existencia, pero nunca la halló. Decidió dejarse ayudar mientras su mirada vagaba por el portal y notaba en el estómago cierta emoción anticipada por conocer las entrañas de La Proa, aquella pequeña comunidad que había sobrevivido al voraz desarrollo urbanístico del barrio que la ocultaba. Desde que llegara a la capital, Koldo no había podido resistirse a la fascinación que le generaba aquella nave varada de la que había oído hablar en casa desde niña. Y ahora él irrumpía en escena como un reclamo añadido del que no sabía si fiarse.

La primera vez que Asier se escapó de casa, como muchos niños, fue a los once años. Pero él lo hizo de verdad. Se fue a casa de un amigo y no consintió en volver a la suya. No hubo un motivo especial; sencillamente el ambiente de aquella casa le resultaba más relajado y a él le gustaba vivir a su aire. Koldo escuchó aquella historia con ese relativo interés que le pone la juventud a cuestiones que no la afectan, pero ahora le vino a la memoria con toda la incredulidad que requería el testimonio y le asaltaron todas las pegas que no le acudieron a la cabeza diez años atrás. ¿Quién consintió y transigió con todo aquello? Según le contó Asier, estuvo varios años instalado en casa de la familia de aquel amigo, los que tardaron en dar con una solución al gusto de todos: con quince años

su familia le ofreció un piso destartalado, herencia de una tía, donde Las 7 Calles, en pleno casco viejo, bajo la promesa de no entrometerse y dejarlo ir y venir, como a él le gustaba. El piso acabó siendo la guarida de manual del prototípico intelectual bohemio: estanterías rebosantes de libros sesudos, vinilos apilados, obras de artistas impenetrables o deliberadamente incómodos colgando de las paredes, latas de cerveza sin recoger, un par de guitarras, pipas de fumar, postales en la nevera y plantas necesitadas de agua. Con la particularidad de que el chaval era un menor en apariencia cívico, trato afable, cara de bueno y estudios por terminar. La manutención de Asier desde los once años en adelante seguía siendo una incógnita. A Koldo tampoco le extrañó demasiado que un día, con diecinueve años, cogiera la mochila y desapareciera para siempre en un autobús. Pero, misterios de la vida, había reaparecido.

—¿Qué ha sido de ti todo este tiempo? —preguntó, cediendo a la tentación.

—Lo esperado, supongo —se rio él.

—¿Vagar de un sitio a otro y dejarte melena?

El aludido, sentado aún sobre la mesa del conserje, se rio con ganas. También acabó cediendo, aunque un poco a regañadientes. Había vivido en Marsella un par de años, le contó de forma escueta; luego bajó para el sur de España, hacia Almería. Allí estuvo un tiempo sin pararse demasiado en ningún sitio; haciendo y deshaciendo aquí y allá. Dos meses en Carboneras, cuatro en Mojácar, después tiró para Jerez. Y luego volvió a subir, esta vez a Asturias. Pero a veces recalaba en Madrid. Había sido jardinero, había servido copas y en el sur había vivido de la pesca; también había sido guardés de la casa de campo de un empresario. A veces daba clases de filosofía. Y a veces cobraba por hacerles trabajos a los demás.

—¿Entonces terminaste la carrera?

Volvió a reírse.

—¿Y nunca volviste a Bilbao? —preguntó ella, súbitamente molesta porque no la hubiera llamado de haberlo hecho.

—Solo de pasada, para ver al viejo.

—¿Qué tal está?

Asier ladeó la cabeza al tiempo que miraba el móvil.

—¿Alguna pareja reseñable por el camino? ¿Hijos?

—De lo primero, no. De lo segundo, no estoy seguro.

Koldo suspiró, exasperada como solía estarlo al hablar con él; pero ahora sin disimularlo.

—Acabas de resumir diez años en medio minuto.

—Pues nos sobran cuatro y medio, porque Paco viene en cinco. ¿Conoces la historia de La Proa? ¿Sabes dónde te estás metiendo? —dijo el joven cambiando ágilmente la dirección de la conversación.

—Algo. La parte más romántica. Pero intuyo que voy a saber más de este sitio en los próximos cinco minutos de lo que voy a saber nunca de ti.

En torno a la década de los treinta del siglo pasado, le contó Asier, los complejos de viviendas alejados del casco urbano cobraron un notable auge como renovadora medida urbana. Por regla general consistían en viviendas de dos alturas, entonces llamadas chalecitos u hotelitos, proyectadas en grupo y destinadas casi siempre a trabajadores de gremios específicos como una alternativa higiénica y más económica a la creciente población del centro. Fueron planificadas en lugares casi siempre aislados, por lo que acabaron generando sus propias redes de comunicación, abastecimiento y servicios hasta funcionar como pequeñas unidades autosuficientes; una especie de experimento urbanístico. Fue una propuesta bonita y un tanto utópica que no llegó a prosperar. Aquellas colonias acabarían siendo engullidas por un urbanismo imparable que, tras sitiarlas, las convirtió en idílicas excepciones de baja altura solo al alcance de los bolsillos que se las pudieran permitir. La Proa, olvidada excepción de aquel fenómeno, ofrecía un pequeño respiro arquitectónico dentro de aquel céntrico barrio. A diferencia de otras colonias conformadas por casitas individuales, consistía en un

pequeño complejo de seis bloques caracterizado por las líneas propias de la arquitectura racionalista madrileña de la década de los treinta; su planta baja estaba perforada por un pasadizo que ejercía de discreta galería comercial, y los chaflanes redondeados de sus dos plantas acentuaban su parecido con un buque a punto de ser fletado en el corazón de Madrid, de ahí su nombre.

—Con la Guerra Civil la colonia quedó medio abandonada, sin llegar a ser habitada hasta que Gregorio Silva, el dueño de la editorial Odisea Silva, irrumpió en escena y la adquirió a comienzos de los años sesenta.

—¿Odisea, como la librería? —preguntó ella interesada.

—Esa librería es lo único que queda de la editorial. En los años cincuenta y sesenta, primero en Barcelona y luego aquí, Silva puso en marcha un pequeño imperio. Cuando se vino de la Ciudad Condal a Madrid, se hizo con la colonia, instaló las oficinas en la zona que hoy es la galería comercial y a algunos empleados en las viviendas. Lo de Odisea se debía, por lo visto, a su debilidad por la mitología griega. Y por los viajes. Además de novelas de consumo popular, a comienzos de los sesenta también sacó una colección de libros de bolsillo sobre mitología. Era su sueño. Pero lo que de verdad le dio dinero fueron las historietas de aventuras. ¿Te suena *El Ángel*?

Koldo hizo un gesto negativo.

—Eran tebeos de finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta —le explicó—. *El capitán Trueno, El Jabato…*

—*El Capitán Trueno* sí que me suena —interrumpió ella.

—Bueno, *El Ángel* fue uno de ellos. Mi viejo era muy aficionado a las aventuras de Baltasar de Figueroa, el corsario al mando de La Fragata Blanca. El Ángel era el apodo por el que conocían al corsario y así se llamaba también el tebeo. —Pareció pensativo, permitiéndose una inusual licencia autobiográfica—. La afición por los tebeos es de lo poco bueno que heredé de mi padre. Es difícil tener tebeos cuando no paras en ningún sitio, pero Tristán me suministra los que necesito. Es el dueño de la librería, el tipo calvo. —Le guiñó el ojo—. ¿Acojona, eh? Es el único que queda de la gente

que trabajó originariamente con Silva. Y ahora la librería de viajes es suya. No creo que se jubile nunca, morirá tras el mostrador.

Koldo no pudo evitar un suspiro contenido, inquieta ante el recuerdo de aquel busto de general, al tiempo que un señor pálido, alto y encorvado como un arco entraba por la puerta armado con un manojo de llaves. Asier se levantó de la mesa de un acrobático salto que lo colocó con destreza frente a él.

—Paco, esta señorita está deseando ver el piso; si le gusta, que se lo quede —dijo señalándola, como si el dueño fuera él.

—Vamos a ver —recapituló el otro rascándose la nuca con una de las llaves mientras iniciaba una letanía que parecía producirle cierto aburrimiento anticipado—, el piso tiene en tomo a noventa metros cuadrados, dos habitaciones, baño y aseo; se trata de un primero con mucha luz y muy silencioso. Pertenece a una familia de Córdoba que quería volver a su tierra con urgencia debido a una desgracia familiar y por eso han decidido ponerlo a la venta a muy buen precio. Las prisas, ya sabe, no son buenas consejeras.

Asier interrumpió al portero. Parecía sorprendido.

—No jodas, Paco. ¿Es la casa del Cordobés?

El conserje asintió. El joven se rio entre dientes, como si supiera algo que los demás no. La miró con renovada intención.

—Dicen que en esa casa hay un fantasma.

—¿Un fantasma…? —repitió ella.

—De su primer inquilino. ¿Recuerdas que te dije que al hijo del propietario le había ocurrido una desgracia? Bueno, fue en esa casa. El piso de los cordobeses fue anteriormente el suyo, según tengo entendido… —Bajó la voz hasta que adquirió un tono confidencial—. Una bonita historia de amor con un final triste. Una tragedia griega, ¿verdad, Paco?

El conserje se desentendió, molesto porque pidieran su opinión en temas que escapaban a su jurisprudencia oficial.

—Yo de esas cosas no sé nada —escurrió el bulto.

—¿El joven se mató en la casa que está a la venta? —Quiso asegurarse ella.

—Fue hace años, en 1964 —certificó Asier. Entrecerró los ojos mientras calculaba—. Hace más de medio siglo; cincuenta y cinco años exactamente. Pero hay quien dice que aún visita la casa de vez en cuando.

Ella dirigió su mirada al conserje, curiosa.

—Cosas de una de las hijas. Que luego corren por el vecindario —procuró restarle importancia este con un tono que indicaba que era una batalla perdida. Asistía a aquella conversación con el gesto derrotado de quien, de forma invariable, conoce de antemano el resultado. El interés inicial acababa dando paso a la demanda de explicaciones y luego a las suspicacias. Saltaba a la vista que el conserje se venía temiendo que, medio siglo después, aquel piso acabara siendo víctima de su propia leyenda. Él era un tipo obediente y nervioso que agradecía que no le complicaran la vida. Le gustaban los inquilinos de toda la vida, las escaleras limpias y escuchar zarzuela en su radio sentado en aquel tranquilo vestíbulo. Pero aquel piso, al parecer, no se lo iba a permitir. Desazonado porque se le retrasara la hora del almuerzo, pidió hacerse oír.

—Asier, hazme el favor.

El joven obedeció.

—Señorita, la casa pertenecía a un negociante que vivió allí con sus dos hijas las últimas cinco décadas. Este señor murió hace unos meses. Se lo llevó un ataque al corazón de los de toda la vida mientras estaba en la cama. Son sus hijas, que se volvieron a Córdoba, las que quieren vender. Sobre la tragedia anterior, tengo entendido que ni siquiera ocurrió en la casa, sino en el patio. Y fue hace más de medio siglo. Figúrese. El caso es que —hizo una pausa, dando a entender que lo siguiente se diría en contra de su voluntad —, algunos vecinos han referido en alguna ocasión señales de… algo, alguien… en el patio, también en ausencia de la familia.

—Honestamente, me da que no es un fantasma —comentó Asier en tono de confidencia.

Paco se lo quedó mirando mientras Asier verbalizaba, como quien lamenta aguarle la fiesta a un niño, lo que los tres parecían tener en

mente.

—Pero no sé hasta qué punto resultaría más tranquilizador que lo fuera a una posibilidad alternativa.

Koldo, que escuchaba con atención, interrumpió la mirada asesina que en aquel momento le dirigió el conserje a Asier.

—Bueno. No me asustan los fantasmas ni las visitas sorpresa. Y me encantan los patios.

A Paco se le iluminaron los ojos. Quizá esta vez pudiera librarse del fantasma y del fastidio que era aquella casa.

—¿Se la enseño entonces?

—Lo mismo hasta me hacen un descuento por compartir piso —bromeó. En honor a la verdad, no creía que el precio fuera a ser un problema. Su trabajo como traductora no le procuraba una excesiva solvencia, aunque sí una libertad y una autonomía a las que no habría renunciado por nada; pero su bendito y sensato padre, un pequeño empresario al que le fue muy bien en el negocio de exportación de acero, tuvo la previsión de dejar todo bien atado antes de fallecer repentina y prematuramente tres años atrás. Su madre había quedado en una situación más que desahogada y ella disponía de una respetable cantidad para poner en marcha su proyecto de vida. Solo tenía que decidir cuál era; una cuestión que había postergado con motivo de una relación de pareja más estancada que un fardo en el fondo del mar, pero que ahora, sin aquel lastre, no quería seguir retrasando.

La joven accedió de buen grado a subir un par de tramos de escaleras siguiéndolo. En realidad, se moría de ganas de ver las entrañas de aquel barco varado en el corazón de Madrid. Se despidió de Asier, que tenía que volver al Mascarón. Era hora punta.

—Cualquier cosa, estoy ahí —le indicó al despedirse mientras señalaba con un gesto el bar. Toda una muestra de compromiso por parte de aquel espíritu libre.

—Por aquí, señorita —interrumpió Paco, para quien quitarse a Asier de en medio era solo el preámbulo de hacer lo propio con aquella casa—. Hay un montacargas en cada edificio, pero no creo

que lo utilice; son edificios bajos de dos plantas. En la planta baja estoy yo y el resto de comercios de la galería. Y la casa que se vende está en la primera planta. Solo hay tres vecinos en cada una, lo que equivale a seis vecinos por edificio; en total, treinta y seis viviendas repartidas entre los seis bloques a mi cargo. Viene siendo toda la colonia. La puerta A es de un particular y la puerta C corresponde a una autoescuela. La puerta B sería la suya, en caso de que se la quedara —dijo con tono impenetrable abriendo una antigua puerta de doble cerradura y robusta apariencia—. Por aquí.

A primera vista, la casa no parecía exhibir ninguna particularidad. No obstante, tras dejar atrás la cocina, un aseo y un pequeño dormitorio, el pasillo se abría a un coqueto vestíbulo interior que hacía las veces de refinado distribuidor. Como el *hall* de entrada del edificio, estaba laminado en madera hasta la mitad, confiriéndole un aspecto desfasado y elegante a un tiempo. Desde él se podía acceder, por el lado derecho, a un vasto salón que dejaba adivinar una amplia biblioteca de obra. La puerta de la izquierda, por su parte, daba paso a un dormitorio principal de considerable tamaño y a su correspondiente baño. La habitación, que discurría en paralelo al salón, disponía en su pared izquierda de un descomunal armario empotrado que, en cierto modo, era el reverso de la biblioteca del salón. El fondo de ambas estancias estaba cerrado por amplias cristaleras que, a pesar de tener las cortinas echadas y las persianas bajas, dejaban intuir el acceso a algún tipo de espacio exterior. Dormitorio y salón, además, estaban doblemente conectados no solo por el mencionado vestíbulo anterior, sino por una puertecita que comunicaba ambas estancias casi a la altura de las cristaleras, confiriéndole al piso una peculiar distribución circular. Y con una curiosidad añadida, un pequeño fresco dibujado en lo alto de dicha puerta que conectaba ambas estancias. Se trataba de una especie de escotilla de barco a través de la cual se divisaba el mar. Con su superficie en calma, y las gaviotas sobrevolándolo bajo haces de radiante sol si se miraba el fresco desde el salón, y encrespado y furioso, como avistado desde un navío zozobrante, si se observaba

desde el dormitorio. En el salón había una majestuosa mesa de comedor que parecía diseñada a imagen y semejanza de la biblioteca y con el mismo trabajo de marquetería. Ya en el dormitorio, Koldo observó el armario empotrado, que constaba de siete puertas en cuyo interior había otros tantos altillos, tres espejos de cuerpo entero e innumerables baldas y cajones, y se dio cuenta de que este hacía juego con la exquisita configuración del secreter que había en la habitación, como si este fuera una recreación a pequeña escala del armario.

Tras darle el tiempo necesario para asimilar la dinámica de aquel espacio interconectado, el conserje se dirigió a la pared que hacía esquina con el ventanal del dormitorio y accionó un pequeño interruptor. Le siguió un ruido parecido a un zumbido sin que al principio se acusara movimiento alguno. Finalmente, las persianas iniciaron su ascenso, como unas tripas que se abrieran contra su voluntad, mostrando cierta reticencia inicial ante la idea de enseñar lo que ocultaban. De forma progresiva, la estancia se inundó de luz natural mientras el deleite de Koldo iba en aumento a medida que su campo de visión se ampliaba y un nuevo escenario se desplegaba ante sus ojos. Se trataba de un patio de insólitas dimensiones, en torno a ochenta metros cuadrados: un vasto espacio que acusaba un romántico estado de abandono, acentuado por el contraste con el medio urbano en medio del cual se escondía. Los suelos de baldosa hidráulica formaban un bonito dibujo ajedrezado en colores tostados, azules y verdes. Los mismos tonos se repartían en los azulejos que, aquí y allá, se distribuían a lo largo de una pared de cemento de en tomo a un metro cincuenta de altura sobre la que se erguía una serie de mamparas de grueso cristal opaco sostenidas por una sólida estructura de metal que alcanzaban una altura de unos dos metros y medio y que servían para separar este patio de otros similares alojados en los espacios contiguos. El resultado era un curioso enjambre de terrazas anidadas en el corazón de la colonia y que, alojadas en la primera planta, sobrevolaban la galería comercial donde se encontraban la librería de viajes y el bar; un

inusual perímetro aislado del resto de la ciudad que palpitaba a su propio ritmo y que parecía regirse por sus propias reglas urbanísticas: paredes de cristal, el verde asomando aquí y allá y, rodeándolo todo, como un circo romano, seis edificios de dos plantas que cerraban filas confinando en el centro una porción de horizonte estático.

Contempló con deleite las decenas de macetas, jardineras, vasijas de piedra y jarrones de cerámica de todos los tamaños y formas diseminados y colgando de las paredes sin criterio aparente. Aspidistras, cintas y helechos tapizaban el suelo en una desordenada alfombra floral realzada por los geranios de las macetas suspendidas en vertical por entre la parra virgen, la hiedra y el falso jazmín que recorrían las paredes. Una gran palmera, enraizada en un descomunal balde de plástico de color negro, aguardaba parapetada en una esquina rodeada de unos cuantos hibiscos. Al otro lado, una pérgola cuya estructura metálica estaba cubierta por un toldo de lino color crema daba sombra a una deslucida mesa de forja protegida por un cristal y rodeada de varias sillas que invitaba a pensar en largas y decadentes sobremesas. En la pared más alejada de donde se encontraba, vislumbró una pequeña hornacina con una virgen dentro. La del Carmen, le dijo el conserje sin mayores explicaciones.

La pieza central del lugar, el Arca de Noé de aquel mar interior, era la fuente que, con los azulejos incompletos, se erguía en el centro del patio con la confianza que otorgaban los años. Sus imágenes todavía representaban aquellas escenas de caza que debieron campar a sus anchas por innumerables patios y jardines de hace varias décadas, y en tres de las cuatro puntas que se intercalaban en el perímetro polilobulado de su pila todavía se erguían las correspondientes ranas de cerámica, escupiendo arcos de agua de forma ininterrumpida desde hacía varios lustros. Disfrutó del bonito dibujo que estos hacían al cruzarse en el centro de la fuente y se recreó en el murmullo que creaban a su paso hasta estrellarse en la elevada concha central para luego derramarse sobre la pila principal. Volvió en sí al cabo de unos instantes.

—¡Madre mía! ¿Estamos en Madrid?

Incrédula, se acercó hasta un ciruelo en flor y saboreó el ruido que sus sandalias hicieron al chapotear en el agua que se escapaba por el desagüe de la fuente. Inspeccionó las escenas de caza, memorizó los colores del suelo hidráulico y dejó que sus dedos vagaran por los paneles de cristal a lo largo de todo el perímetro de la terraza hasta que constató que no tenía ganas de marcharse.

—¿Qué hay del fantasma? —preguntó por fin.

—Por la mañana alguna maceta estaba volcada, alguna silla, contaba una de las hijas, aparecía en otra parte…, ya sabe.

—Y cuando no estaba la familia, ¿qué notaban los vecinos?

—Movimiento. Ruidos, ráfagas de luz…, todo muy discreto.

—¿Como si entraran a robar?

—Más bien como si vinieran de visita… a estar un rato —respondió el conserje con evidente esfuerzo.

Koldo entornó los ojos, incrédula.

—Eso es lo que se cuenta. —El conserje se desentendió de toda responsabilidad. Pero no pudo evitar seguir hablando—. Una de las hijas aseguró que una vez se encontró un libro. Aquí, sobre la mesa —dijo señalando la mesa de cristal y hierro forjado—. Abierto —añadió—, como si alguien hubiera estado leyendo por la noche. Un libro de viajes. No era de nadie de la casa, al menos que recordaran. Pero el joven Silva era un gran lector. Y viajaba mucho.

Pensativa, la mujer no pudo evitar dirigir la mano a su propio bolso y recorrer con ella los contornos del libro que había en su interior. No creía en las señales. Pero llevaba demasiado tiempo viviendo en un sofá. Y cambiarlo por aquel patio no parecía un mal negocio. Su padre le había facilitado los medios y su abuela le había generado el deseo. Cumplirlo era cosa suya.

# Capítulo 3

Habían pasado dos intensos meses de decisiones, gestiones, pruebas y papeleo y apenas media hora desde el análisis. Ya era propietaria, y puede que algo más. Incapaz de esperar en casa a la llamada con los resultados, se acercó hasta La Proa para informar en persona al conserje de que en breve tomaría posesión de la casa. Entonces lo vio, justo a la salida de Píramo, cuando rodeaba la fachada de la colonia. No era exactamente una casualidad, ya que visitar La Proa era en realidad la excusa; el verdadero plan de distracción consistía en la posibilidad de encontrarse a Asier. Pero no esperaba verlo acompañado.

Estaban sentados en la terraza del Mascarón mientras Píramo y Tisbe, por siempre unidos para quien los observara desde fuera, los cobijaban a la sombra de su abrazo. Asier, de espaldas a la joven, movía los hombros con entusiasmo mientras se explicaba acaloradamente y le señalaba a Tristán algo sobre la mesa. Si cuando este alzó la cabeza la recordó de su episodio reciente, nada en su rostro lo indicó. Le dio un trago a su pinta de cerveza y volvió a bajarla, atento a las explicaciones de Asier, mientras el abrupto puente de su nariz evitaba que sus gafas de cristal verde cayeran sobre la mesa. Koldo se forzó a acercarse.

—Hola —dijo tocando el hombro de su amigo.

El joven se giró con un golpe de coleta veteada de destellos dorados. Los ojos rasgados brillaron con placer y algo de diversión

mientras aquellos pómulos anchos funcionaban bajo el sol como espejos reflectantes. Le devolvió la sonrisa.

—Ya es mía —se limitó a decir.

Asier se giró hacia Tristán, que observaba a la joven a través de las lentes de aquella manera soberana que no la hacía sentirse en modo alguno interesante, sino por completo a su merced.

—Nunca adivinarías dónde va a vivir —le preguntó, retador, Asier al librero.

Hizo una pausa tras lanzar el cebo. Luego señaló con la cabeza a su espalda, en dirección al edificio que les daba cobijo, sin dejar de mirar a los ojos de su amigo.

—Donde el Cordobés.

—En la casa de Pascual —replicó la voz rotunda y estentórea de Tristán. Era una afirmación que, sin embargo, parecía buscar su propia confirmación, como una pregunta no formulada. Pareció vagamente sorprendido. Y puede que más interesado de lo que estaba dando a entender. Koldo se confió, creyendo que las vicisitudes de su vida doméstica podrían tender nuevos puentes de plata sobre aquellos que quemara antes de tiempo.

—Tristán vive ahí, en Eurídice —la interrumpió Asier, para pasmo de la joven—. Y conoció a Pascual. Si te quedas, te lo cuenta.

El joven le guiñó un ojo al tipo que estaba al otro lado de la mesa. Koldo echó una ojeada a la hora en el móvil mientras digería aquella prometedora noticia. Era casi la una.

—Adelante —intervino el otro, ofreciéndole una silla con un ágil gesto de muñón que la pilló desprevenida. Advirtiéndolo, añadió con soma—: Quizá hasta te cuente la verdadera historia de cómo perdí la mano.

La miró un momento a través de las gafas tintadas con un rictus sardónico bajo el bigote erizado y las cejas arqueadas, como un prestidigitador de cuya chistera todos esperan ver salir una paloma cuando en realidad esconde un gato mojado.

—¡Me la robaron!

Otra vez aquella risa de pirata. Koldo le respondió con una nueva

mueca mientras se sentaba con mayor precipitación de la que le habría gustado, deseosa de que el muñón desapareciera del respaldo de su silla y de que no se le notaran las ganas de perderlo de vista. Pero Tristón, galante, esperó a que ella se acomodara y luego su brazo acercó la silla hasta la mesa con insospechada habilidad. La joven no pudo evitar un estremecimiento al notar el miembro amputado en su clavícula, al tiempo que se amonestaba a sí misma por aquellos remilgos, hasta que Asier cortó el hilo de sus pensamientos.

—Te invito, ¿qué tomas?

—Pareces el dueño —le dijo ella con la mirada torva y sin poder contenerse.

—Qué va, pero me tratan bien.

Ella volvió a maravillarse, como solía, de lo benévola y dúctil que se mostraba la realidad en torno a la persona de Asier. A lo largo de su historia compartida, el joven siempre había actuado como si cada sitio y cada circunstancia le pertenecieran, aunque solo fueran lugares de paso. Se preguntó si lo que en realidad le molestaba era que hiciera lo mismo con las personas. En cualquier caso, aceptó de buen grado; hacía calor y agradecía aquella sombra. El Mascarón era un diminuto local de oportuno nombre ubicado al comienzo de la galería comercial, y sus cuatro mesitas se aprovechaban de la intimidad que garantizaba el callejón en el que se alojaba la colonia. Koldo miró hacia arriba, distinguiendo el muro que perfilaba la fachada y que contribuía a aquel particular aire de navío varado fuera de lugar. El patio contiguo al que se adivina desde aquí, se dijo regocijada, era el suyo.

Tenía la sensación de que Asier la miraba de reojo con discreto deleite, en parte por el gusto de volver a verla, pero sobre todo por el placer que le proporcionaba contemplar de qué manera la intimidaba Tristón. Para ser honesta, le daba un poco igual; se hallaba demasiado distraída observando al librero. Después del muñón, su mal disimulada curiosidad se dirigió al tatuaje en el que se prolongaba, asomando más allá de una de las mangas del polo

que había dejado al descubierto al quitarse la chaqueta, que apoyó en una silla. Se trataba de un fondo de escamas azul profundo y verde jade, muy profuso, sobre el que se adivinaba parte de una figura en colores naranjas que Koldo no supo si identificar como un tigre, una carpa o un dragón.

—¿Una caña? —Asier la distrajo momentáneamente con aquella alusión cómplice que, más que halagarla, la irritó.

—Me pasé al vino —respondió con sequedad, sin saber muy bien por qué.

Ahora fue ella quien notó la mirada directa de Tristón, mientras el joven se levantaba a por una nueva ronda. El hombretón la observaba sin compasión desde detrás de las gafas, como un anciano a la espera de la palabra precisa del crucigrama, o como el pelotón que arrasa un paredón. Ella le sostuvo la mirada mientras controlaba, a duras penas, el impulso de tragar saliva.

—Así que Bilbao —dijo de pronto, en un tono que ella no supo interpretar si denotaba desconfianza o aprobación.

—¿También viviste por allí? —El suyo sonó un poco a desplante.

—¿Qué te trajo a Madrid?

—Me buscaba la policía —le dijo ella con candor. El descaro de la respuesta, al parecer, le satisfizo, porque le dio un trago aprobatorio a la cerveza. Tanto que dejó el vaso limpio. Sus poderosas dimensiones y evidente sed hicieron parecer insignificante la nueva ronda de pintas que Asier traía en aquel momento.

A Koldo le costaba apartar los ojos del móvil apoyado sobre la mesa; lo había dejado boca abajo, con el volumen al máximo, a la espera de que sonara. Pero no podía dejar de reconocer que esta improvisada reunión era una de las mejores maneras de lograr que aquella mañana dejara de parecer un sofisticado procedimiento de tortura. Buscando escapar a su propia ansiedad, señaló con la cabeza el grupo de edificios que los rodeaban.

—Veo que la colonia arrastra mucha historia. Espero ser una inquilina a la altura.

—No sé yo. El Cordobés y Pascual dejaron muy alto el pabellón

—dudó Asier.

—¿El Cordobés también?

—Al Cordobés, que en realidad se llamaba Juan Español, lo conocían en su tierra natal como el Patriota, y aquí en La Proa acabaron llamándolo Barba Azul —informó Tristán.

—¿El tipo que almacenaba cuerpos de exmujeres en una habitación de su castillo?

La joven no tuvo tiempo de hacer más preguntas porque Asier ya tenía preparada una historia más propia de un pasaje literario. Al parecer, el Patriota, que se sacó de encima el mote jocoso derivado de su apellido cuando se trasladó a la capital y su origen pudo más que su nombre de familia, acabó siendo otro de los elementos que, junto con los orígenes literarios de la colonia y su posterior tragedia, permitieron que La Proa siguiera conservando ese sabor del Madrid de antaño, investida de su propia leyenda negra y con la distinción popular que otorgan los individuos a los que su parroquia todavía los conoce por el apodo.

Barba Azul irrumpió en la vida de la colonia un poco de refilón; un personaje secundario que hacía apariciones puntuales como responsable de la distribución de Odisea Silva en la zona de Andalucía, hasta que aceptó la invitación de Gregorio Silva para asumir las funciones de gerente en el polígono donde se encontraba la imprenta, trasladándose a la capital. Con la muerte de Pascual y la editorial ya en franca decadencia, Español acabó quedándose con la casa del malogrado hijo sin que nadie tuviera claro quién le hacía un favor a quién, y con el antiguo gerente convertido en personaje principal de una comunidad huérfana que, de algún modo, hizo suya.

Ataviado con camisa de cuadros y una cazadora de ante marrón, así arreciara tormenta o hubiera que hacer frente a la inclemencia estival, y tocado por una gorra de chulapo que llevaba ya al llegar de Córdoba, solía frecuentar los bingos cercanos a la plaza de Manuel Becerra y el tramo correspondiente de la calle Alcalá, donde al parecer tenía negocios, escoltado por un magnífico gran danés de

color gris azulado, llamado el Ruso por su estoicismo, que acentuaba lo particular de aquella estampa de siniestro vendedor de lotería de la Transición. Pero lo que verdaderamente desató la rumorología fue su gestión doméstica. Viudo al parecer desde poco antes de marchar para Madrid, lo hizo acompañado de sus dos niñas, Dolores y Josefa, a las que nunca se las vio, en el medio siglo que habitaron en la colonia, pasear solas por el barrio. Ya fuera a las sesiones dobles de los cines Peñalver o al servicio de los domingos al mediodía de la parroquia Nuestra Señora del Pilar, siempre acudieron acompañadas del progenitor. Y por más que durante el paseo posterior por el flamante parque de Evita Perón más de un mozo tratara, en años posteriores, de forzar el encuentro, solo el Ruso les salía al paso. La realidad, siempre maleable y acentuada en este caso por los ojos verdes de Josefa y la melena a lo Romero de Torres de Dolores, quiso que a aquellas hermanas virtuosas, mojigatas y encaminadas sin remedio hacia la soltería las rodeara el aura romántica de unas desdichadas cautivas.

Contaban en el vecindario que su padre cerraba con llave cada vez que le tocaba pasar revista al negocio en compañía del Ruso, y que solo una mujer de confianza, encargada de los recados y la intendencia doméstica, estaba autorizada a atravesar el umbral, acompañar a las niñas al cole y posteriormente recogerlas para traerlas de vuelta. Aquella mujer, que nadie supo de dónde salió, excepto de la boca de metro de Diego de León cada mañana, nunca se puso enferma y nunca facilitó información más allá de la lista de la compra.

—Cuando las hermanas cumplieron veintiún años, desapareció. O quizá murió, quién sabe —reflexionó Asier—. Para entonces, las niñas estaban bien enseñadas, e imagino que el Cordobés ya no necesitaba cerrar con llave, porque las dos se habían olvidado de que había algo más allá de la puerta.

Koldo estaba estupefacta. Tanto que había olvidado mirar el móvil durante la última media hora. No sabía si era la impresión de la historia o el hecho de descubrir que eso había sucedido también

en su casa.

—Pero ¿cómo no me contaste esto el otro día?

Asier se rio con esa peligrosa alegría infantil suya.

—Suicidios, fantasmas, cautivas…, demasiada información —certificó—. No hay quien compre eso.

—Excepto tú —puntualizó Tristán.

Acusó aquella obviedad como si se la hubiera clavado por la espalda a traición. Se giró con brusquedad para encararlo. No acertó a descifrar su tono ni su intención; tampoco supo por qué la había incomodado. Pero reconoció cierta alusión velada. Lo cierto es que, a la luz de esta nueva información, también se sentía en cierto modo estafada. Su casa era una especie de coladero; aún no sabía de qué. Y nadie la había advertido. Le dieron ganas de culpar a Asier. Un impulso que no le era desconocido, aunque sí lejano, y que siempre había reprimido como si las reglas tácitas de su relación no contemplaran aquel derecho. Molesta, aparcó aquel sentimiento centrándose en Asier, que continuaba hablando.

—De ahí la curiosidad que va a generar tu presencia en el vecindario. Ya sabes lo que dicen: no hay dos sin tres.

Se lo quedó mirando, notando cómo todo su resentimiento se diluía para dar paso a una súbita hilaridad. Se le escapó una carcajada.

—No te rías. —Asier exhibió su dedo índice delante de ella, reprendiéndola por su risa espontánea—. Los Silva vinieron de Barcelona y mira la que liaron. Español llegó como el Patriota, mutó en el Cordobés y se fue con los pies por delante como Barba Azul. Tú vienes de Bilbao; esperamos grandes cosas de ti.

Entre risas, Koldo pensó en las razones que la habían traído hasta La Proa. En la curiosidad, en la casualidad, en todo lo demás. Imaginó que nunca sabría qué trajo a Asier hasta esta colonia por mucho que se lo preguntara; sus motivaciones eran tan herméticas como sus ojos afilados. Y no se atrevió a planteárselo a Tristán, aunque se prometió a sí misma que lo averiguaría. Se conformó formulando una pregunta alternativa:

—¿Cómo llegó Gregorio Silva aquí?

—Le pasó como a ti. La policía lo buscaba en Barcelona —resopló Tristán.

En contra de la parquedad que le hubiera supuesto, aquello fue solo la primera parte de una respuesta que resultó mucho más precisa de lo que Koldo hubiera anticipado.

—Su hijo, como tenía por costumbre, empezó a meter las narices donde no debía —dijo, dándole a continuación un asombroso trago a su cerveza, cuya copa vacía quedó columpiándose en su única mano —. Pero esa es una historia que no se puede contar con sed — concluyó, exhibiendo el recipiente vacío.

Asier se apresuró a levantarse para ir en busca de otra pinta, pero lo detuvo con un gesto.

—No te molestes, muchacho; los deberes me reclaman. Otra vez será.

Sacudió de forma elocuente el reloj de su única muñeca mientras señalaba con un gesto hacia la librería. Koldo no supo decir si el tiempo se le había echado encima o si la retirada era una excusa para evitar entrar en detalles. Asier volvió a sentarse, un poco a regañadientes, mientras Tristán iniciaba el proceso inverso con cierta dificultad.

—Lo malo de las ocasiones es que nunca se sabe si volverán a darse —pronunció una vez de pie, confirmando el pálpito de Koldo. Esta observó sorprendida que, a pesar del vigor físico que se infería de su imponente figura, el mariscal había echado mano de un bastón que, cruzado en la silla contigua, se le había pasado por alto. Se apoyó en su mango, que tenía la forma de un cocodrilo dorado, para iniciar el camino de regreso a Odisea sin mediar mayores despedidas. Y sin pagar.

Recordó su primer encuentro en la librería antes de dirigirse a Asier.

—¿Tiene una cuenta abierta en El Mascarón?

—Los piratas nunca pagan. Y se cobran los favores —dijo el otro con algo parecido a la admiración. Una emoción que, viniendo de él,

era cuando menos desconcertante—. Hay muchas vidas en ese cuerpo y ninguna buena. La biografía oficial dice que empezó con Silva como chico de los recados poco antes de que su hijo se suicidara. Cuando la tragedia, todo cambió. Y él decidió irse a conocer mundo, al estilo romántico. Era a mediados de los sesenta y tendría diecisiete o dieciocho años; se despidió del jefe, se fue a Bilbao, ya ves la casualidad, y se enroló en un barco como grumete. Regresó veinte años después, casi en las últimas por culpa de unas fiebres. Silva lo recibió con los brazos abiertos y lo volvió a contratar en lo poco que quedaba del imperio editorial, la librería. Al morir, se la dejó. Desde entonces vive en la colonia, como un capitán que se resiste a abandonar el barco por segunda vez.

—¿Y la extraoficial?

Asier puso los ojos en blanco.

—En el vecindario se cuenta de todo. Que fue mercenario en Rusia, que traficaba con cadáveres en Camboya, que tuvo relaciones con los yakuzas en Japón —dijo como al aire. La joven recordó el tatuaje y no pudo evitar un escalofrío pensando en lo desafortunado de su incidente en la librería—. Sé que vivió en Japón. Y en Siberia —continuó Asier, quien súbitamente se dio cuenta de que Koldo parecía ensimismada. Hizo una pausa, observándola en una frecuencia diferente y cambiando el tono al volver a dirigirse a ella—. Me gustan esas arrugas.

Koldo entornó la mirada.

—Dicen que los años pasan, pero en realidad se quedan. Y han sido unos cuantos.

—¿Te casaste con aquel novio tuyo?

—No, no me casé —dijo como respondiendo a algo que se le antojaba evidente, aunque no tenía por qué—. Se quedó en Bilbao.

Le dio un trago al vino, como si aquello pudiera cambiar el rumbo de la conversación.

—¿Demasiado fácil? —sugirió el otro. A Koldo le sorprendió la pregunta; sobre todo porque evidenciaba que Asier recordaba la conversación que la había motivado.

Durante aquel loco año universitario y el que le siguió, Asier entró y salió de aquel piso compartido sin previo aviso y sin pauta alguna. Poco antes de su marcha a Galicia, y después de haberle perdido la pista durante varios meses, la puerta de su dormitorio se abrió. Serían las dos o las tres de la noche. La habitación estaba oscura, pero sabía quién era. Intuyó cómo se quitaba la ropa antes de echarse a su lado, quieto y en silencio. No hizo amago de nada, ni siquiera de hablar. Se limitó a acercar el rostro lo suficiente para que sus dos alientos se mezclaran. Tampoco llegó a contarle que se iba. Y, sin embargo, ella no pudo evitar decirle que había conocido a alguien. Una intuitiva reacción de despecho, quizá.

—¿Y cómo es? —preguntó, llevado por una cortés curiosidad.

Koldo lo pensó un momento antes de responder.

—Fácil —dijo con llaneza.

Él volvió a preguntar con igual llaneza.

—¿La relación o el novio?

No le gustó la pregunta, pero no quiso plantearse el motivo. Por la mañana, muy temprano, ella se fue a trabajar a aquella agencia de traducción donde hacía prácticas y él se quedó durmiendo un par de horas más, como solía hacer. O puede que sencillamente estuviera despidiéndose de aquella cama que tanto le gustaba. Fue la penúltima vez que lo vio.

Ahora volvía a tenerlo ahí, con aquella expresión afectuosa de hermano menor, sus hermosos e inofensivos rasgos mezclados, tan inescrutable como siempre.

Desvió la mirada en busca de ayuda, y los cómics que descansaban en la mesa del Mascarón se la ofrecieron.

—Vaya, *El capitán Trueno* —dijo fingiendo un interés quizá excesivo.

Asier correspondió con uno mucho más auténtico.

—Cómics antiguos, una debilidad —dijo satisfecho—. Mi viejo fue quien me introdujo y Tristán quien me iluminó de verdad. Y ahora mismo tú estás a punto de entrar a vivir en la cuna del más legendario: Baltasar de Figueroa, El Ángel de la fragata Blanca. ¿No

te parece una romántica casualidad?

—Romántica tal vez, casualidad no tanto —respondió, recordando quién le había mostrado el piso.

—Y con fantasma —prosiguió el otro con la broma en represalia por su tono cínico.

—Un piso compartido —precisó ella—. No te creas que no voy a agradecer un poco de compañía.

Se recreó un momento en la figura de Pascual Silva, pensativa.

—¿Qué pasó exactamente? Tú cuentas y cuentas, pero nunca llegas a lo que de verdad interesa. Tus infinitos conocimientos no irán a fallar justo ahí.

—Creo que he conseguido armar la historia. No sin esfuerzo, no te vayas a creer.

—Cuenta —le instó ella, impaciente.

Asier se hizo el loco solo un instante.

—Si quieres escucharla, tendrás que invitarme a tu casa —añadió en un tono abierto a múltiples interpretaciones.

—¿Cobrándote favores tú también?

Koldo no tuvo tiempo de escuchar la respuesta. El sonido del móvil anunció una llamada entrante. Miró de reojo, como quien no se atreve a hacerlo, y notó cómo la sangre se atropellaba en sus sienes al ver el número de la clínica de fertilidad. Tras despedirse de forma apresurada y un tanto misteriosa, algo que le provocó una fugaz sensación de triunfo que no llegó a disfrutar, echó mano del bolso y se alejó de La Proa al tiempo que respondía la llamada con voz ahogada.

# Capítulo 4

Se puso el kimono sobre el pijama, se cepilló la melena y se acercó a la puerta justo cuando volvía a sonar el timbre. Después del tercer capítulo de la enésima serie que llevaba vista, había comenzado a sentir ese anhelado sopor que acababa conduciéndola al sueño, lo que la permitió escapar de todo aquel tedio que la envolvía y tiraba de ella desde hacía varios días. Debería estar disfrutando de su nueva casa, no hacía ni tres semanas que se había mudado. Y, sin embargo, apenas la había paseado en los escasos quince minutos que se permitía estar de pie cada día. Para colmo de males, ahora saboteaban su único momento de evasión, la siesta. Torció el gesto mientras volvían a llamar a la puerta. Observó por la mirilla, primero desconcertada, y luego recordando. Supuso que era ella, su visita impuesta. Aquel compromiso acentuó su irritación. Abrió un poco a regañadientes. En el umbral aguardaba una señora ya entrada en años y visiblemente elegante. Parecía sobrepasar los setenta, pero el sencillo traje de chaqueta y pantalón color crema destacaba su porte esbelto, potenciaba la luminosidad del cutis y hasta le hacía juego con la arreglada melena blanca, además de conferirle cierta vitalidad juvenil. Una comisaria de arte, una interiorista retirada o la mujer de un diplomático, conjeturó Koldo mientras le estrechaba la mano, fastidiada por no sentirse en su mejor momento.

—Disculpe la intromisión; me llamo Dora; creo que el conserje ya la avisó de mi interés por visitar, siquiera fugazmente, su casa. No

puedo estarle más agradecida.

—Perdona la espera —asintió Koldo, tuteándola como sanción a lo inoportuno de la visita y sin ganas de presentarse.

—Muchas gracias por recibirme, de verdad —insistió ella con un acento cuya procedencia no logró identificar, aunque ubicó al otro lado del océano. Su tono, lejos de apremiante, parecía denotar auténtico agradecimiento y la buena educación de quien detesta hacerlo, pero intuye que molesta.

—Claro, ningún problema —mintió la anfitriona—. El conserje me dijo que tenías verdadero interés por la casa; que esta era tu última tarde en Madrid y que no habías podido venir a visitarla durante el momento en el que aún estaba a la venta. Siento decepcionarte, pero no estoy abierta a ofertas, por muy jugosas que sean.

Su interlocutora rio la broma cortésmente.

—Sí, no sabe cómo siento la molestia. En realidad, hablé con el conserje cuando la casa ya estaba vendida, pero aún no se había ocupado, de ahí las idas y venidas.

—Bueno, parece que te has salido con la tuya, pero tendrá que ser una visita rápida. Ya me explicarás el motivo. Y tutéame, por favor —cedió finalmente.

Si bien Koldo no conseguía reconciliarse con la situación y su tono no terminaba de resultar amistoso, la visita parecía impermeable a su fastidio y a su curiosidad.

—Sí, ya me lo avisaron. Te lo agradezco, de verdad.

Perpleja, la joven se recogió la melena en un moño alto mientras le indicaba a la recién llegada que la siguiera por el pasillo. Dejaron atrás la cocina, el dormitorio pequeño y el aseo antes de llegar al pequeño espacio distribuidor que dividía la casa en dos tramos paralelos, y la hizo pasar por la puerta de la derecha hasta el salón. Seguía sin saber cuál era el objeto de la visita; Paco solo le había anticipado que estaba muy interesada en ver la casa originaria del fundador de la colonia y, aunque suponía que ella le daría más pistas al respecto, se estaba tomando su tiempo.

—El salón —señaló Koldo al tiempo que extendía los brazos—. No

sé si era esto lo que querías ver. Paco no me contó demasiado. Los muebles los traje yo. Así que no habrá nada que te interese, excepto la distribución, la biblioteca y, quizá, aquella curiosa marina del fondo —le indicó sin apenas pausa, como solía ocurrirle cuando no sabía muy bien qué esperar de su interlocutor—. Digamos que esto es lo que formaba parte del escenario original.

¿Quizá se tratara de una escritora? A pesar suyo, se daba cuenta de que la curiosidad se iba imponiendo al fastidio inicial. Obediente, la aludida miró sin demasiado interés en dirección a la amplia biblioteca de madera que ocupaba por completo una de las paredes del salón. Estaba repleta de libros entre los que había volúmenes de viaje en grandes cantidades. Luego miró al lado opuesto, en dirección a un atlas enmarcado en madera de considerable tamaño que ocupaba la mitad de la pared izquierda del salón y sobre el que relucían, como una bandada de estorninos, una multitud de chinchetas negras diseminadas casi por toda su extensión.

—Veo que has viajado mucho —exclamó tratando de sonar admirada.

—No tanto, en realidad —respondió Koldo, obviando cualquier aclaración y aguardando, en cambio, las explicaciones pertinentes por parte de su enigmática visita. Ajena al apremio de su anfitriona, sin embargo, la recién llegada dejó vagar la mirada por el salón hasta que sus ojos se detuvieron en la marina dibujada sobre la puerta del fondo, la que conectaba con el dormitorio.

—El Mediterráneo.

—Desde el otro lado recuerda más al cabo de Hornos.

La desconocida enarcó las cejas y aceptó la invitación de Koldo de cruzar la puerta y mirar desde el dormitorio. Volvió al salón tras observar aquella curiosa marina invertida. Luego su mirada se dejó enredar entre las livianas cortinas color crema que cubrían, casi desde el techo, los amplios ventanales que daban al exterior.

—¿Esos ventanales dan a los famosos patios de La Proa? —señaló la mujer dejando traslucir cierta fascinación en el timbre de voz.

Koldo asintió, dirigiéndose hacia el espacio que se intuía al otro lado de las persianas eléctricas.

—Así es —confirmó—. ¿Son el motivo de la visita?

La recién llegada por fin pareció caer en la cuenta de que su autoimpuesta presencia requería de algún tipo de explicación.

—Sí, perdóname. Creía que el conserje te había adelantado algo. Le expliqué que estoy trabajando en un informe sobre el fenómeno de las colonias madrileñas de comienzos del siglo XX. Como solución arquitectónica y como fórmula de convivencia. Se trata de verdaderas joyas de urbanismo hoy prácticamente relegadas al olvido, cuando no derruidas para hacer bloques de viviendas más acordes a las necesidades actuales —puntualizó—. Hay muy poco escrito al respecto y estamos tratando de elaborar una especie de inventario que justifique un posterior estudio en profundidad. Con un poco de suerte, quizá acabe convirtiéndose en una guía a disposición del público —sonrió.

—Pero no eres de aquí, al menos el acento no lo es —afirmó Koldo más que preguntó, sorprendida de que estas colonias despertaran interés arquitectónico más allá de su localización natural.

—Soy de Miami —aclaró la aludida—. Nuestro distrito *Art Déco* es uno de los mayores activos históricos de la ciudad y un gran reclamo turístico, así que allí nos tomamos muy en serio la arquitectura urbana. Diseminado aquí y allí, en Madrid hay un verdadero capital arquitectónico concentrado en las colonias que se proyectaron en el primer tercio de siglo. Algunas fueron concebidas por gremios como el de la prensa, el militar o el ferroviario; otras fueron iniciativas sindicales, y en su mayoría estuvieron destinadas a las clases obreras y a gente sin demasiados recursos. Pero no todas. En cualquier caso, este tipo de viviendas comunales fueron muy particulares en su planteamiento arquitectónico. Y debo reconocer que me hacía especial ilusión valorar de primera mano esta en concreto. Meses atrás tuve ocasión de visitar la autoescuela de al lado; su terraza disfruta de ciertas particularidades, ya que su muro

izquierdo conforma en parte la fachada de la colonia —le puso en antecedentes a la joven—, pero la relevancia de esta vivienda reside en que constituye el modelo original; en parte porque estaba destinada al propietario y sobre todo porque, al tratarse de la primera en terminarse, se utilizó como ejemplo para el resto.

Koldo asintió, reflexionando sobre sus palabras. De forma instintiva, sin embargo, que el interés de su invitada se ciñera a motivos estrictamente arquitectónicos le producía cierta desconfianza. Estaba convencida de que el morbo de lo acontecido medio siglo atrás también mediaba.

—Bueno, supongo que todos los pisos tienen una distribución similar tanto dentro como fuera, en los patios. Visto uno, vistos todos. No creo que este vaya a sorprenderte mucho más allá de su bucólica personalidad.

Y como para demostrárselo, Koldo abrió las cortinas y pulsó el botón. Las persianas comenzaron a subir.

—Incluso en primavera, el sol en Madrid puede ser terrible —avisó a la extranjera.

Confirmando la veracidad de sus palabras, al alzar el telón, la claridad exterior les inundó las retinas de tal manera que el patio parecía una imagen sobreexpuesta de sí mismo. Koldo abrió la puerta de cristal indicando con un gesto a su invitada que saliera. Por un momento, la recién llegada pareció indecisa; luego agradeció la deferencia y subió el único escalón que separaba el salón del patio. Deslumbrada y con el ceño fruncido, alzó una mano a modo de visera tratando de enfocar la mirada cegada.

—Por lo visto, el anterior dueño era un nostálgico y trató de recrear aquí un pedazo de su tierra —añadió Koldo, señalando las agrestes macetas de geranios aferradas a las paredes y los tiestos asilvestrados que se acumulaban en dos y hasta tres hileras. Las cintas habían creado hijuelos que se derramaban por los bordes, los helechos habían invadido varios rosales cercanos creando curiosos tiestos híbridos, los jazmines trepaban por los galanes de noche sin lograr asfixiarlos y estos crecían hacia el interior del patio

convertidos en gruesas ramas ya ingobernables—. Yo tampoco he hecho demasiado por domesticar este caos vegetal, pero de patio andaluz le queda poco.

La recién llegada miró alrededor sorprendida; quizá atribulada ante el exceso de elementos. Y, tras pedir permiso con la mirada, caminó alrededor de las macetas inspeccionándolas, deteniéndose aquí y allí, tocando el cemento del murete con las yemas de los dedos y mirando a través de los paneles de cristal tal como hiciera Koldo apenas unos meses atrás.

—Es casi un milagro que este tipo de viviendas, con su escasa altura, haya sobrevivido al paso del tiempo en pleno centro de la ciudad, ¿verdad? —murmuró como para sí—. Y pensar que esta colonia estuvo un tiempo abandonada y en estado de semirruina hasta que la familia Silva la rescató.

Koldo la miró con renovado interés.

—¿Sabes mucho de la historia de La Proa?

—No tanto, en realidad. El nombre se lo puso el propio editor, Gregorio Silva. Adquirió la colonia de manos de un promotor que la tenía durmiendo el sueño de los justos desde antes de la Guerra Civil y la convirtió en sede y residencia de la editorial. Pero las características arquitectónicas, sobre todo esa semblanza que tiene con un navío y el entramado de patios del interior, la hacen única, ¿no crees?

—Supongo.

La Proa, según le refirió con mayor detalle, había sido un proyecto fallido que nacía hacia 1925 al amparo de la Ley de Casas Baratas de 1911. Se llamó Cooperativa de Casas Económicas La Travesía, matizó didáctica, pero su intención era otra. Formalmente, como el resto de colonias de perfil similar, se fraguó como parte de un movimiento urbano de índole social que pretendía dignificar la vivienda de las clases menos pudientes con un modelo de alojamiento de carácter burgués. Pero desde sus orígenes La Travesía buscaba, con sus volúmenes puros y funcionales, servir de reclamo de un estilo de vida más moderno y europeo dirigido a

profesionales liberales. El proyecto acabaría arrebatándoselo la colonia de El Viso firmada por Rafael Bergamín, debido, en parte, a su estratégica ubicación con vistas a la sierra de Guadarrama. Y La Travesía acabó siendo un grupo de casas inconcluso que, a las puertas de la Guerra Civil, quedó relegado al olvido. Durante muchos años, y hasta que Silva puso sus ojos en ella, puntualizó, el proyecto se había atribuido a Luis Gutiérrez Soto, un ecléctico y popular arquitecto madrileño de la época que, tras ser el máximo goleador del Real Madrid, se había dedicado, entre otras muchas ocupaciones, a poblar su barrio de Salamanca natal de edificaciones de inspiración racionalista. Fue Silva quien, al coincidir en la década de los cincuenta con el arquitecto bilbaíno Manuel Galíndez en Barcelona, ciudad donde este había proyectado años atrás el Banco de Vizcaya, supo de esta colonia madrileña que aguardaba, casi acabada, aunque en estado de semiabandono, tiempos mejores.

—Por aquel entonces comenzaba la edad dorada de Odisea Silva —puntualizó—. Cuando el editor decidió regresar de Barcelona a Madrid, localizó a Gregorio Iturbe, promotor habitual de este tipo de colonias, y se hizo con ella rebautizándola como La Proa. Había decidido utilizarla como sede de su gran proyecto editorial. Y creo que no pudo hallar mejor nave que esta para aquella travesía de éxito.

La mujer pareció percibir que Koldo abandonaba los recelos acerca de su presencia; ambas relajaron sus hombros casi simultáneamente. Acto seguido, la elegante desconocida giró sobre sí misma, se acercó hasta la fuente y, con un gesto, pidió permiso para sentarse en el borde. Lo hizo con cuidado de no mojarse el impecable traje blanco, mientras Koldo seguía sus movimientos en silencio, admirando sus hombros bien armados y la manera en que el traje se adaptaba a su cuerpo. Sentada, la señora dejó caer la mano izquierda, permitiendo que la punta de los dedos se sumergiera con delicadeza bajo el chorro que escupía una de las tres ranas que habían sobrevivido al paso del tiempo. Luego, con extrema delicadeza, acarició la cabeza del animal.

—Es un patio increíble. Ochenta metros cuadrados ocultos al mundo; un vergel secreto. ¿Cómo crees que hace uno para conservar algo así?

Miró a Koldo sin esperar una respuesta por su parte, pero con manifiesta simpatía. O quizá la palabra apropiada fuera interés.

—¿Lo han inspeccionado recientemente?

Koldo la miró, sorprendida.

—¿Inspeccionado?

—Bueno, estos patios pueden deparar sorpresas.

—¿Sorpresas? ¿De qué tipo? —volvió a preguntar ella sin comprender.

—Hace unos años, en la colonia de Los Carteros de la Guindalera, el afán de uno de los primeros propietarios por convertir su pequeña parcela en un bosque hizo que la casa, cuando la habitaba su nieto, estuviera inclinada hacia un lado. Las raíces habían invadido la tierra bajo los cimientos y lo habían dejado todo seco, provocando un derrumbe parcial de los mismos. Parecía la Torre de Pisa. No salió una raíz por la taza del WC, pero casi. Las cañerías estaban completamente obstruidas.

La expresión de Koldo le hizo suavizar el discurso.

—Quédate tranquila, dudo que aquí los tiestos vayan a invadir el salón. Me refiero a factores más prosaicos. Son espacios que están a la intemperie, expuestos de forma continuada a las inclemencias del tiempo. Inviernos fríos, veranos…

—Infernales, lo sé —asintió.

—Y luego están las heladas. Los cambios extremos de temperatura provocan desperfectos en las estructuras; los muros se resienten, los cristales, como aquel de ahí, se resquebrajan. Y las lluvias y, sobre todo, el agua sobrante de un riego continuado, pueden acabar filtrándose a través de las baldosas, generar humedades y provocar daños irreparables en las estructuras, en la tela asfáltica… En este caso, en los techos de las plantas inferiores, las de la galería y sus locales comerciales.

Koldo la miró, alarmada.

—Dios santo, ¿eso no es algo que hubieran debido prever los propietarios anteriores?

Su invitada hizo un gesto con la mano restándole importancia a su propio comentario.

—Llámalo celo profesional. Tú no has notado nada extraño en el patio hasta la fecha, ¿verdad? —preguntó. Un rostro escrutador aguardó la respuesta por parte de su interlocutora. Y luego negó con la cabeza—. No te preocupes, seguro que todo está en orden —dijo desautorizando sus propias observaciones por segunda vez. Luego, pareciendo dar por terminada tan espinosa cuestión, cambió de tema con ligereza—. Abusando de tu confianza, ¿puedo pedirte un vaso de agua?

Koldo regresó al interior de la casa con una extraña sensación a la que no sabía ponerle nombre. Las amables aunque inquisitivas formas de aquella visita le habían generado una vaga y sutil inquietud. Cogió un vaso y lo puso bajo el grifo. Sabía que no eran los comentarios alarmistas referentes a la integridad del patio los que habían sembrado su desconfianza. No. Era el intrusismo; la insistencia de aquella visita para la que, en realidad, no veía suficiente justificación. Procurando serenar aquella desazón, se obligó a ejecutar los movimientos con calma mientras sacaba los hielos del congelador, los volcaba en el vaso y devolvía la cubitera a su lugar. Qué más daba; aquella visita guiada parecía haber concluido. Sacudió la cabeza, cogió el vaso y salió de la cocina en dirección al patio.

En un primer momento no la localizó al salir al exterior; el exceso de luz no era de gran ayuda. Todavía con el vaso en la mano miró inútilmente en dirección a la mesa alojada bajo la pérgola, esperando hallarla protegida bajo la sombra; luego dirigió la mirada hacia la pared opuesta, allí donde el caos de macetas era más acusado y el verde alcanzaba una mayor intensidad. También en vano. El sol, que a esas horas daba sobre los ojos de todo el que se adentrara en el patio, dificultaba la visión. Todavía cegada y un tanto desconcertada por la infructuosa búsqueda, acabó haciendo visera

en dirección al centro del patio. Por fin la localizó. La extraña visita se incorporaba en aquel preciso instante desde detrás de la fuente, su rostro mostrando cierta tensión. ¿O era una sonrisa? Koldo trató de enfocar la vista a través de los haces de luz. La desconocida agitó algo que llevaba en la mano delante de ella. Unas gafas, se dijo, identificando el objeto. Unas gafas de sol de elegante montura marrón.

—Se me habían caído —le sonrió—. ¿Te importa? —dijo a continuación, poniéndoselas—. Este sol es inclemente.

Koldo asintió mientras trataba de captar cada detalle de la escena que se desarrollaba ante sus ojos, al otro lado del velo creado por la calima. Sin decir nada avanzó un par de pasos tendiéndole el vaso con el brazo extendido. La desconocida alzó el suyo para cogerlo.

—Gracias, me hacía falta —le dijo. Koldo se la quedó mirando mientras bebía. La manga izquierda de su traje claro estaba mojada cuando se llevó el vaso a la boca. La joven registró el detalle sin considerarse capacitada para interpretarlo. Acto seguido, llevada de un impulso apenas razonado, desvió su mirada al brazo derecho, que caía de forma lánguida a lo largo del elegante cuerpo de su invitada. Las gotas que se derramaban desde esa otra extremidad, casi sin intervalo entre ellas, habían acabado por formar un pequeño charco bajo el mismo. En realidad, precisó para sí, la manga estaba empapada. Completamente mojada hasta el codo. Tras beber toda el agua, trago a trago, casi con voracidad, la extraña giró sobre sí misma con sorprendente agilidad, dio un par de pasos y depositó el vaso en la mesa de cristal y hierro forjado, bajo el cenador.

—En fin, no quiero entretenerte más —dijo de forma repentina. Miró un pequeño reloj de pulsera—. Me tengo que ir, o no cogeré el avión.

—¿Ya mismo? —aventuró Koldo. El alivio se mezcló con la extrañeza.

—Los aviones no esperan —bromeó la mujer. La elegante amabilidad había dado paso a cierta urgencia que la llevó a tomar la

iniciativa dirigiéndose ella misma a la salida de la terraza. Koldo la siguió, confusa. Ya en el pasillo se giró hacia su anfitriona, mirándola todavía con las gafas puestas.

—Discúlpame, soy una maleducada. Tomo tu casa por asalto y ahora desaparezco como si mi visita fuera la de un fantasma. ¿Te imaginas que me soñaste?

Tras el enigmático comentario, le tendió la mano a modo de despedida. La joven, que la seguía con la perplejidad tatuada en el rostro, extendió a su vez el brazo de forma mecánica para estrechársela. Tuvo que contener un breve respingo mientras un escalofrío le recorría la espalda. No fue solo la manga mojada, hubo algo más. A partir de ahí, fue incapaz de proferir una palabra.

Los pasos de su invitada todavía tardaron un rato en dejar de oírse al otro lado de la puerta. Koldo echó el pestillo y giró la llave, no sabía si por costumbre o por necesidad, y se dirigió al patio. Sabía que llevaba demasiado tiempo de pie, pero lo justificó diciéndose a sí misma que iba en busca del vaso que su visita había dejado sobre la mesa. No obstante, una vez fuera, no se encaminó a la sombra del cenador.

Sin saber muy bien por qué, y todavía con aquella indefinible incomodidad en el cuerpo, se dirigió hacia la fuente y la rodeó hasta colocarse en el lugar en el que sorprendiera a la invitada. Miró alrededor. Desde allí percibía su casa con una profundidad que se le antojó sugerente y extrañamente evocadora; primero el sofá, después la biblioteca, con aquel enjambre de libros dilatados por la perspectiva, a continuación, el distribuidor recubierto de maderas y, al fondo, la puerta por la que había desaparecido aquella inexplicable visita. Acto seguido, se agachó hasta alcanzar su misma posición. La fuente y sus tres ranas, con sus respectivas bocas abiertas, seguían ahí. A esa altura, el agua que escupían en forma de chorro formaba arcos que sobrepasaban la cabeza de Koldo para luego volver a caer en la pila, añadiendo una nueva floritura a su campo de visión. En cuclillas, deslizó la mirada hacia abajo. Hacia el desagüe por el que el agua sobrante era evacuada formando un

reguero que iba a parar hasta el sumidero del propio patio. Dirigió su mirada al suelo hidráulico, aún mojado, donde también localizó los pequeños charcos dejados por las mangas de la desconocida, ya casi evaporados. Quizá había sido solo una impresión. Algo imaginado, probablemente fruto del aburrimiento. Y de las hormonas alteradas. Suspirando, apoyó las manos en el borde de la pila para volver a incorporarse. El gesto, torpe, la obligó a mirar hacia el interior de la poza, donde las baldosas ofrecían sus escenas de caza en una versión distorsionada por el agua de la misma, como si cervatillos, liebres y faisanes estuvieran a la fuga y en movimiento, y la imagen de los cazadores, ondulada e irreal, fuera más amenazadora que nunca. Pensativa, desplazó su mirada de la escena a las juntas entre las baldosas. Y a punto de hacer caso de su primer impulso, cayó en la cuenta y se deshizo del kimono; algo mucho más práctico que tratar de recoger sus anchas mangas.

Sus brazos, sumergidos casi hasta los codos, navegaron con deleite por el agua fresca mientras sus dedos, expectantes, recorrían el espacio que separaba cada baldosa. Estuvo así un rato hasta que, decepcionada, tuvo que reconocer que ahí no había nada. Fastidiada, se apoyó en una de las baldosas para incorporarse, y entonces lo notó. Un chasquido provocado por el cambio de peso que no fue suficientemente significativo como para evitar que se irguiera, pero sí para que, una vez incorporada, se detuviera pensativa. Volvió a mirar hacia dentro de la pila. Estaba casi segura de que aquella baldosa había crujido ante la presión. ¿O no? Con cierta avidez, se lanzó de nuevo hacia la pila. La baldosa se deslizó, no sin esfuerzo, chocando con las de alrededor. La empujó con más fuerza, haciéndola saltar hacia un lado. Quedó montada sobre el resto de baldosas, dejando un rectángulo de cemento al descubierto. El corazón le dio un vuelco a la vez que un espasmo a la altura de los riñones le advertía de que había sobrepasado con creces su tiempo autorizado de actividad. Se había descuidado. Incapaz de resistirse, sin embargo, se agachó de nuevo y observó el cemento que había quedado al descubierto. Nada. Le invadió una leve e

injustificada sensación de decepción. ¿Qué esperaba? Tomó la pieza suelta. Al sacarla del agua notó lo pesada que era; lo bonita, sin duda, y lo bien hecha que estaba. No pudo evitar darle la vuelta. Entonces la vio. En el reverso, grabada con elegancia, yacía una pequeña inscripción; una especie de dedicatoria.

T,
Conservar algo que me ayude a recordarte sería admitir que te puedo olvidar.
Por siempre, P.

Leyó la inscripción un par de veces, maravillada. Y una tercera más, con un sentimiento añadido, la certeza. Porque ahora, al menos, sabía algo de lo que aquella señora había estado haciendo en su patio: mentir.

# Capítulo 5

Sentada en la taza del váter comprobó, aliviada, que no había manchado. En el salvaslip solo había unos restos blanquecinos y en relieve, como brochazos; el excedente de los óvulos de la víspera. Introdujo los nuevos y, sin poder evitarlo, acercó los dedos a la nariz, oliéndolos con desagrado. Había algo en aquella mezcla de progesterona con la materia expulsada por su propio cuerpo que la ponía enferma. No era necesariamente desagradable, pero emitía un aroma caliente que la descomponía. Como ese olor contenido de algunos coches cuando han estado al sol que siempre la hacía marearse. Se puso un salvaslip limpio, se lavó las manos y se dirigió a la cocina para prepararse un zumo y un par de tostadas con aceite, tomate y aguacate con las que salió al patio. Echando mano del libro de Thubron, se acomodó en la tumbona. Prepararse el desayuno era el gran hito de la jornada, todo un despliegue dadas las circunstancias. El despuntar del día era, junto con la caída de la noche, su momento favorito. El pasar de las horas todavía no la había consumido y podía permitirse una expectante pereza matutina, a salvo aún de la desidia acumulada que se apoderaría de ella a lo largo del día y que no se sacaba de encima hasta que la jornada tocaba a su fin. Además, el sol aún tardaría en asomar por los edificios que se recortaban al fondo, a la izquierda. Sucedería en torno a las doce y, a partir de ahí, se derramaría por todo el patio volviéndolo inhabitable hasta las siete de la tarde, hora en la que los

edificios de la derecha lo acogerían con los brazos abiertos y sus azoteas en llamas. Pero, por el momento, lo único que se derramaba por las baldosas hidráulicas era el agua de la fuente, cuya superficie reflejaba el enloquecido trasiego de las golondrinas que, por primavera, anunciaban las mañanas y las tardes con ruidoso desenfreno.

Apuró el zumo mientras observaba el vaso vacío de la invitada del día anterior, todavía sobre la mesa de hierro, justo al lado de la baldosa tras la que había descubierto la inscripción. Luego se sumergió en la lectura. O, más exactamente, se dedicó a pasar páginas. Según los días, la acompañaba una incómoda sensación de mareo que podía prolongarse durante horas; era como llevar unas gafas desenfocadas que no había manera de quitarse. Si bien se trataba de una indisposición menor, le impedía evadirse a través de la ficción y la condenaba a un desalentador conteo de minutos en tiempo real. La obligaba a pensar. Y eso era algo que, en sus circunstancias, Koldo no quería hacer. Aquella vez, sin embargo, había una novedosa presa sobre la que cerrar sus obsesivas cavilaciones. Se recostó en la tumbona envuelta en el kimono de algodón, cerró los ojos y, mientras reflexionaba sobre su enigmática visita, se dijo que, con un poco de suerte, quizá lograra aventurar un par de hipótesis plausibles sobre su naturaleza o, en su defecto, echar un sueñecito que acortara las horas que tenía por delante. Se inclinó por la segunda opción. Dejó el tomo a un lado y se acomodó en aquellos pensamientos, ya evasivos, dejándose arrullar por el cálido murmullo de la fuente y la furia de los pájaros, mientras la comisura de sus labios se iba relajando. Aquello no duró mucho.

Un golpe seco y contundente la sacó de su incipiente estado de duermevela. Algo había caído de manera estrepitosa en el patio, golpeando el suelo con inusitada fuerza para después rebotar un par de veces más. Luego todo volvió a quedar en silencio. Se incorporó sobresaltada, protegiendo la tripa con una mano. Miró a través de las patas de la mesa en dirección a la esquina en la que se había originado el ruido, tras la pérgola; un objeto que tardó en identificar

debido al susto yacía panza arriba con su superficie apoyada en el suelo y una de sus cuatro ruedas todavía girando en el aire, cuando un segundo objeto, más voluminoso, cayó a su lado como un fardo. Un patinete y una mochila, registró de manera mecánica. Incrédula, miró hacia arriba en el preciso instante en que, desde la esquina derecha de la terraza, y proveniente del patio que lindaba en diagonal con el de Koldo, una figura se asomaba por encima de la mampara de cristal y, con sorprendente agilidad, caía limpiamente por encima de tiestos y macetas para quedar agazapada entre el monopatín y la mochila. La figura miró a Koldo a través de las patas de la mesa, muy seria, y permaneció en cuclillas al tiempo que alzaba un dedo índice y lo acercaba a su boca pidiendo discreción. Un gesto innecesario, dado que la mujer, incapaz de proferir palabra, seguía incorporada en la tumbona con la estupefacción abrazada al rostro y todavía sujetando su tripa con la mano derecha. El volumen sobre Siberia también cayó al suelo con estrépito momentos antes de que una voz de mujer, proveniente de la casa desde la que había saltado el intruso, se fuera haciendo audible a medida que la señora se acercaba en dirección al patio.

—¡Edu! ¡Eduardo! Por tu bien, espero que no estés en casa.

La voz sonaba al otro lado del muro. Koldo miró a la figura todavía en cuclillas, que imploraba silencio uniendo las palmas de ambas manos. Era un joven, en realidad un chaval de unos quince o dieciséis años, oscuro, delgado y atlético, cuyo rostro empezaba a hacerse agradablemente anguloso. Llevaba el pelo negro revuelto con esmero, una camiseta agujereada de algún grupo de *rock*, los vaqueros rotos y deportivas rojas.

—¿Me oyes? ¡Eduardo! Como te hayas vuelto a quedar dormido, del guantazo te pongo a mirar a Rusia. —La mujer esperó una respuesta guardando silencio mientras Koldo, un tanto absurdamente, dirigía una mirada de recelo al libro sobre Siberia que yacía en el suelo. Se la oía muy cerca. La oyó caminar patio arriba y abajo un par de veces. Su voz sonaba más tranquila cuando volvió a hablar; parecía haberse dado por vencida y ahora murmuraba para

sí—. Esto es una cuadra, señor. Hay que quitar todo esto de aquí ya. Qué patio, por Dios bendito… Si mi madre, que en paz descanse, viera esto, pediría que la acogieras de nuevo en tu seno. Y de paso que me llevaras con ella.

La señora regresó al interior del piso todavía refunfuñando. El joven pareció suspirar, aliviado. Separó las palmas y, todavía sin decir nada, introdujo una mano en el bolsillo de la parte trasera del vaquero mientras miraba a Koldo. Parecía valorar la confianza que le merecía aquella mujer que, vestida con un kimono y descalza, lo contemplaba todavía con la boca abierta. O quizá buscaba algo en el bolsillo. Sacó un paquete de tabaco de liar y, con suma destreza, se lio un cigarrillo mientras Koldo lo veía manipular el papel. A punto de colocárselo entre los labios, pareció recapacitar e hizo ademán de ofrecérselo a la mujer que tema delante. Esta negó con la cabeza y el chaval se lo colocó detrás de la oreja. Guardó el paquete incorporándose, se colocó la mochila y, con gesto experto, echó mano del monopatín, lo giró y se colocó sobre él, deslizándose con suavidad mientras rodeaba la mesa para dirigirse a donde ella aguardaba aún sentada. Una vez frente a la tumbona, giró sobre sí mismo al tiempo que levantaba un extremo del monopatín hacia su mano. Al término del giro, la tabla estaba ya en su regazo y él en cuclillas observando el rostro de Koldo, que se encontraba a solo un palmo del suyo. Sus ojos color avellana, muy luminosos, la analizaban con manifiesto escepticismo. Luego bajó la mirada hasta el libro que, todavía en el suelo, había quedado abierto y con las tripas desparramadas sobre las baldosas; se sonrió.

—¿Te vas a Siberia? —dijo con una voz más profunda y grave de lo esperado.

—Es posible.

—No lo parece —valoró él.

Koldo se indignó.

—¿Y eso?

—Nunca sales de aquí. Te paseas cada día por tu terraza, lees, duermes, escuchas música… Mi madre dice que algo barruntas. Yo

creo que te busca la policía —su voz denotaba esperanza.

El descaro del muchacho que se había colado en su patio hizo que a la mujer se le escapara la risa.

—Podría ayudarte. Tengo un amigo con coche. Falsifica carnés y pasaportes. Si quieres, te lo organiza para que salgas del país.

Lo observó escéptica. El chaval se rio con ganas, dejando ver dos blanquísimos incisivos separados entre sí que le devolvieron los trece años que por un instante había perdido.

—Era una broma —dijo risueño. Luego, más serio, añadió—: Si estás enferma, puedo quedarme a hacerte compañía. A cambio —dijo señalando la esquina del patio por la que había saltado—, podrías dejarme utilizar esto de vez en cuando. Como salida. Y como entrada.

—Ni hablar.

—¿Por qué no?

—Porque deberías estar en clase.

—¿Y tú no deberías estar trabajando?

—No necesito trabajar.

—Entonces, igual puedes prestarme unos pavos.

Ella se rio con ganas.

—No. Y la próxima vez que saltes por ahí, le diré a tu madre que estás agazapado como un conejo detrás de un tiesto. O te demandaré por allanamiento de morada y te enviarán a Siberia a hacer trabajos forzados, lo que prefieras.

El muchacho suspiró.

—Los trabajos forzados —reconoció con tristeza. Sacó un mechero e hizo ademán de ir a coger el cigarrillo que aguardaba detrás de su oreja, pero se detuvo un momento.

—De todos modos, gracias por cubrirme. Me llamo Tifón.

La joven estrechó la mano que le tendían.

—Koldo. Si vas a salir a través de mi casa, vuelve a dejar el pitillo donde lo tenías —le dijo señalando a la oreja derecha del chaval.

Tifón le lanzó una media sonrisa y echó a andar con el monopatín en una mano y el cigarro en la otra.

—Recuerda que tengo a tu madre a menos de un metro —le gritó cuando el chaval estaba a punto de salir por la puerta de la terraza.

Se incorporó, girando la cabeza para verlo marchar. A través de los cristales, observó que el joven no había llegado a abandonar el salón y, en lugar de ello, se había detenido a la altura de la biblioteca de obra. Su cuerpo parecía haber adquirido una nueva energía y su rostro, un interés renovado. El cigarro regresó a la oreja y comenzó a ir y venir tocando los lomos de varios de los libros mientras lo observaba a través del cristal. Algunos los sacaba, miraba la cubierta y volvía a dejarlos. Koldo se levantó, asomándose por la puerta de acceso al salón. El chaval la miró, implorante.

—¿Puedo coger uno? Te lo devolveré; somos compañeros de patio.

Los dos incisivos del chaval, pequeños, blancos y separados entre sí, brillaron con desmedido regocijo cuando su boca se estiró en una sonrisa. Tras meter en la mochila *Guía para viajeros inocentes*, una suerte de manual de viaje donde Mark Twain relataba con mordaz comicidad el primer viaje organizado de la historia, Tifón salió por la puerta guiñándole un ojo. Koldo lo vio marchar, sorprendida por la elección. Luego regresó a la terraza y, pensativa, se acercó a la esquina por la que había tomado por asalto su patio tras aquella majestuosa acrobacia. No sabía si ella hubiera sido capaz de emularlo; pero le entraron ganas. Se demoró inspeccionando la accesibilidad del muro mientras se lamentaba de la precariedad de su condición; algo de lo que, en realidad, no tenía ninguna culpa. También se amonestó porque las circunstancias actuales la hubieran privado, a lo largo de aquel mes, de su habitual curiosidad. Había pasado incontables horas en aquel patio en calidad de testigo privilegiada de su entorno circundante y no le había sacado ningún provecho. Tan ensimismada había estado que no se le había pasado por la cabeza indagar acerca de la naturaleza de sus vecinos. Conclusión: lo ignoraba todo de aquellos extraños que estaban a solo un salto de casa. Literalmente.

Aquel muro que se levantaba a lo largo de todo el perímetro del patio llegaba a la altura de su nariz y funcionaba como soporte de las estructuras de hierro que sostenían las mamparas de vidrio, que a su vez separaban unas terrazas de otras y alcanzaban una altura de unos dos metros y medio. Entre el muro y las estructuras de hierro, sin embargo, existía una abertura de unos cinco centímetros de altura a través de la cual, si uno se agachaba a la altura adecuada, era posible recabar fragmentos de información del patio anexo. El ángulo de visión era limitado, pero con el adecuado ejercicio de abstracción, aquel resquicio permitía intuir el cuadro vecino general. Sin embargo, desde que se instalara en la colonia, Koldo apenas se había animado una o dos veces a echar una discreta ojeada.

El patio de su izquierda, perteneciente a la autoescuela situada en el número C de Píramo, estaba, hasta donde su vista alcanzaba, tan yermo como una meseta castellana. Pero el muro opuesto de ese patio tenía una particularidad: era, junto con su prolongación en el patio alojado frente a la autoescuela, propiedad de una consultoría y en este caso perteneciente al edificio de enfrente —el denominado Tisbe—, la fachada de La Proa. Aquellos muros, que se asomaban al callejón, daban a la terraza del bar donde trabajaba Asier, El Mascarón, y dibujaban una silueta que acentuaba la impresión de que el edificio era un buque varado en el centro de la ciudad.

Koldo dirigió su mirada a la terraza situada frente a la suya, también en Tisbe. Utilizando su limitado ángulo de visión apenas se atisbaba nada, pero, apoyada en las mamparas de cristal, se adivinaba el perfil de una pequeña armada de macetas. Se trataba de una cuidada colección de crasas y cactus que exhibían las más sugerentes y estilizadas formas. Aquello la había inducido a pensar que aquella vivienda no estaba habitada por niños. Además, nunca había llegado a oírlos.

El patio contiguo por su derecha, la letra A de Píramo, era un misterio. El ruido de las puertas abriéndose con delicadeza; alguna figura de movimientos discretos poniendo orden con esmero; silencio, sobre todo. Se agachó con sigilo, alcanzando a ver la misma porción del plato de cerámica verde y crema colgado de la pared que ya viera en ocasiones anteriores, la parte superior de algo que podía ser una mecedora y fragmentos de plantas aquí y allí. Finalmente, en la diagonal que quedaba a mano derecha, aguardaba la casa de su nuevo amigo. De nuevo encorvada, trató de echar una ojeada forzando la vista hasta adivinar los respaldos de varias sillas de plástico verde apiladas unas sobre otras y unos palos que, intuía, eran el mango de diversas escobas y fregonas. También acertó a ver a una persona con una bata de flores que salía en aquel momento a la terraza. Se agachó, cogió del suelo lo que resultó ser un balde y volvió a entrar. La madre de Tifón, aventuró.

Un movimiento que alcanzó a ver por el rabillo del ojo, como esa mosca que se esfuma en cuanto giras la mirada en su dirección, llamó su atención en la casa alojada encima de la del chaval. Hubiera jurado que alguien la observaba desde arriba mientras ella hacía lo propio con los de al lado. Pero ahí no había nadie. Se sintió pillada en falta mientras se incorporaba y giraba trescientos sesenta grados sobre sí misma, inspeccionando con renovada curiosidad la segunda planta. Ni un alma. A diferencia de ella, los propietarios de cualquiera de esas ventanas, se dijo con cierta envidia, disfrutaban de información privilegiada. Aunque tuvieran tan poco interés por curiosear como las ensimismadas jovencitas del piso colocado sobre la consultoría. Seguramente, lo que sus camas les deparaban cada mañana era mucho más sorprendente que lo que veían por la ventana. Dirigió la vista al piso contiguo al de las jovencitas, colocado sobre el patio de los cactus. Pertenecía a un discreto matrimonio de mediana edad. También recordaba a un adolescente asomándose de vez en cuando a curiosear el piso de las vecinas y que invariablemente huía cada vez que su mirada se cruzaba con alguna de ellas. Sobre la casa de Tifón, nada; si acaso, la intuición

de una figura fugaz desapareciendo tras el cristal. Como ahora. Y con respecto a Píramo, poco más. Encima de la autoescuela vivía un matrimonio de edad madura y notable eficiencia que parecía haber asumido la tarea de mantener a ambos bloques al tanto de la hora por la puntualidad con la que subían y bajaban las persianas, mientras que, sobre el patio situado a su derecha, solo los acordes de una guitarra evidenciaban el aliento vital de alguien que tenía las persianas echadas a perpetuidad. Pero su mayor tormento acechaba justo por encima de su cabeza. Frunció el ceño al notar el aliento de sus vecinos de arriba en la nuca. Percibía la existencia de aquellos ruidosos e intempestivos seres como una presencia a cuya sombra la habían condenado a habitar. Todo lo hacían a deshoras y con el volumen equivocado: ver la tele, discutir, follar. Sacudió la cabeza tratando de poner distancia entre ella y la idea de que, tarde o temprano, aquello desembocaría en un encontronazo. Se abrazó a su kimono en busca de consuelo e inició la retirada a través de la puerta del salón.

# Capítulo 6

Como de costumbre, entró sin llamar y metiendo una bulla innecesaria. Su presencia tenía una cualidad similar a la de esas señoras que llegaban a la pescadería o a la frutería las últimas, pero se apoderaban del espacio por completo hasta que lo abandonaban. Iba cargada de bolsas que depositó sin grandes ceremonias sobre la encimera y se dedicó a organizar el avituallamiento distribuyéndolo entre despensa, nevera y congelador. Luego se dirigió al salón, desde cuyo sofá Koldo la había visto llegar.

—¿Qué? —dijo como si le costara mucho esfuerzo decir algo más.

Iso era una de esas nativas del norte de piel pálida y mantecosa. Su sedosa cabellera negra caía como una alfombra barriendo su espalda, pero se recortaba drásticamente sobre su rostro con un flequillo que acentuaba el tamaño de los ojos color jade, grandes como capazos, asomando sobre unas vastas mejillas moteadas de pecas. Hasta ahí su retrato más delicado. El gesto firme de su boca, su mandíbula rotunda y un cuerpo de dimensiones intimidantes conformaban el resto de una mujer con la que no apetecía tener cuentas pendientes. Y que ahora mismo la miraba expectante.

—Aquí sigue —dijo Koldo tocándose la tripa. Luego cogió el vaso de zumo que Iso le tendía—. Preferiría una copa de vino.

La otra la ignoró.

—A ver, te he llenado la nevera. Y te he traído un táper con

lentejas; es todo lo que me ha dado tiempo a cocinar.

—¿Lentejas con este calor?

—Te las comes frías —respondió la otra, que regresó a la cocina —. ¿Te acordaste de poner la lavadora por la mañana?

Estuvo un rato tendiendo la ropa de su amiga, fregó todo lo que se había ido acumulando y preparó una ensalada debidamente desinfectada y un sándwich de jamón y queso para cada una. Con la caída de la tarde salieron a cenar. Las golondrinas habían vuelto a cubrir los patios y el riego por goteo, que rodeaba todo el perímetro, comenzaba a agitarse, como cada vez que le tocaba trabajar. Iso se cobijó bajo el cenador con las piernas estiradas sobre la mesa de hierro forjado mientras Koldo volvía a su tumbona.

—Se me están acabando los óvulos.

Su amiga asintió.

—Mándame un wasap con lo que necesitas; mañana por la tarde me acerco a la farmacia. De todos modos —añadió—, ya sabes lo que pienso.

—Déjalo.

—Tienes que decírselo. Ya.

—Solo cuando sepa qué decirle. Y mira, no he manchado en una semana. Seguro que en unos días puedo empezar a hacer vida normal.

—Tu madre te va a matar, en serio. Y a mí, cuando sepa que soy tu cómplice.

—Por cierto, ¿qué tal la tuya? —Cambió Koldo de tema.

—Inminente —anunció Iso—. Y por tu culpa. Ha aprovechado tu ausencia y amenaza con ser ella la que venga a probar el menú. Y de paso echar un ojo al vestido.

—¿Amenaza?

—Es un decir. Ya ha comprado el billete.

Koldo se solidarizó con ella. Iso podía parecer un perfecto producto gestado a la sombra de un caserío, pero lo cierto es que su abuelo había criado a las dos hijas en la margen derecha del Nervión, en una casa con torreón desde donde regularmente la

familia al completo viajaba a Viena para asistir a conciertos de música clásica, a Londres en busca de pomos para las puertas y a Francia a comprar queso. Su tía y su madre, de niñas, jugaron en una ocasión a las canicas con el rey emérito, o eso les gustaba contar. Años después, Beatriz, la madre de Iso, cambió la música clásica por los mantras, los quesos por la dieta vegana y el tenis por el chi kung. Pero todos la seguían conociendo por Sisi y un chófer la llevaba a sus clases.

—El otro día me sugirió que durante el cóctel los invitados hicieran un pequeño ritual de agradecimiento uniendo sus manos en un círculo. «Por supuesto, queremos solo energía positiva, tu tía no podría participar, que en las últimas semanas anda de los nervios con el torneo de *bridge* ese que organiza en el club. Hazme el favor y se lo dices».

Koldo se rio. Luego dudó un momento.

—Hablé con tu madre; me llamó —le confesó por fin—. Me dijo que estaba pensando que escogierais un menú vegano. Y ya sabes, quien paga, manda.

Su amiga le guiñó el ojo.

—Por eso no te preocupes. Para mi madre, todo lo que cueste más de sesenta euros el kilo es vegano. Jamás he visto una persona capaz de adaptar cualquier doctrina a sus intereses con mayor desfachatez.

A Koldo le producía una ligera inquietud hablar de aquella boda; una voz en su interior parecía advertirle de que quizá no pudiera asistir. Que todo aquello podría no haberse solucionado o que el desenlace no fuera el que ella esperaba. Apartó aquella insidiosa idea sin llegar a pensarla del todo.

Iso y ella se hicieron inseparables desde que coincidieron en parvulitos; acabarían compartiendo piso durante la universidad y juntas darían el paso de trasladarse a Madrid al licenciarse. Parte de culpa la tuvo su abuela, quien, tras pasar una breve temporada en la capital, les refería extrañas y fascinantes historias. Les contaba que Madrid era una ciudad que estaba del revés. El mar, siempre azul y

luminoso, estaba donde en Bilbao tenían aquel cielo siempre gris y plomizo. Los peces caían del cielo, por eso en Madrid el pescado era casi tan rico como en Bilbao y se volvían locos con los bocatas de calamares. Pero los barcos, confundidos, acababan yendo a la deriva para terminar encallando en lugares tan extraños como el centro de la ciudad. Cómo no, Iso y ella se hicieron la firme promesa de investigar aquel fenómeno en cuanto tuvieran edad.

Pero Iso fue también quien, de forma más reciente, le ofreció su sala de estar por tiempo indefinido mientras Koldo fingía recomponerse. El duelo tras la ruptura, en realidad, fue discreto; pero aquel paréntesis en forma de sofá le sirvió para guardar la apariencia de confusión que todo el mundo presuponía tras una ruptura seria y, sobre todo, le hizo ganar tiempo. No para reflexionar acerca de lo que había sucedido, sino para planificar lo que estaba a punto de suceder.

Las grandes decisiones que había tomado en su vida no habían sido tales en realidad; de algún modo le habían sobrevenido sin que ni ella misma las viera venir. Y sin que mediara el debido proceso de reflexión que la escuela de la vida parece empeñada en atribuirle a todos los cambios decisivos. A ella las cosas le pasaban de repente y de la forma más prosaica. Sucedió cuando supo que se había desenamorado en el tiempo que dura una ducha, o cuando salió a por un café y volvió con un piso. Lo de ser madre tampoco fue una excepción. Una mañana, revisando la cuenta del supermercado, imaginó en cuánto se incrementaría de haber un niño de por medio. Supo que había llegado su momento. Koldo era una de esas grandes indecisas a pequeña escala que actuaba por impulso en las grandes encrucijadas vitales. A menudo sin valorar las implicaciones en toda su magnitud. Tuvo que reconocer que en este caso concreto no había tenido en cuenta ciertas variables y las cosas se le habían ido de las manos, pero su amiga había estado al quite. La miró con arrobo. Se acababa de meter un cuarto de sándwich en la boca para poder echar mano de la baldosa olvidada en la mesa desde la víspera.

—¿Ya se han empezado a romper cosas? ¿Dónde va esto? —preguntó, mientras buscaba un desconchón en la parte exterior de la fuente.

—Dentro.

Se incorporó sin soltar el azulejo y rodeó las ranas que, imperturbables, se entregaban con constancia a su tarea. Cuando llegó al otro lado, se puso de rodillas y sumergió las manos en la pila. Al momento, todavía con la baldosa en las manos, volvió a sacarlas lanzando una exclamación.

—¿Tú has visto esto? —Sus ojos color jade brillaban a través de los chorros de agua. La sorpresa los hacía parecer más grandes que de costumbre—. «Conservar algo que me ayude a recordarte sería admitir que te puedo olvidar» —leyó en voz alta—. ¿Quién es T.?

—Apostaría por Tisbe.

—¿Y quién demonios es Tisbe?

—Hasta donde sé, la novia de Píramo. De ser cierto lo que me contó Asier.

Iso la interrogó con la mirada.

—No escuchas nada de lo que te cuento, ¿verdad? —le reprochó Koldo.

Su amiga esbozó una mueca culpable. Irritar a su amiga era una de las grandes satisfacciones que le deparaba la vida a Iso desde EGB. Los estertores de la época universitaria que compartieron con Asier y su cuadrilla le depararon otras muchas, pero desconfiar de Asier era otro de sus deportes favoritos desde entonces. Koldo la dio por imposible.

—Los edificios de La Proa tienen nombres mitológicos. Y no son nombres al azar. Según me contó, cada pareja de bloques representaba tres de las grandes tragedias griegas de la literatura; tres dramas monumentales que habían convertido aquella colonia en la gran convidada de piedra a la historia del desamor.

Tras aquella curiosa revelación y espoleada por la curiosidad, le explicó a Iso que se le había ocurrido hacer una pequeña comprobación sobre el terreno, por lo que acabó dando una vuelta

alrededor de los edificios de la colonia, anotando mentalmente los nombres de cada uno de ellos. Google hizo el resto.

—El último bloque a este lado, el número 5, es el Edificio Orfeo —le recitó— y está enfrentado al Edificio Eurídice, que está en el número 6 de la colonia. Por lo visto, Orfeo bajó a los infiernos a rescatar a su amada Eurídice y, aunque juró y perjuró que se fiaría de que ella lo seguiría de vuelta al mundo de los vivos sin girar la cabeza, faltó a su palabra. Orfeo se giró solo un momento, Eurídice se convirtió en columna de humo y él se dedicó a tocar la lira a las bestias del bosque el resto de sus días. Que es poco más o menos lo que me va a suceder a mí.

Su amiga la animó a continuar la narración con un gesto que indicaba que abreviara y fuera al grano.

—Vale. El edificio contiguo a este, el número 3, es el Apolo, que está enfrentado a…

—¡Ese me lo sé! —La interrumpió Iso, excitada—. Al Edificio Dafne, ¿verdad? —Koldo asintió sorprendida, mientras la otra continuaba—: Apolo, que era un tipo muy soberbio, se rio de Cupido y este le disparó una flecha haciendo que se enamorara de Dafne, a quien a su vez había herido con la flecha del desamor para que rehuyera a Apolo eternamente. Cuanto más la perseguía Apolo, más corría Dafne hasta que, desesperada, rogó para que la convirtieran en algo que Apolo nunca pudiera alcanzar: un laurel. —Hizo una pequeña pausa durante la que cayó en la cuenta del rostro de pasmo de su amiga—. Escribí un trabajo en el instituto sobre Apolo y Dafne —aclaró—, aunque no te acordarás. Por aquel entonces, yo me sentía un poco como Apolo rodeado de un montón de Dafnes —dijo guiñándole un ojo.

Koldo se rio con ganas y luego pidió la palabra.

—Vamos a lo importante. El edificio que nos ocupa es este de aquí, el mío, en el que nos hallamos ahora mismo. El número 1 de La Proa. Su leyenda es la mejor de todas. Edificio Píramo, recordemos. Enfrentado a Tisbe, ese de ahí, que es el portal número 2 —apuntó para su amiga, señalando las terrazas que tenía

enfrente, entre ellas la de su flamante nuevo amigo, Tifón—. Según reza el mito, Tisbe y Píramo vivían muy infelices, pero muy enamorados en viviendas contiguas de la antigua Babilonia. ¿No te entusiasma el paralelismo? Estoy segura de que al tal Silva, el editor, la idea de bautizar así los edificios se le ocurrió a raíz de esta distribución. El caso es que, como sus familias estaban enfrentadas, solo podían hablarse por medio de una grieta que comunicaba ambas casas a través de una pared contigua. Hasta que un día se hartaron. Se citaron clandestinamente en las afueras de la ciudad, pongamos que en El Retiro, junto a una morera. Tisbe fue la primera en llegar y, acto seguido, lo hizo una leona. La leona se acababa de merendar un buey, así que venía con pocas ganas de fiesta, pero Tisbe hizo bien en esconderse en una gruta. El problema fue que perdió el velo por el camino y la leona lo olisqueó, con tan mala fortuna que lo dejó hecho un asco con los restos de la sangre del buey. Cuando Píramo llegó, dio a su amada Tisbe por muerta. Se mató allí mismo, bajo la morera, tiñendo los frutos blancos de la misma del rojo de su sangre. La pobre Tisbe salió de la cueva, se echó las manos a la cabeza al ver la carnicería y se quitó la vida con la misma espada que su amado mientras pedía que los frutos rojos se volvieran negros en honor al mismo —concluyó.

Iso la escuchó en silencio. Luego giró la cabeza contemplando aquel patio con renovado interés.

—Nunca volveré a mirar un adosado de la misma manera —declaró con seriedad.

—Tú ríete, pero a mí me ha dado que pensar.

—¿De verdad? Para que te pasara algo parecido necesitarías no una leona, sino un novio. Que es aún más complicado.

Su amiga entornó los ojos.

—No. Sucede que aquí, en esta misma terraza, ocurrió algo hace más de medio siglo —prosiguió Koldo, a la que le gustaba dosificar la información y había guardado la parte de la historia referente a los Silva casi para el final, en busca de un buen golpe de efecto—. Según me contó Asier, un joven se quitó la vida aquí mismo, en este

patio, debido a una decepción sentimental. Un drama total. Aquel joven era el heredero de toda esta colonia, y deduzco que también el autor de la inscripción de la baldosa. Lo curioso es que no era el único que sabía que esa inscripción estaba ahí.

A continuación, le relató a su amiga la inesperada visita de la víspera. Se recreó en la descripción de la elegante forastera, le explicó el peculiar motivo por el que decía querer conocer la casa y le detalló la extraña carambola final como si de la secuencia de un guion se tratara. Su amiga se la quedó mirando.

—Es una arquitecta; tenía interés por visitar una colonia de comprobado valor histórico. Y tú estás muy aburrida.

Su amiga ignoró la pulla.

—¿Qué me dices de la baldosa? Esa mujer solo tuvo tiempo de levantar la baldosa si sabía exactamente qué buscaba y dónde.

—Es decir, ¿si en realidad era Tisbe, la novia de la versión contemporánea de Píramo?

—Ayudaría a que las horas que tengo por delante resultaran más entretenidas.

—Vale —asintió su amiga, conciliadora, mientras jugueteaba con el móvil—. ¿Cómo era la dedicatoria?

—Conservar algo que me ayude a recordarte sería admitir que te puedo olvidar —recitó Koldo, observando cómo su amiga tecleaba.

—Vaya, mira… Es una frase de *Romeo y Julieta*. —Luego lanzó una exclamación—. ¿Sabes que, para crear su *Romeo y Julieta*, Shakespeare se inspiró en el mito de Píramo y Tisbe?

—Lo que creo es que mi visita de ayer sí lo sabía —respondió, deseando no estar equivocada.

# Capítulo 7

Caía la tarde y la llamada de las golondrinas se colaba por las ventanas. Una de sus jóvenes vecinas, quizá anticipándose a una noche prometedora, canturreaba desde el segundo piso y tendía algo de ropa interior mientras la de Koldo volvía a aparecer manchada al ir a orinar. Esta vez el rastro era bastante más extenso, más rojo y más espeso; notó cómo se le encogía el estómago. Había sentido aquella fastidiosa pesadez en los riñones; como las veces anteriores. Pero a esta no siempre le seguía el fatídico cuño. Esta vez era notablemente aparatoso. Llamó a su amiga con pulso incierto. Luego se tumbó, temerosa de efectuar el más mínimo movimiento, como si su futuro dependiera de que no girara el cuello o se le ocurriera mover un dedo.

Iso llegó poco después con la actitud de una visita rutinaria; sacó un vestido del armario sin mucho miramiento y dio una palmadita en el aire para que se levantara. Koldo llevaba un par de semanas sin salir de casa mientras la consumían el hastío, las hormonas y, a ratos, el ruido de los vecinos, pero obedeció a regañadientes, con una mezcla de resistencia y congoja que no iba a reconocer. Podía quedarse allí tumbada, frente a la fuente, sugirió en voz alta. Volver a introducirse la progesterona como si tal cosa; echar pestes del olor de sus entrañas y pasar las páginas de Thubron a la espera de que Tifón saltara por la terraza o su visita sorpresa llamara de nuevo al timbre. Al día siguiente ni se acordarían, le insistió a Iso. Pero su

amiga le tendió el bolso sin decirle nada.

El doctor Castillo de la Ensenada, un señor ya entrado en años y todo un veterano de la gestación, era un tipo risueño y ya de vuelta de todo al que resultaba difícil pillar en un renuncio e imposible incitarlo a compartir la zozobra en la que solían militar muchas de las gestantes que se acercaban hasta su consulta. Tampoco lo consintió en este caso; estuvo un rato jugueteando con el ecógrafo, como un niño encantado de que por fin le dejaran pilotar la Nintendo de su hermano mayor mientras Koldo aguardaba, expectante. Le entraron ganas de arrancárselo de las manos y tirarlo por la ventana, pero se obligó a conservar el temple, más por miedo a las consecuencias de un movimiento brusco que por consideración alguna con el caballero. El latido, certificó después de largos segundos, seguía ahí, como un cromo pegado a la pantalla.

—Pero con estas cosas nunca se sabe, puede pasar de todo. Te lo digo para que no te pille por sorpresa —dijo de forma casual, como si la hubiera advertido de que podía llover, para que no le extrañara mojarse—. A tenor de las pérdidas que acabas de tener, los siguientes días serán decisivos.

Aquella frase, recitada con el tono desapegado de quien tiene la cabeza puesta en lo que le aguarda en casa para cenar, produjo en Koldo sensaciones encontradas de terror y extrañeza. Y tuvo el efecto de sacarla de sí misma y ponerla a mirar la escena desde fuera. Supuso que era una versión matizada y más de andar por casa del estado de *shock*. Castillo de la Ensenada la despidió sin muchas ceremonias y ella, al salir, le robó el talonario de recetas y lo tiró en la primera papelera que encontraron fuera mientras Iso fingía no verla.

La acercó a casa en coche y se ofreció a pasar la noche con ella, pero Koldo recordó que tenía una despedida de soltera de la gente de la clínica en la que trabajaba. Puestos a ser honestos, no es que hubiera mucho que pudiera hacer por ella en esos momentos. Tendida en la cama y con los ventanales abiertos, Koldo vio caer la noche sobre el patio y cómo la oscuridad se cerraba sobre la fuente,

que seguía escupiendo agua. Castillo le había prescrito reposo y ella procuró que su cuerpo obedeciera mientras su cabeza permanecía en un tenso estado de alerta. Durante varias horas de agotador auto chequeo comprobó si notaba pérdidas o humedad en la entrepierna; y ni un solo cabello cambió de posición sobre la almohada sin que ella tuviera plena consciencia. De manera gradual, el ruido que salía de aquellas fauces verdes apostadas en el patio la condujo a un estado casi contemplativo que, exhausta, la hizo claudicar. Se entregó a un sueño inquieto, pero no fue por mucho tiempo. Un par de horas después, ahí estaban de nuevo sus vecinos.

Aquella noche tampoco iba a ser una excepción. El piso de arriba cobraba vida justo cuando se suponía que debería ir apagándola. Primero follaron. Luego debieron comer algo. Volvieron a follar. Y, luego, risas. Si tenía que ser sincera, lo que acabó por trastornarla seguramente fueron las risas. Con la cabeza enterrada bajo la almohada, Koldo notó cómo la poseía una ira ciega alentada por la impotencia de la jornada. Y no pudo hacer nada por evitarla. De repente, todo le dio igual. O tal vez asumió con cierto alivio que, aunque no se lo diera, aquello había escapado a su competencia.

Alrededor de las tres de aquella madrugada incierta se envolvió en su kimono, se calzó las alpargatas y salió a la terraza dispuesta a ajustar cuentas con quien fuera que habitara en su tripa y en su techo. Miró hacia arriba, a la ventana alojada justo encima del porche que protegía sus puertas de acceso a la terraza. Estaba cerrada. Y la persiana, a medio bajar, no dejaba entrever ningún tipo de luz en el interior de lo que intuyó debía ser el salón. La ventana contigua también estaba cerrada, con la persiana echada del todo. Furiosa, buscó alrededor sin un objetivo claro hasta que recordó los trozos de maceta rota que reservaba para colocar en el fondo de las jardineras, de forma que facilitaran el drenaje de las plantas. Cogió unos cuantos, respiró hondo y lanzó uno a la ventana del salón con la mano libre. Falló por poco. Acabó estrellado unos centímetros a la derecha del marco, produciendo un ruido sordo e inofensivo. El segundo dio de lleno en la persiana del salón con cierta

contundencia. Miró alrededor, nerviosa. Incapaz de contenerse, lanzó un tercer fragmento de tiesto que, esta vez sí, dio de lleno en el cristal del salón que quedaba expuesto con fuerza considerable. Envalentonada, se disponía a lanzar un cuarto trozo cuando notó que las persianas del dormitorio contiguo empezaban a subirse. Se quedó paralizada. Mientras aguardaba, se preguntó por qué demonios no había subido una planta y llamado a la puerta, como todo el mundo. También se planteó si todavía estaba a tiempo de iniciar una retirada apresurada y refugiarse en casa. Demasiado tarde. La ventana se había abierto.

A pesar de la oscuridad, adivinó el torso en camiseta de un hombre con el pelo muy corto, casi rapado. Estaba comiéndose un bocadillo, pensó absurdamente. Se pasaba la mano libre por la nuca con gesto de sorpresa. Esta debió incrementarse cuando reparó en aquella extraña figura vestida con una bata exótica que parecía haber quedado congelada en mitad de un inexplicable duelo de lanzamiento de fragmentos de tiesto. Koldo se apresuró a dar una explicación alzando la mano libre en son de paz.

—No quería romper el cristal.

En la penumbra, el hombre cruzó los brazos sobre la repisa de la ventana, apoyándose en la misma mientras inclinaba la cabeza en su dirección.

—Yo creo que sí —le respondió con voz grave y con un leve acento que no distinguió bien.

Koldo recordó que todavía llevaba los fragmentos de tiesto en la mano izquierda. Contuvo el impulso de esconderlos a su espalda.

—¿Qué quieres? —Añadió en el mismo tono impenetrable. Le dio un mordisco al bocadillo y la miró mientras masticaba. La escena, saltaba a la vista, le entretenía. Koldo notó cómo la ira daba paso a cierta inquietud mientras soltaba, con lo que creyó cierto disimulo y al amparo de la oscuridad, los fragmentos de tiesto que aún tenía en la mano. El ruido que hicieron al chocar con el suelo, muy leve y sin embargo perceptible en mitad de la noche, la hizo enrojecer. Se frotó las palmas contra el kimono tratando de ganar tiempo.

—Es muy tarde —se limitó a decir, fastidiada por su propio miedo. Se obligó a seguir—. Os agradecería que bajarais el volumen.

El interpelado se la quedó mirando.

—¿O qué? —preguntó desde la ventana.

Koldo volvió a percibir el acento. Prefirió no asociarlo a ninguno de los peligros que sugería su cultura televisiva. Era su vecino, por el amor de Dios. Este le dio otro mordisco al bocadillo. Masticó observándola mientras una segunda voz entraba en escena.

—¿Qué pasa ahí?

La pregunta provenía de la habitación y llegó acompañada del cuerpo de una mujer que se apoyó en el hombro de su interlocutor. Estaba desnuda y tenía unas tetas enormes.

—Resulta que eres muy ruidosa —le dijo el otro, como si la culpa fuera de ella. La joven, aún apoyada en él, echó la cabeza a un lado. Su pelo rubio se puso en movimiento, acompañando el gesto de una pregunta que acusaba cierto fastidio.

—¿Quién lo dice?

Él le hizo un gesto con la cabeza, señalando a Koldo a través de la ventana, que seguía como hipnotizada mirando aquellos pechos. Se sacudieron cuando la joven se asomó para contemplar a la vecina de abajo sin demasiado interés y aquel movimiento sacó a Koldo de su ensoñación. O quizá la llevó un estadio más allá.

—Los vecinos —señaló él con tono didáctico. Aquel particular plural mayestático, dirigido a su persona, acentuó la indignación de Koldo.

La joven la observó apenas un instante con renovado fastidio; o quizá solo fuera indiferencia. Se dio media vuelta y ella y sus tetas desaparecieron del marco de la ventana.

Mortificada por toda la escena, Koldo agradeció aquella piadosa semioscuridad. El tipo le señaló los restos de maceta esparcidos delante de sus alpargatas.

—Guárdalos por si acaso —dijo cerrando la ventana. Poco después bajó la persiana.

# Capítulo 8

Lo primero que notó al despertar fue su propio aliento dulzón, lo que le provocó una mueca de disgusto. Tardó un par de segundos, pero la razón del mismo acudió a su cabeza. La ansiedad. Debía abandonar la mala costumbre de comer helado después de lavarse los dientes; aquel regusto matutino en su boca le resultaba mucho más desagradable que el que le deparaba el último cigarro de una noche de fiesta. Entreabrió los ojos y miró la tarrina de chocolate belga que reposaba sobre la mesilla con manifiesto rechazo; el fondo de aquel balde debía contener una sustancia ya fermentada en la que nadie en su sano juicio sumergiría una cuchara. Fue entonces cuando los acontecimientos de la víspera se amontonaron en su cabeza y un espasmo de angustia retorció su tripa. Se incorporó en la cama sin muchas ceremonias, retiró rápidamente la colcha y se bajó el pantalón del pijama y la ropa interior. ¡Nada! No había manchado en toda la noche; su entrepierna estaba limpia como la patena, luminosa como la luz del alba. Una ola de alivio le recorrió el cuerpo como si la hubieran sumergido en una bañera de agua caliente. Otra falsa alarma, se dijo. Oyó su propio suspiro, en diferido, como proferido por una tercera persona. Solo habían sido unas pequeñas manchas. Notó cómo sus vísceras se abandonaban sobre el colchón, como si hasta entonces se hubieran limitado a permanecer suspendidas en tensión sobre el mismo. No tan en el fondo, la lógica le susurraba que no había pasado nada para que

aquello que en primera instancia la inducía a sangrar hubiera optado por remitir. Rechazó aquel, molesta por su inoportuna coherencia, se esforzó por quedarse con la imagen de aquellas bragas níveas. Ahí es cuando la asaltó un nuevo recuerdo, el de su escaramuza nocturna, con toda su bochornosa crudeza. Los fragmentos de tiesto golpeando contra la ventana, el acento siniestro, aquellas tetas inmensas. Sin ser muy consciente, y mientras repasaba la escena, echó mano de la tarrina de helado y se metió una cucharada colmada en la boca; una repentina náusea la obligó a salir de la cama a toda prisa.

Vomitó el helado, las lentejas e incluso las tostadas del desayuno del día anterior. Luego se dirigió al salón con los ojos llorosos y el móvil en la mano, todavía con el pantalón del pijama y una camiseta. Tenía un wasap de Iso de aquella madrugada, de vuelta ya de su homenaje, instándola a llamarla en cuanto despertara. Pero aún eran las ocho y media de la mañana. Decidió dejarle un mensaje de buenos días. «Todo en orden». A quien sí llamó fue a su madre, que solía estar bregando por la cocina desde las siete y media. Marcó y se repantingó en el sofá, resignada a esperar diez, doce o catorce toques. Fueron once.

—Hija, me has pillado tendiendo.

—No fastidies. ¿No acordamos que iría la tía a hacerte las tareas?

Su madre había tenido una de esas caídas tontas que a esa edad suelen significar una cadera rota. Ella tuvo suerte y solo fue un esguince. Koldo se encontraba allí; había ido a darle la buena nueva de su flamante casa mientras dudaba si hacer lo propio con la otra novedad. Le habían dado el positivo solo cuatro días antes. Según los cálculos tradicionales, estaba embarazada desde la última falta, hacía cinco semanas; pero lo cierto es que, estrictamente hablando, la transferencia había tenido lugar solo dos semanas atrás, lo cual lo hacía todo un poco confuso. Y reciente. Aquel mismo día, su madre se cayó de la silla tratando de alcanzar un molde para hacer flanes que ni siquiera estaba donde creía. Y ella decidió volverse tal como había venido, sin soltar prenda. Tras alargar su estancia un par de

días para organizar con su tía la intendencia doméstica durante la convalecencia de su madre, cogió el tren de las once.

Distraída, miraba por la ventana mientras el tipo engominado de al lado daba buena cuenta de un bocadillo de jamón que se había traído de casa. Koldo aspiró el aroma del jamón con envidia. Olió también la gomina del pelo, el café que se había tomado antes de montarse al tren y la humedad de su camisa mal secada. De un tiempo a esta parte aspiraba todo lo bueno, lo malo y lo humano de la vida con igual delectación; el virtuosismo de su nariz era tal que había decidido ser equitativa con aquel prodigioso don. Habían cubierto ya más de la mitad de aquel trayecto, de normal agradable, pero aquel día se le estaba haciendo interminable y oler la distraía. Le dolía la parte baja de la espalda y, además de quitarle el bocadillo a su compañero de viaje y darle un mordisco, lo único que le apetecía era tumbarse en el suelo del pasillo central para bajar su calor corporal y, si alguien los quería, regalar sus riñones.

—Voy un momento al baño —dijo, en cambio.

El tipo, con el que solo había cruzado un saludo al sentarse, asintió con la boca llena por pura educación.

Aquel fue el primer día que notó la cabeza pesada y los perfiles desdibujados. Por eso tardó unos segundos en entender lo que estaba sucediendo mientras trataba de enfocar su mirada y observaba desconcertada su ropa interior. Sin sentarse en la taza, con las piernas arqueadas y una mano apoyada en una de las paredes del servicio para que el traqueteo del tren no le hiciera perder el equilibrio, miraba aquello como si fuera un problema matemático irresoluble. Las manchas superpuestas, del tamaño de un euro, eran de un tono marrón claro, tirando a rojizo en algunos lugares. Parecían haberse ido precipitando a intervalos, pero habían acabado poblando la superficie de su ropa íntima en toda su extensión. Desconcertada y todavía sin estar segura de entenderlo, se subió la braga y el pantalón, cogió el bolso colgado de la puerta del aseo, salió al pasillo y comenzó a caminar. La información todavía tardó varios segundos en definirse en su cabeza. De

repente, le llegó; fue un fogonazo de comprensión. Joder. Estaba teniendo pérdidas.

Caminó por el pasillo llevada por la inercia y zarandeada por el traqueteo, sin pensar en nada en concreto. Siguió así hasta que llegó al final del último vagón. Fue una suerte que el tren se acabara, pero se las apañó para que aquello no importara demasiado: dio media vuelta y deshizo el camino andado, mientras notaba cómo el corazón se le desbocaba sopesando opciones a lo loco. Qué hacer. La sola idea de interceptar al revisor para contarle algo tan íntimo en un lugar tan público la violentó. Un lamentable episodio del que no estaba dispuesta a ser protagonista. Podía ser mucho más expeditiva y tirar del freno de mano, en caso de que lo hubiera. Lo ignoraba. Tampoco sabía si los trenes daban media vuelta en casos así. O si paraban en la primera población equipada con una estación. Incluso si podían multarla por originar retrasos y trastornos en un transporte público. Joder, coño, joder. ¿Estaba teniendo un aborto? Siguió avanzando sin sentido hasta que se dio cuenta de que no sabía a dónde iba. Se había perdido. No lograba recordar el número del vagón o de su asiento. Desorientada, se dijo que vagar sin sentido en mitad de aquel zarandeo teniendo pérdidas era, cuando menos, un ejercicio altamente incompatible con el objetivo buscado. Tenía las manos heladas. Se detuvo y, echando mano de la poca sangre fría que le quedaba, miró alrededor poco segura de lo que buscaba, hasta que dio con el asiento libre que tenía a su izquierda. Se sentó con gesto indeciso y ahí se quedó durante unos instantes certificando para sí misma que estaba teniendo un ataque de pánico. El corazón bombeaba a espuertas, tenía la espalda empapada, respiraba de forma entrecortada y se sentía incapaz de responder a ningún estímulo externo, autoevaluó. Pero ahí se equivocaba. En mitad de aquel trance, oyó música. No el réquiem de Mozart que hubiera debido sonar en aquel momento, pero música. Era rap, constató con extrañeza. Provenía de los cascos del chaval de al lado. Nunca había soportado que la música ajena, por las circunstancias más variadas, le fuera impuesta. La

malhumoraba terriblemente. En centros comerciales, en taxis, proveniente de vecinos desconsiderados y en compañeros de viaje ignorantes de que sus auriculares no contenían con eficacia la música que emitían sus aparatos. En aquella ocasión le resultó intolerable. La indignación fue como un cable a tierra; se le subió a la garganta y le entraron unas incontrolables ganas de llorar. Dos lagrimones de ira empezaron a correr por sus mejillas al tiempo que se le escapaban un par de hipidos. El chaval de al lado, absorto en su móvil, ni se inmutó. Pero un señor sentado delante se giró, mirándola por el hueco que quedaba entre los dos asientos.

—¿Estás bien?

—No es nada —se excusó, hipando de nuevo—. La música, que está muy alta. Y la canción, que no me gusta —añadió, por decir algo.

El tipo arqueó las cejas y se quedó mirando al joven que Koldo tenía al lado. Dudó un momento, luego pareció tomar una decisión.

—¡Eh, chaval!

El joven siguió sin darse por aludido; estaba absorto en el móvil y la música lo mantenía a salvo de lo que sucedía alrededor. Para sorpresa de Koldo, uno de los brazos del tipo de delante se asomó por el hueco y, con cajas destempladas, despegó los cascos del joven de una de sus orejas.

—Chaval, que bajes un poco la música. ¿No ves cómo está esta chica?

El chaval pegó un respingo ante la intromisión, mirando al hombre que lo increpaba con evidente perplejidad. Acto seguido se giró a su derecha, encontrándose con los inmensos ojos anegados en lágrimas de la joven que tenía al lado. Koldo volvió a lanzar otro hipido tratando de limpiarse las lágrimas con la manga de la chaqueta. No le dio tiempo a decir nada. La mujer alojada al otro lado del pasillo reclamó la atención de los implicados, interesándose por lo que estaba sucediendo.

—¿Qué pasa ahí?

—Este chaval, que le ha hecho llorar a la chica —respondió el

tipo de delante con tono desabrido y evidente enfado, mientras Koldo y su compañero de fila permanecían en silencio, incapaces de reaccionar.

—¡Será posible! ¿Qué le ha hecho? —exclamó la mujer, al tiempo que sacaba un klínex del bolso y se lo entregaba a Koldo sin esperar respuesta—. Toma, cariño, no le hagas caso. Estos jóvenes de hoy en día no saben ni lo que quieren.

Koldo, que estaba a punto de olvidar el detonante de aquella situación que había alcanzado por momentos un tono delirante, tomó el pañuelo de papel, todavía hipando, lo agradeció con una media sonrisa y se puso de pie tras decidir que lo mejor era huir de allí. No se atrevió a mirar al chaval, que todavía no había abierto la boca. Mientras se escabullía, todavía alcanzó a oír a la señora.

—¡Qué poca vergüenza tenéis hoy en día!

Valoró sus opciones. Al final tomó una decisión. Iría a hacer control de daños antes de valorar el paso siguiente. De nuevo en el baño, volvió a tomar aire. Notó cómo le temblaban las manos al bajarse los pantalones. Aquel gesto requirió de una considerable fuerza de voluntad; era como si esperara ver entre sus piernas un gato atropellado. Pero cuando lo hizo, se sintió mejor. Había más sangre, evaluó con notable compostura. Pero no la equivalente a un pequeño bebé, calculó; ni siquiera uno de cinco semanas. Los riñones le seguían molestando; los sentía muy pesados. Pero nada de aquellos vistosos y cinematográficos retorcijones con los que relacionaba un aborto. Supuso que el potencial dramático de una pérdida en la vida real, de ser este el caso, no se correspondía con el de la ficción. Volvió a respirar hondo mientras llamaban a la puerta.

—¡Un momento!

No quedaba papel higiénico, observó fatalista. Echó mano del clínex que le había tendido la mujer y que todavía tenía estrujado y húmedo en su mano izquierda, lo estiró y creó una especie de salvaslip sobre las manchas rojizas. Terminada la operación, echó mano de su bolso, sacó el billete y salió del baño procurando

mantener la cabeza fría; fue directa a su asiento. Una vez sentada, volvió a respirar hondo, rezando porque el traqueteo no empeorara la situación. Quedaban cinco minutos para llegar a Guadalajara. Y apenas media hora más hasta Madrid. Valoró racionalmente la idoneidad de apearse en la primera estación. Una ciudad ajena, nadie conocido a quien recurrir y un taxi hasta el hospital. En el mejor de los casos, vuelta a la estación para coger un nuevo tren. En el peor…, prefirió no imaginarse sola, en la cama de un hospital ignoto, recibiendo noticias del médico. Dejó que el tren, al reanudar su marcha tras la última parada del recorrido, decidiera por ella. Y entonces cogió el móvil. En realidad, a quien quería llamar era a su madre, que no podía hacer mucho, excepto alarmarse. De manera mecánica abrió el WhatsApp; había un mensaje de su amiga que aún no había leído. «¿Ya en el tren?».

«He empezado a manchar», respondió.

Por suerte, su amiga tenía la eficacia de una navaja suiza. El desenlace fue más o menos el mejor de los posibles. Iso la esperaba con un asistente que sujetaba una silla de ruedas a las puertas de su vagón. El ginecólogo, a quien Iso había consultado por teléfono, fue claro al respecto. Reposo *sine die*. Koldo acató las órdenes como un buen soldado, y aquella disposición, incentivada por el alivio de tener una misión, la lanzó en brazos de la cama diciéndose que, si bien los medios no justificaban el fin, al menos no eran del todo malos. El día siguiente discurrió con parecido entusiasmo, igual que los que le sucedieron durante aquella primera semana. Se incorporaba lo justo para la ducha diaria; el resto de la jornada la pasaba viendo series, leyendo algún libro pendiente, holgazaneando con una bolsa de patatas fritas o el bote de helado a mano y dejándose querer por Iso, que la visitaba a diario, le traía comida y ponía en orden lo poco que la casa, dejada a su aire, se desordenaba.

Llevada por aquella inercia fácil, la poseyó una particular sensación de irrealidad en la que los días pasaban sin solución de continuidad mientras se abandonaba a una cómoda desidia. A las

dos semanas seguía guardando reposo preventivo, pero llevaba ya varios días sin manchar, lo que en cierto modo contaminaba el entusiasmo con el que se había encomendado a aquella misión. Tras despertar de una siesta, sintió la imperiosa necesidad de llamar a Iso para asegurarse de que aquel estado suyo era real: que verdaderamente estaba guardando reposo y que aquel pasar de horas no estaba siendo un extraño sueño del que no conseguía despertar.

—Te están consumiendo las hormonas y el aburrimiento —le dijo la otra—. Búscate un entretenimiento.

—No va a hacer falta. Llevo días sin manchar —respondió, convencida.

Pero había vuelto a manchar. Si en aquella convalecencia hubiera habido un plan, podría decirse que aquello dio al traste con él. Había acatado con diligencia medio mes de absoluta inactividad; algo en cierto modo fácil y hasta exótico a lo que le había pronosticado un fin próximo. Pero las cosas habían cambiado. La novedad de aquel abandono horizontal se había disipado. A partir de aquí volverían la duda y el temor. Y la obligatoriedad de reanudar aquella inacción, bajo la amenaza de un manchar constante y sin visos de remitir, la iría consumiendo. Sus días, que hasta entonces habían discurrido con tediosa placidez, se dividirían en plazos, en pequeñas metas a las que enfrentarse con miedo y superar con alivio: cada visita al baño, cada pequeña fase de actividad —una ducha, un rato en la cocina—. Cada día y cada noche la asaltarían vagas sensaciones a las que no quería concederles la entidad de pensamientos. Juicios sobre la idoneidad de aquello que se estaba gestando. El derrotismo la pillaría desarmada, porque la pasividad continuada de un cuerpo poseído por las hormonas volvía a su huésped presa fácil de obsesiones e ideas reincidentes. Procuraría alejar el fatalismo que la advertía de que aquello quizá no mereciera la pena y trataría de desechar la culpa que la embargaba al pensarlo. También se plantearía si sería capaz de hacerlo. De estar hora tras hora, día tras día, tumbada e inerte, gestionando aquella vida nueva desde un

estado horizontal. No obstante, nadie más parecía considerar lo complicado de la tarea, las dificultades de ejecutar aquella gran nada. Así que ella misma optó por no hacerlo. Sin más preámbulos, como suele suceder, su vida dejó de existir tal como la había conocido.

# Capítulo 9

En esas seguía, una mañana más, dejándose acariciar por la frescura de las primeras horas y con su zumo en la mano. Se animó a dar un breve paseo por el patio; aquel chequeo rutinario del estado de sus macetas le encantaba. Era como salir de excursión; su pequeño exceso. El ciruelo había dado unas flores maravillosas que ya habían caído; a cambio, la parra virgen y los hibiscos de una de las esquinas comenzaban a echar hoja, y los jazmines dejaban entrever delicados capullos con los que en breve el patio se llenaría de una suntuosa fragancia. Aquel día iba a hacer calor, lo veía venir. Se quitó el kimono, lo dejó en una de las sillas de mimbre y siguió paseando, vestida con una camiseta negra y agujereada de un concierto de The Black Keys bajo la que asomaba el pantalón corto de un pijama de seda carmesí. De tanto en cuanto, lanzaba miradas furtivas a la segunda planta. La persiana del salón seguía a media asta y la del dormitorio, echada hasta abajo, igual que la noche anterior. Nadie esperaba que fueran a madrugar, se dijo a sí misma de forma afectada. La que sí se había levantado temprano era la madre de Tifón. La oía ir y venir patio a través, y por el ruido que la acompañaba, la imaginaba entre baldes, fregonas y trapos, refunfuñando mientras limpiaba.

Apuró el zumo y dejó el vaso apoyado en el muro de cemento que daba a la casa de los cactus. Se quedó ahí, pensativa, diciéndose que tal vez aquel día dejaría de manchar de forma

definitiva. Solo necesitaba centrarse en el día que tenía entre manos. La semana siguiente volvería a tener revisión. La enésima en apenas mes y medio. Cada día se obligaba a creer que no quedaba nada para retomar su vida ordinaria y prepararse para la extraordinaria.

Una súbita y extraña presión en la mano izquierda, la que tenía apoyada en el murete junto al vaso de zumo vacío, la sacó de su ensimismamiento. Sintió los dedos atrapados, como si algo los retuviera. Sin entender todavía muy bien qué pasaba, giró la cabeza hasta su mano. Tardó todavía un momento en entender que era otra mano, que repentinamente había brotado desde el patio de enfrente a través del espacio libre entre muro y cristalera, la que la tenía atrapada. De manera instintiva trató de desasirse, pero aquellos dedos sujetaron los suyos con firmeza. Sobresaltada por lo inusitado de la situación, dio un fuerte tirón con el que logró liberarse al tiempo que oía una voz, femenina pero muy grave, disculpándose desde el otro lado.

—Perdona. Me parece que te he asustado —dijo—. No era mi intención.

La risa que se adivinaba en aquel tono desmentía sus palabras.

Koldo todavía tardó un rato en responder. Se sentía molesta con la desconocida por aquel susto innecesario.

—No lo parecía.

—Solo quería saludarte —explicó la mujer—. No nos habíamos vuelto a ver desde el primer día. Cuando la mudanza. Nos conocimos de casualidad.

La joven la escuchó perpleja.

—¿Nos conocimos?

Agachó la cabeza y trató de ver el rostro de su interlocutora a través de la franja.

—Claro. Soy Esmeralda, la presidenta —dijo con aquella voz ronca, sugerente y casi masculina. Bajo el cristal opaco apareció la misma mano de la que momentos antes había logrado zafarse, ahora tendida a modo de saludo. Tenía las uñas pintadas de color picota y la abrazaba una gruesa pulsera de la que colgaban monedas

doradas y unas piedras del color de su nombre, que tintinearon al quedar suspendidas en el lado de la terraza de Koldo.

Entonces cayó en la cuenta. El encuentro, en realidad, había tenido poco de fortuito. Ella tenía previsto mudarse al día siguiente, pero con las llaves ya en su poder le pareció un gesto en cierto modo romántico llegar a su nueva residencia con apenas lo puesto y dormir sobre una de las pocas cosas que sí había decidido que se merecía estrenar: un colchón. El resto de sus pertenencias, incluidas las más de treinta cajas de libros y guías que le correspondieron tras la ruptura y que habían permanecido en un trastero los últimos meses, llegarían al día siguiente. Por suerte, la casa estaba en condiciones bastante aptas para entrar a vivir: la cocina equipada, el aire acondicionado instalado y el patio tal cual lo viera la primera vez, incluidos el cenador, el riego por goteo y un armario colocado en uno de los laterales repleto de herramientas y útiles de jardinería. Incluso el colchón, encargado por Koldo dos días atrás, había sido entregado aquella tarde en su nueva dirección. El conserje quedó a cargo de recibirlo. Nada, pues, le impedía comenzar su nueva vida en La Proa ese mismo día.

A las puertas del número uno y a punto de tomar posesión de su nueva casa, Koldo se santiguó. No era tanto una cuestión religiosa como el reflejo de un gesto familiar, algo que siempre había visto hacer a su abuela y a su padre antes de iniciar un largo viaje. Miró hacia arriba, tomó su maleta y se adentró, tal como indicaba aquella chapa, en el edificio Píramo. Lo curioso es que solo necesitó una de sus dos llaves y una única media vuelta para abrir. Sorprendida, giró la puerta. Un haz de luz creciente proveniente de los ventanales del salón, acompañado del ruido que hacían las persianas eléctricas al elevarse, le dio la bienvenida al entrar. Antes de entrecerrar los ojos, y aunque ligeramente cegada, todavía tuvo tiempo de distinguir dos figuras que se recortaban a contraluz, justo frente al espacio de acceso al patio.

—¿No me dijo usted que venía mañana? —le preguntó, o quizá exclamó, una voz de hombre un tanto atribulada, mientras Koldo

volvía a abrir los ojos y enfocaba la mirada sobre aquellos dos inesperados invitados. El hombre era alto y curvado, exhibía una incipiente calvicie, una camisa blanca de manga corta y unos pantalones de pinza negros; de su mano colgaba un gran manojo de llaves indicativo de que, o bien se trataba de un ladrón con sus llaves maestras, o bien de Paco, el conserje. Koldo lo recordaba de sus dos breves encuentros anteriores. Se le veía inquieto, como si lo hubieran cogido haciendo algo indebido. La mujer que lo acompañaba, por el contrario, parecía encantada de que aquella joven hubiera aparecido sin avisar. O al menos lo aparentaba. De cierta edad, aunque de ostensible exuberancia, los angulosos ojos verdes pintados de azul y los labios bien perfilados indicaban que no se trataba de una mujer acostumbrada a pasar desapercibida, y tampoco estaba dispuesta a renunciar a ello entonces. A Koldo le vinieron a la cabeza aquellas explosivas divas italianas de los años cincuenta y sesenta mientras la mujer se acercaba a ella.

—No te esperábamos todavía, querida —dijo con una voz ronca y magnética—. Soy Esmeralda Vázquez, la presidenta de la colonia.

—Bueno, cuándo vengo es cosa mía. Lo que cuenta es que tengo las llaves y el contrato firmado, así que ahora mismo el piso debería estar a mi disposición —replicó ella un poco molesta.

—Claro, claro —respondió Esmeralda, zalamera—. Lo que ocurre es que no nos comunicaron a tiempo que el piso había sido vendido —respondió en lo que parecía un plural mayestático—. Queríamos aseguramos de que todo estaba en orden, listo para entrar a vivir.

—La señora Vázquez acaba de llegar de viaje —explicó el portero con un tono que parecía pedir disculpas—; me dijo que tenía mucho interés…

—Disculpa mi mala educación —le interrumpió Esmeralda, a su vez—. Es Paco, el conserje —dijo señalándolo e ignorándolo, todo a un tiempo, en un magnífico gesto que Koldo no pudo dejar de admirar—. Y tú eres traductora y del norte, ¿verdad?

Koldo asintió. La gente que la trataba con excesiva simpatía sin mediar un motivo la desorientaba profundamente. Pero la gente

entrometida le resultaba indiferente, incluso la divertía. No sabía muy bien por cuál de ambos instintos inclinarse.

—Una nueva adquisición para La Proa; bienvenida, querida. Yo también me he mudado en varias ocasiones a lo largo de mi vida; aquí llegué hace solo un año. No hay nada mejor que empezar de cero —le advirtió no sin cierto placer—. Algún día tenemos que tomar un café y ponemos al día. Ahora que vamos a ser vecinas.

—¿Qué estabais revisando? —preguntó Koldo, en parte por cambiar de tema y en parte por retomar las riendas de una situación que no acababa de entender.

El portero comenzó a juguetear con las llaves. Esmeralda respondió por ambos:

—Oh, nada en realidad. Las hijas de Curro, el anterior dueño, creyeron que se habían dejado un espejo; seguro que se les perdió durante la mudanza. Y Paco quería comprobar el estado de los fusibles…, que están impecables, por cierto —notificó.

—Qué alivio —profirió Koldo con un poso de ironía que la presidenta no pareció acusar y el portero prefirió ignorar—. ¿Y en el patio? ¿Estará todo bien? —inquirió inocentemente, recordando que estaban subiendo la persiana en el momento de su llegada.

—Oh, sí, tranquila —le restó importancia Esmeralda—. Solo quería ver un momento las plantas. Odiaría ver que se pierden en este cambio de manos. Así que le pedí a Paco que revisara la programación del riego por goteo; ¿verdad, Paco?

—Bueno, la señorita ya está aquí —dijo el conserje por toda respuesta—, así que creo que nosotros podemos desentendemos. Por cierto, ya han traído el colchón. Mandé dejarlo ahí, apoyado en la pared.

Se retiró sin despedirse y sin cerrar la puerta siquiera. Poco después ascendían por la escalera las notas de su emisora favorita de zarzuela. La presidenta acarició con sus dedos las monedas que colgaban de su pulsera; un gesto al parecer habitual en ella. No parecía tener prisa por marcharse y sí ganas de prolongar la visita sin objeto aparente.

—Yo me mudé hace relativamente poco, pero mi llegada pareció providencial; me nombraron presidenta en la siguiente junta. También es cierto que yo misma me presenté voluntaria, pero bueno. El caso es que tuve que regresar a mi ciudad por una emergencia familiar durante un tiempo; apenas un par de meses y mira la que se ha liado. Un piso que ha cambiado de manos en un visto y no visto. Todo hay que decirlo, lo de la muerte de Curro ha sido un duro golpe para sus hijas. Que ya no son tan niñas, es cierto. Pero aún con todo; pobres criaturas. De haber imaginado que tenían tanta prisa por volverse a Córdoba…

Koldo aguardó en silencio a que Esmeralda concluyera la frase.

—… me habría encargado de enseñar la casa y asegurarme de que todo estuviera perfecto en lugar de cargarle al pobre Paco con la tarea. Que bastante faena tiene.

—No te preocupes, Esmeralda. Paco y yo nos entendimos a la perfección; y me consta que las hijas de Curro, que al fin y al cabo son las dueñas, ya tienen el contrato firmado en Córdoba.

—Pero esta es ahora mi colonia, querida —la corrigió Esmeralda, tratando de suavizar lo rotundo de la afirmación con una sonrisa de abeja reina—. La presidencia es el peaje de cada nuevo propietario y no me gusta dejar nada en el aire. El próximo año sabrás de qué te hablo.

—Bueno —dijo Koldo a su vez, con una sonrisa—, si surgiera cualquier imprevisto, avisaría a Paco. Y de ser más grave, lo pondría en conocimiento de las anteriores dueñas. Y en el tuyo, por supuesto —apuntó sin dejar de mostrar los dientes e iniciando el camino hacia la puerta con cierta resistencia por parte de Esmeralda y no sin cierta maldad por la suya. Esmeralda no pareció amilanarse.

—Quizá quieras que echemos una última ojeada al exterior. Solo para que te quedes tranquila.

—Estoy muy tranquila. De verdad.

Koldo siguió sonriendo mientras tomaba el pomo de la puerta y tiraba hacia ella, en un claro gesto de despedida.

—Lo dicho, querida. Tenemos un café pendiente —le dijo la otra,

resignada. Desapareció con un coqueto contoneo, alarmantemente improcedente a su edad. O no. A Koldo le dio la risa mientras la otra, sin girarse, alzaba una mano a modo de despedida. Las monedas doradas que tanto le gustaba acariciar y las piedras que hacían juego con sus ojos chocaron entre sí.

Ahora volvía a tenderle aquella misma mano a través de la terraza. Koldo la tomó, maldiciendo la circunstancia de que su vecina más cercana fuera la presidenta.

—¿Tomándote unos días libres? —preguntó desde el otro lado.

—En realidad trabajo desde casa —mintió la joven, decidida a no darle más explicaciones de las necesarias.

—Qué afortunada; ahora comienza la mejor época para disfrutar de una casa con terraza —prosiguió de forma obsequiosa con su voz de barítono—. La tuya, además, es mi favorita. Hay una al fondo donde han construido una pequeña piscina. Un día me invitaron a verla; una delicia. En Eurídice tienen un jardín botánico en miniatura. Pero aquí, entre Tisbe y Píramo, la tuya es la única digna de mención. Poner un patio en manos de una autoescuela debería estar penado. Y sobre las del otro lado, en fin, sin comentarios.

Koldo supuso que se refería al hecho de que la madre de Tifón hubiera decidido convertir su patio en un gigantesco almacén de limpieza. Luego dirigió su mirada al patio de sus vecinos. La presidenta era manifiestamente entrometida, pero al menos representaba una fuente de información acreditada. No pudo contenerse.

—¿Quién vive a mi lado? Nunca oigo nada, ni coincido con nadie al entrar o salir —evitó añadir que ella misma apenas había salido o entrado desde que llegó.

—Un par de viejos —dijo Esmeralda con cierta indiferencia—. Viven ahí desde tiempos inmemoriales y apenas salen —explicó—. Más les hubiera valido volverse al pueblo. Pero supongo que no es tan fácil abandonar este lugar —añadió como para sí—. Aunque a

estos patios ya no hay quien les ponga el dedo encima.

—¿A qué se refiere?

—Solo para hacer un triste canalón para la lluvia hay que esperar dos años de trámites hasta su aprobación. Pero esto antes era la casa de Tócame Roque y cada cual hacía lo que le venía en gana. Mira el porche de tu ventanal; ¿ves cómo se prolonga la fachada de la primera planta de Píramo sobre los patios?

Koldo giró sobre sí misma y contempló, sorprendida, lo que la presidenta le indicaba.

—Esa extensión la mandó hacer el dueño de La Proa décadas atrás. Le ganó a cada primer piso varios metros robados de los patios, por eso los salones de la primera planta de Píramo son mucho más amplios que los de Tisbe —dijo Esmeralda con cierto resentimiento—. Y no te vayas a creer, el espacio que perdieron vuestros patios lo recuperaron a costa de los nuestros. Que también son más pequeños —añadió, sin perder el tono velado de reproche.

—¿Y la fuente?

Su tono cambió por completo.

—El ruido de esa fuente tuya es la alegría de Píramo y Tisbe. Me tiene hechizada. Ya te lo dije, querida, eres muy afortunada.

—Bueno, me alegra ponerle banda sonora a la colonia —comentó Koldo, no sin cierta ironía.

—No sé si sabrás que esa fuente ha hecho mucho más que poner banda sonora a La Proa.

—¿A qué te refieres? —Le picó la curiosidad a la joven.

—Ya te enterarás.

No tuvo tiempo de insistir. El timbre de la puerta la reclamaba y era la excusa perfecta para sacarse de encima a la presidenta. Imaginó que era Iso, que habría olvidado las llaves.

—No te olvides de ese café —apuntó todavía esta, con ese tono de reproche de quien le recuerda algo a alguien que sabe que lo va a olvidar.

Creyéndose a salvo de miradas, Koldo no pudo evitar entornar los ojos ante el comentario. Instintivamente, miró hacia arriba, justo

a tiempo para ver cómo una figura desaparecía en la casa alojada justo encima de la de Tifón y su madre. Pueblo pequeño, infierno grande; recordó de repente. Eran las palabras de su madre, nacida en un pequeño valle del País Vasco. Se preguntó si la fortuna que la había traído del norte a aquel patio donde ranas, golondrinas y vecinos campaban a sus anchas lo había sido solo en apariencia. Dejó la revista en la repisa del muro y acudió a recibir a su amiga.

—Óvulos, Meriestra, ácido fólico, Trofolastín, Lejisana… —enumeró Iso a medida que sacaba cajas y botes de la bolsa de la farmacia. Parecía la lista de la compra de una bomba casera—. ¿Me dejo algo?

Koldo negó con la cabeza.

—Eres el hada madrina de las preñadas.

—Sí, pero me debes ochenta pavos.

Koldo puso los ojos en blanco.

—¿No dicen que los niños llegan con un pan bajo el brazo? —se lamentó.

Koldo estiró ambas manos para recoger el plato cuando Iso salió con la cena al patio. También trató de arrebatarle la copa de vino blanco que sostenía en la mano, pero la otra esquivó el intento. Hacía una noche cálida, con una ligera brisa. Así que se descalzaron y colocaron las sillas alrededor de la fuente, dejando que sus pies se refrescaran en ella mientras apoyaban los platos en sus respectivas rodillas. Iso le dio un trago a su copa ante la mirada de su amiga.

—¿Un sorbito? —suplicó Koldo, haciendo un mohín—. Por favor.

Iso dudó un momento.

—Solo uno, de verdad.

Aquel largo sorbo le supo a gloria; a esos días sin preocupaciones y con resacas atroces que siempre juraba no repetir. Le dio un segundo sorbo antes de que Iso le arrebatara la copa y se consoló mirando con avidez la tortilla «muy hecha». A diferencia de la leyenda negra que parecía perseguir a gran parte de las embarazadas, ella no había perdido el apetito y sus vomitonas estaban casi exclusivamente producidas por despacharse helado en

descomposición aún en ayunas. No era cuestión de culpar a nada más.

—¿Noticias de Tisbe? —preguntó su amiga.

Koldo negó con la boca llena. Tragó.

—De todos modos, aquí no dejan que me aburra.

Le relató en voz baja el reciente encuentro con la presidenta.

—Así que tienes a una *prima donna* viviendo al lado —se rio Iso —. Podía haberte avisado Asier. Aunque ya sabemos que Asier solo piensa en Asier —concluyó de forma innecesaria y con un tono que, a Koldo no se le escapó, llevaba implícita una advertencia anticipada. Y algo de histórico resentimiento.

—Hubiera preferido que alguien me advirtiera sobre los vecinos de arriba —se lamentó, refiriéndole el encuentro—. El caso es que cuando se asomaron pasé algo de miedo. Por un momento imaginé a la mafia rusa instalada ahí arriba. Ella estaba en pelotas.

Su amiga silbó con deleite.

—¿Estaba buena? —Quiso saber.

—Tenía unas tetas enormes.

A tenor de su expresión, Iso se estaba recreando con la información. De repente, se le ocurrió.

—Él no será un tipo de ojos verdes y pinta de tío duro con el que me he cruzado en el portal alguna vez…

—No sé, puede.

—¿Puede? No fastidies. A ese le hacía un favor hasta yo.

Koldo habría negado con vehemencia semejante posibilidad de no ser porque un ligero e inofensivo impacto en su cabeza la distrajo e interrumpió la conversación. Sobresaltada, miró alrededor sin saber identificarlo; quizá esperando ver el aleteo de una polilla. Aquello que la había rozado rebotó y fue a parar a algún lugar. No tuvo margen para sacar conclusiones precipitadas porque un segundo proyectil, más certero que el anterior, le dio de lleno en la nuca. Desconcertada, giró la cabeza y miró hacia arriba en dirección al lugar del que provenía la agresión. Iso hizo otro tanto. Asomado a la ventana de la primera planta, un niño de pelo rubio se reía

mostrando la encía en esa etapa que transcurre entre la pérdida de los incisivos de leche y la posterior adquisición de los sustitutos adultos en el preciso instante en que unos brazos de mujer se asomaban y uno de ellos le daba una colleja al chaval. La oyeron hablar en una lengua que no supieron identificar; probablemente ruso. El tono, eso sí, no requería de traducción. Sin mayores miramientos, apartó al chaval y al poco se cerró la ventana con un fuerte ruido de persianas.

Ambas se quedaron un rato mirando en su dirección. Luego Koldo suspiró, apesadumbrada.

—Y además con hijos. Odio a los niños.

—Demasiado tarde, ¿no crees? —le dijo su amiga. Luego desapareció con las bandejas de la cena en el interior de la casa, mientras Koldo, pensativa, dejaba vagar la mirada hasta que acabó tropezando con uno de los proyectiles. Había chocado contra la fuente y, tras rodar un poco debido al impacto, se había detenido cerca de sus pies. Distraída, tomó entre sus manos la pelota de papel que yacía en el suelo y la abrió con desgana.

Observó, sorprendida, que se trataba de la portada de un tebeo. Y no de uno cualquiera. *El Ángel*, leyó en voz baja. La tipografía, en letras azules sobre fondo negro, era antigua. Igual que el resto del diseño de la portada. En la misma, un corsario de notable porte, largos tirabuzones dorados, ojos exquisitos y pómulos prominentes se apoyaba sobre una espada mientras le guiñaba un ojo al lector. A su lado, un tipo descomunal, de cráneo poderoso y poblado bigote, con un aro en la oreja y un mono en el hombro, le pasaba un brazo por los hombros a su compañero mientras, con el otro, alzaba un cofre lleno de monedas de oro por encima de sus cabezas. Por algún motivo, aquella escena, que transcurría en la cubierta de una fragata, o algo parecido a la idea que Koldo tenía de las fragatas, se le antojó extrañamente familiar. Cuando cayó en la cuenta del motivo, le dio la risa. Se reprochó a sí misma la ocurrencia con un gesto de cabeza mientras admiraba la capacidad de Asier de volver a colarse en su cabeza. Y pese a decirse a sí misma que no surgiría la

ocasión de enseñárselo, dobló el papel en dos y lo introdujo de forma distraída en el libro de Siberia que aguardaba a sus pies por si acababa provocándola ella. Su amiga reaparecía poco después por la puerta del salón con un par de manzanas. Koldo le dio un profundo y reflexivo mordisco a la suya, cuidándose de decirle a su amiga lo que le rondaba la cabeza.

# Capítulo 10

—Edu, por Dios, ¡me has vuelto a dar un susto de muerte! Al final voy a tener que decírselo a tu madre… —amenazó al chaval, que había aparecido por la esquina de la terraza. El joven, a pesar del calor, llevaba una sudadera negra y la capucha sobre la cabeza, acentuando su imagen de asaltante. Sus incisivos, sin embargo, sonreían tras el acrobático salto, mientras alzaba los brazos en son de paz.

—Esta vez me envía ella.

—No tengas morro.

Koldo, que estaba de pie, le dio la espalda dirigiéndose al salón, un poco en señal de protesta por aquella súbita irrupción de la que no quería saber nada.

—En serio —la siguió el chaval—. Voy a estar un momento y me voy a clase. Palabra —le aseguró a Koldo—. Y otra cosa, prefiero que me llames Tifón. —Hizo una pausa—. Por favor.

Koldo se giró, encarando al chico con fingida severidad.

—¿Y para qué te envía tu madre?

—Para esto —dijo, quitándose la mochila de la espalda y abriendo la cremallera—. Me lo ha dado para ti. Aunque supongo que esperaba que te lo trajera llamando a la puerta. —Se rio.

Koldo lo cogió, sorprendida. Era un táper.

—¿Y esto?

—Ha dicho que necesitas alimentarte bien. Mientras te repones.

Por lo que veo, no te busca la policía —concluyó, no sin cierto atisbo de pena.

Koldo frunció el ceño. Aquello era un patio de vecinos. Nadie en La Proa era ajeno a nadie por mucho que estuvieran en Madrid.

—Pero quiere el táper de vuelta —advirtió Tifón.

—Claro —aseguró antes de abrirlo. Era una menestra todavía caliente de guisantes, alubia verde, alcachofas y espárragos. Apenas eran las nueve de la mañana, pero metió la mano y se comió un espárrago. Se relamió de gusto—. Dale las gracias de mi parte.

Tifón, aburrido y todavía con la capucha puesta, se sacó el cigarro de detrás de la oreja, colocándoselo con indolencia entre los labios. Koldo le dirigió una mirada a la que el otro cedió sin protestar, ocultando el pitillo de nuevo bajo la capucha.

Luego la adelantó de camino a la cocina mientras la otra lo observaba.

—A ver, ¿por qué Tifón?

—No sé. —El joven se encogió de hombros—. Supongo que por Conrad.

—¿Por Joseph Conrad? —se sorprendió Koldo mientras entraba en la cocina detrás de Edu—. ¿Y por qué no Mario we… o Kurtz? ¿Demasiado típico?

—Este lo leí antes; era un libro que tenía mi abuelo. Y me impresionó mucho. Ningún otro libro es capaz de igualar la impresión del primero, aunque no sea el mejor, ¿no crees?

Tifón la miraba solemnemente desde el taburete de la cocina sobre el que se había sentado con una de las piernas recogidas y la barbilla apoyada en la rodilla. No supo qué contestar.

—¿Has desayunado? —dijo, por decir algo.

—Sí.

Estaba a punto de prepararse su zumo con tostadas.

—¿Quieres un zumo?

—Vale.

—¿Y unas tostadas?

—Bueno.

—¿No habías desayunado?

El chaval sonrió mostrando sus incisivos.

—¿Sacas la fruta? —le dijo ella, señalando al frigorífico.

Edu se levantó, obediente. Cogió todo y se lo dejó al lado de donde Koldo estaba enchufando la licuadora. La miró de reojo.

—Ya soy bastante más alto que tú.

La otra lo miró.

—Mi padre era muy alto, es posible que yo todavía no haya terminado de crecer. En breve me dejaré barba y me tatuaré Tifón aquí —dijo, señalándose el antebrazo.

—¿Y para qué quieres hacer todo eso?

—Un tío alto con tatuajes y barba puede viajar por donde quiera. Y yo quiero viajar por todo el mundo antes de decidir qué quiero estudiar.

—Pues vas a tener que ahorrar.

—Seré marinero.

Koldo se rio.

—Has leído demasiado a Conrad.

—Hay un tipo que mola mucho más que Conrad en la librería de abajo. Y también fue marinero —se limitó a responder. Koldo se detuvo un momento en mitad de la operación.

—¿Tristán?

—¿Cómo lo sabes?

—Yo también lo conozco. Por lo visto, todo el mundo lo conoce.

—Dice que en Siberia todo el mundo lleva gafas para que no se les congelen los ojos y que parece que te sonríen por la calle. Es por el frío, que les estira la cara —aclaró Edu. Luego se quedó callado, observando cómo la fruta se convertía en zumo. Era un proceso del que Koldo también disfrutaba, igual que con el de las ranas echando agua. Le tendió un vaso. Tifón sonrió y se lo bebió de dos tragos. Luego volvió a mirarla. Tenía un bigote naranja.

—Mi madre dice que estás embarazada.

—¿Y tú qué dices?

—Que no tienes novio.

—No es estrictamente necesario.

—Yo tampoco tengo padre. ¿Cómo se va a llamar? —dijo señalando a la barriga de Koldo.

—Aún no sé si será niño o niña.

—¿Tú qué crees?

La joven se giró con su propio vaso de zumo en la mano.

—Chico —le dijo.

—Acabará saltando de patio en patio, como yo.

Koldo preparó un par de tostadas con tomate, aceite y aguacate y se las dio en un plato.

Desaparecieron en un momento.

—¿Mi mochila y el patinete?

—Los dejaste en el salón.

Oyó su voz desde allí.

—¿Puedo coger otro libro?

Entonces lo notó. Fue algo súbito, como un mal sueño que se hubiera colado en sus entrañas. Se encogió de forma instintiva, tratando de controlar una marea que arrancó en la parte alta de los riñones y se extendió hacia delante, por toda la tripa, como un abrazo no deseado. Un profundo escalofrío que le puso la piel de gallina se apoderó de ella mientras notaba cómo se empapaba su ropa interior. Encorvada y conteniendo un gemido, salió de la cocina en dirección al salón. A mitad de camino notó una segunda embestida que recorrió su cuerpo hasta erizarle la nuca. Volvió a notar cómo algo se escapaba por entre sus piernas. El miedo le provocó ganas de vomitar, pero contuvo las náuseas para poder dirigirse a Edu, que se había asomado al oír su nombre y la miraba vacilante desde la puerta del salón.

En el móvil de Koldo, y siguiendo sus instrucciones, este localizó a Iso, que le indicó que la montara en un taxi y la mandara al ginecólogo. Mientras, en el baño, Koldo intentaba no paralizarse ante el horror que le produjo ver aquel salvaslip cubierto de coágulos y grumos y la aprensión que la invadió al limpiarse las piernas de aquellos espumarajos de color marrón antes de colocarse una

compresa limpia sobre la ropa interior y ponerse unos pantalones flojos. Se despidió de Tifón en la calle, que la vio marchar en el taxi. Iso la esperaba en la puerta de la consulta de Castillo de la Ensenada, que la hizo pasar al momento.

Las noticias no eran las más esperanzadoras, pero aquel punto en la pantalla seguía parpadeando con inusitada ferocidad. No había que dejarse llevar por el derrotismo, le dijo el ginecólogo con su admirable y desapegada buena disposición. Se imponía más reposo. Koldo seguía manchando cuando Iso la llevó de vuelta a casa, aunque de manera más pausada. Los calambres, al menos, habían remitido. Pero ninguna de las dos tenía muchas ganas de hablar.

—Ya te lo ha dicho, Kol; hay que dejar que esto siga su curso natural. El que sea. —Hizo una pausa—. ¿Estás segura de que no quieres venir a casa?

Koldo negó con la cabeza.

—El sofá cama es cómodo y no me apetece que estés sola.

—No, de verdad.

—Aviso en el trabajo y me quedo hoy contigo aquí.

Su amiga volvió a rechazar la oferta. No le apetecía compañía.

—Llama por lo menos a tu madre.

—¿Para qué?

Los pensamientos de Koldo no podían ser más lúgubres. Y detestaba sentirse culpable por ellos.

—Mira qué desastre. Casi sería mejor… —No se sintió capaz de terminar la frase.

Su amiga, sentada a los pies del sofá donde reposaba, le acarició la pantorrilla en silencio mientras Koldo observaba un par de cajas llenas de libros, todavía apiladas en una esquina. Habían sido olvidadas durante la mudanza y ahí seguían. Recordó, con la nostalgia benévola y un tanto engañosa propia de un presente difícil, aquel primer día en La Proa. No habían pasado ni dos meses y parecía un mundo.

# Capítulo 11

Paco se había mostrado medianamente dispuesto a colaborar empujando con cierta desgana algunas de las cajas hasta la base de la escalera, pero, cuando vio que estas llegaban por docenas, encajó un tocón de madera en la puerta para que se mantuviera abierta y se encaminó hacia un lugar ignoto de la colonia murmurando una urgencia tan inaplazable como ininteligible. Asier, que llegaba entonces con una mochila, exquisita puntualidad y óptima disposición, le tomó el relevo.

Fue una suerte que no tuviera demasiados muebles. En su momento tuvo claro que aquel reparto era como una cacería donde cada uno sabía qué trofeos quería cobrarse. Aunque Koldo fingió cierto pesar, renunció alegremente a la cama y el sofá donde habían compartido ingentes cantidades de tiempo que no tenía problema en olvidar, y optó por hacerse con piezas menores a las que les tenía un silencioso apego: esa mesa que tantas reuniones había congregado en torno a una botella descorchada, la radio con la que tanto disfrutaba cocinando con una copa en la mano, la *chaise longue* donde disfrutaba enormemente perdiendo el tiempo con un buen libro… y un buen vino. Se preguntó con cierta flema si los últimos años los había compartido con una pareja o con una botella. Qué más daba. El resto eran cajas. Demasiadas, se dijo a sí misma, removiéndose con inquietud al verlas apiladas a la entrada de Píramo. ¿Cuándo había ocurrido aquello? Sus dos primeras

mudanzas en Madrid las hizo con un par de maletas; las siguientes, en el coche de algún amigo, y la última, con esa aura de dichosa y romántica levedad que acompaña a todas aquellas mudanzas en pareja que se creen definitivas, apenas la recordaba. Vaya broma. Le entró la risa al pensar en la ingenuidad universal, pero Asier no le dejó tiempo para disfrutarla. Les esperaban treinta y tres cajas de libros.

Mucho antes de que la espalda de la camiseta se le pegara al cuerpo, Asier ya se había desnudado de cintura para arriba; una costumbre que, al parecer, no había abandonado y que nunca implicó ningún ánimo exhibicionista. A pesar de ello, Koldo se permitió observar sin disimulo su cuerpo flaco, moreno y fibroso mientras levantaba la enésima caja y la coleta dorada culebreaba a su espalda. Siempre le había gustado el trabajo físico, recordó. No tanto por el beneficio derivado del mismo como por el placer directo que extraía de aquel acto básico y primario; el mero gusto de emplear el cuerpo para aquello para lo que estaba diseñado. A ella esta vez le venía de perlas. El traslado de sus pertenencias hasta la primera planta apenas les llevó media hora. La clasificación de su contenido, un poco más. Una vez estuvieron todas las cajas apiladas a un lado del salón, fueron abriéndolas y sacando libros con la ilusión propia de dos lectores celebrando sus particulares hitos: títulos leídos durante su pasado compartido, bromas sobre lo desacertado de algunas recomendaciones mutuas a las que hicieron caso y de las que luego no tuvieron a quien culpar, y un par de exclamaciones de júbilo proferidas por parte de Asier al reencontrarse con algún libro que creía desaparecido entre aquel alijo de páginas que tapizaban el viejo parqué del salón.

—No, no; ese no es tuyo. Ni de coña, me lo traje desde Bilbao —le dijo Koldo, respondiendo al intento de Asier de quedarse con uno de ellos. Con un gesto rápido, le arrebató una manoseada edición de *La pesca de la trucha en América*, de Brautigan.

—¿Seguro?

Asier volvió a hacerse con el tomo, abriéndolo por la primera

página. Su boca se torció en una sonrisa al leer la dedicatoria en silencio.

—*A mi escurridizo animal espiritual* —se le adelantó Koldo, recitándola en voz alta y de memoria—. Es la dedicatoria con la que me regalaste ese libro, que ahora es mío.

—Vale, tú ganas —concedió Asier—. ¿Sabes? En ocasiones me he acordado de esa mesilla tuya llena de libros; todos mezclados y todos sin acabar —continuó.

—Sigue siendo así —se rio Koldo, halagada por la precisión del recuerdo y evocando, a su vez, las densas referencias que se apilaban al lado de la cama del joven en su casa de Bilbao—. ¿Dónde vives ahora? —se animó a preguntar por fin.

Asier, como era de esperar, se encogió de hombros.

—Aquí y allá.

—¿En Madrid vives aquí y allá? —insistió ella.

—Generalmente, en casa de unos amigos.

El silencio evidenció que a Koldo no le había satisfecho la respuesta.

—Los dueños de El Mascarón tienen unos amigos, y me suelo quedar en su casa cuando estoy por aquí.

Cada respuesta, pensó Koldo, era como un árbol que se ramificaba en distintas posibilidades y planteaba nuevas incógnitas sin haber respondido a la primera. Lo miró con la afable paciencia con la que el interrogador trata a un sospechoso durante los primeros minutos. Y escogió al azar una de las nuevas interrogantes abiertas.

—¿Qué amigos?

—Unos proveedores del bar.

—¿Y dónde viven? ¿Cerca?

—A las afueras.

—¿Siempre te quedas en su casa cuando estás aquí?

—A menudo; no siempre.

—¿Ahora, por ejemplo?

—Bueno, tengo en esa mochila todo lo que necesito. Podría no

quedarme allí. Podría dormir en una pensión, por ejemplo.

—Pero te están esperando, ¿no?

—No necesariamente.

Notó cómo se apoderaba de ella aquella incredulidad que la hacía sentirse tan poco mundana, tan poco abierta de miras y tan entretenida al mismo tiempo. También se dio por vencida y se obligó a centrarse en colocar libros en las estanterías, mientras Asier se ofrecía a preparar la cena. De la mochila había sacado un espectacular corte de atún rojo que se estaba descongelando, un táper con arroz preparado y un paquete de algas.

—Pero ¿qué es eso, el bolso de Mary Poppins? —Koldo le arrebató la mochila y miró dentro. Se quedó pasmada. A continuación, sacó un imponente cuchillo, todavía enfundado.

—Cuidado —le advirtió él.

—Ya soy mayorcita —replicó ella, desdeñosa, mientras lo sacaba de su funda y dirigía el dedo en dirección al filo con la misma celeridad con la que un niño responde a una prohibición. Reprimió una exclamación al notar el filo en su yema.

—No lo digo por ti, lo digo por el cuchillo.

Asier tomó la herramienta de sus manos con extrema delicadeza, casi reverencia.

Era un cuchillo japonés de un acero de altísima calidad; duro, frágil y de un solo filo, le explicó. Una joya con nombre propio, forjada a mano, con mango de magnolio y un refuerzo de cuerno de búfalo. La casa llevaba fabricando armas y cuchillos para la familia imperial de Japón y espadas para samuráis desde 1560, recitó de forma solemne. Lo había comprado en Kyoto, y tenía su propio nombre grabado en japonés en el filo.

—¿Fuiste a Japón a comprarte un cuchillo?

Asier, devuelto al mundo terrenal, asintió con un brillo travieso.

—Lo que haga falta por impresionarte.

De aquella mochila salió también una botella de sake y los preceptivos recipientes en los que beberlo.

Un traguito no le hace daño a nadie, pensó Koldo,

asombrándose, una vez más, de los gustos sofisticados de aquel tipo sin dirección estable ni oficio reconocido que vagaba de aquí para allí con una mochila a cuestas.

A falta de un sofá, trasladaron el colchón que Koldo había estrenado la noche anterior al salón, donde le dieron una nueva vida comiendo sobre el mismo *sushi* entre sorbos de sake. Asier se había quitado los pantalones para cocinar con la misma naturalidad que antes la camiseta, fiel a ese ejercicio constante de liberación que parecía no haber abandonado tampoco en los últimos años. Ella hizo lo propio, quedándose en ropa interior. En la forma que habían tenido de entenderse en el pasado, aquello nunca fue necesariamente la antesala de nada. De forma paradójica, la idea de que el vínculo predominara sobre el sexo la estimulaba. Imaginó cómo acabaría aquello. O no. Pero le daba un poco igual.

Desde aquel camastro improvisado, observaban los libros recién colocados con la devoción de quien se calienta frente al fuego de una chimenea. A falta de que estos crepitaran, el susurro incesante de las ranas, que se percibía a través de los ventanales abiertos, hacía todavía más agradable el silencio.

—Siempre me gustaron tus casas —dijo Asier con tono reflexivo.

—Solo has conocido el piso de estudiantes de Bilbao y esta. Que está todavía vacía.

—Lo que hay es suficiente —dijo él, acercando su cara muy cerca de la de ella y sosteniéndole la mirada un par de segundos. Luego desvió la cabeza hacia abajo, como si fuera a besarle una clavícula, pero pareció pensarlo mejor y le dio un mordisco en el hombro, succionando parte de la carne.

—¡Ay!

Koldo se frotó la marca de los dientes entre risas y le colocó la pierna en el pecho, interceptando cualquier nuevo avance. Él sacó a pasear una sonrisa torcida.

—Sabes que donde esté un empeine me sobra todo lo demás.

Lo recorrió con una mano hasta alcanzar la punta del pie, mientras con la otra sujetaba el tobillo. Luego lo apretó contra su

pecho e, inclinándose sobre la pierna de Koldo, dejó que la mano que agarraba el tobillo se deslizara con gesto firme hasta la pantorrilla, y de ahí por toda la parte trasera del muslo. Se detuvo justo antes de llegar a la ingle y la miró, valorativo.

—Si Odisea Silva hubiera sido mía, la habría sacado a flote con una colección de poesía por fascículos dedicados a desmembrarte. Te habría diseccionado de la manera más burda y arrebatada, como se hacía en el medievo, cosificándote a la salud del lector. El primer fascículo estaría enteramente centrado en tus empeines, arqueados como una espalda pidiendo sexo. Otro de ellos versaría sobre ese arco nasolabial tan bien esculpido que hace que tu boca recuerde a una afilada arma letal. Y luego les tocaría el tumo a tus ojeras, claro.

Koldo lanzó una carcajada. Sabía que ella era sencillamente la excusa, la oportunidad que se presentaba; pero compartir tiempo con Asier, además de intenso y entretenido, resultaba siempre halagador.

—El último lo dejaría para tus axilas. Creo que hoy dormiré muy apretado a ti —le dijo de repente, empujándola hacia el colchón—, para olerte mejor.

Desde atrás, la sujetó con fuerza de la cintura y sumergió la nariz bajo su brazo. A ella le dio la risa floja.

—Cuidado, mi olor tiene un precio.

—Ah. Creía que tenía patente de corso.

—Ni lo sueñes. Quiero una historia.

—La que quieras. Menos la mía.

—La del corsario Baltasar de Figueroa, entonces.

# Capítulo 12

Fue Asier quien se refiriera, aquel primer día que ella visitó La Proa, al vínculo de la colonia con la crónica del cómic español. La historia se quedó a medio contar, pero percibía la sutil presencia de su personaje protagonista, Baltasar de Figueroa, habitando su cabeza de manera discreta, como una cuenta pendiente. Sumida en aquel agradable sopor producido por la primavera, un par de sorbos de sake y la compañía de Asier, el momento parecía oportuno para abordarlo. Se había instalado en ella esa sensación equívoca que se produce cuando diversos estímulos, a veces de distinta procedencia, coinciden en el tiempo solapándose entre sí y creando una impresión mezclada. Pese a que no era más que una jugada de su cabeza, no conseguía disociar del todo la presencia de aquel joven llegado de su pasado del personaje cuya historia estaba a punto de narrar.

Ajeno a aquellas volátiles cábalas, Asier empezó a relatarle, con habilidad de cronista, cómo Odisea Silva había sido el gran proyecto personal de Gregorio Silva, un humanista madrileño enamorado de la cultura griega y de su mitología al que el dinero familiar le había proporcionado una buena educación y la posibilidad de hacer algo bonito con él.

—Como gastarlo en crear el cómic más legendario de la historia.

Silva se había trasladado a Barcelona en su juventud, pero no fue hasta comienzos de los años cincuenta cuando decidió embarcarse en su particular aventura. Su primera incursión editorial fueron los

ensayos académicos, un campo que no le dio mucho dinero, pero tampoco le hizo demasiado daño a su extenso patrimonio familiar. Fue su hijo Pascual, quien más tarde se incorporaría al negocio, el que lo animó a introducirse en el mundo de las historietas de consumo popular. De espíritu arrebatado y en el momento álgido de esa dolencia llamada juventud, Pascual coqueteó con la intelectualidad y la vanguardia artística catalana de la época, se permitió un par de viajes por Europa y hasta atravesó el océano en alguna ocasión, pero fue el mundo del tebeo, que luego le llevaría a la política, el que acabó por seducirle. Por aquel entonces, Valencia y Barcelona eran el foco editorial de los sueños de los chavales de la época y él se hallaba en el epicentro de un fenómeno en pleno auge.

—¿Te suenan de algo Roberto Alcázar y Pedrín?

Ella asintió.

—*Alcázar y Pedrín* fueron los precursores del cómic español; los pioneros. Empezaron a dar guerra en los años cuarenta. Fue esta pareja de aventureros la que hizo de avanzadilla de un nicho todavía virgen en España, el de las historietas, que acabaría haciendo muy felices a los chavales de varias generaciones. Incluidos nosotros. Porque estoy seguro de que tú has leído *Esther y su mundo* —añadió con soma.

Era cierto.

—Sigue —le dijo a cambio, apremiándolo como a esos narradores que se recrean en el placer de no ir al grano.

El de los cómics en España, le contó brevemente, fue un bombazo en aquella década de posguerra. La misma Editorial Valenciana que había fraguado las historietas de Alcázar y Pedrín sacaría, en el 44, *El Guerrero del Antifaz*. Luego llegaría *El Coyote* y en el 56, quince años después, Editorial Maga lanzaría *Pantera Negra* y Bruguera, decana española de las editoriales de tebeos, alumbraría al gran icono generacional: *El Capitán Trueno. El Capitán Trueno*, junto a otro glorioso título, *Crispín y Goliat*, fue la obra magna del guionista Víctor Mora y el dibujante Ambrós, el genial tándem del cómic español de la época. El éxito fue tal que dos años después

Bruguera se hacía la competencia a sí misma sacando *El Jabato*, también de Mora, en este caso con Darnís a cargo de las viñetas. El esquema de ambos era parecido: el Capitán Trueno era un caballero español de la Edad Media que luchó en la Tercera Cruzada y el Jabato, un aguerrido íbero que le plantó cara al Imperio romano. Ambos arrasaron en la España adolescente de la época, necesitada de héroes que la llevaran de viaje. Cuanto más lejos, mejor.

Asier proseguía, pegado a su espalda, hablándole cerca del oído:

—Ahí es cuando irrumpe *El Ángel*; nuestro caballo ganador. 1961 sería su año fundacional. Baltasar de Figueroa, alias El Ángel, fue un corsario que navegó los mares del Imperio español en La Fragata Blanca y protagonizó la serie de aventuras del mismo nombre. Espronceda le habría dedicado unos versos a sus tirabuzones dorados, tan parecidos a los míos, de haberlo conocido en su tiempo —dijo en tono burlón—. Fue la gran apuesta de Odisea Silva; un lanzamiento pensado para reventar el mercado nacional del tebeo. Y lo consiguió. Había nacido una estrella.

—Vaya con el pirata —intervino Koldo.

—En realidad, me refería a Pascual Silva.

Durante aquellos años, el negocio del cómic se movía entre Valencia y Barcelona. Y muchos de los empleados de las editoriales de la época, le explicó, alternaban en un pequeño bar del Raval, ya desaparecido. Allí se tomaban sus copas, intercambiaban impresiones y, de tanto en cuanto y con cautela, se quejaban de los plazos de entrega inviables a los que los sometían las editoriales y el ritmo de trabajo frenético a que esto los obligaba. También se coqueteaba con la política, concretamente con el Partido Socialista Unificado de Catalunya, el principal partido catalán de izquierdas durante el franquismo, que fue ilegal hasta el 77. Un jovencísimo Pascual, deseoso de que la editorial de su padre se iniciara en el prometedor negocio de la historieta, se acercó a tomarle el pulso al mundillo en torno a 1960. No tardó en entablar una estrecha relación con Víctor Mora y su mujer, Armonía, y en frecuentarlos de manera habitual. Mora era un idealista, como lo eran sus personajes,

que trataba de hacerle frente al régimen no solo a través de sus historietas, sino de manera políticamente activa, lo que le había valido ya años atrás su paso por prisión junto a su mujer, acusados de masonería y comunismo.

El caso es que en 1961 Odisea Silva se estrenaba por fin en el mundo del tebeo lanzando su gran ofensiva: una historieta de aventuras protagonizada por un corsario del siglo XVII que se encargaba de proteger las rutas marítimas de la corona española contra ingleses y holandeses bajo el apodo de El Ángel. La de Baltasar de Figueroa no fue la primera historieta de piratas que llegaba al mercado, pero sí la de mayor éxito hasta la fecha, y le estaba otorgando a la editorial de Silva visibilidad cuando este menos la deseaba.

Gregorio Silva, de talante reflexivo y sangre mucho más templada que su hijo, comenzaba a temer que este pudiera estar en el punto de mira del régimen. Así que el padre inició los pasos necesarios para replegarse y volver a la capital, poniendo tierra de por medio entre su hijo y el foco del problema. Y acortar de paso distancias con la Administración del régimen, a cuyo servicio se puso para publicar unos volúmenes históricos de claro espíritu patriótico.

Silva no tardaría en localizar al promotor de la colonia de la que le hablara su buen amigo, el arquitecto bilbaíno Manuel Galíndez, fraguando así su desembarco en la capital. Por lo que Asier tenía entendido, la editorial se instaló en la capital con la eficacia de los negocios catalanes. La planta industrial se emplazó a las afueras, pero los despachos, la plantilla de guionistas y dibujantes y la división publicitaria se ubicaron en el pasaje de La Proa. Por aquel entonces, el de las historietas era un negocio en plena pujanza cuyos profesionales, sin embargo, malvivían con horarios intempestivos y plazos de entrega implacables. A menudo tenían que limitarse a dibujar imitando el estilo de los autores más conocidos e incluso servir de *negros* a los mismos, colocando luego las cabezas de los personajes creados por estos. Desgraciadamente, eso provocó una fuga de talentos que fue a conformar, a través de agencias, lo

mejor de las editoriales de cómics extranjeras. En ese sentido, Silva fue un adelantado a su época, otro idealista. Las condiciones laborales de sus empleados fueron en cierto modo excepcionales. Lejos de alienarlos y obligarles a cubrir plazos imposibles, garantizó la calidad de vida de dibujantes y autores estrella ofreciéndoles alojamiento en la colonia. Había nacido La Proa.

—Bautizada en honor a La Fragata Blanca, capitaneada por Baltasar de Figueroa —remató Asier, para luego añadir, maliciosamente—: Pero falta un último redoble de tambores: El Ángel es, al parecer, el personaje que Pascual Silva le robó a Mora.

Koldo escapó del abrazo de Asier, girando sobre sí misma, más interesada de lo que hubiera esperado.

—No me digas.

—Resulta que el auténtico pirata de esta historia fue el propio Pascual.

—Así que, en cierto modo, el imperio de Odisea Silva fue fruto de una estafa —dijo Koldo.

—De hacer caso a lo que se dice, sí.

—De hacer caso a eso, ahora mismo en este colchón seríamos tres; tú, yo y el fantasma que tengo en casa, ¿no?

Se quedó callada. No sabía qué la había impulsado a dar la cara por los Silva, si es que era eso lo que estaba haciendo. Quizá cierta solidaridad por su propiedad compartida, se dijo.

—Pero ¿cómo lo sabes? ¿Te lo ha contado Tristán? —sugirió, desconfiada.

Apoyó la cabeza en el codo, a la espera de una respuesta.

—Había un par de empleados de la librería que habían oído lo que otros más veteranos solían contar. Por lo visto, son cosas de dominio público, si tienes la paciencia de armar la historia con lo que unos y otros van recordando de manera desordenada. Solo que hoy en día ya no le interesa a nadie, así que nadie lo cuenta. Y se va olvidando. El único que de verdad sabe cosas es Tristán. Una pena que sea tan complicado cogerlo con la guardia baja.

—¿Y qué pinta él en toda esta historia?

—Tristán fue, por lo que sé por otros, un buscavidas huérfano y recién llegado de un pueblo de Albacete. Creo que ya te comenté que tendría unos diecisiete años cuando Silva lo contrató. La editorial acababa de trasladarse de Barcelona a Madrid y necesitaban un chico de los recados para los despachos. Su trabajo era el clásico oír, ver, callar y obedecer de toda la vida.

Hizo una pausa cargada de intención, dando a entender que llegaba el momento de una gran revelación.

—Por lo visto, hubo una pelea entre Silva y su hijo que se desarrolló en el despacho del primero. Gregorio no solo le reprochaba a Pascual que hubieran tenido que trasladarse de Barcelona a Madrid por su culpa, también le echaba en cara su falta de escrúpulos por haberse apropiado de aquel personaje. Desconozco cómo se había enterado.

—Pero ¿cómo pudo robárselo?

—Fue durante una de aquellas veladas en el Raval. Apareció un americano; un hombre de negocios de Miami que contó una pintoresca historia de piratas que se parecía a todas las demás: fragatas y patentes de corso, mares sin fronteras, amores imposibles y tesoros nunca encontrados. Lo insólito, explicó Asier, es que la historia parecía ser real y el corsario protagonista de la misma, de origen español, o eso proclamó al menos el americano tras varias copas. Avanzada la noche, él mismo aseguró pertenecer al linaje del pirata en cuestión y, según decía, había aprovechado alguno de sus frecuentes viajes a España para desandar sus pasos y tratar de dar con la pista de la esquiva herencia, presumiblemente oculta en alguna gruta costera entre España y el Caribe.

—Pero ¿a quién le contó esa historia?

—Eso es lo que no está claro. A Mora seguro, lo que no sabemos es si Pascual estaba presente, o la historia le llegó como una confidencia de su amigo.

Mora enseguida vislumbró sus posibilidades narrativas. Pero a Pascual sus recientes veleidades políticas comenzaban a aburrirlo, y su espíritu agitado parecía requerir de un nuevo propósito lo

suficientemente sugerente como para volver a arrebatarlo. Aquella noche, entre copa y copa, Pascual soñó con un viaje en busca de un tesoro y Mora dibujó un personaje a bordo de una fragata. O eso parecía. Porque al poco tiempo Odisea Silva lanzaba *El Ángel*. El guion lo firmaba un joven Pascual Silva y el dibujo corría a cargo de Ventura Grau, un prometedor talento que había coincidido con Ambrós, coautor de *El Capitán Trueno*, en la editorial Grafidea. Ambrós y Grau harían buenas migas, y el insigne dibujante se lo llevó consigo cuando fichó por Bruguera, pero los Silva se harían con él tras proponerle dar vida a las peripecias de un corsario español del siglo XVII con total libertad. Grau sería, de hecho, uno de los dibujantes que se traerían a Madrid con el posterior traslado de la editorial.

—Nadie ha sabido decirme si Mora y Pascual volvieron a hablar, pero, en 1970, Mora y Ambrós, las dos grandes *vedettes* del gremio, volvieron a reunirse en un nuevo proyecto para el semanario *Mortadelo y Filemón*, se llamaba *El Corsario de Hierro*. El Corsario contaba con un guion probablemente más ajustado a las inquietudes políticas y sociales de Mora que *El Ángel*. Su galeón recibía el nombre de Human Rights y su protagonista parecía mucho más honorable que el astuto, pragmático y en ocasiones solapado Baltasar de Figueroa.

—Aquello debió de convertirse en una lucha de titanes entre Mora y Pascual, ¿no? —lo interrumpió Koldo, absorta en la narración.

—En absoluto —replicó Asier con cierto pesar—. *El Ángel* solo duró tres años. A partir de ahí, la editorial le sobrevivió tan solo un par más y a duras penas. Coincidiendo con su cómic estrella, Silva también había lanzado su otro gran éxito, *Luisa y Susi, dos hermanas*, aprovechando que el mercado de tebeos femeninos había empezado a despertar. En el 65 Silva sacaría una colección divulgativa sobre mitología griega, su gran pasión. Los libros, bellísimos, fueron el canto del cisne de la editorial. En el 66, la bonanza del sector pasaba a ser un bonito sueño del pasado y el mercado se derrumbaba llevándose por delante a Odisea Silva, que

apenas se sostenía en pie. Lo único que se salvó fue la librería que ya conoces, testimonio de aquella edad dorada. Con Tristán al frente y con ese nombre, que acabara especializándose en viajes era solo cuestión de tiempo. Algo que tanto a Pascual Silva como a Baltasar de Figueroa les hubiera encantado —apuntó Asier melancólicamente.

Koldo le interrumpió.

—Supongo que *El Ángel* dejó de editarse cuando…

Ella señaló con una inclinación de cabeza en dirección al patio.

—Cuando Pascual se suicidó Gregorio Silva fue incapaz de continuar con el corsario y sus andanzas tocaron a su fin en el pico de popularidad de Baltasar de Figueroa. Sus aventuras se convirtieron en algo legendario para los chavales y se coleccionaba cada número como un tesoro. El más codiciado fue el primero de todos, el número uno. Pero era imposible de encontrar. Y aún lo es. Es el Santo Grial de los tebeos españoles —bromeó—. Ni siquiera Tristán, y eso que fue protegido de Silva, lo tiene. Una pena. Daría mi coleta —dijo al tiempo que se la soltaba y su melena dorada se derramaba por su espalda— por echarle el guante. Pero *El Ángel* desapareció cuando su creador lo hizo en esa fuente de ahí.

Ambos se giraron a la vez para mirarla. La aludida se dejaba ver a través de los ventanales, ajena a su condición de testigo de excepción, con lo que a Koldo se le antojó cierta desfachatez. Pero el tintineo de aquellas fauces abiertas sonó también sugerente, como una invitación. A Asier debió de ocurrírsele lo mismo, porque ambos se levantaron al mismo tiempo. Se quedaron de pie, muy juntos, mirándose con intención.

—Esta fuente todavía puede ser testigo de grandes cosas —vaticinó Asier.

—Apuesto a que los vecinos también —sonrió Koldo.

# Capítulo 13

La noche que siguió a su visita al ginecólogo fue una de las más inquietantes de su vida. Sola y tumbada en el sofá, fingía concentrarse en la *tablet* que tenía delante al tiempo que evaluaba, tras cada nuevo retorcijón y la correspondiente pérdida, si el episodio había concluido definitivamente. La papelera del baño estaba llena de compresas manchadas de una heterogénea materia de color marrón oscuro salpicada de coágulos; y con cada nueva visita al baño la desazón iba en aumento. Agotada tras varias horas de pérdidas ininterrumpidas, alrededor de las cuatro de la mañana consiguió abandonarse a un sueño inquieto durante el que, de forma paulatina, pero constante, su útero siguió expulsando aquello que su cuerpo rechazaba por mucho que su subconsciente se esforzara en retener. Fue un combate perdido de antemano, tras el cual despertó en un estado de alivio físico que la alertó más que ninguna otra cosa. El bienestar invadía su cuerpo, constató desolada.

Con forzada calma echó atrás el fino nórdico y se incorporó al tiempo que giraba sobre sí misma y dirigía la mirada hacia el hueco, aún caliente, que había dejado en la cama. Una significativa mancha de color rojo oscuro se extendía por toda la sábana. La contempló durante un buen rato. Luego se levantó, se dirigió al baño y se despojó de dos compresas rebosantes que prefirió no analizar de cerca. Bajo la ducha, dedicó un buen rato a dejar que el agua recorriera cada centímetro de su cuerpo y luego, aún en albornoz,

marcó el número de Castillo de la Ensenada para pedir hora para aquella tarde. Suponía que ya no había prisa.

Sábana en mano, regresó al baño. Abrió el grifo y la sumergió bajo el chorro de agua fría. Frotó largo rato ayudada de una pastilla de jabón de manos; no se detuvo hasta que el agua que desaparecía por el desagüe, al principio de un tono marrón rojizo, adquirió su transparencia habitual. Después se encaminó a la cocina, todavía con la sábana mojada en la mano. La metió en la lavadora junto al pijama y, una vez la puso en marcha, apoyó las manos sobre la encimera. Su mirada se detuvo en ella. Echó mano del trapo que colgaba de un gancho, lo humedeció y lo pasó por la superficie de esta con deliberada lentitud. Luego continuó con cada armario de la cocina hasta que llegó al frigorífico. Sin reflexionar demasiado, lo abrió y fue vaciando las baldas una a una, primero la de los lácteos y los productos envasados, luego la de las verduras, después la de la carne y el pescado y finalmente el cajón de la fruta. Cuando terminó con el frigorífico, cogió la escoba y se concentró en el suelo de la cocina; a este le siguió el del pasillo y el salón, y de ahí avanzó hasta la terraza. Cambio las alpargatas por las chanclas y barrió cada baldosa del exterior; los huecos entre las macetas, bajo las sillas y en las esquinas de la fuente hasta que no supo qué más barrer. Entonces desenroscó la manguera, abrió el riego y dejó que el agua saliera de la misma haciendo un gran arco que fue a parar hasta los pequeños jazmines. El agua, que se derramaba sobre las macetas, fue escapándose por el drenaje del fondo de los tiestos hasta que un reguero de líquido inició su camino de regreso hasta los pies de Koldo.

Se quedó ahí parada, viendo cómo el agua la iba rodeando sin decidirse a trepar hasta sus chancletas para mojar sus dedos, pensando en todos aquellos viajes a la clínica; las hormonas guardadas en el frigorífico junto a los huevos y los malabarismos a los que las inyecciones, siempre a la misma hora, la obligaron durante varias semanas. También se acordó de la primera gran visita a la clínica; una excursión que, en calidad de primeriza, se tomó con

nervios y alegre ligereza. La última, sin embargo, fue distinta; todo estaba revestido de mayor solemnidad. Había sido consciente de lo que implicaba una transferencia. Plazos, procedimientos invasivos, hormonas, dinero, la perspectiva de fracasar a lo grande. Los óvulos que le habían extraído eran de mucha calidad, aseguraron. Y estaban en un estado óptimo de maduración. Varios de ellos habían sobrevivido al proceso de fecundación y dos, se felicitaron entre sí, habían cumplido con todas las expectativas y habían alcanzado con honores la fase final. Eran dos embriones de cinco días que pedían a gritos ser implantados. Tras la intervención había aguardado sola en aquella habitación, todavía tumbada, el tiempo prescrito. Recordaba la absurda excitación que le produjo abandonar la sala sintiéndose la misma pero distinta, con la ridícula inquietud de que quien la observara pudiera notarlo.

No era dada a la épica de la maternidad; no esperaba percibir cómo la vida crecía en su interior. Pero dentro de una concepción mucho más mundana de toda aquella empresa, intuía que perder teniendo la mejor mano posible sentaba un alarmante precedente para futuros intentos. Y resulta que había sucedido; todo se había ido por el desagüe.

Con la manguera todavía en la mano, la invadieron unas irrefrenables ganas de vomitar, como si echar las tripas fuera la única manera de exorcizar aquel momento. Incapaz de controlarse, sintió la primera arremetida de una arcada salvaje al tiempo que oía un súbito ruido de persianas a su espalda. Con la segunda embestida, sus entrañas brotaron hacia fuera como una erupción mientras, desde un ángulo de su consciencia aún conectado a la realidad circundante, constataba que las ventanas de la segunda planta se abrían de par en par. Maldijo su don de la inoportunidad. Tras una última y poderosa náusea, y a pesar de que los ojos le lloraban por el esfuerzo, acertó a ver que el vómito seguía el mismo curso que el agua, rodeando sus chancletas, mientras el rasgueo de una guitarra eléctrica se colaba a través de aquellas ventanas abiertas. Era música *heavy*. Aquella desconsiderada y atroz invasión

de su espacio vital hizo que el desconsuelo diera paso a la irritación, después a la rabia y finalmente a la ira sin solución de continuidad. Apretó la manguera como si quisiera sacarle las tripas. Alguien decidió en ese preciso instante subir el volumen de la música, que ya estaba lo suficientemente alto como para despertar a todos los colonos de Tisbe y Píramo juntos. Koldo no lo vio venir. Llevada por algún mecanismo de supervivencia, el vacío que había quedado en sus tripas entró en combustión, dando paso a un odio ciego que la poseyó como una onda expansiva que se aproximaba a esa ventana abierta desde la que los acordes de la guitarra escapaban como caballos desbocados de un metro en hora punta.

—¡Eh! ¡Los de arriba! ¡Vosotros! ¡Los de la música! —gritó, al tiempo que con una mano se limpiaba los restos de vómito de la comisura de la boca—. ¿Me estáis oyendo? ¡Sé que me estáis oyendo! ¡Salid de una vez!

Quiso romper los cristales de sus ventanas, prenderle fuego a aquel salón, aniquilar a sus habitantes. Su mano se alzó casi al mismo tiempo que la idea se cruzaba por su cabeza y su muñeca se dirigió con pulso firme hacia la ventana de sus vecinos justo en el momento que, tras dibujar un bonito arco en el aire, un potente chorro de agua alcanzaba al ruso que, alarmado por las voces, se asomaba a través del marco.

La inmovilidad tónica es una respuesta extrema a un estímulo de peligro que consiste en la ausencia total de respuesta; el cuerpo se congela y la presión arterial baja. Bien, no se trató de eso. Pero lo pareció. El eslavo quedó atrapado bajo el chorro y ya no supo salir de ahí; la sorpresa le impidió reaccionar a tiempo y su cuerpo quedó a merced del chaparrón, incapaz de escapar. Ella sostuvo la manguera con saña renovada dos, tres segundos más, al tiempo que dejaba escapar un jadeo de cólera triunfal y enloquecida; como un guerrero con una cabellera aún fresca en la mano. Solo que en realidad era su manguera. Así que, eventualmente, dejó de ejercer presión sobre la palanca que la regulaba. El chorro cesó al tiempo que, espantada por su propio arrebato, se deshacía de ella tirándola

a sus pies. Tragó saliva, indecisa por un breve instante. Solo un breve instante. Enseguida, el instinto de supervivencia acudió en su ayuda, indicándole que era preferible no esperar a comprobar la respuesta. Ella sí fue capaz de reaccionar mejor que ese conejo que queda inmóvil delante de los faros del coche; se escabulló por la puerta de su dormitorio mientras su vecino, todavía perplejo en la ventana, se sacudía el agua que lo había paralizado con la efectividad de un placaje en un partido en el que no sabía que jugaba. Una vez dentro, Koldo se puso las sandalias, cogió el bolso y corrió hasta la calle como hacía semanas que no lo hacía.

Se presentó en el ginecólogo a la hora de su cita. Acudía tras un largo paseo, serena y resignada. La recepcionista, que la conocía, la hizo pasar al momento. Castillo de la Ensenada escuchó lo que Koldo tenía que decirle y, con una sonrisa que rebajó varios enteros el umbral del drama que los ocupaba, la invitó a tumbarse en la camilla con las piernas separadas. Obedeció resignada y, notando el frío de la crema en su tripa, dejó que su mirada se perdiera en dirección contraria a la pantalla del ecógrafo. El ginecólogo hizo varias pasadas en silencio por la superficie de su tripa, apenas abultada; luego pareció centrarse en un punto concreto e, instantes después, sus labios dejaban escapar una exclamación. Sobresaltada por el matiz satisfecho de aquella interjección, se giró hacia el doctor, que miraba la pantalla al tiempo que, con un arqueo de cejas, la invitaba a hacer lo propio. Su mirada siguió la misma dirección hasta encontrar una pequeña mancha parpadeante que parecía saludarla desde la pantalla.

—Nunca hay que haceros caso —la sermoneó el médico.

Koldo siguió mirando aquella mancha, perpleja.

—Pero ¿esto es normal? Después de una noche así, quiero decir.

A las puertas de la jubilación, Castillo de la Ensenada había decidido sustituir la vasta responsabilidad de la gran clínica privada que había supervisado durante décadas por una pequeña consulta

que le permitiera seguir ejerciendo con mayor calma e igual dicha; y eran pequeñas sorpresas como aquella las que de tanto en cuanto reforzaban su decisión y le recordaban que todavía le quedaba mucho por ver.

—En realidad, no —respondió honestamente—. Pero cada gestante es un mundo; esta es la prueba —dijo señalando a la pantalla del ecógrafo—. Así que, si este embarazo llega a buen puerto, me vas a hacer el favor de ponerle a esta criatura nombre de conquistador. Y ahora sal pitando para continuar con tu reposo.

Los chorros de agua, que dibujaban tres ángulos perfectos a partir de las bocas de sus respectivas ranas, salpicaban con fuerza al llegar a la poza. El atardecer no podía ser más agradable. Casi una celebración. No sin cierta temeridad, aunque tras asegurarse de que las persianas de sus vecinos de arriba estaban cerradas, Koldo había acercado la tumbona al centro del patio de modo que sus pantorrillas, que asomaban desnudas bajo el kimono, quedaron apoyadas sobre el plato de la fuente para recibir aquella refrescante lluvia. Tumbada y con los ojos cerrados, esperaba la llegada de Iso dejándose mecer por el sonido del agua, interrumpido aquí y allá por las estridentes golondrinas. La fuente, que aguardaba justo delante de los párpados que se negaba a abrir, se le aparecía caprichosamente al otro lado, como si sus ojos cerrados pudieran ver a través de unas cortinas. Contemplaba sus escenas de caza en movimiento, sus azulejos deslizándose unos sobre otros y las tres ranas, con sus fauces abiertas, mirando de soslayo la esquina vacía desde la que su hermana hubiera debido acompañarlas en aquel escupir eterno. Las imaginó aún desoladas por la pérdida, en un duelo perpetuo del que nunca podrían desahogarse porque el agua inundaba sus bocas. O puede que aliviadas de que al menos una de ellas hubiera escapado a aquella condena. Tal vez les diera igual, valoró, dándole una calada al cigarro que tenía entre los dedos. Pero se negó a abrir los ojos para analizar de forma más precisa sus

expresiones. Solo cuando percibió la presencia de Iso, tan cerca que su fresco olor a hojas de higuera penetró en sus fosas nasales y su figura eclipsó la luz en su rostro, se esforzó en devolver a sus pupilas el contacto con la realidad. Sin decir nada, su amiga le quitó el cigarro de la mano. La miró largamente, le dio un par de caladas y se lo devolvió. Durante un rato ambas guardaron silencio.

—No se te puede dejar sola —le dijo esta.

—La mala noticia —reanudó las explicaciones Koldo desde la tumbona— es que hay un hematoma justo al lado, originado, al parecer, por la hemorragia de estas últimas horas.

Iso frunció el entrecejo. Era enfermera y conocía los riesgos que implicaba aquella palabra.

—Castillo me dijo que probablemente se acabe reabsorbiendo. Pero hay que ver cómo evoluciona. Y para eso debo seguir haciendo una vida relajada, nada que empeore el hematoma o afecte al embrión —dijo, sintiendo escalofríos al recordar la frenética actividad a la que se había sometido aquella mañana cuando lo había dado todo por perdido.

Su amiga la miró con severidad.

—No valen más sustos; has cubierto el cupo.

—Pero mira qué plan —se lamentó Koldo—. Igual no puedo ir a la boda.

La voz de Iso, que había desaparecido en la cocina para preparar la cena, se dejó oír a lo lejos.

—Ojalá no puedas. Ojalá tengas que estar aquí tumbada hasta que rompas aguas.

—¿Lo dices en serio?

Su amiga apareció con un par de bandejas. Y dos maravillosos platos de menestra.

—Oh, sí —le dijo—; prepárate a aburrirte.

Se sentó en su lugar habitual, le dio un trago a una copa de vino y pinchó con el tenedor un pedazo de alcachofa con un trozo de espárrago enredado y unos guisantes aquí y allá.

—Esta menestra es como ver a Dios —dijo con la boca llena—.

¿Quién la ha hecho?

—La madre de Tifón —dijo señalando hacia el patio correspondiente.

—Veo que hay madres en el mundo dispuestas a cuidar de ti; ¿cuándo piensas decírselo a la tuya?

La otra negó con la cabeza.

—Ni yo puedo decirle nada a la mía, claro.

La otra volvió a negar.

—Mira que eres necia —se lamentó su amiga, introduciéndose otro buen lance de menestra que le supo a gloria—. Pues habrá que pensar algo, porque el problema llega mañana en el tren de la tarde. Hoy, por cierto, me ha informado de que ahora se llama Fina. Le hicieron un bautismo energético que le ha llevado un chacra más allá.

—Los chacras son siete. Siempre —corrigió Koldo.

—Un hemisferio, un aura, una dimensión…, algo que tenía más aquí, ahora lo tiene más allá. Si es que eso es posible —se desentendió Iso—. El caso es que ha entrado en un nivel de conciencia superior. Y tiene que dejar atrás cualquier vínculo con su yo anterior para seguir avanzando. Por un momento creí que hablaba de dejarme atrás a mí —fingió ilusionarse—, pero luego entendí que se refería a su nombre. A partir de ahora, mi madre ha decidido abrazar una nueva identidad —concluyó—. Ahora se llama Fina.

—Fina o Sisi, tiene que seguir sin saber nada —exigió Koldo.

—Si no quieres que la tuya se entere, sí. Pero sabes que no habrá nada que la disuada de convocamos en Mallorca frente a unos bocaditos de espárragos. O de venir en tu busca si no apareces. Así que algo hay que inventarse, tienes que desaparecer.

—Entiendo —corroboró Koldo desde la tumbona—. ¿Y a dónde me he ido que no sepa mi madre? ¿Y si hemos discutido por los preparativos de la boda?

—No cuela. Puedo decirle que estás con alguien.

—¿Y eso sí? —preguntó escéptica.

—¿Asier? —sugirió Iso con malicia—. Eso le encantará. Seguramente sea lo único que se resista a contarle a tu madre. No por discreción, entendámonos. Pero ya sabes lo que le gusta una confidencia.

Hizo una breve pausa, mirándola con detenimiento.

—Tienes que asegurarme que podrás apañártelas sola durante los tres días que yo esté secuestrada por mi madre entre compras, pruebas y fallida diplomacia familiar. Acabo de llenar la nevera de fruta, he metido alguna cosa más al congelador y tienes todas las medicinas.

La convaleciente asintió, fingiendo una convicción que no tenía.

—Todo controlado. Seguro.

—¿Seguro? —insistió Iso.

# Capítulo 14

Las dos amigas seguían confabulando cuando un ruido las sacó de su ensimismada conversación.

—Yo me hago cargo de ella —se oyó decir a continuación.

El tono de voz era autoritario y su propietaria sonaba poco dada a concesiones o tonterías de cualquier tipo. Sobresaltadas, dirigieron sus miradas más allá del patio, en dirección al lugar desde el que provenía. A través de la mampara que daba al patio de Tifón se intuía una mancha oscura en movimiento que, acompañada de ruidos varios, fue ascendiendo trabajosamente. De la parte superior del cristal asomó un busto coronado por un amasijo de cabello: aquel enjambre de pelo enmarcaba un rostro de cejas frondosas y tez tan oscura como la de Edu, en cuyo centro lucían dos grandes ojos con sus párpados a media asta, como si pocas cosas pudieran sorprenderlos a esas alturas. Pertenecían, por supuesto, a la madre de Tifón; y las observaban desde lo alto de una escalera como si fueran Iso y Koldo, y no la espontánea mujer, quienes deberían pedir disculpas por la intromisión.

—Hola —acertó a decir Koldo.

—No te hagas la sorprendida —le espetó la mujer, escrutándola con la mirada propia de un servicio de inteligencia—. Como si yo fuera la primera persona que ves salir de este patio.

La así increpada, que no supo qué responder, se giró hacia su amiga en busca de auxilio. A tenor de su rostro, Iso estaba

disfrutando enormemente de la escena y no tenía ninguna intención de socorrerla.

—Soy Maca —se presentó mirando a esta última, como si Koldo no tuviera derecho a esa consideración—. Y Eduardo es el chico al que tu amiga le deja colarse por su terraza cuando quiere darle esquinazo a su madre. Que soy yo. Estos dos se creen que no me entero, pero ya ves. —Se giró hacia la convaleciente sin que la interpelada pusiera objeciones a sus palabras, ni la espontánea señora lo esperara—. En fin, no me voy a entretener. He dejado las pechugas en el fuego y aún tengo que bajar de esta escalera —prosiguió, ajena por lo visto a la singular estampa que ofrecía allí en lo alto—. Mañana al mediodía me acerco a ver cómo estás y te llevo algo caliente; en tu estado no conviene que te pongas a revolver en la cocina. Y yo lo hago de maravilla, me he pegado la vida tras la barra de un bar, el de ahí abajo. Era de mis padres —apuntó—. Cuando murieron, lo heredé todo. Menos el marido, que me lo busqué yo solita, tarde y mal. Me dejó preñada a los cuarenta y dos y, cuando se cansó de trabajar en El Mascarón e intentó pulirse mis ahorros, lo mandé de vuelta al otro lado de la barra del bar, que es de donde lo había sacado. El negocio lo traspasé hace dos años y ahora vivo como una reina. Sigo teniendo mis ahorros y al holgazán de mi chico. Si no fuera porque lee tanto… —se lamentó.

Luego volvió a mirar a Koldo con aquellos ojos entornados y plagados de suficiencia.

—Por mí no te preocupes; no hace falta que me expliques nada. Eduardo no me ha contado mucho; la mayoría lo he oído yo solita —se explicó con una honestidad que resultó admirable—. Y el resto me lo he imaginado, no hay que ser un lince. En fin, antes de que se me olvide, mi táper. —Y sin mayores preámbulos se quedó allí de pie, esperando algo.

Koldo cayó en la cuenta de repente. Y se sintió cogida en falta.

—Lo siento, ¡la menestra! Estaba riquísima —dijo señalando el plato vacío que todavía tenía en el regazo.

La mujer asintió, como si el comentario fuera gratuito y hubiera

que ir abreviando.

—Mi táper —insistió—. Que se me queman las pechugas.

Koldo hizo ademán de incorporarse con cuidado. Su vecina la detuvo con gesto severo.

—No, mujer, tú no —dijo terminante. Luego se giró hacia Iso—. ¿No estás aquí para atender a tu amiga? Pues mueve el culo.

Iso, que tenía el cuerpo girado hacia la terraza vecina para observar mejor a la señora, asintió con docilidad. Aquella insólita aparición la tenía tan embelesada que hubiera encajado sumisamente cualquier escarnio con tal de prolongar su presencia un rato más. Se puso en pie, desapareció por la puerta de cristal y volvió al poco con el táper reluciente. Se acercó hasta la mampara y alzó el brazo para hacerle entrega del mismo mientras la observaba con deleite. La mujer aprovechó para darle a cambio algo que parecía una revista y que Iso contempló sin comprender.

—¿*El Caso*? —acertó a decir al leer la cabecera, a caballo entre la afirmación y la pregunta.

—No te creas todo lo que cuenta —se limitó a decir la vecina, dirigiéndose en esta ocasión a Koldo—. Pero te distraerá.

—¿Odisea Silva también editaba *El Caso*? —preguntó la aludida desde la tumbona.

—No, mujer; Odisea Silva salió en *El Caso* —la corrigió la señora.

Koldo asintió, atenta. La madre de Tifón se la quedó mirando desde lo alto con esos párpados displicentes suyos.

—Tampoco tienes nada mejor que hacer —murmuró como para sí, cáustica. En ese momento pareció oler algo—. Ay, señor, ¡las pechugas! —exclamó. Y sin mayores preámbulos desapareció escaleras abajo tras la mampara.

Iso no pudo evitar una carcajada.

—Toda una señora —exclamó extasiada, antes de sentarse a los pies de Koldo en el hueco que esta le había hecho, y retomar la revista para examinarla con mayor atención.

Estaba en bastante mal estado; se trataba de un ejemplar de junio de 1964 de *El Caso*, cabecera semanal que, por tres pesetas,

fue uno de los principales pasatiempos de aquella España de la posguerra y la Transición; la crónica negra era su debilidad. La portada, en blanco, negro y rojo, mostraba el drama de un obrero emigrado a Alemania al que se le aparecían visiones que lo instaban a ir a morir a su pueblo en la Alcarria; la completaban las ansias homicidas de un vecino de Bilbao y la posible epidemia de peste del barrio madrileño de Canillejas, con ocho mil personas al borde del contagio. Iso pasó las páginas, impaciente; no tardó mucho en dar con el objeto de interés. El artículo al que a todas luces se refería la vecina era un reportaje a doble página titulado «Muerte en el barrio de Salamanca. El misterio del dedo y el anillo». Sobre el titular se exhibía una foto a media página de una fuente que, a pesar del blanco y negro, reconocieron al momento.

—Escupiendo agua desde 1964 —recitó Iso observando las ranas que, como tres esfinges, trataban de compensar la ausencia de cualquier otra presencia en aquella foto que, sin embargo, ofrecía un matiz inquietante. Una sustancia oscura y densa asomaba desde el interior de la poza y se extendía por el suelo. Aunque el agua se había mezclado en algunos lugares tratando de diluirla y arrastrarla consigo, no había demasiado margen de duda sobre su naturaleza. El pie de foto acabó por disiparlo: «Escena del trágico suceso poco después de ser levantado el cadáver».

Debajo, el primer plano de un joven con una elegante corbata seducía a la cámara con su mirada de galán irradiada desde unos delicados ojos de llamativa transparencia y frondosas pestañas que parecían haber sido robados a una mujer. A pesar de la nariz aguileña y el mentón firme, los tirabuzones de color claro que enmarcaban el rostro aportaban al conjunto una cualidad casi angelical que resultaba extrañamente irreal. El pie de foto dejaba claro que aquel inusitado rostro había pertenecido a Pascual Silva. Ambas guardaron silencio un buen rato.

—No puedo dejar de mirarlo —observó Koldo.

—Ni yo —confesó Iso—. Resulta hipnótico.

—Por lo menos tuvieron la deferencia de no enseñarlo muerto —

murmuró Koldo con un escalofrío.

—Seguramente no les dejaron. *El Caso* no se distinguía por sus escrúpulos —rebatió Iso mientras alisaba la página de la revista—. ¿Lo leo? —se ofreció.

Koldo asintió.

> «El pasado 14 de mayo el respetable barrio de Salamanca era víctima de un suceso de siniestras implicaciones que alcanzó a la familia del destacado empresario y editor Gregorio Silva. Pascual Silva, hijo único del mismo y heredero del imperio editorial Odisea Silva, era hallado muerto en extrañas circunstancias en su residencia del Edificio Píramo de la colonia La Proa, propiedad de la familia. Acababa de cumplir veintidós años. El cuerpo, según declaraciones de la Guardia Civil, fue encontrado ya sin vida, con profundos cortes infligidos en ambas muñecas y la mitad superior del mismo inclinada y sumergida en la mitad superior de la fuente que presidía dicho patio. El informe del forense atestiguó que había muerto desangrado. De acuerdo con el mismo informe, se trataría de un caso de suicidio, teoría reforzada por la presencia del arma con la que se causaron las heridas, un cuchillo de cocina, a escasos metros de la fuente. El posterior hallazgo de una extremidad humana, un dedo anular, oculto en el puño cerrado del finado, advertía a su vez de las extrañas connotaciones del caso, como más tarde pudo confirmarse tras la debida reconstrucción de los hechos acontecidos».

Iso abrió sus grandes ojos antes de proseguir la lectura.

> «Coincidiendo con los hechos y poco antes del levantamiento del cadáver, la prometida de Pascual Silva, Teodora Galindo, era atendida de urgencia en el Hospital

Universitario de la Princesa debido, según su propio testimonio, a un grave accidente doméstico que le habría ocasionado la pérdida del dedo anular de la mano derecha a partir de la primera falange. Tras ser interrogada al respecto, la señorita Galindo no llegó a modificar la versión inicial ofrecida en el hospital, pero acabó reconociendo la residencia de su prometido como el lugar donde aconteció el mismo. La Guardia Civil recibía simultáneamente un aviso por parte del servicio doméstico del fallecido Pascual Silva, personándose en la dirección facilitada y accediendo a la residencia acompañada de doña Macarena Gracia, portera de la colonia, para descubrir allí el cuerpo de Pascual Silva y el arma. Tras una búsqueda estéril en las inmediaciones de la fuente, el dedo extraviado era hallado posteriormente durante la propia autopsia del cadáver.

»Las escasas declaraciones que pudieron ser recabadas parecen confirmar una lógica en el desarrollo de los acontecimientos. Interrogada al respecto, doña Macarena Gracia sostenía que el día del suceso Pascual Silva habría regresado a su casa, como cada tarde, sobre las siete. Una hora después, indicaba la testigo presencial, la señorita Galindo pasaba por delante de su garita "como una exhalación. Nada más entrar doña Teodora a casa del señorito empezaron a oírse voces cada vez más altas. Estaban peleando. Después se escuchó un chillido horrible y luego todo quedó en silencio. Se me pusieron los pelos como escarpias. Pensé en subir y llamar para ver si todo iba bien, pero justo entonces, a eso de las ocho y veinte, oí que la puerta se abría y alguien bajaba corriendo. Era la señorita. Estoy segura de la hora porque yo me retiro a mi casa, en el edificio Tisbe, el de enfrente, sobre las ocho; aquel día, por motivos evidentes, decidí quedarme un rato más. Estaba muy preocupada", certificaba Macarena. "Cuando la señorita bajó tenía muy mala cara, como si hubiera visto un fantasma. Le

pregunté si estaba bien, pero no me contestó. Desapareció por la puerta tan rápido como había venido". El resto de la comunidad de vecinos, asalariados en su mayoría del editor Gregorio Silva, aseguró no haber visto ni oído nada».

Iso ejecutó una pausa teatral y alzó la cabeza para mirar a su amiga. Esta tenía la vista perdida en un lugar indeterminado y no le devolvió la mirada. Iso se encogió de hombros y retomó la absorbente lectura:

«En días posteriores, tanto Teodora Galindo, que según informes médicos se recuperó de forma satisfactoria de la agresión, como Gregorio Silva, padre del decesado, se negaron a hacer ningún tipo de declaración sobre el suceso. El personal de servicio de la casa, presumiblemente aleccionado, siguió el mismo ejemplo. Diversas filtraciones, que parecen provenir del informe pericial, permitieron sin embargo conocer la existencia de un anillo del que la agredida fue presuntamente desposeída en el calor de la trifulca, tras la mutilación de la extremidad. La familia del fallecido, también según las mismas filtraciones, habría negado tener conocimiento del paradero de la joya, un anillo de pedida de esmeraldas adquirido en la reputada joyería madrileña Atienza Joyeros por el malogrado Pascual Silva y destinado a su prometida, que hasta la fecha seguiría en paradero desconocido. El anillo, siempre según declaraciones de la testigo Macarena Gracia, podría ser una pieza de considerable valor a tenor del tamaño de la piedra engastada "que se veía a distancia cada vez que la señorita entraba o salía". Interrogado al respecto, don Braulio Atienza lamenta no poder facilitar ninguna información, alegando velar por la privacidad de su clientela. Mientras, las incógnitas se amontonan. ¿Fue la joya el objeto de disputa o su sustracción el castigo ejemplar a un desencuentro previo? ¿Fueron

terceras personas las que precipitaron el trágico y sangriento desenlace? Y, por encima de todo, ¿dónde está el anillo?».

Iso finalizó la lectura poniendo especial énfasis en la última pregunta. Luego levantó la mirada con semblante cauto.

—La madre del cordero. Y nosotras merendando aquí cada tarde.

Luego calló un momento, pensativa, mientras observaba aquella fuente que medio siglo atrás había aparecido inundada de sangre. Le estaba costando dar forma a lo que su cabeza le sugería y sacudió el flequillo, molesta por su propia torpeza. Por fin se decidió a retomar sus reflexiones en voz alta.

—Vamos a ver, Kol. Esto es un razonamiento básico, de primer nivel, con dos premisas y una conclusión. Dime si se me está yendo la cabeza, pero… Si Pascual le quitó el anillo a su prometida en esta casa y Pascual no salió de la casa…, el anillo tampoco lo hizo —dijo con deliberada lentitud. Inquieta, miró alrededor como si viera las macetas, la fuente, el cenador, las planchas de cristal y el muro de cemento por primera vez—. ¿Es una locura? —Se giró buscando cierta complicidad. Interpelada por su amiga, Koldo hizo un esfuerzo por volver allí donde esta la requería. Miró a Iso tratando de concentrarse en la pregunta.

—Sí, supongo.

Su amiga, cuya creciente excitación se reflejaba en sus ojos color jade como en un contador, tomó a Koldo del brazo al acusar la falta de entusiasmo de esta.

—¿Qué te pasa? Te has quedado alelada.

Todavía pensativa, la otra trató de articular de manera coherente el motivo de su dispersión.

—Estaba pensando en un viaje a Hossegor, en las Landas francesas, que hice un invierno —dijo tomándose su tiempo.

Iso la miró como si la cordura de su amiga se hubiera ido por el mismo desagüe que el agua de la fuente. La aludida pareció regresar a las inmediaciones de esa misma fuente y sus ojos se detuvieron en los de su amiga.

—Aquel día me dediqué a pasear por su playa interminable; estaba desierta. Caminé tanto que luego me dio pereza regresar andando y quise buscar un taxi. Además, tenía hambre. Pero no había nada alrededor y no me apetecía tirar de datos, así que busqué alguien a quien preguntar. Las únicas personas que vi eran dos mujeres a lo lejos, así que me dirigí hacia ellas haciéndoles señas. Cuando estaba a pocos metros, vi que una era una mujer madura y la otra, una anciana. Al saludarlas, tuve la impresión de que me miraban con cierta prevención. Pero cuando vieron que todo lo que quería era una dirección, se desvivieron por ayudarme. Les di las gracias sonriente; primero, a la mujer más joven y, luego, a la anciana. Después di media vuelta y regresé por donde había venido. Aquel viejo rostro, el de la anciana, me dije mientras caminaba en dirección opuesta, me había resultado extrañamente familiar. Los ojos azules cargados de intención, las cejas elevadas, el rictus elegante de la boca, aquella frente cuadrada. Me vino un nombre a la cabeza; incluso estuve tentada de volverme para asegurarme, pero lo deseché; yo misma me convencí de lo contrario. Tonterías, me dije. Parecidos fortuitos. En cualquier caso, nunca lo sabré.

Miró a su amiga, como si esta pudiera leerle la mente.

—¿Pero qué mierda me estás contando? —la cortó la otra.

—Un poco de paciencia —pidió. Y prosiguió—: dos años después leía en una revista un reportaje. La entrevistada, que vivía en el mítico edificio Dakota de Nueva York, interrumpía en un momento dado las preguntas para atender una llamada telefónica. Luego se disculpaba con el periodista, que dejó constancia de la explicación en el propio texto. «Discúlpame —le decía—. Era mi sobrina, vive en Francia, en la región de las Landas, y hace un par de años que no voy a visitarla». Una revista como esta —dijo, señalando a la que Iso tenía en su regazo— me dio la respuesta a una pregunta imposible. Efectivamente, era ella. La señora con la que estuve hablando aquel día en Hossegor, que paseaba por la playa cogida del brazo de su sobrina, que dos años después entrevistaron en aquella revista, era Lauren Bacall.

Su amiga contuvo una divertida exclamación ante la coincidencia, pero seguía sin entender nada.

—Lo que quiero decir, entre otras muchas cosas, es que la misteriosa señora que estuvo aquí el otro día no era Lauren Bacall.

—¿Por qué ya se ha muerto? —bromeó la otra.

—Porque a Lauren Bacall no le faltaba un dedo. Pero a ella sí.

# Capítulo 15

Como cada noche, aquella también fue víctima de los malos augurios que, como espectros, se colaban en su cabeza a través de aquella espera quieta y sin garantías. Esta vez llegaron entremezclados de imágenes delirantes, seguramente acentuadas por las hormonas y, Dios mío, también por aquel calor insensato que había comenzado a azotar Madrid. Koldo daba vueltas en la cama, incapaz de contener las arremetidas de sus propios desvaríos que, como olas, volvían una y otra vez llevándose consigo cualquier atisbo de sosiego. Había sangre, óvulos de progesterona, ranas hambrientas. Y dedos mutilados y anillos que se precipitaban al suelo y tintineaban con desfachatez sobre las baldosas hasta colarse entre ellas y desaparecer. Repasó mentalmente los lugares tras los que podía aguardar aquel anillo: cajones, tiestos, dobles fondos, pequeñas rendijas, hornacinas, resortes desconocidos…, la fuente. En realidad, era una suerte que tuviera prohibido moverse; el frenesí con el que se hubiera entregado a su búsqueda lo habría dejado todo patas arriba.

Le vino a la cabeza una imagen del dormitorio que ocupaba en su antiguo piso de estudiantes: los cajones de su cómoda abiertos, el contenido desparramado sobre el suelo y la cama. Sucedió un sábado durante su último año de facultad; sus compañeras estaban fuera y ella había pasado el día con su novio. No notó nada raro al entrar, tampoco cuando atravesó el salón. Pero cuando abrió la

puerta de su cuarto, le invadió una suerte de estupefacción. No fue aquel miedo sólido y paralizante que se solía apoderar de las víctimas televisivas que habían sufrido un robo, sino una inquietud matizada de incongruencia mientras en su cabeza se sucedían las preguntas de forma un tanto absurda. ¿Por qué estaba todo revuelto? ¿Olvidó cerrar los armarios? ¿Qué hacían sus cajones abiertos y su ropa en el suelo? De pronto lo entendió. Y la solución, lejos de asustarla, la alivió. Fue todo muy rápido, pero recordaba aquella reconfortante sensación de clarividencia; incluso cuando vio el cubrerradiador arrancado. Al menos tenía una explicación: habían entrado a robar.

Llamó a su novio, a sus compañeras y a la Ertzaintza, que no tardó en acudir. Enumeró todo lo que estaba fuera de lugar. La habitación era un verdadero caos.

—¿Qué ha sido sustraído?

Ay, no había caído en la cuenta, pensó. Qué tonta. ¿Qué le habían robado? De repente, sintió que la vergüenza se apoderaba de ella y que quizá se hubiera precipitado llamándolos.

—Nada —acabó reconociendo. No es solo que no hubieran robado nada; en realidad, tampoco tenía nada de valor que pudieran robar. La Ertzaintza, por el contrario, no pareció especialmente contrariada. Si acaso, más interesada.

—¿Es posible que buscaran algo?

Koldo no supo qué decir. Desde luego, no había nada que encontrar, pensó con cierta precipitación. ¿Qué iba a haber en el piso de unas estudiantes? ¿El trabajo de fin de carrera? Sin embargo, aquello le dio que pensar. Quizá sí buscaban algo, valoró. A lo mejor sí que buscaban algo, sabían dónde estaba y lo habían encontrado. Quizá estaba ahí, detrás del cubrerradiador, esperando desde antes de que ellas entraran a vivir al piso. Seguramente había convivido con aquello, cada día y cada noche, durante todos esos años en los que había ocupado aquella habitación. Ahora sentía la misma indefinible y prometedora excitación que se había apoderado de ella entonces al pensar en ese anillo que podía seguir estando o no, pero

que, al parecer, en algún momento estuvo. Meditó sobre aquella curiosa cualidad que la llevaba a escoger casas cuyas vidas anteriores seguían ahí, silenciosas y latentes, a la espera de revelarse en el momento menos pensado. Qué raro todo.

El aire caliente parecía envolverla, como si en lugar de en la cama tratara de conciliar el sueño en el interior de un radiador. Se obligó a abrir los ojos para dejar todo ese delirio atrás. Se incorporó, sudada, y se dirigió a la cocina descalza. Puso agua a calentar, revolvió en el armario y se preparó una tila doble con la esperanza de que la ayudara a conciliar el sueño. Con el ánimo de conjurar aquel calor infernal, le echó un par de hielos a la humeante infusión.

Regresaba ya al dormitorio cuando, a su paso por la puerta que daba al salón, percibió una luz en el exterior. Había dejado la cristalera de acceso al patio abierta y las persianas subidas apenas medio metro, de manera que permitieran el paso del aire de la noche, a pesar de que apenas había refrescado. Por esa misma brecha es por donde se había colado también aquel haz de luz artificial. Hay gente en los patios, se dijo a modo de consuelo; no todo el mundo duerme. A punto de reanudar su paseo hasta la cama, sin embargo, algo la obligó a detenerse. Las pupilas se le dilataron al intuir la existencia de una sombra que se desplazaba a través de aquel haz de luz. Hay gente en mi patio, se corrigió, no sin un leve matiz de ironía. Aquella noche había luna llena. Su primer pensamiento fue para el fantasma de Pascual Silva. Por suerte, hizo caso del segundo.

Descalza como estaba, se acercó sin hacer ruido a la altura de las persianas y se agachó con cuidado hasta quedar casi de rodillas. Luego apoyó los brazos e inclinó la cabeza, dirigiendo la mirada al exterior. Al otro lado, alguien había ejecutado sus mismos movimientos. Un rostro colocado a la misma altura que el de Koldo gritó «¡Buh!», al tiempo que esta dejaba escapar un chillido. Con el corazón desbocado y roja de ira, la joven se puso en pie, accionando el interruptor. Cuando las persianas terminaron de subir, y percibiendo todavía la furia de los latidos de su corazón, se encaró

con Tifón, quien, también en pie, la miraba entre risas.

—¡Vaya susto!

—Te oí y no pude aguantarme.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —le increpó Koldo mientras notaba cómo su corazón adquiría un trote más civilizado.

—Leer —dijo él con sencillez, señalando un libro que tenía sobre la mesa de hierro junto a un paquete de tabaco—. Mi madre no me deja estar hasta tarde; huele la luz desde su dormitorio. Antes solo venía si Curro y sus hijas se habían ido a Córdoba. Por el perro, sobre todo. Después de lo de Curro he venido algo más —confesó el chaval—. Pero soy muy silencioso siempre.

—¿Siempre? —le preguntó alarmada—. Pero ¿cuántas noches pasas aquí?

Tifón se encogió de hombros mientras Koldo ataba un par de cabos en su cabeza.

Se sentó en una de las sillas de mimbre; no quería permanecer en pie más tiempo del debido. Tampoco pudo dejar de observar que, erguida como un pequeño peón, una colilla de Marlboro ya apagada aguardaba junto al libro.

—¿Qué haces fumando un tabaco tan caro? —le preguntó a cambio.

—Me quedé sin tabaco —dijo el chaval al tiempo que se sentaba en el bordillo de la fuente.

—¿Y?

—Que cogí el de Dolores. El que tenía escondido.

Entre otras muchas cosas, las hermanas Español tenían terminantemente prohibido fumar. Pero se ve que a eso no se resignaron. A Dolores, le contó Tifón, le gustaba fumar Marlboro y a Josefa, que quizá fuera menos fina y delicada de lo que la imaginería popular del barrio se ha empeñado en creer, le iba el tabaco negro. Ducados, para más detalle.

—¿Pero no eran unas santurronas?

Koldo, divertida, trató de reajustar en su cabeza la imagen que se había hecho de aquellas delicadas y vulnerables jovencitas que, al

parecer, no estaban tan a merced de la tiránica sombra de su padre.

—Tenían tabaco escondido por toda la casa. Si les requisaban un paquete, siempre tenían otro. Las vi a menudo desde casa, aunque procuraban hacerlo bajo la pérgola y en horas en las que nadie más estaba asomado. Una vez me pillaron… espiándolas. Acordamos que yo podría venir a leer aquí si mantenía el pico cerrado.

—Eso se llama chantaje —certificó Koldo con cierta severidad.

—A ellas les gustaba fumar y a mí leer, y todos teníamos que hacerlo a escondidas —respondió Tifón con sencillez—. Además, lo propusieron ellas. Por lo visto sabían desde hace tiempo que me colaba en su patio.

—De ahí el fantasma.

Tifón entreabrió la boca, mostrando sus blancos incisivos.

—Vamos a ver —trató de recapitular ella—; ¿quieres decir que en mi patio hay tabaco escondido?

Sintió un extraño *déjà vu*. La insistente predisposición de su casa como receptáculo de los más variados objetos ocultos comenzaba a inquietarla.

—Supongo.

—¿Dónde estaba ese? —Señaló la colilla que reposaba a su lado, sobre la mesa.

—Hagamos un trato —propuso Tifón ante el pasmo de la joven.

—¿Hacer un trato? Tú me lo dices, te vas por donde has venido y yo no le digo a tu madre dónde pasas las noches, ¿te parece ese un buen trato?

—Algo a cambio de algo —explicó él, sacando otro Marlboro que se había guardado detrás de la oreja y encendiéndoselo—. Como muestra de buena voluntad, te diré dónde estaba este. Donde la virgen —dijo, apuntando con el cigarro encendido en dirección a la hornacina.

—Lees demasiado, Tifón; al final voy a tener que darle la razón a tu madre. Y hazme el favor de apagar ese cigarro.

El chaval le dio un par de caladas rápidas, lo apagó contra una de las baldosas del suelo y lo dejó en pie sobre la mesa junto a la

colilla del anterior, de forma que no ensuciara el cristal.

—¿Veinte pavos? —sugirió tras finalizar la maniobra.

Koldo lo miró sin entender.

—¿Veinte pavos? —repitió tontamente.

—Puedo imaginar un par de lugares más donde Dolores y Josefa podían esconder su tabaco. Aunque esté ya un poco pasado, como este.

La mujer notó que perdía la paciencia, pero lo miró con desmayo. En ningún caso se hubiera planteado que el interior de su casa albergara un alijo de tabaco. Pero tampoco que un chaval de dieciséis años poseyera un conocimiento más exhaustivo que ella misma de su propia casa. La duda la asaltó. La posibilidad de que hubiera encontrado algo más le produjo un intenso sentimiento de recelo. Maldito mocoso entrometido, murmuró para sí misma, no sabiendo si sentirse alarmada o divertida.

—Solo tabaco, ¿verdad? —inquirió.

El chaval se encogió de hombros.

—¿Qué más podría haber?

Koldo aparentó desconocer la respuesta a su propia pregunta.

—¿Un anillo? —preguntó Tifón inocentemente.

Ella sintió que se ruborizaba.

—¿Tú también lo estás buscando? —insistió él de forma malévola.

—¿Y tú qué sabes de todo eso?

—Mi abuela era la portera de La Proa y mi abuelo, el chófer de Gregorio Silva. Tengo información privilegiada —sonrió, volviendo a mostrar el diastema.

Coño, claro. Macarena Gracia, la madre de Maca. Seré idiota, se dijo.

—Yo tampoco lo he encontrado —confesó.

Koldo le dirigió una mirada llena de suspicacia. El chaval parecía sincero.

—¿Sabes cuál es el mejor lugar para que un ladrón no encuentre tus objetos de valor? —Planteó Tifón—. El balcón o la terraza. Los

ladrones nunca se exponen a registrar algo que está a la vista de todos, y tampoco se les pasa por la cabeza que algo valioso esté al alcance de cualquiera —certificó como quien explicaba una obviedad —. Pero ese anillo no se ocultó para protegerlo de ladrones de fuera, sino de gente de dentro. Y eso modifica el planteamiento inicial —razonó con precoz encanto. Luego pareció pensativo—. ¿Has leído a Chesterton?

Koldo asintió, maravillada una vez más por la vasta cultura literaria de su joven interlocutor. Lástima que solo tuviera dieciséis años, bromeó para sí.

—Cuando el sabio trata de ocultar un diamante verdadero, lo ocultará entre los falsos —citó el chaval en alusión a los relatos del Padre Brown—. ¿Dónde ocultarías una hoja?

—En el bosque —respondió ella con una sonrisa.

—¿Un grano de arena?

—En la playa —le siguió el rollo.

—¿Y una gran esmeralda verde?

—En el fondo del agua turquesa de un estanque, un lago, el mar… o una fuente —dijo, mientras la diversión iluminaba sus ojos —. Pero me imagino que esa fuente de ahí ha sido registrada de arriba abajo más de una y de diez veces durante los últimos cincuenta y cinco años.

Eduardo hizo una mueca, entre risas.

—Yo lo he hecho —confesó—. Y solo encontré la baldosa con la inscripción misteriosa. ¿Tú también la has visto, verdad?

Koldo asintió.

—Bueno, ahora al menos ya sabemos por dónde no empezar a buscar —valoró ella, con encomiable optimismo.

Reprimió un bostezo; el sueño por fin se mostraba benévolo. Eran las tres de la madrugada.

—¿Sabes? Me voy a dormir. Te sugiero que vuelvas por donde has venido y te metas tú también en la cama.

—¿Qué hay de esos veinte pavos?

—La noche iba muy bien; no estropees una buena cita —advirtió

ella guiñándole el ojo.

Tifón se levantó sin disimular su decepción. Todavía se giró una vez más antes de trepar por la pared de cemento, ágil como un gato.

—Puedo proponerte una alternativa.

—Cuál.

—Un beso. En lugar del dinero.

Koldo lo miró fijamente.

—Vete a la cama.

El chaval, sentado ya a horcajadas en lo alto de la mampara de cristal, suspiró de forma aparatosa.

—Solo se ama lo que no se posee totalmente —se lamentó.

—Brillante, Proust. Ahora, desaparece.

De un limpio salto, Tifón pasó al otro lado; Koldo lo oyó aterrizar con suavidad en el patio de su madre. La joven todavía se quedó unos instantes sentada bajo el cenador, reuniendo fuerzas para levantarse y dirigirse a la cama. Cumplió con la primera parte. Luego, un poco a regañadientes quizá, corrigió la dirección y se dirigió a la hornacina. Un tanto avergonzada de que alguien pudiera sorprenderla en su propia casa, pegó los dedos al cristal e hizo una ligera presión. Este se desprendió con sorprendente facilidad. Mientras lo sujetaba con la mano izquierda, rebuscó de forma un tanto indecorosa entre los refajos de la Virgen del Carmen hasta que sus dedos toparon con algo oculto tras el manto. Ahí estaba. Lo extrajo con delicadeza. Se trataba de un paquete. Y estaba de enhorabuena, aún quedaban siete cigarros y había un mechero dentro. Colocó el cristal tal como lo había encontrado, miró alrededor en busca de alguna luz que no encontró. Se oyó un leve chasquido. Durante breves pero placenteros minutos, la luz de una brasa puntualmente avivada iluminó la noche circundante.

# Capítulo 16

Iba marcando curvas, los párpados irradiaban un azul intenso y se acariciaba un camafeo de considerables dimensiones que latía en el centro de su escote mientras aguardaba a que Koldo abriera la puerta. La verdad, a la joven no le sorprendió en exceso verla a través de la mirilla; al fin y al cabo, amenazaba con su visita desde que la conociera. Pero sí que el motivo de la misma estuviera más que justificado.

—Te traigo algo —le dijo nada más abrir.

Le mostró unos papeles grapados que ella miró sin comprender.

—El acta de la última reunión de vecinos, querida.

Obvió plantear el motivo de su ausencia en la misma, pero Koldo supuso que no lo dejaría pasar tan alegremente una segunda vez.

—Hablan de ti, así que te interesará —la cortó tendiéndoselos. Koldo los tomó perpleja, ocasión que la presidenta aprovechó para hacerla a un lado e invitarse a pasar.

—Estas reuniones… —murmuró para sí mientras se dirigía al salón. Miró el mapa, los libros de la biblioteca y el resto de la decoración de forma valorativa. Se acercó hasta el sofá, donde se quedó contemplando el cuadro que lo presidía: unos flamencos de cuellos retorcidos dibujados por Sisi, la madre de Iso, regalo de un par de cumpleaños atrás. Luego se giró para mirar de frente a Koldo —. Debo reconocer que me tienes admirada, querida. Veo que has sabido preservar la personalidad del salón. No todo el mundo es

capaz de decorar sin desvirtuar la identidad de un espacio. Ni de colgar los cuadros donde corresponde.

Koldo, que la había seguido hasta el salón incapaz de impedir su avance, volvió a maravillarse del espontáneo descaro de aquella señora.

—Durante un tiempo me dediqué a colgar cuadros, ¿sabes? —prosiguió su invitada, ajena al parecer al hilo de pensamiento de su anfitriona—. Colgar cuadros es todo un arte —insistió—. Pueden vestir una pared o disfrazarla. Hay que valorar el lugar, a qué altura hacerlo y, lo más importante, la composición final teniendo en cuenta otros cuadros y elementos existentes. En muchos museos y galerías pagan muy bien por ello, aunque no lo creas —aseguró.

Luego se quedó pensativa, mirando en dirección a la terraza, que en esos momentos estaba abierta en un iluso intento de refrescar la casa.

—Lo mismo ocurre con las plantas. Pueden convertir el espacio en un vergel, en una selva o, como en este caso, en una maleza.

Koldo disculpó la ofensa al recordar que esta provenía de la jardinera al cuidado de la esmerada colección de cactus que se reflejaba a través de la mampara de cristal que separaba sus respectivos patios. Esmeralda, por su parte, le dio la espalda a aquel desafuero vegetal y optó por tomar asiento, sin que tampoco nadie la hubiera invitado a ello.

—Querida, cómo te agradecería un poco de aire acondicionado —añadió con su desfachatez habitual.

Koldo se disculpó. Todavía no habían podido venir a repararlo. Y dudaba de que fueran a hacerlo en los próximos días. Resignada, la señora buscó alrededor algo con lo que abanicarse. Su vista se detuvo en el ejemplar de *El Caso*, todavía sobre la mesa de centro del salón.

—Qué poco ha tardado en llegar también aquí —suspiró, mirándolo con cierta desgana. Lo tomó con la mano en cuya muñeca descansaba aquella vistosa pulsera suya y comenzó a abanicarse con elegante desidia, mientras las monedas doradas y las piedras color

esmeralda chocaban entre sí produciendo un curioso chasquido.

—¿Por qué lo dices? —Quiso saber la joven a través del batir del improvisado abanico y el castañeteo de los colgantes.

—Querida, hablar de los Silva en esta colonia es más recurrente que hablar del tiempo. Y más aburrido, si cabe. ¿Todavía no te han pasado el *¡HOLA!*?

La interpelada frunció el ceño; no sabía a qué se refería.

—Se trata de los dos ejemplares más leídos en La Proa desde hace años; a grandes rasgos cuentan lo mismo, pero con distinto tono. Crónica negra, crónica rosa. Seguro que tienes ocasión de comprobarlo. Inexplicable agresión a una dama por parte de su prometido en pleno barrio de Salamanca y subsiguiente soltero de oro malogrado a las puertas de la boda. Cuerpo y dedo, ambos hallados en la vivienda. Daños colaterales: enlace en la iglesia de Los Jerónimos suspendido, vestido de novia firmado por Pertegaz donado sin estrenar, valioso anillo adquirido en Atienza Joyeros desaparecido. ¿Me dejo algo?

Koldo supuso que no; la síntesis parecía bastante eficiente.

—Yo me enteré de todo esto ayer mismo. Y no pude pegar ojo en toda la noche —se sinceró a medias, omitiendo cualquier otra conclusión al respecto—. ¿Qué cree que fue de la chica? ¿Y del anillo?

Esmeralda suspiró.

—La joven, supongo, se fue por donde vino. Y con un dedo menos, por lo visto. Tengo entendido que venía del otro lado del Atlántico; y aquí nadie volvió a verla. El anillo, a saber.

—¿Así que crees que el anillo en cuestión existió? ¿Y que sigue perdido?

Esmeralda arqueó las cejas con manifiesto escepticismo.

—Oh. Seguramente hubo un anillo de pedida; siempre lo hay en los compromisos, ¿no es cierto? Pero ¿una alianza de esmeraldas de incalculable valor a la que se le perdió el rastro? Ese anillo, nadie lo vio nunca. Ni ahora ni entonces. Personalmente, no creo que esa fabulosa joya se perdiera; opino que nunca existió. Querida —dijo

con el tono de quien lamenta arrebatarle la ilusión a un niño—, llevo poco tiempo aquí, pero soy la presidenta; conozco a todos los vecinos. A los recién llegados, como tú, y a los veteranos. También me han contado de los que se fueron. Todos, sin excepción, han buscado ese anillo en algún momento.

Koldo no supo si darse también por aludida mientras se removía en el sofá, incómoda, mientras la presidenta proseguía:

—Es como un mal endémico, aqueja a todo el que se instala en la comunidad. Siento decepcionarte, pero todos hemos pasado por lo mismo que estás pasando tú —la puso en evidencia sin atisbo de compasión—. Y con el mismo resultado.

A su pesar, Koldo notó cómo se ruborizaba.

—Más de medio siglo después, ahí lo tienes —dijo señalando a la mortificada joven—; con todo su poder de fascinación intacto. La historia del anillo es solo, en mi opinión, la guinda de una leyenda negra, un detalle sacado de contexto, una ilusión —remedó el gesto de un mago al hacer desaparecer un objeto—. Pero ¿cómo arrebatarle eso a nadie?

—Vamos, que en tu opinión es un cuento chino —remató Koldo, interesada. Quedaba sin resolver, no obstante, la identidad de aquella extraña visita suya. Y la inquietante coincidencia del dedo anular. O de su ausencia, se corrigió. Dudaba si mencionar algo al respecto cuando Esmeralda la sacó de sus pensamientos.

—Tú, sin embargo, tienes algo mucho más real por lo que velar.

Koldo volvió a removerse, incómoda; ¿ella también lo sabía?

La presidenta, ajena a las cavilaciones de la joven, prosiguió:

—Y está un tanto abandonada, por cierto —dijo, señalando hacia el centro del patio. Koldo la siguió con la mirada sin acabar de entender.

—¿La fuente? —preguntó confusa.

—¿No te lo ha dicho el portero?

—¿Decirme qué?

—Esa fuente tiene más de dos siglos, querida. Casi como la Cibeles.

Koldo pegó un respingo contemplando la fuente, con sus pequeñas y abnegadas centinelas apostadas en tres de sus esquinas, como si lo hiciera por primera vez. O con nuevos ojos, al menos. Resulta que tenía un pequeño monumento en la terraza. Y ella poniendo sus pies a remojo bajo las bocas de aquellas insignes ranas.

—Azulejo de Puente del Arzobispo —apuntó la presidenta.

La joven negó con la cabeza. No sabía de qué le hablaba.

—¿Has oído hablar de la cerámica de Talavera de la Reina? Pues primas hermanas, solo que la de Puente quedó eclipsada por la fama de su parienta. Ojo, de forma inmerecida. La temática es parecida, los orígenes también. Pero hay ciertas diferencias —dijo, poniéndose en pie con inesperada agilidad, dirigiéndose hacia la fuente y señalando un par de puntos desde donde Koldo pudiera verlos—. ¿Ves eso que parece un ciprés? —dijo apuntando a uno de los azulejos—. En realidad, es un pino. ¿Y ese pájaro? —preguntó en referencia a un ave representada también en varios lugares de la fuente. Se le conoce como la pajarita. Ambos son motivos muy recurrentes en el barro de Puente del Arzobispo. Y luego está el color, la auténtica diferencia entre esta cerámica, la talaverana y cualquier otra, por añadidura.

Koldo era todo oídos.

—El blanco es menos blanco, por decirlo de algún modo. Debido a la mayor cantidad de estaño en la composición del barro, el fondo, digamos, es más cremoso. Tiene una bonita tonalidad marfil. Pero lo más singular es el color predominante en su dibujo. El verde que lo caracteriza. Según dicen, la cerámica de Puente del Arzobispo es única por la profundidad del verde esmeralda con el que se dibujan sus motivos —concluyó—. Así que, querida, ahí tienes tu esmeralda. Y esa sí que es real.

Koldo estaba fascinada.

—¿Cómo sabe tanto de esa fuente? —indagó.

—Siempre me gustó el arte; me formé en Barcelona. Luego hice mis pinitos en Ibiza, aunque no vendí gran cosa. Se me daba mejor

vender lo de los demás.

Koldo asintió, sorprendida, mientras la otra seguía explayándose. Esmeralda parecía estar tan a sus anchas hablando de sí misma como entrometiéndose en las vidas de los demás, pero con lo que más disfrutaba era, sin duda, llevando las riendas de la conversación, al margen de la dirección que estaba tomando. Y en este caso, la fuente parecía haber acaparado su interés por completo.

—Así que esa bonita fuente es ahora tu privilegio. Y tu responsabilidad —continuó, señalando el acta de la reunión de vecinos, olvidada sobre la mesa a aquellas alturas. Página tres, párrafo cuatro. Lee sin miedo.

Koldo tomó los papeles, abrió en el lugar indicado y leyó:

«… que poner freno a las humedades en el espacio comercial que alberga El Mascarón, cuya mancha se extiende día a día y amenaza con alcanzar también al espacio comercial que alberga la librería Odisea si antes no provoca el desplome del techo, y que pudiera estar originado a la altura de la primera planta, más concretamente en el patio perteneciente al primero B del edificio de Píramo, posiblemente ocasionada por el flujo constante de una fuente construida en la propiedad…».

—En honor a la verdad, yo me perdí la reunión; estaba de viaje. Pero el primer secretario, Daniel Alcázar, un chico de Apolo muy simpático, sí que asistió —dijo señalando en dirección a los edificios del fondo—; fue él quien se encargó de tomar nota de todo. Cualquier duda, podemos preguntarle.

—Tengo varias, pero una me preocupa especialmente: ¿no pretenderán que sea yo quien se haga cargo de esto? —repuso alarmada.

—No, por Dios —la tranquilizó Esmeralda—. Tú no has tenido tiempo de estropear nada; sea cual sea el problema, viene de atrás. Nadie quiere cargárselo a la propiedad de la casa, la comunidad no pretende echarte nada en cara. Es el seguro de La Proa quien asume los costes de todo; al fin y al cabo, tu patio es el techo de la galería

de la comunidad. Pero sí será necesario que un técnico venga a revisarlo todo y localice las filtraciones, el origen de las humedades. De lo contrario, quizá tengan que acabar levantando todo el suelo, llevándose por delante esas bonitas baldosas hidráulicas y, desgraciadamente, la fuente —explicó preocupada—. Lo más probable es que solo se trate de una cañería rota o del deterioro de la tela asfáltica en algún punto concreto; hace tiempo que no se revisa. En cualquier caso, contingencias ajenas a ti.

—Me quitas un peso de encima —reconoció la joven.

A pesar del disgusto, Koldo fue capaz de apreciar la extraña coincidencia entre el problema que tenían entre manos y las posibles complicaciones derivadas de poseer un patio que, a modo de hipótesis, había barajado su extraña visita reciente. Prefirió no mencionar nada. Esmeralda tampoco le dio opción.

—La cuestión es, querida, que hay que revisarlo cuanto antes. Tendrás que hablar con el seguro, acordar una visita, que se acerquen y elaboren un presupuesto y hacérmelo llegar lo antes posible para su aprobación. Hay que evitar daños irreparables —concluyó.

En su estado, lo que menos le convenía era tener que atender a gente entrando y saliendo de casa. La idea de una obra en su patio, con todo lo que podía conllevar, la volvió a sumir en la zozobra. Esmeralda, a la que no le pasó inadvertida la expresión un tanto desamparada de Koldo, hizo su propia interpretación.

—Puedo pasarte el teléfono. —Hizo una pausa, decidiendo algo —. O puedo llamar yo, si lo prefieres. Deja que me ocupe y lo solucionamos la semana que viene, a ser posible en una sola visita, ¿te parece?

Koldo se despidió de Esmeralda, infinitamente agradecida. Y ¿por qué no reconocerlo? Un tanto expectante, una vez asumido el disgusto. De acuerdo, el anillo no existía. Y de existir, lo más probable es que ya no estuviera ahí. Pero la idea de verse obligada a hacer una revisión del patio, para qué negarlo, la excitaba.

# Capítulo 17

Los dolores empezaron sobre las doce de la mañana, cuando se desenredaba la melena en el cuarto de baño después de la ducha. Asustada, temió que el ejercicio de lavarse el pelo pudiera haber provocado otra hemorragia y, tras vestirse, se recostó en el sofá del salón aguardando lo peor. No quería llamar a Iso, sobre todo estando su madre de visita. Tampoco podría hacer gran cosa, se dijo. Encendió la televisión y dejó vagar la vista sobre el aparato sin ser muy consciente de las imágenes que se sucedían delante de sus ojos. El dolor, similar a un cólico, fue cobrando intensidad hasta que la hizo encogerse sobre sí misma, provocándole un gemido; luego, de forma progresiva, disminuyó hasta casi desaparecer. Y casi cuando empezaba a confiarse pensando que podía haberse tratado de una falsa alarma, este volvió con renovada intensidad hasta obligarla a doblarse en dos. Una vez más, sin embargo, disminuyó hasta diluirse. Las oleadas se repitieron y prolongaron a lo largo de casi dos horas, mientras Koldo empezaba a intuir un patrón y se lamentaba aguardando el fatídico desenlace. Paulatinamente, sin embargo, los picos dejaron de ser tan acusados y los espasmos tan seguidos. Hasta que desaparecieron del todo. Incrédula y con el alivio dibujado en el rostro sudoroso, Koldo se levantó con cuidado del sofá, se dirigió al baño y se bajó la ropa interior. Una mancha oscura, de un marrón opaco, textura apelmazada y no demasiado grande, era todo lo que quedaba del doloroso episodio. Nada en

comparación con la hemorragia de la víspera. Perpleja, tomó el móvil y marcó el número del doctor Castillo de la Ensenada. La secretaria tomó el recado y Castillo le devolvió la llamada apenas diez minutos después.

—Sangre vieja —le dijo el médico con sencillez cuando esta le explicó el tipo de mancha que había en su ropa interior.

—¿Cómo?

—Mientras la sangre no sea fresca, ligera y de un color rojo vivo, lo que estás expulsando proviene de la hemorragia anterior. No hay por qué alarmarse. Lo único que tienes que hacer es esperar.

—Es fácil decirlo.

Fue la única vez que Castillo consintió en asomarse, siquiera por un instante, a la desoladora misión que le había encomendado.

—Verás, no hacer nada es lo más frustrante en estos momentos. Y lo más difícil de llevar a cabo. Pero también lo más importante que harás nunca por tu bebé. Y solo puedes hacerlo tú —puntualizó, volviendo con rapidez a su ligereza habitual—. Te recomiendo que te busques un pasatiempo que se pueda llevar a cabo en quietud y con serenidad, y que te entregues al mismo con ganas.

Koldo dejó el móvil sobre la mesa y volvió a recostarse en el sofá con una suerte de sentimientos encontrados.

—Así sigo, sin saber qué hacer y sin poder hacer nada —concluyó horas después, resumiéndole a su inesperada visita los sucesos de aquella mañana. Su interlocutora, ocupada en fregar los platos de la noche anterior, parecía no escucharla. Había aparecido poco antes con los mechones tan despeinados y huecos como el día anterior, probablemente el mismo delantal a rayas que la víspera Koldo no alcanzó a ver a través del cristal del patio, un pan bajo el brazo y un puchero entre las manos que, a su vez, servía de soporte a una bandeja cubierta con papel de aluminio.

—¿Abres de una vez? —Se impacientó Maca nada más tocar el timbre y adivinando la presencia de la convaleciente al otro lado de la puerta.

La joven se apresuró a obedecer.

—Vas a tener que dejarme unas llaves; no puedes levantarte cada vez que venga a traerte algo —dijo a modo de saludo.

Pasó por delante y se dirigió a la cocina como si toda su vida se hubiera desarrollado en aquella casa. La distribución de todas las viviendas de la colonia era similar, supuso Koldo, si no idéntica. No pudo dejar de observar, sin embargo, que en aquella comunidad todas las vecinas parecían pasearse con pasmosa ligereza por las casas ajenas. Sobre todo por la suya, matizó para sus adentros. Obediente, siguió a Maca a la cocina, sentándose en un taburete con los pies descalzos y apoyados en la barra inferior. Y con la extraña confianza que pareció otorgarle la desenvoltura de aquella señora, pasó a relatarle el doloroso episodio vivido por la mañana. El silencio de Maca, quien la dejó hablar sin darle excesiva importancia a la narración, provocó que su cabeza, una vez desahogada, saltara a un nuevo pensamiento.

—¿Sabes? Eres la segunda vecina que viene a verme estos días —dijo casi sin pensarlo—. Ayer estuvo la presidenta.

—Ah, ¿sí? —dijo la otra, sin mucho interés, ocupada en hacer sitio en la nevera.

—Me dijo que hay una fuga en mi casa que está provocando humedades en el techo del bar —continuó.

Maca sacó la cabeza de la nevera, más interesada.

—¿En El Mascarón?

—Por lo visto.

—¿Otra vez?

Maca volvió a introducir la cabeza en la nevera mientras hablaba.

—Ese fue el motivo por el que lo traspasé; estaba harta. La última vez fue hace dos años. Los costes los asumió la comunidad, pero, aunque en un primer momento se creyó que la filtración se había originado debido a esa fuente tuya, al final resultó que era una cañería rota a la altura del bar. La obra me obligó a tener el bar cerrado durante tres semanas. Y el olor a pintura no se fue en otras dos. Me salió una úlcera.

—Según explican, la mancha se extiende día a día y amenaza

con alcanzar la librería si antes no se desploma el techo del Mascarón —explicó Koldo, mientras se observaba los dedos de los pies. El rojo de las uñas estaba ya desconchado.

Maca cerró la nevera y se la quedó mirando.

—Curioso lo de la mancha.

—En fin, yo debería seguir tumbada. O al menos recostada —se disculpó Koldo, arrastrando el kimono hasta el sofá del salón.

Maca ni siquiera le respondió, concentrada en lo suyo. Apenas diez minutos más tarde, Koldo se incorporaba, estimulada por el olor que salía de la bandeja que le traía la mujer y que colocó sobre sus rodillas con la destreza de quien ha regentado un bar. Paella y bacalao al pilpil. Las tripas de Koldo rugieron con ganas. Los ojos a media asta de la mujer la miraron trasluciendo certeza más que satisfacción.

—Espero que no te esté dando por vomitar. Sería una pena.

La joven negó con la cabeza, disipando cualquier posibilidad al respecto, y comenzó a comer emitiendo pequeños gruñidos de placer. Maca, de pie y con las manos metidas en los bolsillos del delantal, la miró hacer como si cada bocado fuera de una importancia capital sin que, extrañamente, este intrusivo ejercicio de observación incomodara a Koldo. Cuando esta terminó, Maca tomó la bandeja sin muchos miramientos y regresó a la cocina. Luego volvió con dos infusiones de manzanilla, le tendió una a la joven, recostada en el sofá, y se quedó con la otra mientras contemplaba el sillón de al lado. Se trataba de un modelo chéster con tapizado capitoné de cuero que, a todas luces, no resultó muy del agrado de la buena mujer, que lo miró con manifiesta desconfianza.

—Seguro que era de tu abuelo —certificó, alzando una ceja.

Depositó la manzanilla en la mesa de centro y, sin esperar respuesta, como venía siendo habitual, desapareció del salón para volver al poco con una silla de la cocina. Se sentó en la misma, volvió a introducir las manos en los bolsillos del delantal y la miró circunspecta.

—Mucho mejor así. ¿Una brisca? —dijo al tiempo que sacaba una

baraja de cartas españolas del bolsillo.

Hacía años, si no siglos, que Koldo no jugaba a la brisca. La última vez, creía recordar, siendo Iso y ella todavía niñas, durante una de aquellas largas tardes en la pastelería New York junto a sus respectivas madres, mientras Sisi no dejaba de observar la falta de energía, sofisticación y perspectivas de la brisca frente al *bridge*. Asintió divertida mientras Maca barajaba, le pedía que cortara y repartía cartas. Así estuvieron un rato, jugando en silencio, hasta que Koldo lo rompió.

—¿Sabes que la fuente de mi patio es casi un monumento? Al parecer, tiene más de doscientos años.

Maca bufó con escepticismo.

—Por lo visto, en tu patio hay de todo. ¿Sabes que las hijas de Curro, el Cordobés, decían que también había un fantasma?

Koldo contuvo una sonrisa.

—Algo he oído.

—Era mi Eduardo; solía colarse a leer cuando estaban de vacaciones en Córdoba y se llevaban al perrazo ese que tenían. Un mal bicho, todo hay que decirlo. Desde que Curro pasó a mejor vida y las hijas se volvieron a su tierra, mi chaval se ha creído que el patio es de su propiedad. Cada vez que lo pierdo de vista, ya sé dónde buscarlo; ahí detrás —dijo señalando el patio de Koldo—, haraganeando con un libro. Así que cuando te lo encuentres por aquí, lo mandas de vuelta. Que ya estaré yo esperándolo.

La otra se rio.

—No es un mal chico mi Eduardo. A su padre lo despaché siendo él aún joven, lo cual fue una suerte —puntualizó inopinadamente—. Y no ha salido a él, pero tampoco a mí. Ha salido rarito, como mi padre. Por no decir idiota. Yo no digo que no se fume algún cigarro y que no se salte alguna que otra clase, está en la edad. Pero hacerlo para leer, ¿pues qué quieres que te diga? Todo el santo día devorando libros, me tiene loca. Desayuna leyendo, se acuesta leyendo, se los olvida dentro de la cama, se los deja abiertos en el suelo del dormitorio y se te caen encima al abrir los armarios.

Cualquier día abriré el horno y habrá uno dentro ardiendo. Se cobija como un chucho en cualquier rincón y se le van las horas y la vida —dijo con un suspiro—. Una cosa fea, esto de leer. Que atonta, te lo digo yo. Así se quedó mi padre, al que le tuve que esconder los libros cuando ya se moría porque ni dormía ni descansaba, todo por leer. Y claro, al final se me fue —concluyó, como si hubiera dicho una obviedad.

—Mujer, no se moriría por leer.

—Pues tenía un cáncer que se lo llevó al otro barrio —reconoció la mujer—. Pero te aseguro que ese frenesí por la lectura no le ayudó en nada. Así que cuando lo enterramos, al día siguiente y sin que mi hijo se enterara, le tiré todos los libros y los tebeos aquellos. Cuando el Edu llegó a casa y vio el cuarto de su abuelo vacío… —Se santiguó—. No dijo esta boca es mía. Nada. Dos meses enteros callado como una tumba; fue tremendo. —Volvió a suspirar tratando de sacarse de la mente aquel mal trago. Luego miró alrededor—. Y ahora toda esta biblioteca tuya… —Señaló con gesto fatalista los innumerables libros enmarcados por la preciosa marquetería—. No habla de otra cosa.

—La lectura es muy sana, Maca. Deberías estar encantada de que tu hijo lea —trató de rebatirle Koldo.

Maca rechazó aquella idea con vehemencia.

—En esta colonia, jovencita, la lectura no está nada bien vista. A mí no me verás comprarle libros a los de abajo. Los libros, cuanto más lejos, mejor —dijo, santiguándose de nuevo—. No nos han traído más que desgracias, que se lo pregunten si no a don Gregorio y a su hijo, que en paz descansen. Vaya época más negra nos trajo aquella editorial. ¿O es que no te leíste eso? —dijo señalando la revista que descansaba sobre la mesa.

Koldo asintió apresuradamente con la cabeza.

—Esa Macarena Gracia que mencionan ahí era tu madre, ¿verdad? —quiso confirmar Koldo antes de incorporarse para darle un sorbo a la manzanilla.

—Sí. Yo solo tenía tres años y apenas tengo recuerdos de aquella

época. Pero sí de aquella tarde. Los niños siempre recuerdan los días que se salen de lo normal y aquella fue la única vez que me pegó mi padre. Eso no lo olvidaré nunca. Después del colegio, yo solía hacerle compañía a mi madre en la portería; entraba y salía sin parar y jugaba con otros niños del barrio. Aquel día volvimos a casa algo más tarde de lo que acostumbrábamos. Yo protestaba porque tenía hambre hacía rato y ella iba más callada de lo habitual —aclaró para Koldo—. Mi padre, que era el chófer de don Gregorio, aún no había vuelto a casa, así que mi madre no hizo otra cosa que pasear arriba y abajo y mirar el reloj de pared. Yo la veía hacer con curiosidad. No recuerdo mucho más, excepto la imagen de la escalera apostada en la dirección a tu patio, igual que la puse yo ayer. En algún momento debió de llegar mi padre, porque tengo imágenes de él subido a la escalera, y luego mi madre, o quizá fue al revés. Los recuerdo cuchicheando, con la expresión rara. Sé que yo también quería subir a esa escalera, ver lo que habían visto ellos. Debí de insistir mucho y hasta puede que hiciera ademán de acercarme a la escalera. O puede que no. El caso es que mi padre zanjó la cuestión con un bofetón y se fue. Fue la primera y la última vez que me pegó. Luego me mandaron a la cama. Recuerdo que me quedé dormida llorando… y poco más. Esa es mi aportación al suceso más trágico de la historia de esta colonia.

Koldo estaba fascinada con la narración.

—O sea, que tus padres vieron el cadáver de Pascual Silva desde vuestra casa. Pero en la revista no dice nada de eso.

La señora se encogió de hombros.

—En aquellos años lo que no veías claro te lo guardabas para ti. Así que mi madre se limitó a decir lo justo, me imagino. Y el resto se lo inventaría el reportero; estos de *El Caso* eran así.

—¿Tú llegaste a conocer a Pascual Silva? ¿Lo recuerdas?

—Para mí, como si nunca hubiera existido. Yo todavía era una niña y no guardo un solo recuerdo del señorito. De su padre, sí; supongo que posteriores. Me viene a la cabeza la imagen de un señor de pelo blanco y rostro triste que fumaba mucho y me daba

una moneda cada vez que me veía. Pero no lo vi demasiado. Dos años después de la desgracia, cuando la editorial entró en bancarrota, La Proa dejó de ser la sede. Los empleados tuvieron que abandonar «el barco» y vendió por partes las oficinas de la galería. Don Gregorio le dejó a mi padre el piso de Tisbe a un precio de risa y le pidió otra miseria por un trozo de oficina en el que montó el bar de abajo, El Mascarón. En casa nunca se volvió a hablar de aquella tarde. Ni del señorito. La librería de abajo es lo único que queda de entonces. Don Gregorio se la dejó a Tristón, que debía de ser un mozo de los recados de entonces, y murió poco después, Dios lo tenga en su gloria. Solo sé que mi pobre madre se santiguaba cada vez que cruzaba por delante de aquella librería, hasta que ella también pasó a mejor vida.

—¿Qué crees que pasó?

Maca sacó las manos de los bolsillos del delantal para recolocarse las horquillas en aquel alborotado recogido suyo mientras parecía reflexionar.

—Los libros, mi niña. A Pascual le calentaron el cerebro y se dedicó a ir de acá para allá y a mariposear mientras don Gregorio daba el callo en la editorial. Para mí que se creía el pirata ese de los tebeos de su padre; pero en realidad era un joven díscolo y consentido. A esa pájara de su novia la conoció en América, tengo entendido, y se la trajo de vuelta. A saber qué pasó entre ellos; nada bueno, eso seguro. Solo una vez me atreví a preguntarle algo a mi padre sobre lo sucedido, yo tendría unos quince años. Se le cambió la cara, parecía que había visto un fantasma. Se limitó a decir que aquel hijo suyo no le había traído nada bueno a don Gregorio. Con eso pareció dejarlo todo dicho.

Maca también pareció haberlo dicho todo. Guardó silencio dándole un último sorbo a su manzanilla, que ya debía de estar helada, mientras Koldo reflexionaba. Poco a poco iba sumando fragmentos de información; algunas piezas encajaban, otras se recolocaban.

—¿Sabes, Maca? Creo que el otro día yo también vi a alguien que

pretendía ser un fantasma. Y no era tu hijo.

Le refirió la visita sorpresa de la elegante señora, el curioso incidente de la fuente, la estremecedora coincidencia de la falta de dedo anular. Luego, a pesar de las protestas de Maca, se puso en pie. Y obligó a la mujer a seguirla. Salió a la terraza y, con el dedo, le indicó dónde mirar. Maca tomó la baldosa hidráulica con una mano y se colocó las gafas que llevaba colgadas del cuello.

—Conservar algo que me ayude a recordarte sería admitir que te puedo olvidar —leyó como si fuera el prospecto de un detergente para lavavajillas. Hizo una mueca antes de opinar—. Pues este parecía decidido a olvidarla.

—¿Por qué lo dices?

—Porque se quedó con su dedo.

Koldo la miró, valorando su cuestionable sentido del humor mientras la risa se le escapaba entre los dientes.

—Y con su anillo —añadió la madre de Edu, de manera terminante.

La joven le lanzó una mirada triunfal.

—¿Entonces tú también crees que el anillo existió?

—A ver. Digo yo que no te tomas la molestia de cortarle un dedo a alguien porque sí.

—¿Y qué crees que fue de él?

Maca se quitó las gafas y las dejó colgadas alrededor del cuello, volvió a colocar la baldosa en su sitio y miró alrededor secándose las manos en el delantal de rayas.

—Esa es la gran pregunta, ¿verdad? Si el otro día alguien estuvo en tu casa buscándolo, es porque nadie ha sabido responderla todavía —concluyó con mundana sabiduría.

# Capítulo 18

Lo de la siesta no fue una cuestión que Maca admitiera a debate. Esta volvió a la cocina tras obligarla a echarse un rato y no hubo más. Obediente, Koldo estuvo un rato dando vueltas, pero fue incapaz de conciliar el sueño. Todo, desde su útero hasta la proximidad de aquel patio que se intuía en los haces de luz que se colaban por las rendijas de la persiana de su dormitorio, le resultaba perturbador. Finalmente, como si en lugar de dormir estuviera haciendo algo indebido y Maca, a la que oía trasegar en la cocina, fuera a reprenderla por ello si se asomaba al cuarto, trató de distraerse con discreción curioseando en el móvil sobre Puente del Arzobispo. La loza que producía aquella localidad era tradicional, artesana, costumbrista. Muy bonita, valoró. Leyó algo sobre sus características, sus rasgos distintivos y su historia. La presidenta, tuvo que reconocerlo, la había informado bien. Comprobó, además, que la historia alfarera del pueblo se remontaba varios siglos atrás. Y descubrió con sorpresa que los precios por los que se subastaban piezas básicas de loza pertenecientes a los siglos XVII y XVIII ascendían a cifras considerables. Koldo dirigió su vista como si pudiera ver a través de la persiana hacia el punto tras el que la intuía, agazapada sobre sí misma, a la espera de que el calor amainase. Su propia fuente de los Leones, su Fontana di Trevi particular. Recreó las escenas de caza, los corzos en estampida, los cazadores al acecho, los pinos, las liebres y las pajaritas; dibujó en

su cabeza la figura de las ranas apostadas, siempre en guardia, y evocó aquel profundo color verde de sus dibujos. Verde esmeralda, puntualizó como para sí misma. ¿Una señal? No creía en ellas. Pero sí en el poder de la sugestión y en hacer caso de la intuición. Aquello acabó de decidirla.

Abrió la agenda del móvil que todavía seguía en su mano exhibiendo distintas imágenes de loza toledana y buscó el teléfono de Braulio Atienza, el decano de la joyería española que tan solícito se había mostrado años atrás, casualidades de la vida, durante varias visitas en las que Iso y ella acompañaron a Sisi, la madre de su amiga, en la obsesiva búsqueda de pendientes en la que las había embarcado con motivo de una de sus bodas «de categoría». Sisi quedó más que satisfecha, algo no siempre fácil, y la sintonía entre el joyero y Koldo fue tan evidente que este le facilitó su número personal y la invitó a recurrir a él siempre que lo necesitara. Lo había llamado en una sola ocasión, con motivo de unos términos de orfebrería de los que no estaba segura para una novela que estaba traduciendo del francés y, haciendo honor a su palabra, el distinguido anciano se había mostrado encantado de ayudarla. Así que una segunda llamada tampoco podría considerarse un abuso, se dijo a sí misma. Menos aún, si cabe, en tan particulares circunstancias.

Le sorprendió la voz de mujer que respondió al tercer tono en su lugar.

—¿El señor Atienza? ¿De parte de quién?

No tardó demasiado en oírse la voz añeja y amable del joyero.

—¿Secretaria? No, mi niña, qué más quisiera yo —se rio—. Es la enfermera. Mi nieta ha decidido atarme en corto y no digo que sin razón.

—¿No se encuentra bien, don Braulio?

—He vivido épocas mejores —dijo con cautela—; últimamente la cabeza se me va mucho de paseo. Aunque, como suele tener preferencia por esos tiempos mejores que te comentaba, tampoco tengo mucho que objetar.

Braulio Atienza tenía noventa y cuatro años y pertenecía a una de aquellas eras pretéritas que siempre suenan mejor que el discurrir del presente. Su padre, el patriarca de los Atienza, había fundado una joyería en Madrid un siglo atrás dando inicio a una saga que consolidarían sus tres hijos, entre ellos don Braulio, y que, con excepción de un obligado parón que iría del inicio de la Guerra Civil al final de la segunda contienda mundial, vestiría ininterrumpidamente y hasta la actualidad los cuellos, muñecas y lóbulos más deslumbrantes de España. Braulio, el benjamín de los hermanos, fue el último en incorporarse al negocio, y lo hizo finalizados los conflictos y tras un prolongado paso por el extranjero que le valdría una educación y un dominio del inglés y el francés inusuales en la España de la época. A él fue a quien le tocó viajar a Ámsterdam, Oriente Medio y África para conseguir a precios competitivos las mejores piedras, tomarle el pulso a los mercados europeos y americanos, y ejercer de embajador de la firma. Y lo hizo con la misma pericia y desenvoltura con la que, ya en casa, organizaba las fiestas de mayor relumbrón del Madrid de la época. Oír parte de aquel pasado de primera mano era como tener un palco de honor a un mundo ya desaparecido, y Koldo lamentaba que aquellos recuerdos hasta ahora intactos pudieran comenzar a desdibujarse.

—Pero veamos, mi niña, ¿qué se te ofrece?

—Verá, don Braulio —le dijo sin mayores preámbulos—. Me he mudado a una casa donde creo que sigue escondido un anillo que le compraron a usted hace más de medio siglo.

Su memoria a largo plazo no debía de haber sufrido por el momento una merma significativa porque apenas Koldo le facilitó el nombre del supuesto comprador, Pascual Silva, y le refirió el trágico desenlace, el anciano no tardó en rescatar de algún recoveco de su mente los hechos pertinentes. Su voz adquirió ese matiz de asombro de quien es instado a recuperar un recuerdo largo tiempo aparcado.

—Dios Santo Bendito, no creí que volvería a hablar de aquello con nadie.

—Pues ya ve, la vida todavía le depara sorpresas.

Aquel anillo, le respondió el anciano, también se las deparó entonces. Para empezar, porque la joya en cuestión ni siquiera fue adquirida en su establecimiento, tal como se dio a conocer en los medios de la época.

—¿Usted tampoco llegó a ver el anillo? —se sorprendió la joven sin poder ocultar la decepción—. Pero ¿le consta que existió?

—Vaya si existió. Pero las cosas ocurrieron de otra manera.

Ignorante de cuánto sabía Koldo sobre unos hechos acontecidos varias décadas atrás, y como si su propia cabeza necesitara ir abriéndose paso a través de la bruma de los recuerdos, Braulio Atienza le refirió que el horror que generó el acontecimiento ligado a esa joya hizo que se cerniera sobre todo lo relacionado un pacto de silencio tan absoluto en los círculos de sociedad en los que se movía que él mismo llegó a creer que nunca había llegado a ocurrir.

—Aquel sórdido final del heredero de los Silva —le explicó— hizo que la gente respetable del barrio de Salamanca tuviera buen cuidado de guardar las debidas distancias. Con excepción de un par de representantes de la prensa escrita con los que me abstuve de colaborar, por mera prevención y aduciendo deberme a mi clientela, pocos más se aventuraron a hacerme preguntas demasiado inquisitivas en público y me resultó extremadamente sencillo responder con vaguedades en caso contrario. Harry Winston fue la única persona a la que mantuve al tanto de los pormenores del caso y solo con él sostuve el pertinente intercambio de reflexiones.

—¿Harry Winston? ¿El joyero americano?

Recostada en la cama y con el móvil pegado al oído derecho, la joven sintió el impulso de incorporarse mientras se preparaba para escuchar una historia fascinante.

Winston, le refirió Atienza, fue un joyero tan legendario como las joyas que lo hicieron famoso. Un tipo listo, hijo de un emigrante ucraniano, joyero también, que, según se contaba, comenzó el negocio con astucia: comprando por veinticinco céntimos un anillo con una esmeralda de dos quilates que halló entre la chatarra de

una casa de empeños y vendiéndola dos días después por ochocientos dólares. El joven había nacido con un ojo infalible para las piedras y olfato para los negocios. A lo largo de su vida logró hacerse con algunas de las colecciones de joyas más fabulosas de la historia, y se dedicó no solo a actualizarlas y adecuarlas a los gustos menos formales de los años treinta y cuarenta, sino a colocarlas en los escotes y las muñecas más codiciadas de la vieja Europa, el nuevo Hollywood y el Medio Oriente. Cuando Marilyn Monroe cantaba aquello de *Diamonds are a Girl's Best Friend* se dirigía al mismísimo Harry Winston, y este le hizo caso vistiendo su cuello para la ocasión.

—Se decía que le gustaba llevar en el bolsillo un diamante de valor incalculable para juguetear con él como si fuera una pata de conejo —le dijo Koldo, que creía haberlo leído en algún sitio.

—Doy fe; yo mismo lo vi.

Apoyada sobre su costado izquierdo, dejó escapar una exclamación.

—No me diga que usted lo conoció. En persona.

—Ya lo creo, en una subasta en Christie's. Como para olvidarlo; jamás me volvieron a dar una paliza así. —Se rio—. Pero me resarcí cuando lo llamé para hablarle de Pascual Silva.

En 1964, un joven de porte elegante y sumamente distinguido entraba en el local del barrio de Salamanca de Atienza Joyeros. Bajo el ala del sombrero asomaban unos tirabuzones rubios y unos hermosos, aunque inquietantes, ojos de mujer. Pidió hablar con don Braulio, a quien aseguró conocer. Lo pasaron a una salita tapizada de moqueta verde y lo invitaron a sentarse en un cómodo sofá de piel del mismo tono donde apenas le hicieron esperar. Cinco minutos después, Braulio Atienza, quien lo recordaba al menos de una cena en el Ritz y unos cócteles compartidos con amigos comunes, donde Chicote le dio un cálido apretón de manos y, ya sentado frente a él, aguardó con curiosidad por conocer el motivo de su visita.

—Al joven Silva siempre lo precedió cierta fama de disoluto seductor, su afición a frecuentar compañías poco recomendables y

un interés por los negocios un tanto veleidoso; los emprendía con pasión y los abandonaba como a amantes de las que se hubiera aburrido. Lo cierto, sin embargo, es que en persona era difícil sustraerse a su carisma o dejar de dar crédito a sus palabras; tenía una de esas personalidades que, para bien o para mal, se convertía en epicentro del espacio que ocupara, una de esas presencias en tomo a la cual orbitaban los demás. No supe si interpretar el motivo de su visita como un sorprendente giro en el devenir del joven o como un lance más con formato novedoso. Sus palabras, en cualquier caso, sonaron sinceras.

—Ha ocurrido algo de lo que yo soy el primer sorprendido, don Braulio —me saludó—. Me he enamorado, le diría que en contra de mi propia voluntad. Y no concibo mi vida como hasta ahora. Deseo casarme y me gustaría hacerle un par de encargos. En primer lugar, una sortija para el anular; delicada y resistente, en platino.

El platino era por aquel entonces un material noble poco común que empezaba a ponerse de moda por su novedad y resistencia. Sin embargo, a Braulio Atienza le sorprendió que el principal motivo de la visita del heredero de los Silva fuera ese. No andaba desencaminado. En aquel momento Pascual sacó del bolsillo interior de la chaqueta un pañuelo de algodón blanco con sus iniciales bordadas y, mostrándoselo al joyero sobre su palma izquierda, lo fue abriendo con dedos de prestidigitador.

—También he venido por esto —me dijo.

—¿El anillo? —No pudo evitar exclamar Koldo. El anciano se rio al otro lado de la línea.

—No exactamente, mi niña. En realidad, se trataba de un pendiente.

Silva le explicó que era una importante pieza familiar y quería sorprender a su amada con el más hermoso anillo que pudiera imaginar. Sabía que Atienza Joyeros era el lugar donde mejor llevarían a cabo tan delicada modificación, así que no había dudado en acudir en busca de consejo.

—Lo observé con detenimiento —explicó al otro lado de la línea

—; aquel pendiente, por su diseño, por la calidad de los diamantes y el tipo de engaste y, sobre todo, por la deslumbrante presencia de la piedra central, difícilmente podía ser una joya de familia, a no ser que su abuela fuera la reina Victoria Eugenia. Accedí, por supuesto. No tenía intención de perder de vista aquella deslumbrante esmeralda; para qué vamos a engañarnos.

Aquella noche Braulio Atienza apenas pudo pegar ojo; la joya le había quitado el sueño. Trató de no dar demasiadas vueltas en la cama para no despertar a su mujer, pero su cabeza las daba por él repasando, una y otra vez, las depuradas líneas de aquel pendiente: la plata antigua con la que se había elaborado; la magnífica esmeralda desnuda, colocada de forma vertical; las dos figuras en forma de herradura que colgaban del extremo inferior, una bajo la otra, engastadas de pequeños diamantes; y la segunda esmeralda, de menor tamaño aunque igualmente deslumbrante, que pendía de la última herradura y se balanceaba en el vacío. La segunda esmeralda tenía once quilates y era espectacular. Pero la piedra principal… aquella no tenía parangón, era de una belleza imposible.

Se trataba de un cristal mayúsculo, transparente, sin apenas defectos; treinta y nueve quilates de perfección. Exhibía un verde selva profundo e intenso, casi con el olor de la jungla incrustado en el cristal. Sin duda se trataba de una piedra de origen colombiano, concluyó. Las mejores esmeraldas siempre venían de Colombia, pero aquella, por la ferocidad de sus tonos, se dijo, solo podía proceder de las minas Muzo. Y aquellas minas estaban cerradas desde 1675. La talla y el pulido, por su parte, eran exquisitos, con una ejecución apenas invasiva. Tenía una talla hexagonal alargada, un corte que respetaba la forma natural en el cristal esmeralda, perfectamente ejecutada. Podría haberse realizado en la India durante los siglos XVI o XVII del periodo Mogol. O quizá en el Imperio otomano, también en el siglo XVII. Del montaje del pendiente tenía más dudas. Puede que proviniera del propio Imperio mogol, pero él apostaría por un origen europeo de la misma época.

Consideró aquellos datos mientras, con cuidado de no despertar

a su esposa, se levantaba de la cama con sigilo, se ponía el batín y se dirigía a su despacho. Como tantas otras noches, se sirvió una copa de *brandy* que allanara la llegada del sueño. Pero la inquietud seguía ahí. Un destello de entendimiento, una brizna de conocimiento extraviado pugnaba por abrirse camino en la memoria de Atienza, pero no daba con el resorte adecuado. Se colocó frente a la vasta biblioteca, dejando que su mirada sobrevolara los lomos de los distintos volúmenes de manera aparentemente fortuita. Luego, de forma instintiva, estiró el brazo tomando uno al azar. O quizá no. Sus dedos se deslizaron a través de las páginas de aquel catálogo de mujeres elegantes, primero sin propósito aparente, y luego de modo más premeditado, hasta convertirse en una búsqueda apresurada cargada de expectación. Por fin dio con lo que buscaba. Ahí estaba ella, el pelo recogido, sus pómulos cincelados, la mirada inteligente y el collar casi a modo de gargantilla. Porque de un collar se trataba. Aquello que no le había dado tregua a su cabeza desde que ese pendiente se cruzara en su camino no era ni más ni menos que el famoso Collar de la Inquisición española, propiedad del no menos insigne joyero Harry Winston.

Atienza había tenido oportunidad de verlo de primera mano, en Nueva York, con ocasión de la exhibición itinerante bautizada «El tribunal de joyas», que Winston había organizado de 1949 a 1953 con objeto de que el común de los mortales tuviera acceso, siquiera fugazmente, a algunas de las piezas que él, como coleccionista, había ido recabando a lo largo de los años. La muestra, como no podía ser de otra manera tratándose de Winston, reunía algunas de las joyas más míticas del planeta; entre ellas el diamante Hope, una inverosímil piedra azul responsable de acarrear la desgracia y la muerte a todos sus anteriores poseedores, incluida María Antonieta, y cuya maldición solo el propio Winston supo romper al donar la joya de forma voluntaria al Museo Smithsoniano en 1958.

Entre lo más preciado de aquella exposición se encontraba el mencionado Collar de la Inquisición española. Aquella pieza, le explicó Atienza a Koldo, era antiquísima, del siglo XVII, y en la

actualidad también se exhibía en el Museo Smithsoniano de Washington. Pero para entonces había vivido lo suyo. Uno de sus últimos propietarios había sido el famoso joyero americano, tras comprárselo en 1947 a Yashvantrao II, quien a su vez lo había heredado de su padre, el maharajá de Indore Tukoji Rao III, primer propietario registrado del collar. Debido a su manifiesta belleza, fue una de las pocas joyas que Winston no quiso modificar, como tenía por costumbre. A cambio, él mismo fue quien lo bautizó con tan funesto nombre, pese a que no se tuviera conocimiento de relación alguna entre el collar y la infausta institución.

Ahora, al verlo en aquella sofisticada imagen, fundido al cuello de Katharine Hepburn, a quien el propio Winston se lo había prestado para que lo paseara con motivo de la gala de los Óscar de 1947, volvía a quedar seducido por su belleza.

Era tan deslumbrante como lo recordaba Atienza. Un magnífico collar doble en el que los brillantes se encadenaban con delicadeza a través de pequeñas hebras de plata formando dos tiras que se abrazaban al cuello. Otros dieciséis diamantes, estos últimos de mucho mayor tamaño, y catorce soberbias esmeraldas hexagonales colgaban de ambas tiras de manera intercalada, dispuestos todos de tal manera que permitían que el espacio central quedara ocupado por una única e inconmensurable esmeralda hexagonal en forma de barril de cuarenta y cinco quilates; probablemente una de las más bellas piedras de las que jamás se hubiera tenido noticia. Como único adorno, un colgante que pendía de la propia esmeralda principal: una pequeña figura formada por dos herraduras, una bajo la otra, su superficie repujada de diamantes, de las que a su vez nacían cuatro bellas esmeraldas de menor tamaño.

Atienza miró la hora en el reloj que reposaba sobre la mesa: dos de la madrugada. Todavía era temprano en Nueva York. Quizá Winston siguiera en su despacho, pensó, así que puso una conferencia. Tuvo suerte. El joyero americano no tardó mucho en ponerse al aparato al saber de quién se trataba. La joya ya no se encontraba en su poder, le reconoció a Atienza; se lo había vendido

a doña Cora Hubbard Williams, una buena clienta de Pensilvania. Pero la noticia de que aquel collar pudiera formar parte de un juego completo pareció excitarlo sobremanera. Winston hizo especial hincapié en que el último dueño registrado había sido el maharajá de Indore, circunstancia que únicamente permitía remontar la historia del collar hasta comienzos del siglo XX. Toda información con anterioridad a esa fecha era mera especulación, y cualquier nuevo dato podía ayudar a confirmar o desmentir las hipótesis barajadas en tomo a una de las piezas más fantásticas de todos los tiempos.

Tras una puesta en común, Winston confirmó que las apreciaciones de Atienza con respecto al pendiente parecían coincidir con ciertas conjeturas en torno al collar: el origen colombiano de sus esmeraldas, con toda probabilidad provenientes de las minas de Chivor y Muzo; la posible extracción de las mismas por parte de colonizadores españoles y su posterior venta a los imperios mogol, otomano o quizá persa, los mayores consumidores de piedras preciosas de la época; el tallado en la India en torno al siglo XVII; la posterior adquisición en esa misma época por la Corona española, de ahí la ocurrencia del nombre, y, ante la urgencia de efectivo por parte del Imperio español para hacer frente a gastos desmesurados, su posterior venta a la familia real francesa, desde donde habría regresado a la India.

Winston, sin embargo, no quedó satisfecho. Propuso volar a España: quería ver al propietario, conocer de primera mano su versión, ya que coincidía plenamente con Atienza en que la explicación de Pascual Silva era, cuando menos, dudosa, y confesó que, llegado el caso y de darse las condiciones adecuadas, estaría muy interesado en adquirir el pendiente. El americano, le dijo con sencillez Atienza a Koldo, era un perro de presa. Y había olido un rastro.

—¿Llegó a venir a España?

Atienza negó desde el otro lado del aparato.

—Al día siguiente cité a Pascual Silva. Le confesé que las particularidades de aquella joya familiar habían despertado mi

curiosidad, compartida en este caso por un buen amigo como era mi colega americano, y le hablé del deseo de Winston por viajar a España para saber más acerca de la pieza. Pascual me miró con aquellos perturbadores ojos suyos durante un buen rato. Luego, de forma inopinada, me confesó que prefería que no se le diera publicidad a la joya y que me agradecería que aquel encargo se llevara con la mayor discreción posible.

—¿Y qué hizo?

—Lo habitual. Aceptar el encargo y callar. Le dije que volviera en dos semanas. Acudió puntual. Y, aunque parecía muy satisfecho con el resultado, apenas dijo nada. No volví a verlo. No sé si el interés despertado por aquella pieza lo inquietó por algún motivo, pero dado el alarmante discurrir de los acontecimientos posteriores, me abstuve de indagar. Winston todavía me llamó en un par de ocasiones; la última de las cuales le referí el fatídico desenlace. Me despedí con la promesa de mantenerle al tanto de cualquier novedad. Tampoco volví a hablar con aquel viejo zorro.

Koldo siguió cavilando tras despedirse de Atienza. El anillo existía, pensó ebria de emoción. Y prometía ser tan fabuloso como nadie en aquella colonia se hubiera atrevido a imaginar jamás. Aquella revelación, todavía echada en la cama, se le antojó irrefutable. Sin embargo, se recordó a sí misma, era muy sencillo dejarse arrastrar por el entusiasmo provocado por unas hormonas hiperactivas. Se giró hacia el otro lado para disfrutar de la frescura de las sábanas de aquel espacio, todavía virgen, mientras echaba de nuevo mano del móvil.

Lo primero que hizo fue buscar el collar. Efectivamente, ahí estaba. El legendario collar de la Inquisición española con su doble fila de diamantes y esmeraldas y su magnífica piedra central, ahora expuesto en la Galería de Geología Janet Annenberg Hooker del Museo Nacional de Historia Natural del Instituto Smithsoniano de Washington. En otra de las páginas era Katharine Hepburn quien lo lucía en la mencionada gala de los Óscar como contrapunto al amplio escote de un vestido de abullonadas mangas de gasa. En la

tercera entrada también se mencionaba su improbable relación con la Inquisición, pese a las hipótesis que barajaban que fuera precisamente la Corona española la primera propietaria oficial del collar. Al menos, hasta que las deudas de las arcas reales obligaron a deshacerse de tan estimable pertenencia. Apagó de nuevo el móvil, pensativa. La delirante idea de que un anillo con una gema de valor incalculable que en el pasado perteneciera al Imperio español pudiera estar escondido dentro de un tiesto de su patio de vecinos le producía una sensación de irrealidad parecida a la que sintió tras la llamada en la que le confirmaron que un embrión se estaba gestando en su vientre. Y, sin embargo, allí estaba.

Oyó trasegar a su vecina en la cocina, actividad a la que seguía entregada con ahínco mientras esta fingía dormir.

—¡Maca! —gritó Koldo desde el dormitorio, incapaz de contenerse—. ¿Tú crees que la familia de Curro pudo haber encontrado el anillo?

La mujer entró en el cuarto de la joven quitándose los guantes de fregar.

—¿Todavía con esta historia?

—Bueno, no tengo nada mejor que hacer. Tengo semanas, puede que meses por delante, para obsesionarme con ese anillo. A no ser que el Cordobés se me adelantara, claro.

Maca negó con la cabeza.

—Curro no lo encontró.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque nunca dejó de buscarlo.

—¿Vivió alguien aquí después de los Silva y antes que ellos?

La mujer miró hacia el techo, pensativa.

—A ver, yo era muy pequeña. Así, a bote pronto, diría que no. Pero puedes preguntárselo a Esteban.

—¿Y quién es Esteban?

—Tu vecino, reina —respondió Maca, al tiempo que señalaba con el dedo índice en dirección a la casa de al lado, la de la derecha—. Él y su hermana eran el personal de servicio de Pascual.

# Capítulo 19

—Colócalo en la segunda balda. No, ahí. Más al centro, perfecto. Y el aceite aquí, en el otro lado. Mejor junto al vinagre. Sí, ahí está bien. —Hizo una pausa mirando los botes que Tifón le señalaba en aquel momento—. No, esos van en el baño pequeño, en la puerta de debajo del lavabo, con todos los demás productos de limpieza.

Koldo le iba dando instrucciones sentada en el taburete de la cocina, aún en pijama, descalza y abanicándose con una revista. Tifón, que había llegado con tres bolsas de la compra siguiendo las indicaciones de su madre, iba colocando todo, diligente, mientras las gotas de sudor descendían por ambas sienes. El calor se había vuelto insoportable. Y Koldo seguía con el aire acondicionado roto sin que el técnico, que debía ser el varón más codiciado de Madrid, hubiera podido personarse en casa. Echándose el cabello hacia atrás, siguió marcando los movimientos del chaval.

—No, no, eso va en el armario de las conservas. El de tu derecha. No, en la balda de abajo, al lado de las latas de atún.

—¿Ahí?

—Sí, ahí; genial. No, pero no todas. Las de leche van aquí detrás. No, detrás de ti no, detrás de mí. No, pero no ahí, mejor aquí. Un poco más…

Tifón se detuvo un momento, despegando de su espalda el cerco de sudor que manchaba su camiseta, después se giró y se la quedó mirando con fijeza. Luego, sin mediar palabra, salió de la cocina en

dirección al patio al tiempo que se quitaba la sudada prenda y la tiraba a su paso por el sofá.

—¡Perdón! —le gritó Koldo desde atrás, consciente de que su situación estaba sacando a la luz la tirana que siempre debió de habitar en ella—. ¡Pero si eres mi ángel, Tifón! ¡Tú y esa madre tuya!

Koldo se incorporó suspirando y lo siguió por el pasillo mientras veía cómo el chaval metía la cabeza bajo el chorro de una de las ranas. Dejó que el agua descendiera por su nuca hasta el cabello, desde donde se derramó en el pilón central. Aliviado, se incorporó y sacudió la cabeza como un chucho. La joven llegó a la terraza justo a tiempo de recibir un barrido de agua.

Y entonces lo sintió. El malestar en la tripa, alrededor de la cintura, sobre los riñones. Todavía era leve y sordo y llevaba un rato ahí, como esos sonidos constantes y molestos que tardan un rato en hacerse notar, pero que, una vez percibidos, son imposibles de ignorar. Podía decidir que no existía, que quizá no fuera a más. Pero el miedo aprendido se le coló por dentro y le agarró las entrañas. No fue capaz de disimularlo. Tifón, que no había olvidado aquel sangriento primer episodio, la interrogó con la mirada, aprensivo. La joven se limitó a mover la cabeza, preocupada, señalando su barriga.

—No sé. Puede que sea solo un cólico; ayer ya tuve uno.

Volvió al salón y se recostó en el sofá mientras el chaval la seguía con gesto serio. Su madre estaba en Albacete con su excuñada. Buscó con la mirada el móvil de Koldo, que aguardaba sobre la mesa.

—¿Llamo a tu amiga?

Koldo negó con la cabeza.

—Vamos a esperar un poco —decidió, al tiempo que una nueva oleada de dolor irrumpía con mayor contundencia. Tifón no parecía muy convencido, pero obedeció. Se sentó frente a ella, en la esquina de la mesa, aguardando. Igual que la víspera, el dolor venía por oleadas e iba a más. Pero luego remitía.

—¿No puedes tomar nada? —dijo con su madurez habitual.

—Intento no hacerlo —respondió ella con los dientes apretados —. Pero no siempre es posible, ¿no? ¿Me traes las pastillas de la encimera del cuarto de baño?

Castillo de la Ensenada le había autorizado a tomar buscapina, aunque hasta ahora había tratado de resistirse.

—¿Es esto? —le preguntó, tendiéndole también un vaso de agua.

Se tragó la pastilla y volvió a doblarse en el sofá cuando el dolor se coló de nuevo por entre sus tripas. Notaba que hacía mucho calor, pero el dolor le exigía toda su concentración. ¿Ocurriría esta vez? Se dio cuenta de que el gemido que había oído era suyo, y se espantó viéndose desde fuera, como una mujer pariendo que no daría nada a luz.

Cerró los ojos durante un buen rato mientras el cabello se le pegaba al rostro en sudorosos mechones. De repente recordó que Tifón andaba por ahí; los abrió tratando de dar con él, pero no lo vio. Volvió a cerrar los ojos con el siguiente espasmo y permaneció así. El siguiente pico no fue tan acusado. O eso le pareció. Seguramente era la buscapina. La idea de que aquello estuviera remitiendo le produjo un profundo alivio. Se sumió en un estado de inconsciencia cercano al sueño. Puede que incluso se durmiera.

Cuando Koldo trató de volver a despegar los párpados lo hizo consciente del estado de relajación que inundaba su cuerpo. El dolor había desaparecido. Por completo. A cambio, parecía estar rodeada de un extraño bienestar; una sensación volátil, fresca y envolvente. Con cuidado y cierta curiosidad, se decidió a abrir los ojos. Al principio no pudo identificarlo. Sus aspas giraban sobre sí mismas mientras el aparato, que parecía ensayar un saludo real, recorría en toda su extensión el dócil cuerpo de Koldo sin obviar un solo trozo de piel. La joven se estiró como un gato para ponerse a merced del ventilador. Luego giró la cabeza hacia la derecha. El sofá chéster había sido colonizado. Cruzado sobre el mismo y con los pies colgando por uno de los laterales, el chaval parecía concentrado en un libro tomado de la biblioteca de Koldo. Pero no. Sorprendida,

constató que Tifón también dormía. A su espalda, y asomando por Tisbe, Koldo contempló una hermosa luna vertiendo su prodigiosa luz sobre La Proa. Somnolienta todavía, bostezó. Había dormido varias horas, se dijo extrañada. Fue entonces cuando el episodio íntegro regresó a su cabeza. Y con él la alarma.

Con movimiento experto y todavía tumbada, tiró de la cintura del pantalón del pijama y dirigió una mirada llena de aprensión a su ropa interior. Tardó unos instantes en ser capaz de valorar lo que veía; tan solo una exigua mancha por todo vestigio del doloroso incidente. Tenía un color marrón oscuro y era mínima en su extensión. Sangre vieja, parafraseó a Castillo. No ha habido hemorragia. Así que sigue ahí, certificó emocionada. Sigue ahí, repitió para sí misma como si aquellas palabras garantizaran su preservación. Necesitada de una explicación, supuso que aquellos dolorosos episodios que seguían la dinámica de las contracciones, pero carecían de su dramático desenlace, eran la manera que su cuerpo tenía de ir expulsando ese elemento extraño que era el hematoma; su forma de ir limpiándose. También supuso que Castillo no corroboraría sus explicaciones, por muy lógicas y necesarias que fueran, bajo el argumento de que los caminos de cada embarazo son inescrutables. Deseó con todas sus fuerzas que aquel ejercicio de autosaneamiento concluyera pronto, antes de que se llevara por delante algo más que unos restos de sangre vieja.

Acto seguido dirigió su atención hacia Tifón y, de ahí, a aquella espléndida luna. Por su posición serían las dos, puede que las tres de la madrugada. Echó mano del móvil para comprobarlo. Dos y veinte. Se felicitó por su buen ojo. En cualquier caso, era muy tarde; el chaval tenía que volver a casa. Si no había avisado a su madre, estaría inquieta. Estiró el pie hasta que su punta le alcanzó el antebrazo.

—Tifón —lo llamó con un fuerte susurro—. ¡Tifón! —dijo un poco más alto.

El chaval se removió entreabriendo los ojos y giró la cabeza hacia Koldo, todavía despistado.

—Tifón, tienes que volver a casa. Se ha hecho muy tarde.

Este pareció enfocarla por fin. Se incorporó mirándola de frente.

—Tranquila, mi madre dormía hoy en casa de mi tía, en Albacete; vuelve mañana. Además, ya he hablado con ella. ¿Estás mejor?

Koldo asintió.

—Pues sí. Se pasó. —Le sonrió—. Gracias por la droga. Y por esto —añadió, señalando el ventilador—. ¿De dónde lo sacaste?

—De casa. Suele estar tirado en mi habitación; mi madre no lo echará de menos.

Koldo lo observó, agradecida.

—Eres una joya.

—¿Y ese beso como pago?

Koldo puso los ojos en blanco.

—Debería haber seguido dormida.

—¿Ves como no me tomas en serio?

Tifón hizo un gesto de derrota, estrellándose con el propio sofá en el que estaba medio tumbado. Algo pareció incomodarlo. Tras removerse un poco, extrajo de debajo de sí el libro que había abandonado en su regazo al quedarse dormido. Era el de Thubron. Lo observó con aburrimiento, como a ese objeto inútil con el que uno se ha acostumbrado a tropezar sin saber por qué. Luego pareció dedicarle un momento de reflexión, alzándolo con una mano.

—Seguro que ahora se está allí bastante mejor que aquí.

Debido al gesto, un papel arrugado y doblado en cuatro se desprendió de entre las páginas, planeó suavemente y, tras un par de idas y venidas, fue atrapado en el aire por el propio Tifón casi a ras del suelo. Koldo lo miró, incapaz de recordar de qué se trataba. Para cuando cayó en la cuenta, Tifón ya había desdoblado las cuatro partes y tenía la portada del tebeo al completo frente a sí.

—¡Eh! ¡Es de *El Ángel*! Mi abuelo también los coleccionaba. Hacía mucho que no veía uno, ¿de dónde lo has sacado?

La joven miró la hoja mientras pensaba en lo difícil que le resultaba a veces seguir sin creer en las coincidencias y en lo molesto que le resultaba que su vecino de arriba fuera el

protagonista de una de ellas.

—Del tipo de arriba —dijo. Al hacerlo, no dejó de acusar el sinsentido de que aquel ruso que la sacaba de quicio fuera aficionado a los tebeos españoles antiguos. No lo había pensado.

Tifón observaba el papel con un entusiasmo, por una vez, acorde a su edad. Baltasar de Figueroa parecía corresponder a su mirada guiñándole un ojo mientras, a su lado, su secuaz de poderosa talla y tupido bigote alzaba aquel gran cofre del tesoro sobre sus cabezas. Tifón se rio.

—Son clavados a Asier, el del Mascarón, y Tristán.

La otra lo secundó entre risas.

—Yo también lo pensé al verla.

—Algún día le preguntaré a Tristán si es solo casualidad. Él ya trabajaba en Odisea Silva por aquella época, ¿sabes? Seguro que mi abuelo lo habría sabido —dijo con pena. Luego se explicó—: Yo solía leerlos a escondidas; a mi madre le enfermaba ver al abuelo con los tebeos y no quería que yo acabara igual. Así que me los dejaba y yo los leía en la cama. Nunca más de uno cada vez. Aquello me ponía histérico, sobre todo cuando lo terminaba en mitad de la noche y no podía continuar leyendo, sabiendo que había decenas de tebeos en casa. Siempre me decía lo mismo: «El que esperar puede, alcanza lo que quiere. Cuando me muera serán todos tuyos». Total, cuando mi abuelo murió, mi madre tiró todos los tebeos a la basura. No me dijo nada. La pobre creía que no me daría cuenta. —Hizo una mueca—. Supongo que mi abuelo quería enseñarme aquello de que todo lo bueno se hace esperar. Pero la lección de mi madre la aprendí mucho mejor.

—¿Cuál?

—Mejor tebeo en mano que ciento volando. —Sonrió mientras retornaba a inspeccionar la portada del que tenía entre las suyas. Frunció el ceño—. ¿Sabes? Hay algo raro en esta portada, no la recordaba exactamente así. Los «fragatas» siempre iban con las letras en blanco, estoy casi seguro; por alusión al nombre de la propia fragata. Pero hay algo más —reflexionó, tratando de justificar

la sensación de discordancia mientras buscaba alguna otra señal. Se quedó repentinamente callado. Luego miró a Koldo. Tardó en hablar —. ¿Has leído *El oro de los tigres*?

Koldo cayó en la cuenta de que Tifón se refería a Borges. Asintió, una vez más desconcertada ante el desarmante alarde de conocimiento de aquel joven precoz.

—En cierto momento, Borges venía a decir que en la literatura hay cuatro grandes argumentos que se repiten eternamente. El regreso del héroe a casa, el asedio de una ciudad destinada a sucumbir, el sacrificio y este que nos ocupa: la búsqueda de un objeto legendario. Puede tratarse del vellocino de oro, de la ballena del capitán Ahab o incluso de un anillo de esmeraldas oculto en una casa… —Le guiñó el ojo a Koldo al decirlo.

—O de un paquete de tabaco.

—Pero también, como en este caso, del tal vez inexistente primer número de *El Ángel* —notificó, girando la portada del citado ejemplar hacia Koldo para que esta lo apreciara en todo su apoteósico esplendor. El ventilador, que en aquel momento agitaba el aire en esa dirección, provocó un temblor en el papel que dotó al gesto de un dramatismo especial.

Koldo también tardó en reaccionar.

—¿Ese papel arrugado pertenece al famoso número uno de *El Ángel*? —dijo señalándolo con el índice—. ¿El número del que nadie hasta la fecha había conseguido probar su existencia? ¿El que todo el mundo busca para completar su colección inacabada?

El chaval asintió con gravedad, sin despegar los labios y sin dejar de observarla. A todas luces, trataba de hallar una explicación que justificara el hecho de que un fragmento de aquel legendario número uno se encontrara, al menos en parte, en posesión de su vecina. Y en tan deplorable estado de conservación, por añadidura.

Ella, por su parte, hacía otro tanto con respecto a su vecino de arriba. ¿Se trataba de un coleccionista? ¿Un particularísimo nostálgico? ¿Un contrabandista de tebeos? El hecho de que hubiera permitido que el niño destrozara el tebeo sin que le hubiera

reclamado aquella página era señal de que desconocía su valor. Y, puestos a ser sinceros, no podía culparlo. Pero eso no explicaba qué hacía en sus manos. A no ser que estuviera ya en la casa antes que él.

—Esto vale una pasta. Cualquier coleccionista de tebeos mataría por ella —reclamó su atención el chaval, que parecía haberle leído el pensamiento—. Imagínate si tuvieras el tebeo completo.

—¿Cuánto? —preguntó alarmada.

—Mucho.

—¿Cuánto es mucho?

—No lo sé; tendrías que hablar con Asier y Tristán.

—¿Podrías bajárselo tú?

Le indicó dónde encontrar un sobre; introdujo ahí la página y se la tendió a Tifón, que lo tomó con evidente respeto. Ambos rieron, nerviosos. Luego Koldo miró la hora en el móvil. Tres y media pasadas. Todavía podían dormir un buen rato. Últimamente, Tifón y ella trasnochaban mucho, pensó.

—Mejor mañana por la mañana, ¿no crees?

Tifón sonrió y dio media vuelta para marcharse por la terraza.

—No te dejes el ventilador —le dijo Koldo.

El chaval negó con la cabeza.

—Quédatelo; yo casi no lo uso —se despidió.

Koldo sabía que mentía. Miró el ventilador y luego la buscapina. Lo recordó sentado en el sillón, velando por su sueño. Se sonrió pensando en aquel muchachillo precoz. Giró la cabeza a tiempo de ver cómo su ágil y nervudo cuerpo saltaba con elegancia sobre el panel de cristal. Lástima, dijo para sí. De pronto cayó en la cuenta de que lo había hecho. Quizá no durante diez segundos, puede que durante apenas medio. Pero lo había tomado en serio. Sonrió para sí. También supo que nunca se lo confesaría.

# Capítulo 20

El resto de la noche, Koldo se abandonó al sueño como si el aire en movimiento del ventilador se llevara por delante cualquier mal presagio y restaurara el espacio desocupado con un frescor expectante. Durmió hasta nueve horas seguidas y lo hizo a conciencia y a pesar del calor. El móvil, que debía de haber estado sonando varias veces, se encargó de devolverla a una mañana en estado avanzado. Estiró la mano sin despegar los ojos y respondió sin saber a quién.

—Soy Asier.

—¿Qué Asier? —murmuró aún despistada.

—El que tiene en sus manos la portada del tebeo más buscado de todos los tiempos y quiere saber por qué.

El golpe dramático logró el efecto deseado; Koldo abrió los ojos.

—A mí también me gustaría saber por qué —respondió. Mientras seguía hablando, hizo un rápido chequeo entre sus piernas que no disparó ninguna alarma—. Simplificando, digamos que es de un colega y que el otro día fue a parar a mis manos por azar. ¿Estás seguro de que es buena?

—Seguro no, no hay nada con lo que compararla. Pero por el tipo de papel, la tinta y el dibujo y por cómo ha envejecido… me inclino a pensar que sí. —Asier hizo una pausa—. Me gustaría ver el resto del cómic. ¿Puedo?

—Lo intento —dijo ella con tono neutro, lamentando la visita que

se vería obligada a hacer, acompañada de las disculpas pertinentes —. ¿Tanto vale ese trozo de papel?

—Hombre, no es la portada de una edición príncipe de *El Quijote* —bromearon al otro lado—, pero alguno puede que lo crea. El valor lo ponen las personas, ya sabes. Hay una curiosa historia a la que va asociado y que estoy seguro de que tu amigo querrá conocer antes de seguir desmembrándolo hoja a hoja. Déjame que haga un par de llamadas, a ver si me entero de algo más. El chaval ya se ha marchado; ¿te lo llevo mañana? Tú consigue el resto del tebeo.

Koldo salió de la cama, apagó el ventilador y se dirigió a la cocina, satisfecha por las señales que por el momento no emitía su cuerpo. Se preparó el zumo y añadió aguacate a sus tostadas mientras trataba de no pensar en la fastidiosa tarea que tenía por delante. Reposó un rato en el sofá antes de ducharse.

Al salir rebozada en su albornoz, por primera vez en muchos días, dejó la camiseta y el pantalón del pijama sobre la cama y abrió el armario donde, con cierta extrañeza, se decidió por un vestido ligero y largo con un bonito estampado tropical de aire retro. Con las mismas alpargatas y la inusual sensación aún instalada en el cuerpo, se dirigió hacia la puerta llave en mano. Su primera salida en semanas, se dijo, si exceptuamos las visitas al médico. Total, para subir una planta y llamar a una puerta.

Observó el felpudo, indecisa, mientras tragaba saliva. Se subió a aquella alfombrilla de bienvenida con el mismo malévolo placer que le hubiera producido hacerlo sobre un edredón de plumas. Apoyó todo su peso, sintiendo cómo este se hundía bajo sus pies. Lamentó para sus adentros haber salido tan poco de paseo. No lo ensuciaría ni un poquito. Decepcionada, dirigió la mirada a la puerta y llamó.

Tardaron en abrirle; fue ella quien lo hizo. Por suerte, esta vez iba vestida. Con un escote generoso, pero vestida. Koldo no pudo evitar cierto alivio ante la posibilidad de que él no estuviera en casa.

—Hola —dijo la mujer; su tono era más bien desabrido. Tampoco parecía tener mucho interés en las razones que habían llevado a la joven hasta su puerta; parecía distraída y miraba alrededor como

buscando algo.

—Venía a disculparme por lo del otro día —le dijo, extendiendo las palmas de su mano hacia arriba.

La mujer la miró como si no hablara su lengua ni entendiera el lenguaje universal de los brazos tendidos en señal de buena voluntad.

—También venía por un tema un poco peculiar —prosiguió, tratando de llamar la atención de su anfitriona a pesar de su evidente desinterés—. A lo mejor es una tontería, pero el otro día tirasteis unos papeles a mi patio que, en realidad, pertenecían a un tebeo. —La otra la miró brevemente. Por su expresión, muy parecida a la del encuentro nocturno que se desarrolló de patio a ventana, Koldo supo que aquella explosiva rubia, además de albergar serias dudas sobre la cordura de su intensa vecina, se estaba aburriendo—. Un tebeo antiguo —precisó. La respuesta fue la misma, ninguna. La rubia frunció el ceño con cierta hartura y Koldo empezó a sentirse ridícula—. No tienes ni idea de lo que te estoy hablando, ¿verdad?

La vecina profirió una exclamación triunfal. Koldo cayó en la cuenta de que no se debía a que hubiera visto la luz en lo tocante a su visita, sino a que por fin había encontrado lo que buscaba. Cogió un par de billetes medio ocultos por el pie de la lámpara del taquillón de la entrada, se los metió entre las tetas y echó mano de un bolso rojo colgado en el perchero.

—Esta no es mi casa —dijo sucintamente con un español con acento mientras atravesaba la puerta por el hueco que Koldo había dejado libre—. Habla con él —se despidió, dejándola sola en el umbral.

Habría debido sentirse idiota, pero en realidad aquello le produjo una borrosa indiferencia. Se dio cuenta de que estaban volviendo los mareos, como si su cabeza hubiera estado expuesta a demasiadas horas de sol o su sangre a demasiadas copas de vino; lo que acontecía alrededor se le hacía distante y en cierto modo ajeno, aunque ella fuera la protagonista. En cualquier caso, había quedado claro que aquella no era la mujer del vecino, tampoco rusa, ni esta

su casa. Parada en la puerta abierta, sin nadie al parecer dispuesto a recibirla, se entregó a una espera activa, curioseando alrededor con escaso disimulo. El recibidor era más bien antiguo, con un taquillón de madera y un espejo a juego, ambos dolorosamente pasados de moda. Un perchero desabrido del que colgaban un par de chaquetones que nadie en su sano juicio podía estar usando ahora mismo en Madrid y que quizá eran un nostálgico recuerdo de la estepa rusa completaban aquel desolador cuadro. Más allá del recibidor, acertó a ver un salón algo desordenado y, a través de la ventana, al fondo del mismo, parte de su propio patio, allá abajo. Al menos las vistas son bonitas, se dijo justo antes de que el tipo irrumpiera en el umbral, estropeándolas. Lo hizo en calzoncillos. Cierto que eran unos *bóxers* de estilo clásico, holgados y a cuadros y cubiertos a medias por una camiseta de publicidad, pero no pudo evitar sentirse molesta, más que incómoda, por la intencionada falta de decoro del vecino. Si alguien hubiera sugerido que por la cabeza de Koldo había pasado, siquiera de forma fugaz, una constatación de su altura, la anchura de sus hombros o el ángulo que formaba la mandíbula, ella lo habría negado, convencida. Como mucho, lo habría atribuido a un interés matemático, estrictamente científico. Los calcetines blancos hasta mitad de la pantorrilla que asomaban de sus chancletas, las gafas de lectura a modo de diadema y una cerveza en la mano neutralizaban, por otra parte, cualquier idea afín y evidenciaban que el tipo ni esperaba su visita ni esta lo afectaba.

—Venía a disculparme —mintió ella de nuevo.

Se preguntó si el tipo le sacudiría y por un momento se vio transitando a demasiada velocidad por aquel descansillo hasta frenar al otro lado. El aludido no dijo nada. En su lugar, le dio un largo y ruidoso trago a la lata, de esos capaces de vaciar media del tirón, provocando un rechazo visceral en su delicada sensibilidad de embarazada. Contuvo una mueca de desagrado.

—También quería hablarte de tu hijo.

—No tengo hijos —le respondió el otro.

—El niño que me estuvo lanzando bolas de papel el otro día.

Se amonestó por la innecesaria agresividad de su tono, fruto de la incomodidad. Unas disculpas falsas, aunque más elaboradas, explicando la extraña peripecia debida a la cual su vecino acabó pasado por agua, habrían sido más oportunas, se recriminó. Pero ya era tarde. El tipo la miró fijamente, valorativo. Tenía el cuello ancho, la nariz ligeramente torcida y, muy a su pesar, los ojos de un verde de considerable interés. Ahora sí que venía un bofetón, pensó ella acto seguido. Y merecido, se dijo a sí misma mareada, entrecerrando los párpados como quien espera una colisión.

—Aquí la aficionada a lanzar cosas a través de ventanas ajenas eres tú —se limitó a decir el otro con las inflexiones propias de un acento mixto. A continuación, eructó.

—Ya —concedió, evitando que su tono se pusiera a la altura de la irritación que le producía el tipo—. Verás —procuró decirlo todo de carrerilla mientras su visión comenzaba a desenfocarse, como si hubiera dos rusos en lugar de uno—, lo del otro día fue un desafortunado accidente. Nada premeditado. —Hizo una pausa con el objetivo de revestir de sinceridad su declaración—. Tenía un mal día, me giré al oír la música y la manguera se me fue de las manos. Me volví loca, perdí los papeles. Luego me asusté y salí corriendo. Lo siento muchísimo —dijo solemnemente, uniendo las palmas de las manos a la altura de su nariz y mirándolo con gravedad. Luego prosiguió—: Pero he venido por otro motivo; algo que a lo mejor te interesa. El otro día aquí había un niño, huérfano al parecer. —Nadie pareció rebatir esta circunstancia—. El caso es que se asomó a tu ventana y se dedicó a tirarnos bolas de papel. Esa señora que acaba de marcharse —lo de señora le pareció de una audacia excesiva, pero ya estaba dicho— le dijo que entrara, pero los papeles ya estaban en mi patio. Bien, esos papeles, en realidad, pertenecen a un tebeo español antiguo; la serie se llama *El Ángel*.

Tuvo la sensación de que la dicción empezaba a fallarle, se sentía cada vez más mareada y la naturaleza intrínsecamente absurda de lo que le estaba tratando de explicar no ayudaba. Esperó una reacción por parte de su interlocutor que nunca llegó. Constató que en aquel

momento ya tenía delante cuatro pares de ojos verdes. Bastante atractivos los cuatro, por cierto. Pero volvió a tomar aire y continuó:

—Por lo visto se trata de un ejemplar muy difícil de encontrar. Y potencialmente valioso.

Ningún cambio en la expresión. Como había ocurrido con la chica, él tampoco parecía entender de qué le estaban hablando, e igual que ella, se mostraba particularmente poco interesado en hacerlo. No podía culparlo, a ella misma le sonaba a cuento chino y no se lo hubiera creído viniendo de ella. Tampoco le importaba, en realidad. El mareo se había intensificado y no sabía a cuál de los dos rusos dirigirse. Hizo un último esfuerzo.

—Sería una pena que un ejemplar así acabara en la basura o desaparecido. Es casi una reliquia de la colonia, los vecinos te agradecerían que se recuperara una parte de la historia de La Proa.

Esperó a que él replicara algo.

Nada. No sabía si la creía un sujeto indigno de consideración; un ser insidioso de naturaleza imprevisible o, sencillamente, una vecina loca. Lo último, supuso.

—De verdad que siento lo del agua —hizo un último intento, escasamente satisfactorio, durante el que notó la lengua un tanto espesa. A ella misma le sonó a súplica de borracha—. Se me fue la cabeza, de verdad; un mal día. Verás, soy nueva en La Proa y no quiero llevarme mal con los vecinos de toda la vida.

Su interlocutor arqueó las cejas; parecía que las disculpas habían accedido a un lugar donde, por fin, se les ofrecía la debida consideración.

—No te preocupes —concedió finalmente. Lo dijo sin alterar la expresión, con una rara mezcla de acentos y un tono zumbón. No podía culparlo—. También soy nuevo aquí, así que podemos llevamos mal sin ningún problema.

Cerró con una elegancia ejemplar, casi matemática, como si aquello no fuera una puerta, sino el filo de un arma blanca entrando en su funda; algo coherente con los términos de cordial hostilidad que parecían haber establecido.

Abandonada a su merced en mitad del rellano, Koldo suspiró al tiempo que inclinaba la cabeza hacia delante, tratando de controlar el mareo. A lo mejor fue el gesto de inclinarse, o puede que se debiera al humillante calor que había ascendido hasta su rostro, pero no supo prever lo que ya casi tenía encima. Sin mediar aviso, se apoderó de ella una impetuosa arcada seguida de una bocanada de vómito que perfectamente podría calificarse de magnífica. El felpudo de su vecino quedó bañado en los tonos naranjas y rosados de su desayuno. Sujetándose las caderas con ambas manos y aún inclinada, miró a través de los ojos llorosos, entre alucinada e incrédula. Se le ocurrió que debería llamar otra vez al timbre, pedir de nuevo disculpas, someterse una vez más al escarnio y quizá sufrir el castigo. Pero no lo hizo. En su lugar, dio media vuelta y se dispuso a volver por donde había venido. Inició el descenso tambaleante y todavía medio poseída, al tiempo que comenzaba a notar aquel familiar malestar a la altura de la tripa.

Gimió para sus adentros y lamentó no haber sido más comedida vomitando, pero sabía que ese no había sido el detonante. Aquellos episodios no parecían responder a patrón alguno. La dinámica, sin embargo, sí lo hacía. El dolor venía, clavaba su pica en Flandes y luego se iba. Como ella subiendo y bajando por aquella maldita escalera. Entró en casa con el rostro trémulo, olvidado ya el vecino y su felpudo. Sabía lo que la esperaba. Un conato de parto que se iniciaba en los riñones y luego se abrazaba a sus tripas durante un par de horas atroces. Resignada, echó mano del móvil. Castillo de la Ensenada fue, como siempre, rápido en responder y optimista en su diagnóstico.

—Sí, es posible que estos episodios tengan que ver con que el hematoma no se está reabsorbiendo. Lo estás expulsando —pareció aceptar su teoría—. Pero nunca se sabe. En cualquier caso, mientras la mancha resultante sea leve y oscura, no hay por qué preocuparse.

—¿Y el dolor? ¿Qué hago con él? —le dijo mientras se agarraba las costillas con la mano izquierda y sus sienes comenzaban a perlarse a causa del sudor.

—Mujer, para eso está la buscapina, ya te lo dije.

Hablarle a una embarazada de medicarse es como nombrarle al anticristo. Pero a veces el diablo es quien mejor puede socorrerte.

Lo colgó sin miramientos mientras Koldo hacía una mueca de fastidio. Encogida, se fue en busca de un vaso de agua con el que tragarse la pastilla. Lo hizo con una mezcla de miedo anticipado y el regusto de la ira bailándole todavía en los ojos y aguardó, con el ventilador en marcha, la tele encendida y el móvil a mano, el inevitable curso de las próximas horas.

# Capítulo 21

Esta vez ni siquiera se molestó en mirar por la mirilla. Koldo abrió la puerta esperando encontrarse con alguna de sus intrusivas vecinas. Se había quedado dormida en el sofá con el televisor encendido y bajo la promesa de que aquella ola de calor no solo no remitiría, sino que acentuaría su inclemencia. Así que al abrir, se sentía ligeramente sudorosa y con los ojos todavía pegados de aquella siesta de la que la habían sacado con cierta brutalidad. No supo qué decir. Vestida con un ligero, ceñido y elegante vestido hasta la rodilla de color verde botella, a juego con unas sandalias y un bolso de mano, la supuesta Teodora Galindo la miraba a través de aquellas gafas oscuras de montura cara.

—Espero que te acuerdes de mí —dijo a modo de saludo.

Koldo había fantaseado con la posibilidad de que la desconocida regresara a su casa con cualquier nueva excusa para aprovechar la ocasión de desenmascararla. Deseaba volver a verla para decirle a la cara que no era quien pretendía ser. Pero ahora que tenía delante a la elegante arquitecta americana, aguardando pacientemente a que la invitara a pasar, supo que no iba a confrontarla. Quería descubrirla sin ponerla en evidencia; cercar a la impostora sin alertarla.

—¿Puedo pasar? —Fue ella misma quien se invitó—. Siento haberme presentado sin avisar, pero no te robaré más de diez minutos.

Koldo, aún en pijama, se hizo a un lado invitándola al salón. La

recién llegada se acomodó de espaldas al patio, en el sofá chéster. Se quedó allí, con la espalda recta, las piernas en paralelo ligeramente ladeadas, el bolso sobre el regazo y las gafas todavía puestas, mirando a Koldo mientras esta se esforzaba en guardar silencio y ser coherente con su decisión de hacía apenas medio minuto, y no soltarle a bocajarro aquello de que sabía quién no era. Se preguntaba también si la silenciosa actitud de su enigmática interlocutora buscaba propiciar la pregunta que no se decidía a hacer. No tuvo necesidad. La mujer se quitó las gafas con movimientos lentos y se dejó observar. Su mirada azul estaba turbia y apagada, sus ojos hinchados y ojerosos, fruto evidente de una inquietud acumulada.

—Estoy así desde mi última visita —anunció.

La joven se dijo que aquella era una manera muy teatral de sintetizar un drama, pero se contuvo, aguardando a que la recién llegada se explayara.

—Verás, el otro día no fui del todo sincera. En realidad —se corrigió a sí misma—, te mentí en casi todo.

—Eso me pareció —se permitió corroborar Koldo.

—Yo ya había estado antes en esta casa. Muchas veces, además —confesó, mientras Koldo reprimía una exclamación al tiempo que se sentaba en el sofá, casi en diagonal a su invitada, dispuesta a asistir a la segunda parte de la función—. Ahí estaba ya la biblioteca, que se ha mantenido tal como la recuerdo. Pero aquí —dijo señalando el sofá sobre el que estaba recostada la joven—, durante una época, hubo un piano. Y su dueño lo tocaba maravillosamente. Solía hacerlo al caer la noche mientras se tomaba un *whisky* solo a pequeños sorbos. A mí me gustaba escucharlo desde la cama, era mi manera de conciliar el sueño. Encendía la luz amarilla de mi mesilla de noche y, al ver su reflejo, él sabía que podía empezar a tocar. Mi dormitorio daba justo ahí —dijo, girando la cabeza hacia la terraza. Sorprendentemente, el dedo índice de su mano izquierda señalaba en dirección a las mamparas detrás de las cuales se adivinaba la elegante colección de cactus y crasas de la presidenta

de la comunidad.

—¿Vivías ahí? ¿En el piso de enfrente? —Koldo tenía verdadero interés en ver a dónde las llevaba aquella conversación.

—Apenas unos meses.

Jugueteó un momento con una de las patillas de sus gafas. Quizá ganando tiempo, quizá ofreciéndoselo a Koldo para que esta se repusiera tras la súbita confesión. La joven lo apreció tratando de ordenar sus ideas. No quería volver a lamentar la ocasión perdida y dejar escapar al único fantasma que insistía en aparecérsele; el único al menos que parecía poder ofrecerle algo nuevo, verdadero o no, sobre aquello que todos insistían en recordar, pero de lo que a nadie conseguía sacarle nada en claro.

—¿Sabes? —La tanteó—. El otro día descubrí la baldosa. Con la inscripción.

La mujer arqueó las cejas, sorprendida. La mirada azul seguía apagada, pero sus labios se esforzaron en esbozar una extraña mueca de alegría, quizá por invitarla a hablar de algo que le pesaba por dentro.

—Imagino que ya sabes lo que le ocurrió al primer inquilino de esta casa, su triste final.

La joven asintió, en silencio.

—Pascual y yo éramos los Tisbe y Píramo del barrio Salamanca —continuó como para sí, en voz muy baja—. ¿Conoces la leyenda? Parte de ella está representada abajo, en el mosaico que está a la entrada del edificio.

Koldo volvió a asentir, recordando la tragedia de aquellos dos enamorados que habitaban casas contiguas y se comunicaban a través de la grieta de una pared hasta que la desesperación terminó por acarrearles la desgracia en forma de leona.

—Nosotros también fuimos unos enamorados obligados a estar separados. Aquí, en Madrid, por aquella pared de cristal. Y antes, por todo un océano. Luego, igual que sucedió en la leyenda, la muerte lo hizo para siempre.

Un escalofrío recorrió la espalda de Koldo.

Teodora Galindo, recordó para su anfitriona, era hace más de cinco décadas una vistosa joven empleada en el Decó de Miami, un selecto club donde se reunía la élite adinerada, la *beautiful people* de la ciudad. Su familia, de origen cubano, se había visto forzada a refugiarse en Estados Unidos debido a la revolución, y su buena educación, modales exquisitos y distinguida belleza le habían valido una rápida promoción como relaciones públicas del local. En el Decó siempre podía encontrarse un productor de Hollywood, algún millonario texano o ese *playboy* de la costa oeste que se dejaba caer por ahí a su paso por la ciudad. Inevitablemente, también era el lugar donde recalaba la *jet set* europea. Y Pascual Silva, en compañía de unos prestigiosos editores neoyorquinos, hizo lo propio. Se enamoraron en aquel metro cuadrado donde se dieron la mano por primera vez. La muchacha quedó arrebatada por la apostura de aquel imponente galán enmarcado en tirabuzones dorados. Los ojos de Pascual fueron como estiletes; a Teodora se le clavaron por dentro y ya no pudo sacárselos.

—Él regresaba a España cuatro días después y, por más que prometió que volvería a por mí, yo estaba convencida de que aquel encuentro acabaría extinguiéndose bajo el peso de su realidad en España. En el mejor de los casos, pasaría a ser un exótico recuerdo. Yo era una chiquilla más inexperta de lo que mi mundano puesto en el Decó pudiera hacer pensar, y aquel orgulloso español encamaba todo lo que mi arrebatada cabecita católica de diecinueve años había llegado a imaginar. Incluso intenté seducirlo. Fue la única vez que lo vi enfadarse. Me miró con esos ojos suyos que podían transmitir un amor que rayaba en la locura, pero también un desprecio que te helaba las entrañas. Sus palabras se me grabaron a fuego; si encontraste la baldosa, seguro que te resultan familiares. «Conservar algo que me ayude a recordarte sería admitir que te puedo olvidar», se limitó a citar de manera un tanto desabrida. Pascual acostumbraba a glosar la vida con referencias literarias; su intensidad a veces le hacía parecer un personaje de novela. —Se rio con tristeza—. Me dio un beso en la mejilla y se fue sin añadir nada

más. Al día siguiente volaba de regreso a Madrid y yo estaba convencida de que no volvería a verlo. En mi descargo, debo decir que la culpa de aquella desconfianza se debía en parte a aquella mirada. Tenía unos ojos adictivos, pero no eran capaces de inspirar confianza. Confieso que me equivoqué.

Pascual Silva regresó a Miami tres meses después tras avisarla por un telegrama enviado al Decó para que sus padres no sospecharan. Y lo hizo con dos billetes de vuelta. Le pidió que se casara con él sin salir del aeropuerto. Se la llevó consigo a Madrid dos días después. Con una maleta de mano y sin que pusiera objeciones. A pesar de las pegas de Gregorio Silva, la instaló con una de las empleadas de Odisea Silva; una joven dibujante de la editorial que residía justo enfrente de su casa, en el piso del edificio Tisbe. Se quedaría allí hasta la fecha prevista para la ceremonia, que tendría lugar en apenas dos meses. Ella acababa de cumplir diecinueve años y él tenía veintidós.

Tal como habían acordado, Pascual siguió con su apretada agenda de negocios mientras Teodora se encargaba de los preparativos de la boda con ayuda de su joven compañera de piso, con la que había hecho buenas migas. Ambas recorrieron Madrid buscando inspiración para el vestido que acabó firmando Pertegaz, discutiendo el menú y eligiendo peinado. La primera planta del edificio Tisbe fue, durante aquellos meses, un hervidero de gente entrando y saliendo; modistos tomando medidas, jovencitas reunidas, peluqueros haciendo pruebas, periodistas de sociedad, chicos de los recados y curiosos que se acercaban a conocer de primera mano los pormenores del que sería uno de los enlaces más comentados de aquella primavera.

—Entonces ocurrió. Y no le culpó por ello: sé que los celos son malos consejeros, pero a mí, para qué negarlo, siempre me gustaron los hombres posesivos. Solo que en esta ocasión todo se debió a un malentendido.

La tarde era especialmente calurosa, muy parecida a la que Teodora había escogido para hacerle su confesión a Koldo, le dijo.

Aquella mañana, Pascual y ella habían paseado por El Retiro cogidos del brazo y, después de comer en Horcher, había regresado a casa. Entonces sonó el teléfono. Querían hacer un ajuste de última hora del vestido, la avisaron. Sería solo un momento. A una semana de la boda, advirtieron, no convenía correr riesgos.

—Resultó que el vestido estaba perfecto. Cuando llegué al taller me dijeron que debía de haber alguna confusión; no había constancia de que nadie me hubiera llamado. Regresé a Tisbe y enseguida supe que algo no iba bien. Después de recorrer el piso sin entender qué sucedía, me asomé al patio. La mampara de cristal —dijo Teodora señalando a su espalda, en dirección a la parte del patio de Koldo que daba a la casa de Esmeralda— estaba resquebrajada y manchada, como si algo la hubiera golpeado del lado del patio de Pascual. Sin ceder al impulso natural de salir huyendo, me obligué a acercarme. La intuición suele funcionar muy bien en estos casos, no había que ser una experta para saber que las manchas del otro lado, aunque no demasiado abundantes, eran de sangre. Llamé a Pascual varias veces, en voz más alta cada vez, y todas sin respuesta. Así que volví a entrar en casa, cogí el bolso, salí por la puerta y corrí hacia aquí. Tenía llaves de su casa, al fin y al cabo, iba a ser mi hogar en una semana. Llegué a Píramo en apenas medio minuto y abrí con mano temblorosa. Lo vi nada más asomarme a la cocina. Pascual estaba sentado junto a la mesa, agarrándose la mano derecha. Sangraba copiosamente por un par de heridas en los nudillos. No se incorporó al verme, en realidad ni siquiera se movió, y tampoco dijo nada. Se limitó a mirarme con aquellos ojos que, inexplicablemente, seguían mirando igual que siempre. Voluptuosos pero inflexibles. Aquella impasibilidad suya me heló los huesos. Un cuchillo descansaba sobre la mesa de la cocina, a un palmo de su mano. Al mismo tiempo que él alargaba el brazo y echaba mano del arma, una alarma sonó en mi cabeza; era demasiado fuerte para ignorarla. Pascual nunca me había agredido, pero en aquel momento la sospecha pudo más que la confianza. A pesar de desconocer el motivo, no tuve ninguna duda de sus

intenciones. Recuerdo que di un paso atrás, al tiempo que lo llamaba por su nombre y le pedía que se calmara; y luego, otro paso más. Pascual se levantó lentamente, tenía el cuchillo en la mano. De una manera un tanto absurda, fui adentrándome en la casa en lugar de dirigirme hacia la puerta, que yo misma había dejado abierta. Quizá mi subconsciente decidió por mí, a lo mejor pensé que la única manera de hacerle entrar en razón era no huyendo. Y así, retrocediendo de espaldas y paso a paso, mientras seguía llamándolo por su nombre y pidiéndole que se calmara, me di cuenta de que había llegado hasta este mismo patio. Tenía a Pascual a apenas dos metros. Me miraba como si ya no mereciera la pena ser vista. Y siguió avanzando hasta que yo misma, al retroceder, tropecé con la fuente. El resto ocurrió todo muy rápido, ni siquiera lo vi venir. Al menos eso fue una suerte. Y seguramente has tenido ocasión de que te lo cuenten terceras personas. O de leerlo —concluyó al tiempo que, para asombro de Koldo, la mujer alzaba una mano derecha mutilada delante de la cara de la joven. Sus cuatro dedos ejecutaron un inocente baile en tomo al muñón del anular, cercenado a la altura de la primera falange, que a Koldo se le antojó un tanto macabro.

—El otro día fui incapaz de resistirme a revivir una época también mutilada —prosiguió con cierta ironía—. A mi paso por España supe que la casa estaba en venta. Tantos años después y, de repente, me atacó la nostalgia. —Suspiró, mirando en dirección al patio—. Quizá no debí venir; no siempre es bueno recordar el pasado, ¿sabes? — Fijó aquella mirada azul sobre Koldo mientras apartaba un mechón de cabello blanco del rostro. A pesar de los dedos largos y de la manicura perfecta, el dorso salpicado de manchas y las venas que lo surcaban delataban la edad que tan considerada había sido con el resto de aquella mujer. Dicen que son las manos, y no el rostro, los verdaderos testigos del paso del tiempo. El suyo, a tenor de lo que indicaban, había discurrido con intensidad.

Koldo se quedó mirando aquella mano lisiada mientras decidía si plantear la pregunta. Teodora Galindo, perfectamente consciente de

la continuación lógica de su relato, se le adelantó sin necesidad de formularla.

—Me quitó un anillo —admitió con sencillez—. Mi sortija de pedida. Y lo hizo de la manera más drástica que se me ocurre. Todavía hoy sigo sin saber qué vio o creyó ver al otro lado de este patio, pero con el paso del tiempo el horror acabó dando paso a la aceptación de aquello que ocurrió. Bonita o fea, es mi historia. Después, claro, llegó la nostalgia. Quizá a mi pesar, me he dado cuenta de que echaba de menos la evidencia de que alguna vez estuve viva; el recuerdo —dijo señalándose la sien—. Quería recuperar una razón que justificara echar la vista atrás. Solo he necesitado algo más de medio siglo para entenderlo —bromeó por primera vez—. A mis más de setenta años he aprendido sobradamente a vivir sin esto —añadió, señalando el hueco del dedo ausente—. Pero añoro aquella dicha plena, aunque fugaz, y creo que por fin me siento capaz de evocarla. Venir aquí solo ha sido una manera de recuperar la parte bonita que me fue arrebatada. Me entiendes, ¿verdad?

La mujer calló. Al parecer, su confidencia había concluido y aguardaba con aparente serenidad a que el peso de su revelación surtiera el efecto deseado en su interlocutora. Pese al turbador efecto de la historia, sin embargo, a Koldo no se le escapaba que el objeto último de aquel testimonio que se le ofrecía de forma tan espontánea en modo alguno era desinteresado. A cambio, respondió con una pregunta:

—¿Es eso lo que buscaba en el patio en su primera visita? ¿El recuerdo?

La mujer acusó la brusquedad de la pregunta, pero se rehizo al momento.

—Espero que disculpes aquella vergonzosa intromisión; en un primer momento creí que mis motivos, lejos de ser persuasivos, parecerían desvaríos seniles de una anciana de la que más valía guardar las distancias. Pero ya ves, aquí estoy de nuevo. De hecho, hay algo más —dijo sonriendo mientras volvía a juguetear con sus

gafas—. Nunca recuperé el anillo; mi anillo de pedida. Era una bonita sortija con una gran piedra verde, según puedes haber leído, que Pascual me regaló como prueba de su amor. Buena para la época, pero nada de especial valor —puntualizó como al descuido.

Koldo notó cómo se le erizaba el vello de la nuca mientras su visita, ajena a la reacción de la joven recostada en el sofá, continuaba hablando.

—Adoré aquel anillo desde que Pascual me lo regaló. Y de repente, se volatilizó junto con él. Nunca volví a ver aquella sortija tras su muerte —se lamentó—. La persona que encontró a Pascual fue la portera de la colonia, que llegó con la Guardia Civil. Pero el anillo ya no estaba ahí —dijo pensativa—. En una ocasión, hace años, llamé aquí. El amigo de los Silva al que Gregorio le había vendido la casa, un señor andaluz, no estuvo muy receptivo al saber con quién hablaba, pero pareció desconocer por completo el paradero de la joya. Así que, y esto es solo una suposición, mi anillo puede seguir aquí. Extraviado, oculto en algún lugar. Esperando quién sabe qué —dijo al tiempo que, sin previo aviso, dirigía una escrutadora mirada a su anfitriona en la que apenas quedaban vestigios de la atormentada tristeza del comienzo.

Esta vez sí, la joven ejecutó una perfecta exhibición de autodominio. Su cuerpo se mantuvo exquisitamente contenido con excepción de los hombros, que se encogieron en un gesto de solidaria ignorancia.

—Ojalá lo hubiera encontrado durante la mudanza —se lamentó.

Teodora Galindo esbozó un gesto difícil de interpretar al tiempo que abría su cartera de mano. Por un momento la joven, que no podía evitar que su misteriosa visita con aires de mujer fatal le evocara de forma insidiosa la figura de Lauren Bacall, temió ver aparecer un arma de la misma. Lamentó anticipadamente las risas de Iso ante su febril imaginación, cuando la elegante mujer le tendió un papel en el que había escrito su número de teléfono bajo el ruego de que la

llamara si encontraba su preciada joya.

—Se trataba de una esmeralda muy vistosa, no te lo voy a negar. Aquellas piedras tan llamativas estuvieron muy de moda durante mis años jóvenes junto con los cardados y el *eyeliner*. Nada muy valioso —añadió con ligereza—. Lo que ocurre es que esta era mía. Y me gustaría recuperarla.

Teodora Galindo se levantó para marcharse, no sin antes tenderle la mano a Koldo a modo de amable despedida.

—No dudes en llamarme.

Koldo acompañó a la mujer hasta la puerta. Rodeadas de verdades a medias, ambas se despidieron con una media sonrisa.

# Capítulo 22

Aquella velada, otra vez sola, no arrancó de una manera particularmente agradable. Los dolores comenzaron de la forma habitual y, aunque echó mano a tiempo de la buscapina, estos cumplieron a la perfección con el patrón que se sabía de memoria, orquestando una especie de arco iris del dolor, con su subida, su meseta y su descenso. Tratando de concentrarse en una serie que había puesto, Koldo acabó mordiendo un bolígrafo mientras derramaba alguna que otra lágrima de sufrimiento e impotencia. Un par de horas después, lo peor de aquel nuevo cólico ya había pasado, y una mancha del tamaño de una moneda de dos euros, como el pago de un peaje, sellaba su salvaslip. Es una mancha de las buenas, se tranquilizó a sí misma, constatando el color oscuro de la misma. Más calmada, aunque todavía sudorosa, salió al salón y buscó el paquete de Marlboro que había tenido la previsión de dejar en una de las estanterías de la biblioteca. Encendió un cigarrillo con mano experta y le dio un par de caladas, la segunda tan profunda que la hizo suspirar al mismo tiempo. Un pelín mareada y casi celebrando que había superado con éxito uno más de aquellos espantosos episodios, se dirigió hacia la cocina mientras pensaba si había alguna botella de vino en la nevera. Apostaría a que sí. Era un Orquídea que había abierto Iso hacía unos días; seguro que aún estaba bueno. Se echó un culito en una copa y, disfrutando todavía del alivio, se encaminó otra vez al baño con la copa en una mano y

el cigarro en la otra. La temperatura, bien entrada la noche, seguía siendo alta y la idea de darse una ducha fresca se le antojó fantástica. El dolor era una tortura, y el calor hacía que su sensación se prolongase pegada al cuerpo. Apagó el cigarro sin terminar en el váter, dejó la copa en el lavabo y se metió en la ducha mientras abría el grifo sin apenas girarlo en dirección al agua caliente. Agradeció el agua recorriendo su cuerpo, como si con ella se fuera el resto de aquel malestar. La sintió cayendo a chorros por su espalda, por su nariz y su barbilla, y se frotó los ojos con placer. Estuvo así un buen rato, sintiéndose renovada. Cuando las horas anteriores empezaban a parecer casi un mal sueño, consideró que ya era suficiente. Pero nada más salir de la ducha y colocarse frente al espejo, el halo de calor volvió a envolverla como una manta necesitada de alguien a quien abrazar. Le dio otro sorbo al vino blanco, observando su figura en el espejo. Con el pelo mojado, y a pesar del reciente sufrimiento, su rostro estaba lustroso, como el de una manzana. Quizá fuera un niño, valoró. Eso dicen, que los niños te ponen guapa, ¿no? Siguió observándose. Había echado caderas, eso seguro. Giró sobre sí misma para ponerse de perfil. Nada. Su tripa seguía ajena a los acontecimientos que se desarrollaban en su interior; parecía cortada a machete. Sin embargo, sus pechos, de tamaño medio, parecían algo más hinchados. Y pesados. Nada espectacular tampoco, valoró tomando uno de ellos con la mano; pero algo sí. Se observó en el espejo pensativa. Con el pecho todavía apoyado en la mano, alargó el índice para acariciarse la areola. El pezón reaccionó con prontitud mientras ella, sin apartar la vista de la imagen que le ofrecía el espejo, lo observaba. Estuvo así un rato. Luego dio un profundo suspiro, se puso el kimono sobre la piel desnuda y aún húmeda y, con la copa de vino en la mano, salió del baño en busca de aire fresco.

El aroma del jazmín perfumaba el aire caliente. La luna apenas asomaba. Y el patio se mecía en una tranquila oscuridad. Apuró el vino y dejó la copa sobre la mesa antes de acercarse hasta los tiestos. Alrededor, las casas guardaban silencio; algunas con las

ventanas medio abiertas, ansiosas por atrapar algún soplo de frescura. De la casa de Edu salía un ruido amortiguado; seguramente su madre veía la televisión al fondo. A su espalda, el vecino parecía dormir; la persiana no estaba echada, pero la ventana permanecía cerrada. Aspiró el aire de la noche con deleite a pesar del bochorno, mientras una ligera brisa asomaba por donde las chimeneas de La Proa. Aunque a duras penas perceptible, la acogió con placer, cerrando los ojos al tiempo que echaba la frente hacia atrás. Dejó que aquel soplo le acariciara el rostro y llegara hasta sus sienes húmedas. Volvió a aspirar mientras, de forma inconsciente, sacudía los hombros para que el kimono, cruzado sobre su pecho, se aflojara. El escote se ensanchó de tal manera que sus clavículas y parte del pecho se vieron también expuestos a aquella suave caricia. Quizá complaciente, aquel viento caliente adquirió nuevos bríos ofreciendo una versión más vigorosa de sí mismo. Koldo aflojó los brazos, consciente de que la bata de algodón neutralizaba aquel inesperado regalo. Pensó en el placer que le proporcionaría quitársela allí mismo y sonrió ante su ocurrencia. Sus hombros volvieron a sacudirse como movidos por una voluntad ajena a ella. Un ligero sonido a sus espaldas pareció sobresaltarla, tensando su cuerpo. Detenida a mitad de gesto, quedó momentáneamente alerta, prestando atención. Sería curioso que alguien estuviera espiando algo tan inocente como una joven disfrutando de la cálida brisa nocturna. Pero no se oyó nada más, silencio. Supuso que lo había imaginado. Sus hombros volvieron a relajarse y el viento, de un salvaje lengüetazo, la reclamó para sí. En un gesto de deliberado abandono, se permitió ceder a su impulso. Los brazos se desmadejaron a ambos lados del cuerpo y la tela se abrió camino, avanzando a través de su piel. El kimono cayó al suelo con suavidad.

Entonces sí. Los días atrás, con todas sus correspondientes penalidades, se desdibujaron, y la responsabilidad de lo que había en su vientre pasó a ser secundaria. Sintió cómo aquel ardiente abrazo se lo llevaba todo por delante y solo quedaba ella, su figura recortada en el aire y las plantas de los pies bien pegadas al suelo.

Se abandonó al momento. Quizá fueran las propiedades de aquel baño de luna, un ritual sobre cuyos beneficios había oído hablar elogiosamente a la madre de Iso en más de una ocasión; o tal vez la mezcla del calor, el vino y las hormonas, pero de repente se sintió pletórica. Estuvo así un buen rato, diez minutos quizá, disfrutando de su cuerpo desnudo y sintiéndose infinitamente voluptuosa, hasta que su propia carcajada la sacó de aquel profundo éxtasis.

—Lo que hace el aburrimiento.

Todavía rodeada de su propia risa y aún descalza, giró sobre sí misma al tiempo que se agachaba para coger el kimono que aguardaba en el suelo. Mientras se envolvía en él e iniciaba su regreso al interior, miró con intención el piso situado encima del suyo y comprobó, con malsano placer, que ahora la ventana sí estaba abierta.

# Capítulo 23

Asier le dio un sorbo al té sin abrir los ojos, arrullado por el griterío de las golondrinas que sobrevolaban el patio. Luego volvió a girar la cabeza buscando el sol mientras aquella melena dorada que parecía veteada de olas y salitre le caía por la espalda desnuda. Así sentado, con las piernas cruzadas sobre el borde de la fuente y los hombros bronceados reflejando los primeros rayos, su imagen le recordó a la de años atrás. A Koldo le vinieron a la cabeza aquellas partidas de ajedrez que se jugaban las mañanas de resaca en su piso universitario. Los torsos descubiertos, los primeros rayos que entraban por la ventana absorbiendo el alcohol de las pieles, las gafas de sol mientras tomaban café negro a sorbos.

—Por poco no volvemos a vernos —dijo él de repente, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos.

Echada en la tumbona, Koldo observó sus propios muslos desnudos, doblados frente a ella. Si estiraba las piernas, pensó, sus pies llegarían justo al regazo de Asier. Sonrió para sí. Sabía que aquel comentario no tenía ninguna connotación sentimental; era solo un reproche educado tras el que se ocultaban las ganas de volver a pisar la casa de Pascual Silva, ahora que el asunto del anillo estaba también en conocimiento de la nueva propietaria.

—Desde luego, no te merecías que te volviera a invitar.

—Bueno, yo te puse en antecedentes de La Proa, de la editorial y de Baltasar de Figueroa; tenía que dejar algo para el resto del

vecindario.

Koldo, agradablemente agredida por el sol matutino, lo miró con los ojos entrecerrados.

—Te guardaste lo más interesante. Como siempre.

—¿Estás segura de que no me he dejado nada sin mirar? —respondió Asier, en tono perezoso y aún con los ojos cerrados, haciendo caso omiso del reproche.

—¿Aún no te has quedado contento? —respondió Koldo, observándolo entretenida. Encaramado al bordillo de la fuente tenía algo de reptiliano; un lagarto al sol con todos sus músculos inmóviles. Su camiseta estaba extendida sobre una de las sillas de mimbre, aún mojada, tras varios intentos fallidos de hurgar en las tripas de las ranas a los que estas habían respondido con salvas de agua en las direcciones más variadas. Después de quitarse la camiseta, ya empapada, había abierto la hornacina y había rebuscado bajo los faldones de la virgen y, tras varias inspecciones más o menos concienzudas entre los tiestos, se había dado momentáneamente por vencido ahogando su frustración en un té bien caliente. El anillo seguía sin estar ahí.

Llevada de cierta indefinible intuición, ella había preferido no contarle nada de la visita de la misteriosa dama. Pero en un momento de debilidad había acabado apiadándose de él y, como quien echa un hueso a un chucho callejero, le hizo partícipe de la existencia de una inscripción oculta bajo cierta baldosa. Asier abrió los ojos con expectación. Sin moverse de la tumbona, ella lo guio hasta la parte de detrás de la fuente, de la que el joven regresó con la sonrisa ancha y los ojos de un niño de las estepas.

—Conservar algo que me ayude a recordarte sería admitir que te puedo olvidar —recitó en voz alta la inscripción de la baldosa que llevaba en la mano—. *Romeo y Julieta* —añadió, como si fuera obvio —. ¿Sabes que en realidad *Romeo y Julieta* está basada en la leyenda de Tisbe y Píramo?

A Koldo siempre le llevaba un momento de sorpresa recordar que Asier, más o menos, lo sabía todo.

—Sí, pero yo lo tuve que mirar.

Él se encogió de hombros mientras se retrepaba de nuevo en el borde de la fuente.

—Babilonia, Verona, Madrid —recitó pensativo—. Tres historias con final trágico, pero no exactamente iguales. En el mito clásico y en la obra de Shakespeare, ambos acaban con su vida al creer que sus amadas han muerto previamente. Aquí no ocurre nada de eso. Él también se mata, pero no por la pérdida de la amada… Quizá por la pérdida de la confianza en la amada. ¿Una traición?

Koldo callaba, dejándole pensar en voz alta.

—Pero esa inscripción… Hay algo que no encaja —prosiguió él.

—¿Por?

—Porque debería ser anterior al suceso. Así que no puede referirse al anillo.

—Se refiere a que no necesitó llevársela a la cama para recordarla. A diferencia de otros —dijo ella sin poder contenerse. Sonó a reproche.

Asier se rio mientras dejaba la baldosa a un lado, alargaba el cuerpo y agarraba de las piernas de Koldo tirando hasta que los pies estuvieron en su regazo. Los acarició con intención; siempre había acariciado con intención.

—Yo tampoco conservé estos empeines porque sabía que no los iba a olvidar.

Ella se relajó, disfrutando de la caricia mientras pensaba en la inscripción. Su mente, somnolienta, acabó volviendo al anillo y, de ahí, al mismo lugar en el que se empantanó un par de noches atrás.

—Creo que sabré acostumbrarme a convivir en casa con un objeto extraño —reflexionó en voz alta—; tampoco sería la primera vez. ¿Sabes que en el piso de Bilbao entraron a robar? Me pareció el colmo de la estupidez, entrar a robar y no llevarse nada. Hasta que me dio por pensar que no habían entrado a llevarse cualquier cosa, sino algo específico que estaban buscando. Y que había convivido conmigo, en mi propia habitación, durante años.

Asier siguió acariciando sus pies sin variar el ritmo.

—Fui yo.

Koldo lo miró en silencio, tratando de interpretar aquellas dos palabras. Por lo que a ella respectaba, parecían estar articuladas en otro idioma.

—¿Cómo has dicho? —Le obligó a explicarse.

—Eso. Que fui yo —repitió con sencillez.

Sus dedos, que recorrían el empeine de Koldo, se trasladaron al tobillo en un movimiento rítmico y regular que no indicó que nada se estuviera desarrollando de forma paralela. Ella se dejó hacer mientras la extrañeza del comentario iba dando paso a la estupefacción.

—¿Fuiste tú?

Asier se tomó la molestia de alzar la cabeza y buscar su mirada, aunque solo fuera un par de segundos.

—No me digas que no lo sabías —le dijo en un tono que sonó a divertida decepción.

Su atención volvió a dirigirse a sus extremidades inferiores, mientras Koldo sentía que la sorpresa se convertía en indignación. En un acto reflejo, retiró los pies de su regazo, recogiéndolos hacia sí misma.

—¿Fuiste tú? —repitió la frase, incrédula—. ¿Tú eras el que entró? ¿Por qué? —Añadió, sin saber muy bien a qué se refería. Expuso sus dudas en voz alta—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué buscabas? ¿Cómo sabías que había algo en mi cuarto?

—Porque lo puse yo —repuso él con candidez.

Ella se lo quedó mirando de hito en hito. Nunca, a lo largo de aquellos años, y después de haber reflexionado a menudo sobre aquel incidente, se le pasó por la cabeza que lo que sea que hubiera en su cuarto no fuera anterior a ella. Que no llevara años ahí, agazapado, esperando a que sus dueños originarios fueran a recuperarlo. Jamás, en todas aquellas veces, se le ocurrió pensar que aquello hubiera sido colocado ahí durante el tiempo que ella ocupó el cuarto. Y menos que lo hubiera hecho una persona conocida, un amigo. En realidad, si lo pensaba con detenimiento, era

la opción más lógica. Aunque, saltaba a la vista, no la más evidente. Al menos no para ella. Se sintió muy tonta.

—No me mires así —le dijo él—. En realidad, es todo mucho menos delictivo de lo que tu mirada se empeña en dar a entender. —Le sonrió.

—¿Cuándo lo pusiste?

Asier se encogió de hombros.

—Ni lo sé, la verdad. Alguna mañana en la que te fuiste y yo me quedé durmiendo. Pero se quedó ahí cuando me fui a Galicia. Un día volví a ver al viejo, y se me ocurrió acercarme a tu casa a recogerlo. Llamé varias veces, pero no estabas. No había nadie.

—Estaba en la playa, con mi novio.

—Ya. Y yo esperando en la puerta y a punto de volverme a Galicia. Me pareció una tontería no llevármelo.

—Así que entraste en casa. Así, sin más. ¿Cómo? ¿También tenías llave?

Asier dirigió sus ojos al cielo.

—Yo no. Pero mis padres, que son tus vecinos, sí.

—Vale. Sigue.

—Lo demás, lo confieso, fue una chapuza. Yo había metido aquello por la ranura, pero el cubrerradiador estaba clavado a la pared, no había manera de quitarlo. Así que busqué algo para hacerme con el paquete, un alambre. Busqué entre tus perchas, reconozco que revolví todo un poco, y todas eran de madera. Luego se me ocurrió que a lo mejor tenías un sujetador de esos de aro, y abrí y vacié varios cajones… Al final me puse nervioso, me impacienté, tiré de la madera y acabé arrancándolo. Prometo que iba a esperar para contártelo. De hecho, te esperé. Pero no llegabas…

—Y entonces pensaste: lo dejo todo patas arriba y hago que no parezca un accidente.

Asier se rio.

—Tenía prisa, iba a perder el autobús. Pensé que sabrías que había sido yo.

—¿Ah, sí? Oh, me han intentado robar; vaya, seguro que ha sido Asier.

—Suena un poco idiota, no digo que no. Pero vamos a ver, ¿qué te faltaba?

—Nada.

—¿Lo ves? ¿Un robo sin robo? ¿Cuántos robos conoces así?

—En realidad, no conozco ningún robo. —Ella seguía enfadada. Y sintiéndose todavía bastante ridícula.

—Lo siento —dijo él, recuperando sus empeines y volviendo a colocárselos en el regazo—. No volveré a hacerlo —dijo en tono neutral.

La alusión a una no reincidencia le hizo pegar un respingo. De repente se dio cuenta de que había puesto a su disposición un escenario con las mismas características que tiempo atrás: su casa. Lo miró alarmada.

—No tendrías la desfachatez de volver a dejar algo en esta casa.

—Claro que no —corroboró él con semblante serio. La risa le bailaba detrás de los ojos.

—¿Qué era?

—¿El qué?

—¿No me vas a decir qué era lo que escondiste en mi propio dormitorio?

—Oye, no te hagas la ofendida, que aquí todos tenemos nuestros secretos.

A pesar de lo pueril de aquella argucia defensiva, el comentario inquietó a Koldo.

—¿De qué hablas?

—De que aquí todos escondemos cositas.

—¿Como qué? —Koldo había picado.

—Como esto —dijo él, señalando su barriga.

Una sencilla maniobra, y había conseguido desviar la incómoda deriva de la conversación hacia su persona.

—¿De qué hablas? —repitió ella sin poder evitar removerse en la tumbona.

—De que antes no tenías esas tetas. Y verás, tampoco me hizo falta conservarlas para recordar cómo eran.

—Anda ya. —Por muy observador que fuera, Koldo estaba segura de que el tipo de inquietudes cultivadas por Asier y sus dotes de observación nunca hubieran sido capaces de confluir en esa conclusión. Pero prosiguió—: Y no te has movido de esa tumbona en toda la mañana.

—Venga, ¿quién te lo ha dicho?

Él se rio, reconociendo el farol.

—Fueron tus vecinas. Lo comentaron el otro día en el bar. ¿Qué quieres? Esto es un patio comunitario —dijo señalando con la cabeza el enjambre de terrazas. Saltaba a la vista el alivio que le producía el cambio de rumbo que había tomado aquella conversación. Ella no pudo evitar compartirlo, disfrutando también en parte. Tenía que confesar que aquella información, más que sorprenderla, le había resultado halagadora.

—¿Así que hablaban de este de aquí? —se oyó decir mientras se acariciaba la barriga.

—De ese concretamente no —respondió el otro, poniendo fin con cierta crueldad a sus placenteras especulaciones—. Hablaban del supuesto padre. Todos quieren saber quién es. Incluido yo.

Koldo se echó a reír ante su propia ingenuidad. La de los dos. Que él tuviera dudas no era menos absurdo que el hecho de que ella no hubiera pensado en que él las pudiera albergar. Lo miró a los ojos, diciéndose que quizá fuera la primera vez en la que su mirada reflejaba urgencia y se sabía a merced de ella. Dudó. Por un momento la poseyó el ánimo de revancha, como si por fin hubiera llegado la hora de ajustar cuentas tras tantos años de seductora y cálida oscuridad. Ahora podría cobrárselo con creces.

—¿El padre? ¿En serio? —Siguió riendo—. ¿Qué te gustaría saber de él?

—Me gustaría desconocerlo todo, en realidad.

Koldo se rio con ganas antes de claudicar.

—Tranquilo, ese es como el anillo.

Asier la miró sin entender, pero deseando hacerlo.

—Ni está ni se le espera.

Él la observó con un interés perplejo, poco acostumbrado a querer saber y a tener que preguntar.

—¿Entonces no tengo nada que ver?

Koldo disfrutó de aquel instante, indulgente. Negó con la cabeza, aunque no supo decidir si la mirada de Asier reflejaba alivio o decepción.

—Podrías haber contado conmigo —acabó diciendo este.

—Pero ¿tú quieres ser padre?

Intuía que su comentario tenía más que ver con la vanidad que con cualquier otro posible deseo de ejercer la paternidad, pero lo preguntó de todos modos. Era la inercia de aquella conversación al sol.

—Ah, no, padre no —le confirmó él—. Pero hubiera sido un excelente donante. Mira —prosiguió, poniéndose de medio lado—. Por este perfil corre la sangre vasca del viejo. Y por estos brazos, la energía de Levante, cortesía de mi abuela. ¿Y qué me dices de esta piel fenicia? ¿Y de estos cabellos celtas? —dijo sacudiéndolos—. No hay sangre más pura que la que se ha mezclado bien, solo nos quedamos con lo mejor. Y te lo has perdido.

Ella lo observó en silencio un momento.

—Bueno, lo que no he perdido es el hilo. ¿Qué había en mi radiador?

Asier acusó el golpe haciendo una mueca de dolor. Luego sacó un papel doblado en cuatro del bolsillo de atrás de su vaquero; volvía a jugar.

—Ahora sí que lo vas a hacer —le aseguró, al tiempo que le tendía el papel en cuestión.

Lo reconoció enseguida, apenas lo desdobló. Era la portada del número uno de *El Ángel*, el verdadero motivo de aquella visita. Ahí estaban, Baltasar de Figueroa y el tipo calvo del loro, ambos expectantes y con expresión triunfal. A Koldo le divirtió volver a percibir aquel parecido.

—Sois Tristán y tú, ¿no te has dado cuenta?

Asier se sonrió, tomando de nuevo la portada para verla mejor.

—En realidad, en aquella época era bastante habitual inspirarse en personas reales; hacer pequeños homenajes a grandes personalidades, incluso alguna autorreferencia. A Eduardo Baños, que fue el creador y el dibujante de *Roberto Alcázar y Pedrín*, por ejemplo, le trajo por la calle de la amargura el supuesto parecido de su personaje protagonista con José Antonio Primo de Rivera. Incluso le acusaron de estar vendido al régimen; aunque él siempre lo negó. En realidad, era un retrato de sí mismo; tuvo mala suerte con aquel ejercicio de narcisismo, un castigo a su vanidad. Y Baltasar de Figueroa, aquí donde lo ves —le tendió el papel, señalándolo—, no era otro que Pascual Silva. Por deseo expreso suyo, obviamente. Koldo volvió a observar el dibujo con renovada atención. Consciente de lo que hacía, buscó en aquel rostro rodeado de tirabuzones rubios aquellos extraños ojos de mujer. Ahí estaban. Casi traslúcidos, almendrados, enmarcados por sendos trazos de negras pestañas. Se le ocurrió pensar que la miraban de forma intencionada. Consciente de lo ridículo de aquella percepción, acabó apartando los ojos del cómic.

—¿Qué hace de este número algo tan especial?

—Que no existía. Al menos hasta ahora.

—¿Y ahora que existe?

—Verás, el motivo oficial de que aquel número desapareciera de la circulación fue un error de imprenta.

—Yo no veo nada raro en eso.

—Ahora va la razón no oficial. Hasta 1952 los tebeos gozaban de una relativa libertad, pero, de repente, el Estado cayó en la cuenta de que aquellas viñetas eran una ventana al muy limitado e impresionable mundo juvenil. Vislumbraron su gran potencial educador —dijo haciendo el gesto de las comillas mientras pronunciaba la última palabra—. Los cómics acabaron catalogados por edades y sexos, sus contenidos, editados y a merced de los intereses de las Delegaciones Provinciales de Prensa, siempre

atentas a las recomendaciones que dictaba la Junta Asesora de Publicaciones Infantiles y Juveniles, un bonito órgano constituido por lo más selecto entre educadores, gente de la Iglesia y miembros de la Administración pública y del partido.

—La censura, vaya.

Asier cogió el iPad apoyado en la mesa del patio, tecleó algo y se lo tendió a Koldo. Eran un par de portadas antiguas de *El Ángel*. Del número dos y del número tres, según pudo ver ella.

—Ahora mira la que tienes en la mano.

Obediente, comparó ambas. Luego lanzó una exclamación.

—Le han cambiado los ojos. ¡Ya no son los de Pascual Silva!

—También han retirado el brazo del hombro de Baltasar de Figueroa.

Koldo asintió, sorprendida y sin comprender del todo.

—El hecho de que Baltasar tuviera la cara de Pascual fue intencionado, claro. Pero que sus rasgos recordaran a los de una mujer fue solo mala suerte. Cuando el padre supo que la censura andaba detrás del tebeo, no perdió un momento. Recordemos que se lo había traído de Barcelona por las relaciones poco convenientes de Pascual con cierta parte del gremio en exceso contestatario e incómodo para el régimen. Y, de repente, sobre su negocio se cernía la sospecha de promover las amistades entre el mismo sexo.

—¿Sabes lo ridículo que suena eso?

—La época en sí era ridícula. Fue un tiempo mojigato y santurrón, donde era muy fácil pasearse al filo de la censura sin ser consciente hasta que era demasiado tarde. ¿Recuerdas que en *Mogambo* convirtieron a Grace Kelly en hermana de su propio marido para evitar que cometiera adulterio con Clark Gable? El adulterio era, además de un delito penado, un pecado mortal. El caso es que con aquel novedoso matiz acabó cometiendo incesto, algo por lo visto mucho más aceptable para la moral imperante. Esa era la época en la que a Pantera Negra, nuestro Tarzán local, lo pusieron en una viñeta a cantar salmos religiosos junto a unos nativos, a mayor gloria de la fe cristiana, y el moño de

Hermenegilda, del tebeo *Las hermanas Gilda*, fue sospechoso de promover el erotismo.

Koldo lo escuchaba, incrédula. Conocía aquel tebeo por sus primas mayores. Asier prosiguió:

—Ante el miedo a sanciones económicas, multas descabelladas e incluso a la inhabilitación del director, la represión más dura de todas solía venir de la mano de la autocensura, y no se les puede culpar por ello. Gregorio Silva tampoco fue una excepción, pero aquella novedosa acusación ni se le había pasado por la cabeza. El problema no era tanto la multa que le acarrearían aquellos comentarios infundados como que el morbo dirigiera la atención sobre su hijo. El chivatazo le llegó demasiado tarde; los cómics estaban ya impresos. Pero retiraron todos antes de que pisaran la calle. Y, supuestamente, los destruyeron. El Baltasar del número dos era un nuevo Baltasar. Y creo que Pascual no se lo tomó muy bien.

—Pero ¿cómo sabes todo eso?

—Por Tristón, ¿por quién va a ser? Pero también sé algo más. Un rumor que se extendió y que no hizo sino aumentar la leyenda del número uno. Y que lo convirtió en El Dorado del mundo editorial, el cómic apócrifo más buscado, la madre del cordero de los tebeos…

—Corta ya. ¿Qué rumor?

—¿Has oído hablar de Amaro Pargo?

Koldo negó con la cabeza. Asier le señaló el iPad.

—Teclea.

«Amaro Rodríguez-Felipe y Tejera Machado, más popularmente conocido como Amaro Pargo, fue un corsario, prestamista y comercial español», rezaba la entrada de la Wikipedia. Resumiendo, un pirata, corsario y capitán de fragata, nacido en La Laguna, Tenerife, en 1678 y procedente de familia adinerada, que participó en la carrera de Indias logrando una gran fortuna, y con una única debilidad: su devoción por sor María de Jesús de León y Delgado, conocida como la Siervita, una monja que, al parecer, fue la responsable de sacar el lado más piadoso del pirata.

—Está enterrado en su tierra natal, en La Laguna, en una

sepultura con lápida de mármol sobre la que, además del escudo familiar, se exhibe el símbolo pirata. Palabra.

—¿Y este Amaro Pargo es el personaje en el que se inspira Baltasar de Figueroa?

—Parece que sí. ¿Recuerdas aquel tipo con el que coincidió Pascual en una noche de farra en Barcelona? ¿El que decía descender del pirata en cuestión? Amaro Pargo, cuya devoción por la Siervita impidió al parecer que se casara, sí tuvo un hijo ilegítimo con la cubana Josefa de Valdespino. Después de aquella conversación se empezó a rumorear que algunos de los viajes de Pascual al otro lado del charco eran, en realidad, expediciones. Que fue en busca del tesoro, vaya. Y hubo quienes dijeron que lo encontró. En efecto, Pascual hizo varios viajes al Caribe, La Habana y Venezuela, aunque quizá solo buscaba negocios turbios, contratos rentables y mujeres bellas.

—Claro, así es como acabó conociendo a su prometida, Teodora —apuntó Koldo, con voz ensoñadora. De repente, había cosas que veía desde un nuevo ángulo—. Y de allí es de donde vino la famosa esmeralda.

—De allí pudo venir el anillo, sí —afirmó Asier, ajeno al hecho de que la sortija hubiera sido en origen un pendiente—. Pascual podría haber estado tras la pista del tesoro de Amaro Pargo.

Como teoría era muy romántica, pero incluso Koldo podía ponerle ciertas objeciones a aquella hipótesis.

—Fue a buscar un tesoro, lo encontró, ¿y lo dejó ahí? Porque nadie vio ni rastro de él, con excepción, quizá, de la esmeralda.

—Bueno, yo más bien creo que el hallazgo del anillo le indicó que andaba en la buena dirección, pero no le dio tiempo a ir a buscar el resto; murió antes.

Koldo asintió, pensativa.

—Puede ser.

—Sin embargo, sí tuvo tiempo de hacer otra cosa mucho más loca y más acorde a su temperamento.

Ella lo miró inquisitiva, animándolo a seguir.

—Según se rumorea, el número uno de *El Ángel*, en realidad, empezaba por el final de su vida. Baltasar de Figueroa abordaba su último barco, peleaba hasta su último aliento y, herido de gravedad por una espada, aguardaba en su lecho de muerte la extremaunción. Ahí es donde hacía un repaso de sus andanzas, no sin antes dedicarle su más piadoso sentimiento —de nuevo el gesto de las comillas— a su adorada beata.

—La equivalente a la Siervita.

—Exacto. E igual que Amaro Pargo hizo grandes donaciones a la Iglesia y a las gentes humildes de su tierra, Baltasar manifiesta su intención de hacer lo propio. Y da indicaciones de dónde encontrar sus bienes, las riquezas acumuladas a lo largo de décadas surcando los mares con una patente de corso y pocos escrúpulos. Son muy precisas. Una guía, casi con las mismas indicaciones que ofrecería la *Lonely Planet* en la actualidad, para acceder al tesoro de Baltasar de Figueroa, oculto Dios sabe dónde.

—En otras palabras…

—En otras palabras, el número uno de *El Ángel* sería un detallado mapa del tesoro.

Koldo volvió a mirarlo, escéptica.

—¿Y veraz, quieres decir?

—Eso nunca se ha podido saber. Hasta ahora. ¿Tienes el resto del tebeo?

A Koldo se le encogió el estómago al darse cuenta de las implicaciones. Miró con disimulo a la primera planta de La Proa; las ventanas estaban cerradas. Suspiró con pesar antes de responder.

—No. Todavía no. Pero prometo que volveré a intentarlo.

Un ruido repentino en el patio de Tifón los sacó de la conversación. Maca abrió la puerta de su terraza haciendo notar su presencia entre cubos y escobas al tiempo que profería las voces habituales.

—¡Eduardo! Llevo media hora buscándote por toda la casa. ¿Se puede saber qué haces aquí afuera agazapado? Estoy haciendo un bizcocho y necesito que vayas a por levadura.

Un momento de silencio después, se oía de nuevo la voz de Maca, más crispada si cabe que momentos antes.

—Pero ¿estás tonto? ¿Qué gesto es ese? ¿Que me calle? ¡Mueve el culo! —se le oyó decir, al tiempo que su voz se notaba cada vez más lejos, lo que indicaba que ya se alejaba piso adentro—. Te he dejado el dinero en la mesita de la entrada —fue lo último que se le escuchó.

Poco después, una figura oscura se levantaba en el patio que quedaba en diagonal al de Koldo y tropezaba con algo.

—¡Edu! —lo llamó Koldo, aún sorprendida, por lo imprevisto de la interrupción—. ¡Tifón!

Pero este pareció no oírla. La figura se introdujo en la casa tras la estela de la de su madre.

—¿Quién era ese? —preguntó Asier frunciendo el ceño.

Koldo todavía seguía sorprendida.

—Nada, un vecino. Un chaval, en realidad.

—Creo que sé quién es. ¿Nos estaba espiando? —preguntó él, todavía mosqueado.

—No, qué va; estaría fumándose un cigarrillo. Suele hacerlo a escondidas —explicó Koldo, restándole importancia. Pero ni ella se lo creía.

La irrupción simultánea de todos aquellos personajes en un escenario común hacía que estos se suplantaran en su cabeza: no conseguía disociar la imagen de Amaro Pargo del personaje de *El Ángel* al que había inspirado, ni la de Baltasar de Figueroa de su creador, cuyos cabellos acababa identificando con los del propio Asier en una desordenada mezcla de impresiones. Tratando de evitar que la confusión derivada de ese bucle mental la perturbara en exceso, se refugió en el libro de Siberia una vez más. Perseguía con aquella afición suya por organizar viajes imposibles una especie de olvido terapéutico. Pero el olvido le estaba resultando todavía más imposible que el viaje en sí. Las referencias a la estepa la habían

trasladado hasta la planta de arriba, a la casa del ruso. Dirigiera los pensamientos a donde los dirigiera, no lograba escapar a su condición de reclusa, atrapada física y mentalmente, en una realidad cada vez más concreta y difusa al mismo tiempo. Resignada, se abandonó a los cantos de sirena de La Proa. Al fin y al cabo, era la distracción que tanto había anhelado. Se levantó con cuidado, subió la persiana lo justo para pasar sin agacharse demasiado y se dejó envolver por aquella bocanada naranja de la hora de la siesta.

—¡Tifón! —lo llamó, susurrando en alto, mientras se acercaba tanto como podía a la esquina que compartían ambos patios—. ¡Tifón!

El chaval se hizo de rogar un buen rato. Acabó dejándose caer por el patio y, ante la insistencia de Koldo, se encaramó a lo alto del cristal observándola con languidez. Ella no quiso preguntarle si antes no la había oído, porque sabía que sí. Y tampoco qué le pasaba, porque creía intuirlo.

—¿Tú sabías lo de Amaro Pargo? —le preguntó a cambio, sin rodeos.

—Sí —mintió él sin abandonar el tono lacónico. Si los había escuchado antes, en cualquier caso, sabía ya tanto como ella misma.

—¿Y crees que Pascual encontró el tesoro?

Tifón, todavía enfurruñado, no respondió.

—¿Sabes que la piedra del famoso anillo desaparecido formaba en origen parte de un pendiente antiguo que perteneció a Pascual Silva? —le dijo, tratando de ablandarlo con información inédita. Percibió la lucha interna en Tifón, al que acabó pudiéndole la curiosidad.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Tengo mis fuentes —le respondió ella—. Esta noche viene mi amiga Iso a cenar, ¿te apuntas?

—¿Vendrá también Asier, el del Mascarón? —preguntó él, suspicaz.

—No es tan amigo.

—Ni está cuando se le necesita —apostilló él. Koldo hubo de

reconocer que algo de razón tenía.

—Él no viene. Pero nosotros podemos seguir elaborando hipótesis en torno a nuestro pequeño misterio.

Edu sonrió y Koldo supo que la tormenta había pasado.

—Pero antes necesito que me hagas un favor y no se lo digas a tu madre.

# Capítulo 24

Koldo se sentía un poco ridícula con el bizcocho en las manos, pero procuró poner una expresión afable y cercana mientras se sabía observada a través de la mirilla que asomaba bajo una chapa de metal en la que se podía leer Trebujena. La puerta estaba vieja, pero la alfombrilla apostada a sus pies resplandecía, como si nadie se hubiera animado a usarla hasta entonces. Sus cerdas, limpias y henchidas, provocaron una extraña inquietud al evocar su episodio más reciente en la planta de arriba. Se preguntó cuándo recibiría la visita de su vecino, pero alejó la idea con un rápido gesto de cabeza al tiempo que la puerta se abría.

A pesar de su edad, el rostro del señor Trebujena se asomó con medida curiosidad; su mirada todavía preservaba cierta juvenil lucidez que a Koldo le previno de comportarse con aquella desinhibida simpatía que solía permitirse en presencia de personas de edad muy avanzada, a las que presuponía benévolos y faltos de reflejos. Se sintió observada con detenimiento, quizá demasiado.

—Soy la vecina nueva. —Hizo un gesto con la cabeza señalando la puerta contigua y luego alzó el bizcocho como si fuera una ofrenda sagrada.

El anciano Esteban Trebujena dirigió su mirada al pastel; levantó el papel de aluminio y miró el interior, enarcando las cejas en lo que a Koldo le pareció un gesto de sorpresa. Aquella expresión, dirigida a un producto tan prosaico, la pilló desprevenida.

—¿No le gusta el bizcocho?

—Oh, me encanta —se disculpó el hombre. Acto seguido, tomó ceremoniosamente la bandeja de manos de Koldo, y todavía a un lado de la puerta cada uno, volvió a escrutarla. Temió que la cerrara sin invitarla a pasar.

—Supongo que también tendrás un rato para quedarte a merendar —le dijo por fin.

Koldo le dispensó su sonrisa más inocente.

El piso, con una distribución equivalente pero inversa al suyo, tenía un parqué mucho más antiguo y las paredes recubiertas de gotelé. Más allá del taquillón de madera se adivinaba el mismo distribuidor y, enfrente, un salón cuya pared izquierda discurría en paralelo a su propia casa. Los muebles eran clásicos y agradables; había una estantería bien surtida de libros, cojines y tapetes tejidos distribuidos aquí y allá, un par de escenas de caza colocadas en una pared y un bonito jarrón de flores secas en la mesa de comedor. Frente al antiguo televisor y con los ojos cerrados, una anciana de pelo blanco con un cuidado recogido en la nuca parecía dormitar en un sillón orejero de terciopelo granate. La piel que la envolvía recordaba a un finísimo y delicado pergamino que estuviera a punto de resquebrajarse. No le extrañaría que rondara el siglo.

—¿Su madre? ¿Está dormida? —susurró, fastidiada por lo inoportuno de su propia visita. Y por lo poco provechosa que resultaría si le fallaba la mitad de sus interlocutores.

—Oh, desde luego, está dormida. Pero no es mi madre —dijo el señor Trebujena, divertido.

Koldo miró a la mujer, aprensiva. Tal vez fuera su esposa, pensó, amonestándose por su torpeza. Este se rio ante su azoramiento.

Todavía encantado con la ocurrencia, el anciano se colocó detrás del sofá orejero y, cogiéndolo por unas manillas que a Koldo le habían pasado desapercibidas, lo inclinó hacia sí mismo hasta apoyarlo sobre unos ruedines en los que tampoco había reparado. Con cuidado, guio la improvisada silla de ruedas a lo largo del salón hasta hacerla desaparecer por la puerta del fondo que, si aquella

casa se correspondía con la suya, daría sin duda al dormitorio principal. Aguardó a que el señor Trebujena regresara, mientras se dejaba reconfortar por el agradable olor del bizcocho.

—Hora de la siesta —dijo a la vuelta—. ¿Me acompañas a la cocina? Me estaba preparando una infusión.

—¿De verdad no molesto?

—Palabra —dijo el anciano tras indicarle que se sentara en una silla y destapar el bizcocho, que dejó en la mesita—. Angelito, esto huele de maravilla. —Se inclinó para percibir el olor aún tibio del bizcocho mientras Koldo se removía incómoda en la silla—. ¿Sabes? —continuó, mientras el olor del pastel se mezclaba con el de su poleo menta y el descafeinado que le había pedido Koldo—. Los bizcochos son como las balas y cada molde como una pistola; deja sus propias muescas. De esa manera se puede seguir siempre el rastro para saber quién es el culpable, o de quién es el mérito. Sobre todo, si está tan bien hecho como este.

Ajeno a la incomodidad de la joven, Esteban Trebujena colocó las tazas, un cuenco con terrones de azúcar moreno y una jarrita de leche en la misma bandeja que las dos generosas porciones de bizcocho, y la invitó a volver al salón.

—Mmm —se relamió con teatral deleite tras morder el bizcocho que todavía sostenía en la mano—. Solo he probado uno igual de esponjoso y su dueña nunca ha querido darme la receta. Pero tú tienes que ganarte a los nuevos vecinos, ¿me equivoco?

Supuso que aquel obsequioso juego del gato y el ratón no era sino un pequeño escarmiento como pago a sus deseos de fisgar. Y, la verdad, no le pareció mal; en cierto modo, le hacía sentir menos culpable. Estaba sentado en la butaca contigua al tresillo al que había emplazado a la joven y, o mucho se equivocaba, o tendría que transitar por un tedioso peaje de preguntas sobre sí misma antes de que el anciano considerara oportuno contarle algo de interés. Se obligó a mostrarse paciente mientras le dirigía otra amable sonrisa.

—¿Sabes que también tienes un vecino nuevo arriba? —La pregunta la dejó fuera de juego—. Es en parte siberiano, de un

pueblo llamado Yakutsk; el más frío del mundo, tengo entendido. Tienen un mamut disecado conservado a la perfección —añadió con insólita erudición.

Siberia. Otra vez.

—Qué curioso. Yo estoy leyendo un libro sobre Siberia —dijo ella un tanto tontamente.

—Oh, lo sé —apuntó el anciano.

Contuvo una expresión de sorpresa. No sabía si por la precisión de la información que el vecino manejaba sobre su persona, o por la humillante perspectiva de que también supiera cómo había llegado el libro a su poder.

—¿Se les sigue el rastro, como a los bizcochos? —dijo sin pensar.

El señor Trebujena lanzó una espontánea carcajada al aire, limpia y sonora. De pronto, pareció que tenía cuarenta años menos. Y que era miembro de algún tipo de agencia de inteligencia pillado en pecado.

—Tristán es un buen amigo —observó, contribuyendo a sacarla de dudas—. De aquí de La Proa, de toda la vida. De vez en cuando viene; nos trae la compra y algún libro —dijo, señalando la nutrida estantería.

Teniendo en cuenta el íntimo conocimiento sobre repostería comunitaria y aficiones lectoras del que el señor Trebujena estaba haciendo gala, Koldo intuyó que el anciano disponía de sobrados recursos con los que hacerse con información vecinal clasificada de la más diversa naturaleza. Y que ella no estaba siendo una excepción. No era de extrañar que estuviera disfrutando más que ella del encuentro que la propia Koldo había propiciado.

—Amelia no puede valerse por sí misma, y a mí no me gusta demasiado salir —añadió el anciano, como si leyera sus pensamientos y pretendiera restarle incomodidad compartiendo su propia idiosincrasia doméstica—. Es mi hermana, aunque yo soy bastante más joven que ella —aclaró con gentileza—. ¿Te gusta esto?

—En realidad, mucho.

—¿En realidad?

Koldo reflexionó un momento antes de contestar.

—Había oído hablar ya de La Proa. Mi abuela vivió en Madrid brevemente hace muchos años y siendo niña, entre otras historias, nos habló de un barco perdido en mitad de la capital. Pero nunca imaginé que acabaría viviendo en él. La oportunidad surgió de la forma más tonta y la idea me hizo cierta gracia.

Hizo una pausa para reflexionar, decidiendo jugar la carta de la sinceridad.

—Lo que ocurre es que es difícil entrar a vivir aquí y mantenerse al margen de lo que es… y de lo que fue. Esta colonia por dentro es todavía más fascinante que contemplada solo desde el exterior.

Instalado en su sillón, el señor Trebujena cruzó las piernas animándola a seguir, así que optó por ir directa al grano, esperando que la honestidad le diera mejores frutos que el parloteo amable.

—Antes de poner un pie en el piso de al lado, ya me lo habían contado todo sobre La Proa, la editorial Odisea, la saga de los Silva, el tema de los edificios con nombre de mito… O eso creía. Porque resulta que cada día me entero de algo nuevo que me pilla por sorpresa.

Miró al anciano, esperando un gesto de aprobación que la animara a seguir. Por primera vez, la juvenil mirada del señor Trebujena se mostró en toda su intensidad, como un interlocutor omnisciente que tuviera guardadas todas las respuestas y solo estuviera esperando a que alguien se las pidiera para entregarlas.

—El otro día cayó en mis manos un número antiguo de la revista *El Caso*; una especie de crónica negra sobre algo que sucedió en mi propia casa hace más de medio siglo.

Apretó el acelerador para dejarse de preámbulos y soltarlo de corrido.

—No sé si le parecerá un atrevimiento que me haya presentado así, pero acabo de enterarme de que ustedes, mis vecinos de al lado, también forman parte de esa historia del pasado que, al fin y al cabo, sucedió en mi propia casa. En esa fuente donde cada día

pongo mis pies a remojo.

Calló un momento, porque no sabía muy bien cómo continuar; pero él lo hizo por ella.

—Y estás muerta de curiosidad.

Koldo asintió, permitiendo que la avidez se reflejara por primera vez en sus pupilas. La respuesta del anciano no pudo ser más generosa.

Los Trebujena, le explicó, habían trabajado para la familia Silva desde siempre. Bueno, quizá eso fuera decir mucho, pero al menos sí desde antes de que él naciera y, por supuesto, desde que él recordaba. El padre de don Gregorio, don Gil Silva, había formado parte en su momento del comité que alumbraría el proyecto definitivo del Metro de Madrid, inaugurado el 17 de octubre de 1919 por Alfonso XIII. Aquella primera y flamante línea subterránea cubría a lo largo de ocho estaciones una distancia de tres kilómetros y medio, de Puerta del Sol a Cuatro Caminos. De algún modo, colocaba a Madrid en una especie de vanguardia tecnológica con otra docena de escogidas capitales mundiales, mientras alardeaba de ser una pionera también en lo social, dando la bienvenida en sus taquillas a algunas de las primeras mujeres que se incorporarían al mercado laboral español. Aurora Romero fue una de aquellas afortunadas pioneras. Su amable eficacia y, tal vez, la destreza con la que sabía ondular su media melena para resaltar sus suaves facciones le granjearon la paternal protección de Gil Silva y una nueva oferta de trabajo cuando, al desposarse con Manuel Trebujena, se vio obligada, de acuerdo con las normas de la empresa, a abandonar su puesto. Aquella moderna empresa solo deseaba que sus empleadas se desempeñaran de cara al público mientras la soltería garantizara que no hubiera honra alguna susceptible de mancillar. Resumiendo, sus padres, Manuel Trebujena y Aurora Romero, acabarían sirviendo en casa de los abuelos de Pascual Silva; y ellos llevaron con admirable diligencia la intendencia del propio don Gregorio hasta que este lo dejó todo para irse a Barcelona. Pero, como si un vínculo invisible tirara de ellos aun

cuando ambas familias hubieran puesto kilómetros y años de por medio, su hermana Amelia y él continuaron con esta labor cuando la familia Silva regresó a Madrid, cumpliendo así la última voluntad de la madre de don Gregorio de volver a reunir a los Silva y los Trebujena.

—En fin —suspiró el anciano tras aquel breve resumen familiar—. Todo lo que sucede acaba siendo inevitable, ¿no crees?

Koldo asintió, sin saber muy bien cuántas lecturas se atrevía a extraer de aquella sentencia.

—Don Gregorio era un humanista, pero muy práctico; un tipo que siempre supo tener sus negociados en tierra santamente sujetos, al menos lo suficiente como para evitar bajar en la medida de lo posible del plano intelectual que le gustaba habitar con la garantía de que todo iba bien. Su padre, don Gil, le había dejado un buen patrimonio que él no tuvo ningún interés en aumentar, pero sí la sensatez de preservar, de modo que le permitiera dedicarse a los libros y la filosofía, que es lo que de verdad le interesaba. Pero Pascual era otra cosa. Sanguíneo, volátil, intenso y seductor. Emprendedor, arrebatado e inconstante. Y muy poco dócil. Aquellos años de posguerra española, además, no eran los mejores para dar rienda suelta a una personalidad así, y menos con la visibilidad con la que le permitieron hacerlo los recursos familiares. Se le relacionó con los círculos políticos menos apreciados por el régimen, mantuvo amistades muy poco recomendables, sus flirteos fueron todos menos discretos, tuvo roces con la censura, sus salidas y entradas constantes del país generaban inquietud…

—Madre mía, ¿me vas a decir que Pascual era un espía y que lo eliminó el régimen?

Esteban se rio con ganas ante la ocurrencia.

—No, Pascual era una fuerza de la naturaleza sin manual de instrucciones que, en cierto modo, se buscó su propia ruina. Llevándose a su padre por delante.

Esteban pareció sumirse en sus pensamientos mientras Koldo aguardaba, con el plato de bizcocho, ya vacío, sobre sus rodillas. Los

preliminares siempre venían bien; uno agradecía que le pusieran en contexto. Pero, si tenía que ser honesta, ella en realidad había venido a saber de primera mano qué sucedió la noche de autos.

Un timbre los sacó de sus respectivas ensoñaciones. Esteban alzó su dedo índice, señalando a continuación un teléfono con forma de góndola que, sujeto todavía a la pared a través de un cable, reclamaba su atención. Koldo lo observó con la misma maravillada extrañeza con la que hubiera contemplado una paloma mensajera.

—¿Me das un momento? —se disculpó él.

Koldo asintió mientras el anciano se incorporaba y se dirigía a coger el teléfono, que seguía sonando en la esquina del aparador.

—¿Le importa que vaya un momento al baño?

—Claro, angelito —le respondió el otro—. Como en tu casa, ya sabes dónde encontrarlo.

Koldo se sentó en la taza sin poder evitar un suspiro de alivio, como cada vez que inspeccionaba el estado de su salvaslip y comprobaba que seguía inmaculado y sin manchas. Aquel gesto que practicaba cinco o seis veces al día le quitaba años de vida. Cómo envidiaba a todas aquellas mujeres que podían bajarse la ropa interior sin preocupación. Sentada en la taza, miró alrededor, curiosa. El cuarto de baño tenía el mismo tamaño y distribución que el suyo, incluso el mismo estilo de baldosa con ondas en tonos arena. Los productos de aseo eran otra historia, claro, pero todo estaba primorosamente limpio. Cuando terminó, se lavó las manos inspeccionando su rostro en el espejo que colgaba sobre el lavabo: tenía el lustre subido por tanta hormona, constató. Una pena que estuviera tan desaprovechado, añadió para sí misma, encogiéndose de hombros. Salió un poco ensimismada, sin mayores intenciones de nada. Pero, igual que en su casa, el cuarto de baño le ofreció una salida doble. La que se dirigía de vuelta al salón, donde oía la voz amortiguada de Esteban al teléfono tras la puerta, o la que llevaba hacia el dormitorio principal en el que Amelia dormía, y cuya puerta adivinó entreabierta. Llevada de una curiosidad un tanto atolondrada, hizo caso de un primer impulso, dirigiéndose hacia allí.

Pero en lo que tardó en cubrir la corta distancia que iba del baño al dormitorio, sus gestos se volvieron mucho más intencionados y sus pasos, más silenciosos; una última mirada hacia atrás según giraba la puerta del dormitorio la alertó de que lo que estaba haciendo en ese momento era cualquier cosa menos inocente. De todos modos, terminó de abrir la puerta y se coló en el dormitorio.

Amelia respiraba con delicadeza, tumbada sobre la cama y con un ligero echarpe cubriendo su estómago. A pesar de que la persiana estaba echada, los decididos haces de luz que se colaban por los huecos permitían identificar su figura en la cama y la disposición de la estancia, e interpretar cada detalle con cierta minuciosidad. El gran armario empotrado, la pequeña butaca donde reposaban varias prendas, la cómoda con bonitos objetos de tocador ya pasados de moda… Esteban había debido de conformarse con la habitación menor del piso, dejándole a su hermana el dormitorio principal con el acceso correspondiente al patio. Un hermano atento y considerado, se dijo para sí misma con aprobación, mientras sus ojos reculaban, volviendo sobre el tocador. Dos fotografías, en sendos marcos de plata, reposaban sobre el mismo, ofreciendo a la mirada cada vez más adaptada de Koldo una mayor información. Uno de ellos, muy antiguo, era un retrato de familia delante del elegante pórtico de una casa. Koldo imaginó que la niña y el niño eran los hermanos Trebujena, y que el posado había tenido lugar delante de la entrada de la vivienda de los Silva. La otra imagen, también en blanco y negro, era la de un apuesto e inquietante joven. Koldo notó cómo su corazón pegaba un pequeño bote al reconocerlo. Sin pensarlo mucho y movida por la curiosidad, se acercó hasta el tocador en tres cuidadosas zancadas y tomó el marco entre sus manos. Pascual Silva la miraba con sus penetrantes ojos enmarcados por el negro de aquellas pestañas imposibles, matizados por la amabilidad del blanco y negro, desde cincuenta años atrás. Sus rizos rubios, bien engominados, asomaban por debajo del sombrero; vestía un elegante traje en tonos claros con chaleco y corbata gruesa, y se apoyaba indolentemente en el borde

de su fuente. La de ambos.

La joven observó el retrato, desconcertada. No tanto por el evidente carisma de la figura central, ni siquiera por tener delante la pieza fundamental de todo aquel extraño puzle, su fuente. Lo que no podía dejar de observar, lo que la había pillado con la guardia baja, era el patio. Las familiares líneas de su fuente reposaban en el centro de un espacio que le resultaba extrañamente desdibujado. Porque la extensión de aquel lugar no se correspondía en modo alguno con las dimensiones del patio que ella tan bien había aprendido a reconocer.

Si los cálculos no la engañaban, aquel espacio era unas tres veces mayor que el suyo. Al fondo se adivinaba la fachada principal de La Proa, con su ornamentado perfil. De acuerdo con la perspectiva, la foto había sido tomada desde la porción de patio que correspondería a la casa en la que se encontraba ella ahora: la de los Trebujena. En otras palabras, aquel espacio abarcaba todos los patios a este lado de Píramo, compilando aquel extenso mar de baldosas hidráulicas. Un par de alambicados bancos y varias elegantes jardineras, todo de hierro forjado y colocado con estudiado cuidado, creaban la ilusión de que aquel espacio pertenecía a un bonito parque de la primera mitad del siglo pasado. Al fondo, muy por detrás de la fuente, el patio concluía en un pequeño y coqueto cenador cubierto que acentuaba aquella impresión, y en primera línea se adivinaba una porción de mesa. Estaba vestida para el desayuno, con su servicio de café de fina porcelana y bandejas de plata distribuidas sobre un primoroso mantel de hilo blanco. Parecía el lugar donde solía desayunar Pascual. Las mamparas de cristal opaco seguían estando presentes, pero solo servían para separar Píramo de Tisbe. En su conjunto, sin embargo, conferían una extraña sensación de familiaridad: un mismo lugar, un escenario distinto.

Se quedó absorta contemplando la foto; absorbiendo la novedosa distribución del patio, asimilando cada nuevo detalle. No supo cuánto tiempo había pasado, pero cuando volvió en sí le pareció que

demasiado para una visita al baño. Por suerte, Amelia seguía dormida y Esteban no parecía haberla echado aún de menos. Aliviada, volvió a dejar el retrato sobre la cómoda sin hacer ruido y, girando sobre sí misma, se escabulló del dormitorio, deshaciendo el recorrido. Al llegar a la altura del baño, contempló, consternada, que se había dejado la puerta abierta. Si Esteban había salido del salón, era imposible que no se hubiera dado cuenta. No había que ser un lince para imaginarla fisgando por la casa. Con el estómago encogido, atravesó el distribuidor y se dirigió hacia el salón poniendo su expresión más radiante e inocente.

Esteban observaba algún lugar indeterminado de un periódico cuando su irrupción le obligó a alzar la vista.

En su mirada no parecía haber enfado, ni reproche, ni siquiera disimulo. Solo un amable interés. Ella no tuvo tiempo de disculparse, porque la pregunta que le siguió a aquella mirada confirmó que Koldo había interpretado su gesto correctamente.

—¿Lo has reconocido?

Las excusas que Koldo traía preparadas murieron mientras la respuesta más honesta que se le ocurrió se abría paso en su lugar.

—Sí, de la revista que me dejaron.

Esteban asintió.

—Era parte de la familia —continuó él, adelantándose a justificar la circunstancia de que un retrato del señorito Pascual se encontrara en el tocador de su hermana, junto con otros recuerdos de carácter sentimental. Algo que a Koldo le habría llamado la atención de no haberle trastornado tanto la visión de aquel patio suyo en tiempos más boyantes. Sin duda, aquellos fueron los años dorados de la casa y de toda aquella familia.

—Fue mi hermana la que se lo encontró en el patio. Aquella era nuestra tarde libre y regresamos a casa dando un paseo después de ir al cine en la Gran Vía. Recuerdo que vimos *El verdugo*, de Berlanga. Trágicamente oportuno. Suponíamos que el señorito aún no había vuelto, así que ella se adelantó a abrir las ventanas para que se refrescara la casa y yo me fui al cuarto a cambiarme de ropa

y a cepillar mi chaqueta y mis zapatos. No oí ningún ruido, nada que pudiera llamarme la atención. Eso fue lo extraño. Amelia solía hacer ruido en la cocina, canturreaba, se asomaba por la puerta a recordarme algo y volvía a desaparecer. Tampoco me la crucé cuando me asomé al piso principal para asegurarme de que todo estaba en orden para cuando el señorito regresase. Era como si se hubiera volatilizado —añadió con un gesto de pena, para proseguir con el mismo tono de amable y difusa tristeza—. En cierto modo, así fue. Cuando por fin se me ocurrió asomarme al patio, primero vi la sangre, luego el cuerpo. No entraré en detalles, creo que esa revista daba demasiados. Pero ahí estaba también mi hermana. Sentada en uno de los bancos, en silencio, y sin poder apartar la vista de aquella escena horripilante. Tardé muchos años en superarlo, pero Amelia nunca lo hizo.

Koldo, que había escuchado todo aquello todavía de pie, buscó instintivamente el brazo del sofá más próximo a la butaca del anciano para sentarse cerca de él. Cogerle la mano se le antojó demasiado teatral y la actitud de su interlocutor tampoco parecía requerirlo; saltaba a la vista que, al menos en su caso, el tiempo que distaba de aquellos acontecimientos había ayudado a paliar los daños que estos le hubieran podido ocasionar. Si no los compartía más a menudo, era debido no tanto al dolor que pudieran generarle como a no hallar un interlocutor cualificado. Ella, por su singular situación, lo era. Y aquella constatación la animó a seguir indagando.

—¿Por qué cree que lo hizo? ¿Piensa que ella pudo llegar a engañarlo?

Se dio cuenta de que en su pregunta, en un tono mucho más elevado del que pretendía, había matices de incredulidad, de morbo mal disimulado e incluso de un reproche sin destinatario claro. A pesar de lo entrometido de la misma, Esteban siguió sin parecer molesto. Muy al contrario, meditó su respuesta, como si buscara renovar el formato con el que compartir una reflexión que se había hecho ya mil veces.

—Angelito, aquel día puso fin a demasiados engaños arrastrados desde mucho tiempo atrás, y comenzaron otros que durarían todavía más —dijo un tanto enigmáticamente—; pero créeme si te digo que Teodora no fue responsable de ninguno de ellos.

Aquel, sin duda, hubiera sido el momento perfecto para mencionarle la visita sorpresa de aquella mujer que se hacía llamar así. La contuvo la necesidad de ordenar primero sus ideas. Era un tanto egoísta no ofrecer nada a cambio de aquella provechosa tarde, pero también le constaba que Esteban no se lo había contado todo. Y no le disgustaba la idea de tener algo que ofrecer en una futura visita. Un reloj de cuco la sobresaltó; también hacía años que no veía uno de esos. Se lo quedó mirando embobada.

—¡Hora del baño! —exclamó Esteban de pronto, incorporándose con agilidad.

Por un momento, Koldo creyó que se dirigía a ella, pero enseguida cayó en la cuenta de que se refería a su hermana. Y de que la conversación había terminado.

# Capítulo 25

Estaban sentados alrededor de un hule con mazorcas de llamativos colores que Maca había tenido la previsión de traer consigo. Era ya de noche, y los mosquitos ejecutaban sus pertinentes coreografías en tomo a la lamparita alojada bajo el cenador antes de lanzarse en busca de las venas más fragantes. Macarena se dio un cachetazo en el brazo que asomaba por la manga de su bata de verano, aplastando uno antes de hacer sitio para los langostinos en salsa americana que Tifón había preparado en la cocina de Koldo con ayuda de Iso. La enfermera enumeró las botellas abiertas que habían dejado, medio vacías, en la encimera de la cocina.

—Cava, coñac, vino blanco… Si este guiso soplara, daría positivo, Tifón.

—Hombre, se ha evaporado todo —lo defendió pacíficamente la embarazada antes de meterse en la boca el pedazo de pan que había untado en la cazuela y mientras sus ojos se comprimían con deleite—. Tienes la mano de tu madre para la cocina.

—Yo voy a seguir un poco más con la ensaladilla —informó Iso, echando mano de la fuente que había traído la madre del chaval y llenándose el plato por segunda vez. Tifón había esperado hasta el último momento para confesar que su madre había decidido invitarse a cenar, pero nadie les había advertido de que se iban a encontrar con una segunda invitada sorpresa aguardando junto a Macarena y su ensaladilla rusa. Esmeralda volvió a llenar las copas

de Iso y Maca, además de la suya propia, con la botella de verdejo que había traído, mientras Tifón y Koldo la miraban hacer con algo de envidia y resentimiento. Todos, a excepción de la enfermera, se entregaron a los langostinos. A Tifón le caían gotas de salsa americana muñeca abajo, mientras Esmeralda chupaba una de las cabezas con el meñique alzado. Koldo hizo un alto para aplicarse un vaso de agua con hielo en las mejillas. El calor, lejos de remitir, parecía haberse comprimido, como si hubiera hecho una apuesta por caber todo dentro de aquel patio. Había algo pegajoso, una especie de bochorno, en el ambiente.

Iso miró al cielo, donde no se adivinaba una sola nube.

—Si no fuera Madrid, diría que va a caer una buena.

—Me recuerda a Barcelona —asintió Esmeralda.

—¿Viviste allí? —preguntó Iso.

—Soy de allí —recalcó la otra con un giro de pestañas y haciendo tintinear con orgullo las piedras de su pulsera mientras se tocaba el generoso escote.

—Pues te hacía madrileña; tienes un aire de chulapa que no veas. —Le guiñó un ojo Iso.

El comentario pareció agradarla; dejó escapar una media sonrisa ante lo que consideró una lisonja y decidió que el piropo bien se merecía una explicación. Siempre había sido un culo inquieto, confesó. En sus años mozos el amor la arrastró hasta Madrid, pero para cuando aquel galán de cine negro, contó, se la quiso jugar, ella ya le había hecho la cama y pasado página. Entonces decidió irse a Ibiza, animada por una curiosidad muy continental y seducida por todo lo que se contaba de aquel novedoso y exuberante lugar. De paso quería probar suerte con sus figuras de cerámica y medirse como artista. Su desparpajo le granjeó una oportunidad al frente de una pequeña tienda de *souvenirs* y artesanía, donde no consiguió vender mucho de lo suyo, pero cuya ventana abierta al mundo tampoco desaprovechó.

—Nunca fui una *hippy*, a mí lo del amor libre me interesó siempre lo justo; me parecía una ordinariez —apuntó, como

corroborando una obviedad—. Pero los extranjeros, siempre por orden, se me daban de maravilla; me los metía a todos en el bolsillo.

Uno de ellos fue un escocés que, después de varias semanas de romance con la española, se la llevó a Edimburgo con la promesa de cambiar su condición de *miss* por la de *Mrs*. Por el camino acabaron montando una galería de arte que, por lo visto, no fue demasiado mal, pero un día Esmeralda, cansada de esperar una boda que no llegaba, decidió que había tenido lluvia suficiente para varias vidas. Aquella decisión coincidió con una inesperada visita de negocios a la galería de un tipo de Igualada. Regresaron juntos a Barcelona y tuvieron dos hijos y una tienda de marcos. Pero los chavales empezaron a volar solos hacía años y a ella como que le dio envidia. Así que cuando su marido murió, cambió los marcos por un torno y alguna que otra canita al aire. Hasta el otro día.

—Que me dio por recordar mi paso fugaz por la capital, y aquí estoy desde hace un año.

—Joder con la rompecorazones —silbó Iso—. Estás hecha una aventurera —añadió con admiración.

Los ojos de Esmeralda volvieron a ejecutar uno de sus desvergonzados vuelos en caída libre, esta vez dedicado a su joven admiradora.

—Aún estoy en forma, no te creas —la advirtió.

—Unas tanto y otras tan poco —le respondió la otra compungida, señalando con la cabeza a su amiga embarazada, que seguía aplicándose frío en la cara sin perder el hilo.

—Oye —respondió la aludida al momento, señalándose la barriga —, que bien poca falta me ha hecho.

—Muy claro lo tenías tú —observó Maca.

—Mi padre murió prematuramente, fue de repente —explicó Koldo—. Así que fue una suerte que me tuviera muy joven; me dio tiempo a disfrutarlo. Y yo no estaba dispuesta a esperar por nadie.

—A mí me admira —confesó Maca—. Otro gallo le hubiera cantado al padre de este si me hablan a mí de esto hace unos años —reflexionó, ajena a la mirada de su hijo.

—Y tú, ¿qué sabes del padre? —aprovechó aquel giro Esmeralda, sin pudor alguno—. ¿Te dejan elegir cómo lo quieres?

Koldo rio para sí. Cada vez que había coqueteado con la idea de ser madre soltera, lo primero que le venía a la cabeza era cómo sería el donante; o, más exactamente, qué información poseía la inseminada sobre el mismo y, no sin cierta inquietud, de cuánto margen de elección dispondría. Cuando la maquinaria se puso en marcha, estas incógnitas pasaron a un segundo plano. No tanto por hacer sitio a una revelación tan abrumadora como la asunción de la maternidad en solitario, sino por una cuestión mucho más prosaica como era el devenir del embarazo. Desde aquella primera toma de decisión que implicaba una operativa mucho más compleja y costosa —no solo en lo económico— que echar un polvo, el día a día la había absorbido de tal manera que aquellas dudas habían dejado de tener interés para ella. Hacía falta alguna Esmeralda de vez en cuando que se atreviera a señalar al elefante.

—Pues poca cosa, la verdad; apenas te dan datos del donante —respondió—. Solo conozco la edad. —Hizo una pausa que logró el efecto deseado—. Diecinueve años.

—¡Joder! —exclamó Tifón sin poder evitarlo—. Por qué poco…

Su madre lo miró con ojos de trueno. Y Esmeralda tampoco se amilanó.

—Pero entonces, ¿te puede salir ruso el niño?

—Esmeralda, por Dios bendito, ¿cómo le va a salir ruso? —La amonestó Maca. Luego quedó en silencio para, acto seguido, dirigirse a Koldo—: ¿Te puede salir ruso el niño?

Tifón puso los ojos en blanco.

—Se busca cierta afinidad; procuran que se parezca a ti en lo básico. Te hacen preguntas y van rellenando casillas.

—Así es como se hacen las quinielas, niña —objetó Maca. No parecía muy convencida.

Koldo pidió silencio, miró con envidia las copas de vino y, como quien no quiere la cosa, se sirvió una. Aprovechó que Iso estaba ocupada quitándosela de las manos y buscando un lugar lejos de su

alcance, para darle un buen trago al vino de su amiga antes de continuar.

—A ver, se procura que haya similitud en los rasgos y la constitución —certificó Koldo—. El tono de la piel, el color de los ojos… —siguió enumerando.

Esmeralda tampoco parecía muy convencida.

—¿Eso es todo?

—A grandes rasgos, sí.

—No me parece mucha garantía. Te puede salir cualquier cosa. Te puede salir cura —le dijo en tono informativo.

—O autómata —advirtió Maca.

—Pero, mamá, ¿tú sabes lo que es eso? —se desesperó su hijo.

—Sí, claro. Gente de esa que camina dormida.

Incapaz de asistir por más tiempo a aquella conversación, Tifón se fue a por el postre.

—Mi sobrina, te diré, estuvo pensando en hacer lo mismo. Pero en Estados Unidos. Por lo visto allí —la instruyó Esmeralda— te dejan elegir el padre a la carta. Todo lo eliges. La carrera que ha estudiado, si escribe poesía, su signo del zodiaco. Hasta el parecido con tu galán favorito, fíjate. Te lo podías haber encargado allí.

—Esmeralda, no agobies a la niña —la reprendió Maca—. Lo hecho, hecho está. —Volvió a quedarse pensativa un momento—. Pero, hija, Koldo, que también eso lo podías haber mirado mejor.

Luego guardó silencio, reflexiva.

—Yo, la verdad, ahora que este no me oye, me lo hubiera pedido como Jean-Paul Belmondo. Ojo, que a mi Edu no lo cambio por ningún hijo a la carta, ¿eh? Pero con los morros de Belmondo y menos afición a la lectura, pues mira…

—Yo me lo hubiera pedido con los ojos de Paul Newman —opinó Esmeralda.

—Yo con las tetas de la vecina —se sumó Iso.

Koldo la miró con reprobación.

—Estás perdiendo el hilo de la conversación, amiga.

Edu salía en ese mismo instante con un flan en la mano, varios

cuencos y un puñado de cucharas.

—¿He oído tetas?

Al tiempo que dejaba el flan sobre la mesa, su madre le dio una colleja. Luego observó el postre con severidad.

—Habría traído un bizcocho, pero le ha dado por desaparecer.

La mirada de Maca, clavada en ella, le recordó a Koldo la mirada que le dirigió al librero cuando tenía la guía de Siberia metida en el bolso.

—Lo tomé prestado —claudicó con cierta vaguedad, extendiendo las manos en señal de que no tenía nada más que ocultar. Ante el expectante silencio de Maca, se vio obligada a proseguir—: Fue la excusa para hacerles una visita a los vecinos; quería que me hablaran de Pascual Silva. Del día en que lo encontraron aquí.

Esmeralda fue la primera en romper el silencio.

—Ya estamos otra vez —dijo, alzando los ojos al cielo.

—Esteban conoce mis bizcochos —observó Maca, todavía ocupada en la cuestión inicial.

—Por si sirve de algo, lo identificó al momento —confesó Koldo.

—Es que no lo hay mejor —observó sucintamente la otra.

—¿Podemos centrarnos en el tema que nos ocupa, por favor? —protestó Iso.

Los asistentes escucharon durante los cinco minutos que Koldo tardó en resumir su breve pero intenso paseo por la morada de los vecinos, incluyendo el eficiente, aunque fugaz, allanamiento de dormitorio. Les describió la situación, los haces de luz colándose por las rendijas de la persiana, ella de puntillas y a cámara lenta, y la hermana de Sebas sumida en un ligero sueño, mientras Esmeralda se tocaba el pecho conteniendo el aliento y Maca fruncía el ceño. Se detuvo en el instante en el que cayó en la cuenta del retrato de Pascual Silva, observándola con intensidad desde la cómoda de Amelia Trebujena.

—Era una foto impecable —les explicó—. Él estaba apoyado en esta misma fuente, al lado de una mesa donde alguien había estado desayunando: el periódico abierto, la servilleta abandonada con

elegancia, una taza de café a medio terminar… Llevaba un traje claro y un sombrero calado, como si se hubiera escapado de una peli de cine mudo. Su mirada taladraba el objetivo y parecía que iba a alcanzarme. Tenía unos ojos…

—Ojos de mujer fatal —apuntó Iso.

Koldo asintió agradecida.

—… Me desconcertaron. Pero entonces caí en la cuenta de lo más curioso; algo de lo que su presencia en aquella imagen había logrado distraerme hasta entonces. Y que no se me había pasado por la cabeza. Todas las terrazas a este lado del edificio conformaban antes un único y enorme patio que se correspondía con esta casa, la casa de Pascual Silva. Todo esto —dijo, señalando a este lado de Píramo— que entonces le perteneció a él, habría sido ahora mi propio patio.

Maca la obsequió con una de esas miradas suyas carentes de fe en la humanidad.

—Será posible. ¿Este es tu gran descubrimiento?

—Nadie me lo había contado —se defendió.

—Pero si sale hasta en el ¡HOLA!

La joven la miró sin entender.

—Esa foto que dices, la de Pascual, es de una sesión que le hizo la revista tres días antes para anunciar el enlace y que se publicó el mismo día de la tragedia.

—También es mala suerte —comentó Iso, mientras Tifón se ponía en pie.

—¿Traigo la revista? Sé dónde la guardas —se ofreció, guiñándole un ojo a su madre.

El displicente parpadeo de su madre funcionó como una autorización. Para sorpresa de Esmeralda únicamente, el chaval tomó el atajo interior. Tras echar mano de una silla, se colocó con un pie en el saliente del ladrillo y tomó impulso. Pasó al otro lado a través de la mampara gracias a uno de aquellos ágiles saltos que Koldo ya le había visto ejecutar en alguna ocasión, mientras su madre seguía rumiando algo.

—Fíjate que yo creo que ese es el origen de las humedades —certificó—. El lío este que se trajeron haciendo pedazos el patio como si fuera un cuarto de ternera.

La embarazada quedó por un momento pensativa ante la alusión. Las humedades, claro. El origen de estas se remontaba al momento en el que la terraza se desmembró. Era perfectamente plausible que alguna cañería quedara dañada. También era posible que, en las obras necesarias para materializar aquel arbitrario reparto de espacios, alguien encontrara algo. O que aquello permaneciera todavía, sin hacer ruido, en alguno de aquellos compartimentos que antes conformaban un único todo. Volvió a venirle a la cabeza la imagen del cubrerradiador, arrancado de la pared. Y luego la de Asier.

Maca, ajena al lunático divagar de Koldo y todavía absorta en cavilaciones domésticas, retomó el hilo.

—¿Y qué es eso de que hay otra vez humedades, Esmeralda? No me digas que van a acabar levantando el patio para buscar la fuga.

—Esperemos que no —negó la otra—; pero, en todo caso, los costes correrían por cuenta de la comunidad.

—A esta pájara igual le tranquiliza que digas eso —le respondió su vecina, señalando con la cabeza a Koldo—, pero a mí, ni pizca. Estoy hasta aquí de derramas. Me saqué de encima El Mascarón y a mi marido porque eran un saco roto, pero esta comunidad está empezando a coger los mismos malos vicios.

—A mí no me importaría que levantaran el suelo; a lo mejor encuentran lo que no buscan… —sugirió Iso.

La partición de aquel gran patio en tres parcelas menores fue, según Macarena creía recordar, una decisión que el señor Silva tomó poco tiempo después de la tragedia. Al pobre hombre le quedaron pocas ganas de volver a pisar aquella casa, al menos tal como estaba mientras su hijo vivió en ella. Y enseguida la puso a la venta. De alguna manera, aquello marcó el comienzo del fin de la editorial.

—Partió la casa en tres partes, dispuesto a deshacerse de todas ellas. La de aquí atrás se la dejó a los Trebujena, por los servicios

prestados. De la tuya se apropió el Cordobés —le dijo a Koldo—; y la de allá pasó de mano en mano, como la falsa moneda, entre diversos miembros de la plantilla de Odisea que iban sucediéndose según despedían al anterior; se dijo que estaba gafada. Y aunque el cuerpo se descubrió en la parte central del patio, donde la fuente, se empezó a correr el rumor de que en realidad era en ese lado de allí donde había sucedido, digamos, el acto más truculento. De estar gafada se pasó a decir que estaba maldita, y a los pocos meses nadie quería alojarse allí. Acabó vendiéndose. Y desde entonces nadie ha vuelto a vivir ahí. Yo creo que es propiedad de algún fondo de inversores. Montaron una peluquería, pero apenas duró un par de años. Luego la ocupó un dentista, que puso allí su consulta. Tres años a lo sumo. Después llegó un bufete, una agencia de viajes…, ahora, una autoescuela; ya veremos si cumple el año. Todos esos negocios duran lo justo para correr un tupido velo y servir de cebo a los siguientes, que llegan despistados y sin que nadie les advierta de la historia que hay detrás hasta que es demasiado tarde. Pero los que vivimos aquí vemos cómo unos llegan y otros se van. Y sabemos que va a ser cosa de dos días. Vaya si lo sabemos.

Maca pareció ir a persignarse, pero el gesto acabó convirtiéndose en un ademán supersticioso con el que pretendió ahuyentar el mal fario. Mientras, Iso ponía en palabras lo que rondaba en la cabeza de Koldo.

—Pero entonces el anillo pudo haber ido a parar a cualquiera de los tres patios…

—Fueran uno o tres —respondió Maca—, el patio lo registraron a conciencia. La única que pudo haberlo sacado de allí es Teodora, pero nos consta que salió sin dedo y, por ende, sin anillo.

—Entonces el anillo se volatilizó —certificó Tifón, que regresaba en ese momento por el mismo lugar y con el mismo procedimiento que había utilizado cinco minutos antes.

La revista fue recibida con júbilo por parte de Koldo e Iso, que no pudieron ocultar su alborozo ante la perspectiva de hacerse con una nueva pieza del puzle. Manoseado, con el color algo ajado y la

inconfundible pastilla roja enmarcando el nombre de la cabecera, el ejemplar correspondía a junio de 1964 y en su portada se veía a una feliz familia de elegantes artistas. El interior, en blanco y negro, exhibía bodas, casas, fiestas… Iso fue pasando las páginas hasta llegar al objeto de sus pesquisas y cavilaciones: el anuncio del enlace. El artículo era breve, como correspondía a los ecos de sociedad de la época. El magnético retrato de un intenso Pascual Silva, apoyado en el borde de la fuente en aquel patio de nostálgica y distendida elegancia, aparecía en la parte superior de la página, bajo el título «Enlace del heredero del imperio editorial Odisea Silva, Pascual Silva, con su prometida, la americana Teodora Galindo». Lo que interesaba era dar cuenta del rutilante evento y facilitar todos los datos que denotaran la alcurnia del mismo: la asistencia de varios diplomáticos y un par de ministros al enlace debido a las buenas relaciones del empresario y padre del novio; la confirmación asimismo de la duquesa de Alba, buena amiga de Gregorio Silva, y la posible presencia de una joven Marisol, a la que meses atrás se le había atribuido un fugaz romance con el propio Pascual; la ceremonia religiosa, que sería conducida en Los Jerónimos; el vestido, concebido y ejecutado en el mayor de los secretos por el modisto Pertegaz; el banquete nupcial que aguardaba en el Ritz. Lo más probable es que la revista ya hubiera pactado la exclusiva de la boda, fatalmente prevista solo unos días más tarde.

—Qué pena me está dando —suspiró Iso, enjuagándose un conato de lágrima durante uno de esos arrebatos de ternura que los cercanos a ella conocían tan bien.

—A Antonio Sánchez, el dueño de ¡*HOLA*!, tampoco debió de hacerle ninguna gracia —apostilló Macarena—. Por aquella época, contaba mi padre, nadie que importara se casaba en Madrid sin su permiso, no fuera a ser que don Antonio tuviera apalabrada otra exclusiva y las fechas le vinieran mal. Y mira por dónde, esta boda se canceló de espaldas a él.

Al margen de lo desafortunado de toda muerte, lo cierto es que la idea de que aquel artículo saliera a la calle el mismo día en el que

encontraron el cuerpo de Pascual Silva sumergido de mitad para arriba en la fuente junto a la que se encontraban cenando en aquel preciso instante estaba lejos de dejar a Koldo indiferente. No se trataba de mal rollo; hay una fecha de caducidad para que los sucesos, por muy truculentos o trágicos que sean, afecten de manera directa a las personas. La distancia en el tiempo siempre ha sido el mejor de los paliativos, la manera de establecer la necesaria ajenidad y poder asistir a ellos en diferido. Los sentimientos que le sobreviven son la civilizada incredulidad por lo acontecido, un atisbo de pena romántica y ese morbo que lo envuelve todo desde la distancia. Todo eso estaba ahí, desde luego, pero había algo más; una inesperada inquietud de la que no conseguía detectar el motivo.

Koldo seguía pensativa, una hora más tarde, todavía recostada en la tumbona después de que todo el mundo se hubiera marchado. La sobremesa se había dado por concluida en el momento en que Maca empezó a trajinar con los platos del postre y mandó a su hijo a la cocina con los restos del flan. Esmeralda e Iso siguieron su ejemplo, en un ir y venir de bandejas, botellas y manteles que, desde su obligada convalecencia, Koldo observaba distraída y sin que la hicieran sentir culpable. En uno de aquellos viajes, y con la excusa de ir al servicio, interceptó a Tifón en el distribuidor. El chaval escuchó su propuesta con una incredulidad rayana en entusiasmo.

—¿Quieres que esta noche salte de patio en patio?

Asintió en respuesta con el mismo juvenil y poco cabal fervor del muchacho. Se dijo que toda espera requiere de una compensación, y estaba dispuesta a sumirse en el letargo indefinido de aquel embarazo a cambio de ver avances paralelos en esta otra empresa que se había propuesto. Consciente de que no necesitaba persuadirlo, siguió explicándose de todos modos, en un intento de dotar de consistencia aquella alocada idea con argumentos de dudoso peso.

—Es mejor que visitar la autoescuela de día y pretender que quieres sacarte el carné con dieciséis años, ¿no? Además, ya lo has hecho otras veces. —Le guiñó el ojo.

Iso aparecía en aquel momento por el umbral de la cocina, así que se dispersaron con rapidez, no sin que antes Koldo tuviera tiempo de susurrarle unas breves instrucciones.

—A las dos. Te espero en el patio.

# Capítulo 26

Koldo volvió a mirar el móvil. Dos y media. Echada en la tumbona, llevaba un buen rato chequeando de forma intermitente el reloj de la pantalla cada cinco minutos. Pero el patio de Tisbe guardaba completo silencio en la más absoluta de las oscuridades. Suspiró, imaginando que Edu no había podido escapar al agudo sexto sentido de su madre. O que se había quedado dormido. Añoró aquel don de sumergirse en la inconsciencia con la gracia de darse un chapuzón en una piscina que el embarazo le había arrebatado. Dormir y desentenderse. Cambió de postura en la tumbona con una mezcla aprendida de delicadeza y abandono. Los riñones no le molestaron. Sorprendida, constató que apenas le habían molestado en los últimos dos días. Los dolorosos episodios también se habían distanciado y no había manchas de sangre nueva ni vieja en su salvaslip. La asombró no haberse dado cuenta hasta entonces, a pesar de que el dolor tiene esa extraña cualidad que lo convierte en protagonista según irrumpe en escena para ser relegado al olvido nada más desaparecer. Y estaba toda esta distracción, se dijo; este gran pasatiempo que se había colado en su vida horizontal. Volvió a tomar el viejo¡HOLA! Que reposaba en su tripa con sus hojas amarilleando y las esquinas, ya gastadas, curvadas hacia arriba. Juraría que algo, un destello de clarividencia, pugnaba por emerger en su cabeza. Tras decenas de revisiones previas, la revista mostró sus tripas de forma automática por las páginas de sociedad. Con los

sentidos sobreestimulados de los insomnes, Koldo volvió a enfrentarse a aquel Pascual Silva que la observaba pocos días antes de que la tragedia acabara con su enigmática existencia. Se detuvo en su mirada incómoda, sus pestañas equivocadas, el rictus temerario en los labios, los tirabuzones casi enmarcados por el agua que, tras escapar de las fauces verdes, dibujaba con sus chorros una especie de nimbo en aquella moderna representación del pantocrátor.

Frunció el ceño. Acto seguido se incorporó, desapareció por la puerta que daba al salón y regresó apenas medio minuto después con la otra revista en la mano. Se dirigió a la tumbona, pero esta vez no se recostó. Sentada en el borde de la misma, abrió *El Caso* por la página marcada, la dobló por la mitad y, cogiendo el ¡*HOLA*! Por la página que seguía abierta, puso ambas fotos a la misma altura, comparándolas. La de Pascual recostado en la fuente y la del charco de sangre que se extendía de forma grotesca sobre la superficie del patio y alrededor de la misma. El aura casi mística de la primera había sido sustituida en la segunda por un macabro halo, pero en ambas imágenes el líquido y la humedad eran protagonistas, y los chorros de agua rubricaban el resultado con su particular coreografía. Los chorros.

Trató de concentrarse en la imagen, hasta que ahogó una exclamación. Se reprendió a sí misma por no haber reparado antes en ello.

Solo unos días separaban aquellas dos fotos. Además de un muerto y aquel detalle insignificante que discurría paralelo en el tiempo y que podía guardar relación. O no. En el caso de la primera foto, encuadrada de forma amplia y generosa para permitir que el lector de la revista disfrutara de las bondades de aquel patio privilegiado, las cuatro ranas originales le ofrecían al retratista su mejor perfil y sus correspondientes cuatro arcos de agua ponían todo su empeño en ejecutar su grácil acrobacia con una elegancia que parecía ensayada. En la foto de *El Caso*, cuyo plano era mucho más cerrado, el recorrido de los hilos de agua seguía siendo el

mismo, pero el dibujo resultante no. Koldo quiso asegurarse rastreando a lo largo y ancho de la superficie del papel, pero no. La siniestra foto no solo reclamaba toda la atención del lector sobre aquella mancha oscura resultante del deceso, sino que se había tomado de tal manera que solo había captado las siluetas de tres de las cuatro ranas. El hecho de que la cuarta figura se hallara fuera de cuadro había hecho más difícil percibir su posible ausencia, pero lo que sin duda faltaba era su correspondiente dibujo en el aire. El encuadre no permitía saber si, coincidiendo con el incidente, la rana había dejado de funcionar o fue entonces cuando desapareció. Pero una cosa era indiscutible: el cuarto chorro brillaba por su ausencia.

Entusiasmada, Koldo dejó las revistas a un lado. Quizá la rana siguiera allí, estropeada. O puede que se esfumara con el anillo. A lo mejor, quien buscaba el anillo se llevó la figura. Con un gesto de cabeza, rechazó la idea de que se tratara de una rara coincidencia, solo dos hechos aislados creando confusión al coincidir en el mismo plano temporal. No tenía la más remota idea de lo que aquello podía significar. Ni de si era viable que aquella pequeña novedad pudiera arrojar la más mínima luz sobre el asunto del anillo. En cualquier caso, era algo. Algo que nadie hasta ahora había comentado, puede que algo sobre lo que nadie hubiera reparado. Y sobre lo que habría que reflexionar. Pero aquel no era el momento. Volvió a mirar la hora en el móvil, presa de la impaciencia. Dos y media. Se resignó ante la idea de que Tifón ya no aparecería. Pero no a quedarse de brazos cruzados.

Procurando hacer el menor ruido posible y embriagada por su propio hallazgo, se dirigió al armario de herramientas del lateral del patio, lo abrió con cuidado y, mirando a izquierda y derecha, como si fuera a robar en su propia casa, sacó la escalera allí guardada. Consciente de que eso era justo lo que no debería estar haciendo, pero incapaz, en aquella pequeña huida hacia adelante, de comedirse, alzó la escalera a pulso, dudando sobre dónde dirigirse. Decidió empezar por la esquina que daba a la autoescuela, convencida de que aquel era el espacio menos prometedor y su

inspección sería meramente rutinaria.

Se despojó del kimono, afianzó la escalera y procedió, descalza y con cuidado. Miraba con disimulo a los pisos superiores, temerosa de que alguien con tan poco sueño como ella se asomara al exterior, tratando de huir de aquel calor tóxico e irrespirable, y la pillara en tan comprometida situación. En última instancia, podría aducir que el recipiente que recogía el agua del aire acondicionado, y que reposaba sobre la prolongación de su porche, había rebosado y tenía que vaciarlo para evitar el molesto goteo. Pero ninguna luz ni ventana medio abierta parecía indicar que nadie estuviera pendiente de aquella inusual sombra recortada entre dos alturas. Tampoco las ventanas del ruso, que encaramada ya en lo alto de la escalera quedaban ahora a su izquierda, únicamente separadas por el prolongado alféizar que hacía las veces de techo de su salón y dormitorio, parecían acusar su presencia. Con las ventanas cerradas y las persianas hasta abajo, ignoraron la figura que en aquel instante se asomaba con cierta timidez al recinto del 1.º A de Píramo.

No se equivocaba con respecto al patio de la autoescuela. Con excepción del irregular perfil de su muro que, visto desde el exterior, acentuaba aquella evocadora estampa naval, el patio era apenas un cascarón vacío. Un vaso de yogur que alguien se hubiera dedicado a rebañar con una cuchara hasta dejar limpio. Suelos lisos, paredes inmaculadas. Trescientos sesenta grados de cemento puro eclosionando en el calor de la noche. Ni un tiesto, ornamento o mal rincón bajo el que cobijarse cuando el sol apretara, con excepción de la sombra que pudiera proporcionar el propio edificio. Ochenta metros cuadrados de historia barrida por medio siglo de sucesivos cambios de manos; negocios fallidos que, de forma consecutiva, se habían encargado de borrar de manera inconsciente pero eficaz la huella de un pasado cuya mala fortuna, sin embargo, parecía haberles sobrevivido, devorándolos uno a uno.

Inquieta ante la estéril estampa y la elocuencia de aquel vacío, desanduvo el camino, descendiendo con cuidado. Acto seguido y sin pensarlo demasiado, se dirigió a la esquina correspondiente a su

salón, la del muro colindante con el de los Trebujena. Afianzó la escalera y, ascendiendo de nuevo apenas cinco escalones, se hizo con un palco de honor al patio de sus vecinos.

El lugar, en consonancia con lo que ya conocía de la casa perteneciente a la pareja de hermanos, se veía pulcro y ordenado. La estructura de un toldo, recogido en esos momentos, ofrecía a la vista el mismo suelo de colorida baldosa hidráulica que el suyo. Sobre este reposaban varias sillas de enea distribuidas en tomo a una mesa de forja. Las paredes del murete exhibían platos de loza en tonos marrones y verdes, colgados aquí y allá. A lo largo del espacio que separaba el muro de las mamparas de cristal se habían ido instalando tiestos, algunos de geranios y otros de enredaderas, que ascendían a través de las celosías de madera dispuestas sobre el cristal para tal fin. En una esquina descansaba una mecedora. En suma, era el lugar perfecto donde merendar bizcocho con limonada, echar la tarde entregada a las labores de costura, abandonarse al rítmico balanceo con un libro sobre el regazo y abanicarse como si los últimos cincuenta años nunca hubieran tenido lugar. También para esconder un anillo, pensó. Observó con interés la docena de aspidistras, diseminadas aquí y allí en sus sobrios tiestos de terracota. Elegante a su manera austera, amante de la sombra, pero acostumbrada al calor de las mesetas, centinela de los patios de España, Koldo se sintió repentinamente identificada con aquella planta que crecía despacio y sin urgencias, formulando cada hoja, idéntica a la anterior, con la paciencia de Penélope entregada a su labor infinita. Si una aspidistra adulta podía alcanzar los cien años, aquellas, por su exuberancia, bien podían haber sido anteriores a la trágica fecha, y testigos de la misma. A saber qué albergaban en sus entrañas, se dijo Koldo, notando cómo su boca salivaba. En la pared del fondo creyó vislumbrar una hornacina muy parecida a la suya que parecía cobijar a otra virgen recubierta de prometedores mantos y faldones. Trató de desechar la temeraria idea que comenzaba a rondarla, incapaz de sacársela de encima. El patio de los Trebujena estaba cerrado a cal y canto, las persianas también echadas y el aire

acondicionado, delatado por el ruido que hacía el aparato exterior, a pleno rendimiento. En el dormitorio que daba al patio, además, dormía Amelia Trebujena, una presencia mucho más tranquilizadora de cara a sus propósitos inmediatos que la de su hermano Esteban. No debería de ser difícil llevarlo a cabo, concluyó, examinando el terreno. La artificial prolongación de su salón y su dormitorio, que le había arrebatado un par de metros al patio, quedaba a la altura de su cintura. Solo necesitaba auparse hasta ahí, gatear un poco y, ya en el otro patio, deslizarse de espaldas hasta hacer pie en el murete de ladrillo de los Trebujena. Asomada de puntillas al espacio anexo, observó la presencia de una silla de enea que había sido oportunamente apoyada a sus pies de forma que, tras hacer pie en la primera repisa del muro, podía seguir descendiendo hasta el suelo utilizando esta como punto intermedio sin que el descenso requiriera de una mínima acrobacia o entrañara ningún riesgo. Se retiró el pelo hacia atrás para cogerse un moño con la goma que llevaba en la muñeca mientras notaba el nacimiento del cabello en sus sienes y en su nuca húmedo por el calor de la noche.

Había elevado ya una de las rodillas hacia el alféizar cuando un cambio en la intensidad lumínica de la noche la llevó a bajarla de nuevo y girarse sobre sí misma por puro instinto. Su mirada, que fue barriendo todo el edificio de Tisbe, acertó a ver una sombra sobre la casa de Tifón que, sin embargo, no terminó de registrar, ya que su atención fue reclamada de forma más contundente por el piso más cercano a la fachada exterior. Un haz de luz que provenía de una de sus ventanas le dio de lleno en los ojos, al tiempo que las persianas se abrían del todo y una de las jovencitas que lo habitaban asomaba la cabeza sin esperar encontrar a una mujer encaramada a una escalera, como un mono colgado de una palmera. La chica tenía una larga melena oscura que le caía más allá de la ventana, un grueso labio superior y un cepillo en la mano. Se quedaron mirándose fijamente, deslumbradas por sus respectivas presencias. Apenas fueron un par de segundos. Luego la joven procedió a cepillarse la melena como si tal cosa, dejando que la larga cabellera se tensara

con las lentas embestidas de las cerdas del cepillo en aquella noche sin aire. A continuación, volvió a mirar a Koldo.

—¿Sabes que hoy es la noche más calurosa del año? —le dijo, como si fueran dos vecinas asomadas a sus respectivas ventanas que hubieran coincidido tendiendo la ropa. Su voz era muy dulce y hablaba muy despacio mientras seguía cepillándose el cabello negro.

—Seguramente hasta mañana, que será aún peor —predijo Koldo, por decir algo.

La joven detuvo un momento la tarea que la ocupaba para observar mejor a Koldo con la cabeza ladeada, como hacen algunos animales.

—No —se limitó a decir.

—¿Cómo?

—Mañana por la noche lloverá de forma torrencial y los patios se llenarán de agua. Tu fuente parecerá una barca. —Esto último lo recitó como un verso, o tal vez como una profecía, mientras reanudaba el cepillado.

Koldo no pudo evitar que a su cabeza acudiera la imagen de las lamias; unas criaturas de la mitología vasca que viven en los ríos, por las noches cepillan sus largas melenas con peines de oro y cuya belleza resulta tanto más perturbadora porque sus pies son palmeados, como los de los patos. Un escalofrío recorrió su espalda, obligándola a agarrarse mejor a la escalera. La joven pareció notarlo, fijando su mirada en ella.

—¿Subes o bajas? —le preguntó entonces con candor, como si hasta ese instante no hubiera reparado en lo particular de la situación de su vecina—. Subir parece más prometedor —añadió traviesa, abriendo la boca en una sonrisa que no llegó a esgrimir, pero dejó asomar unos pequeños dientes que le recordaron a los de alguna pequeña criatura del bosque.

Consciente de que estaba alargando innecesariamente aquella ridícula escena, Koldo le dio la espalda a la joven sin responder e inició el descenso. Una vez aterrizó en su propio patio, volvió a mirar a la chica, que había reconducido su melena hacia el otro hombro y

cuyo rostro ahora le daba la espalda, oculto tras la espesa cabellera. El espectáculo, cayó en la cuenta, no estaba destinado a ella —no del todo, al menos—, sino al adolescente que, a oscuras, se había asomado a una de las ventanas del piso alojado sobre el de la presidenta. El chaval conocía los movimientos y horarios de las jovencitas de al lado mejor que ellas mismas, y estas, que se sabían objeto de su atención, no tenían reparo en obsequiarlo con aquellas pequeñas exhibiciones. Suspiró, plegó la escalera y, tras dejarla apoyada en el muro cercano al salón, se adentró en su casa resignándose a otra madrugada de calor.

# Capítulo 27

—¿Todo en orden entonces?

Castillo de la Ensenada lanzó una de esas preguntas genéricas que una no sabía si atribuir a un optimismo irredento o a la más candorosa ignorancia. No era improbable que lo hubiera olvidado todo desde la última visita y no tuviera la más remota idea de lo que el vientre de la paciente tumbada a su izquierda se traía entre manos. Koldo, ataviada con la batita blanca pertinente, no se molestó en disimular la exasperación.

—Si se refiere a que en los últimos días no se me ha escapado ningún niño de entre las piernas, todo en orden. Ahora, si me pregunta por cómo estoy llevando estos últimos meses en posición horizontal y sangrando como único deporte, depende de lo que me diga usted ahora.

—Mmm —recapituló enigmáticamente el ginecólogo, atento a la pantalla.

—Y de la pinta que tenga ese hematoma, claro —apuntó ella hacia el mismo lugar, inquieta por el silencio del obstetra.

—¿Qué hematoma? —La pregunta, dirigida a nadie en particular, quedó suspendida en el aire.

La enfermera, con la confianza que dan los años y sin mucho disimulo, le acercó al ginecólogo el informe sobre la evolución del embarazo de la paciente que aguardaba a su lado, abriéndoselo por la página correspondiente. Solo le faltó señalarle una línea con el

dedo. Koldo aguardaba, dudando entre la indignación y la esperanza.

—¿Ha desaparecido el hematoma?

Castillo de la Ensenada observó los papeles durante unos segundos. Luego alzó la vista hacia el ecógrafo y después la miró a ella. Le sonrió con indulgencia desde un distante y benévolo lugar, dándole su autorización para sentir un alivio que él parecía estar lejos de mostrar, seguramente porque nunca estuvo preocupado.

—¿Lo ves, mujer? Todo en orden.

—¿Entonces no hay hematoma? ¿Ha pasado el peligro?

—Veamos —recapituló el otro—. No hay hematoma, no hay pérdidas recientes, no hay episodios de dolor o molestias…

Koldo iba negando con la cabeza ante cada enumeración, lo que en realidad equivalía a una rotunda afirmación.

—El embarazo discurre ahora mismo por unos cauces perfectamente razonables —diagnosticó el doctor con satisfacción.

Koldo no daba crédito.

—Pero ¿qué ha pasado con el hematoma? ¿Mi cuerpo lo ha reabsorbido? ¿Lo he expulsado entero? ¿Podría volver a crearse uno?

—¿Qué pasa con las cosas que se han ido? Que ya no están —respondió el otro, con ese alegre hermetismo suyo.

Pocas cosas suelen tenerse tan claras en esta vida como aquello que nunca se va a saber. Si durante aquellos sangrados salvajes se perdió algo más por el camino; en qué medida aquel episodio fue el responsable del hematoma posterior; y si aquello propició sus recurrentes y tortuosos episodios de dolor, todo ello quedaría en el terreno de las conjeturas sin respuesta. No creía que nada de aquello hubiera podido ser evitado, pero la habría aliviado tener alguna explicación. Una necesidad de información que a todas luces no compartía con aquel obstetra, entusiasta gestor del devenir de lo inevitable, que a Koldo de repente se le antojó profundamente ateo. Pero ella estaba celebrando un milagro y se sentía más creyente que en toda su vida.

—¿Entonces está todo normal? —insistió.

—El embarazo sigue su curso —reiteró a su vez el médico, entrenado para no ser pillado con la guardia baja. Benévolo, añadió —: No es necesario que ahora mismo vueles escaleras abajo, no obstante, puedes incorporarte poco a poco a tu vida normal. Ve recuperando el mando de tu casa, riega las plantas, date mañana un paseo por el barrio… Irás viendo cómo responde tu cuerpo. Pero no encuentro ninguna razón para que no puedas empezar a portarte como una embarazada más.

Estirando los brazos, Koldo se permitió un pequeño grito de júbilo.

—¡Parece que voy a tener que ir pensando en un nombre para mi conquistador!

Castillo de la Ensenada la miró, sin comprender. Koldo le recordó su sugerencia, en una visita anterior, de ponerle al bebé un nombre acorde a su hazaña gestacional. El ginecólogo se rio, fingiendo escandalizarse moderadamente ante la ocurrencia, seguro de que era una invención más de aquella embarazada tan apegada al drama. Luego pareció pensativo.

—Hernán es un bonito nombre. Y Juana. O Alejandro, como yo mismo —sugirió sin embargo, incapaz de renunciar a su particular aportación y complacido con la misma.

—¿Y qué tal Afila o Cleopatra?

Castillo de la Ensenada volvió a reírse. Este era el tipo de diversión que todavía podía proporcionarle su profesión, lo que lo retenía al pie del cañón, manteniéndolo un año más a salvo de la jubilación que lo acechaba.

—Míralo y decide por ti misma.

Alejandro Castillo de la Ensenada giró la pantalla y ante sus ojos irrumpió la onírica visión de un pequeño feto al que ya se le podía denominar como tal.

—Está en su fase «osito de gominola» —apuntó el ginecólogo, asumiendo con evidente placer la tarea de hacer las presentaciones entre madre e hijo.

Por primera vez libre de miedos y aprensiones, Koldo miró

maravillada aquella forma mullida y diminuta, de la que apenas despuntaban cuatro apéndices, y a la que imaginó chapoteando en la placenta y retozando gozosamente contra las paredes del útero.

Cuando se miró en el espejo del baño de El Mascarón, vio que su rostro tenía aquel brillo especial, quizá un tanto excesivo, de una embarazada con las hormonas disparadas y las feromonas enloquecidas, sometida a temperaturas que rondaban los cuarenta grados. No le pareció mal, en cualquier caso. Se enjuagó las manos y expuso bajo el grifo las muñecas giradas hacia arriba disfrutando del frescor del agua. Le producía cierta satisfacción saber que aquel día el espejo no sería el único en devolverle su reflejo. Salió del servicio recorriendo el interior de la barra con la mirada indiferente y el ojo atento. Nada. Se encogió de hombros, dirigiéndose al taburete más cercano, apostado junto a una de las ventanas que se asomaba a La Proa. Por muchas ganas que tuviera de proyectar la mirada hacia el horizonte para cuyo disfrute había sido diseñada, los treinta y nueve grados a la sombra del exterior eran una razón de peso para permanecer bajo el ala protectora del aire acondicionado y limitarse a hacerlo desde aquella abertura. Pidió un vino blanco, un sauvignon neozelandés que vendían por copas y que Koldo estaba segura de que había sido cosa de Asier, y le dio un sorbo con deleite, recreándose en su fragancia ácida y expansiva, la tarjeta de presentación de lo que volvía a prometer la vida. Cerró los párpados con placidez, segura de que aquel era su día de suerte, y la melena larga y ondulada, veteada de dorados, no tardaría en aparecer.

Un golpe seco en la pata del taburete la hizo salir de sus ensoñaciones. Abrió los ojos al tiempo que giraba la cabeza a la derecha para encontrarse con unos cristales tintados de verde a dos palmos de su nariz, lo que le hizo pegar un respingo.

—Por Dios —acertó a decir.

Tristán alzó el mango con forma de cabeza de cocodrilo del bastón con el que había golpeado el taburete en señal de saludo

más que de disculpa. Luego se giró hacia la barra, lo apoyó en ella y, mirando al camarero, dirigió su único dedo índice hacia la copa de Koldo para indicar que quería una igual. El tipo, que en ese momento se hallaba tirando un par de cañas para un grupo del fondo, dejó la tarea que lo ocupaba a medio terminar para atender al imponente tipo que apoyaba el muñón del brazo tatuado en la barra. Koldo supuso que aquella colonia había alimentado durante años el temible pasado de aquel personaje, y no era cosa de ponerlo en cuestión ahora por un café sin pagar o un vino que se hiciera esperar demasiado. Mientras lo miraba beber como lo hubiera hecho de una cantimplora tras un largo paseo, se preguntó por aquella súbita camaradería que lo había llevado a hacerse notar y a acompañarla en aquel vino que a todas luces no era suficiente para su sed. Cayó en la cuenta del motivo de su interés al tiempo que Tristán dejaba la copa, vacía, en la barra de acero y hacía una señal para que volvieran a llenársela. También supuso que no era de los que preguntaban y que consideraba que su sola presencia era razón suficiente como para que se le ofreciera aquello que había venido a buscar sin necesidad de pedirlo. Se obligó a revestirse de un aplomo que no tenía, mostrándose directa al responder a la pregunta no formulada.

—No he podido conseguirlo. El resto del cómic.

Se sintió como si pidiera disculpas por un dinero que no había conseguido reunir para saldar una deuda pendiente con un tipo peligroso.

—Ya veo —dijo el otro. La ausencia de decepción en el tono de su respuesta resultaba mucho más inquietante que un enfado.

—En Japón, por menos de eso te mandan cortar un dedo, ¿no? —Le salió de algún sitio a Koldo.

El librero arqueó las cejas por encima de las gafas de cristales verdes.

—Vaya con la vasca —dijo con un vozarrón divertido—. Los japoneses son muy sutiles a la hora de pedir, por eso es tan importante saber qué es lo que quieren. Pero yo nunca he sido de

andarme con rodeos, a lo mejor soy un poco vasco también. Me gustaría echarle un ojo a ese cómic. ¿A qué puerta hay que llamar para conseguirlo?

Koldo lo miró, sorprendida ante su franco interés y lo certero de su pregunta.

—A la puerta de arriba —le dijo—. De mi bloque, quiero decir.

Las arrugas de sus ojos se apretaron, como si la mirada tras las lentes estuviera buscando una respuesta que quedaba más allá de su propia persona.

—¿Al tipo de Píramo que llegó poco después de ti a la colonia?

Ella asintió.

—¿Lo conoces? —se interesó él.

—No más que a ti, en todo caso.

—¿También le has robado?

Si se detenía a pensar, no estaba segura de que el tipo de relación que había establecido con su vecino de arriba fuera mucho más saludable que la que había cimentado con el librero a raíz del hurto. Koldo se preguntó por la naturaleza, un tanto tortuosa, de los vínculos que estaba cultivando en aquella colonia, asumiendo sin mucha dificultad su parte de responsabilidad en los mismos.

—Tenemos nuestros más y nuestros menos —resumió—. Pero fui a verle. Y cuando le pregunté por el resto del tebeo, me dio la impresión de que no sabía de qué le hablaba. Es como si el cómic campara a sus anchas por la casa, pero él no tuviera nada que ver.

La explicación, lejos de dejarlo perplejo, le hizo esbozar una formidable sonrisa bajo el bigote en la que Koldo echó de menos un diente de oro. Luego, a pesar de las lunas verdes, notó que volvía a observarla con una taimada y divertida atención.

—La Proa es una caja de sorpresas, ¿eh?

Koldo tuvo la sensación de que aquel comentario tenía varias lecturas, alguna dirigida a ella, lo que la hizo sentir inquieta. Una tercera voz, que irrumpía desde el interior de la barra, se sumó en ese momento a la conversación.

—Una matrioska sería un símil mucho más apropiado —sugirió

aquella voz cálida con tono juguetón.

Koldo y Tristán se giraron al mismo tiempo para encontrarse con Asier, que empuñaba un vaso vacío en la mano como si fuera una de esas muñecas rusas de madera de cuya mitad superior te vas desprendiendo solo para encontrar en su interior, y de forma sucesiva, una figura igual, aunque de menor tamaño.

—La Proa —enumeró Asier, haciendo un gesto similar al de abrir un tarro para después lanzar la tapa ficticia por los aires—. Odisea Silva. —Volvió a quitar una tapa imaginaria—. *El Ángel*. —Chas—. Baltasar de Figueroa. —Chas—. Pascual Silva. —Chas—. Un dedo amputado. —Chas—. Un anillo fabuloso. —Chas—. Un número uno desaparecido… —Tras el último y dramático «chas», Asier se acercó al grifo de la cerveza y se puso a tirar una caña al tiempo que le guiñaba un ojo a Koldo.

Sin saber qué opinar sobre aquella improvisada escena, esta le dio un trago a su vino, observando que Tristán hacía lo propio. Sorprendida, observó un temblor en su mano al depositar la copa vacía en la barra que no había percibido otras veces. No fue la única en notarlo. Ni el librero en darse cuenta de la dirección de sus miradas.

—El pasado —les dijo a modo de explicación.

Asier y Koldo, uno a cada lado de la barra, lo observaron con curiosidad tras aquella inesperada y casi poética salida.

—La otra noche, mientras me daba un baño, me puse a temblar como una bestia. Empecé a marearme y supuse que si perdía el conocimiento, podría escurrirme y acabar ahí ahogado, en mi propia bañera. Una muerte memorable, desde luego. Conseguí quitar el tapón antes de perder el conocimiento y un par de horas después me desperté allí dentro, con fiebre, escalofríos y el pellejo arrugado. Me vestí como pude y me fui a urgencias. El médico tenía la misma cara que yo cuando me lo dijo. Malaria. La contraje en Camboya hace más de cuarenta años, cuando me dedicaba a transportar mercancías por el Mekong. Entonces me la vi venir; pero cuando te apoyas en un bastón es otra cosa, te rompe las pelotas.

—Joder —acertó a decir Asier.

—Todo vuelve —reflexionó el otro en voz alta. No se percibía lamento alguno en su voz, solo observaba los hechos con estoica diligencia—. A veces irrumpe, incluso.

A Koldo le pareció por un momento que no se refería a la enfermedad. No únicamente, al menos. Se sintió observada con expresión inescrutable. Como si los ocupara el mismo secreto y él delegara en ella la autoridad de desvelarlo. A continuación, el librero chasqueó la lengua con resignación dando a entender que daba por concluida aquella conversación, echó mano de su bastón y señaló con la empuñadura dorada la copa de vino blanco del que ella se había contentado con dar tres sorbos.

—¿Qué era?

—Un sauvignon neozelandés —respondió Koldo.

Tristán asintió.

—En casa tengo una botella del *whisky* que solía beber cuando pasé allí una temporada. Hoy puede ser un buen día para terminarla. No hay nada que un buen trago no pueda curar. O terminar de matar.

Lo vieron desaparecer bajo la luz inclemente del exterior, como un titán enorme y renqueante, con su única mano apoyada en el bastón. Por supuesto, se fue sin pagar.

Koldo no pudo contenerse.

—Es como un edificio cayéndose a pedazos.

—Aún tardará un rato en venirse abajo —reflexionó Asier, optimista.

—Se ha acercado él, supongo que por lo del cómic. Le he dicho que es cosa del vecino de arriba; no sé si he hecho bien. ¿Crees que irá a verlo? No me gustaría ver a esos dos juntos y de mal humor. Ni siquiera por un tebeo. Y menos sobre el techo de mi casa.

—Cosas peores han pasado en La Proa, y casi todas bajo el techo de tu casa —le dijo el otro con soma.

Koldo lo observó. El cabello le caía en bucles dorados sobre los hombros, enmarcando aquel rostro aniñado y equívocamente

inofensivo, capaz de llenarse de ángulos orientales con una sola sonrisa. Él también la miraba, tratando de leer a través del hecho de haberla encontrado sobre un taburete de El Mascarón con una copa de vino en la mano.

—No sé si esto son buenas o malas noticias —le dijo al final, a la espera de saber cómo seguir aquella conversación.

Koldo abrió la boca en una sonrisa.

—Estoy celebrando. De momento.

Él le devolvió la sonrisa, más aliviado por no tener que verse en una situación complicada de gestionar que por la noticia en sí.

—Entonces te acompaño —le dijo, llenando de nuevo su vaso, chocándolo contra la copa de Koldo y dándole un buen trago, como si servirse las cervezas más cómodamente fuera el único motivo de estar al otro lado de la barra—. Brindo por ese pequeño y prometedor bastardo que no se parecerá a mí por muy poco, pero que tiene mucha belleza que heredar.

Koldo correspondió a su gesto alzando la copa con una mueca y dándole un último trago. Luego la dejó en el mostrador sin terminar.

—Estaré en casa. Todavía con ganas de celebrar —dijo acto seguido, en un tono neutral y aparentemente informativo.

Asier recogió su vaso y la copa de Koldo, sonriendo.

—Reserva alguna para otro día —le respondió, besándola en el rostro, para después ponerse a fregar vasos y copas y anulando con ese cariñoso gesto cualquier posibilidad de continuidad en el momento presente. Koldo se reconvino en silencio. Había olvidado que a Asier le gustaba tanto sorprender como poco que dirigieran sus planes. Pero la irritación no le duró demasiado. Se apeó del taburete disfrutando del hecho de poder estirarse sin remordimientos y gozando de la perspectiva de que ir caminando a casa, lejos de un riesgo, fuera ya una actividad prescrita por su doctor. Se despidió hasta otra con divertida resignación.

—Adiós, querido.

Se aventuró en el duro rigor estival, consciente de que sería fagocitada por el calor y de que sus pupilas serían incapaces de

apreciar los contornos durante unos instantes. Sí le dio tiempo, no obstante, a advertir la figura que se cruzaba con ella en la puerta del Mascarón, y a sentir el frescor húmedo de su pelo negro, como si en lugar de transitar por la canícula, su dueña acabara de brotar de una fuente. Su vecina, cómo no. Llevada por un pálpito, Koldo se giró un momento y lanzó una mirada fugaz a través del umbral antes de desaparecer por la esquina de La Proa; lo justo para distinguir aquella exuberante melena esparcida sobre el mostrador, enredada entre las vetas de cabello dorado que asomaban del otro lado, mientras sus propietarios unían sus rostros en un gesto cuya intensidad no pudo ver, pero sí adivinar. Sonrió para sí. Su histórico juego de seducción volvía a puntuar a favor del vasco. Sin embargo, ni eso pudo arruinar su día.

# Capítulo 28

Nadie había ido a arreglar el aire acondicionado y, sentada en el sofá, notaba la camiseta de tirantes pegada a la espalda. Aquel tedio sofocante, carente de la carga de preocupación que la había tenido retenida hasta entonces en el sofá, se había tornado volátil durante la tarde. Necesitada de distracción, decidió hacer una visita pendiente. Se tomó su tiempo en la ducha, disfrutando de no sentirse acechada por aquella insaciable horizontalidad que la había reclamado para sí a lo largo de aquellos dos meses. Percibió el champú serpenteando por sus largos cabellos y el frescor en la piel cuando salió. Bañó su cuerpo en leche hidratante e inhaló el aroma dulzón del karité, lo que le llevó a recordar aquel vestido ligero, de evocadora espalda descubierta, abandonado a su suerte en el armario. Se vistió, cogió las llaves y, con el pelo todavía húmedo barriendo su espalda, se dispuso a subir a la planta de arriba. No había tenido aún tiempo de cerrar la puerta cuando una silla de ruedas le salió al paso, interceptándola en plena misión. Eran los hermanos Trebujena; asomaban por el umbral del montacargas y la casa de Koldo les pillaba de camino a la suya. Amelia, con su atildado recogido de tonos malvas, dormitaba en la silla con la cabeza ladeada. Esteban hizo gala de aquella amable sorna que, al parecer, era marca de la casa.

—¿Hoy no hay bizcocho? —La saludó, inclinándose con cortesía.

Su hermana estaba cubierta por una delicada manta y él llevaba

una fina chaqueta gris, que no parecían fuera de lugar, como si las personas de cierta edad estuvieran exentas de vestir de acuerdo con la climatología. Más aún, como si estuvieran exentas de padecerla. Koldo negó con la cabeza.

—Se me acabaron los bizcochos.

—No te preocupes. A mí no —le dijo, abriendo la puerta de su casa e invitándola a pasar.

Koldo no se lo pensó demasiado; el piso de arriba podía seguir esperando. Y no quería desaprovechar una buena excusa para volver a curiosear en casa de sus vecinos. Le hizo un gesto para que aguardara un momento y desapareció dentro de su casa, para volver al poco con algo en la mano.

—Pero a cambio traigo una revista —dijo, levantando *El Caso* a la altura de los ojos de Trebujena como si fuera una Biblia y estuviera decidida a evangelizarlo—. Y una pregunta.

—¿Solo una? —bromeó el anciano, que entró empujando la silla y dejó la puerta abierta para que Koldo los siguiera—. Venimos ahora de la revisión de Amelia; la voy a acostar un rato para que descanse antes del baño y voy a por ese bizcocho. ¿Qué te parece si merendamos en el patio? —le propuso, dejándola en el salón mientras él pasaba al dormitorio de su hermana.

El calor en el patio debía de ser indescriptible, pero Koldo supuso que no tendría una ocasión mejor para echarle un vistazo de manera autorizada.

—Me parece que moriremos. Pero cuente usted conmigo.

—Oh, no lo creo. El mundo a veces cambia en menos tiempo del que crees.

Tenía razón.

Sentada en la mecedora y con una porción de bizcocho en el plato que tenía acomodado sobre las rodillas, Koldo le daba sorbitos a un vaso de descafeinado con hielo con la expresión de extrañeza de alguien que intuye que la están estafando, pero no sabe cómo. El cielo, con la llegada de unas nubes repentinas, había adquirido matices grises. Y el calor casi metafísico de días anteriores había

dado paso a un bochorno dulzón donde la temperatura caía a la par que la tarde. Todo había sucedido en el tiempo de una ducha. Desconfiada, levantó el cuello para ver si el patio contiguo estaba siendo poseído por el mismo drástico cambio atmosférico o es que el de los Trebujena gozaba de un microclima particular.

—Oh, no te preocupes. En tu patio va a llover tanto como en este.

—¿Cree que va a llover? —le preguntó sorprendida, recordando de sopetón las palabras de aquella exótica vecina del segundo, de larga melena oscura y con la manía de entrometerse silenciosamente en sus asuntos. Al parecer, entre sus muchos talentos también se encontraba el de la clarividencia.

—Es una dana de esas. La gota fría de toda la vida, vaya —le dijo Esteban.

Koldo observó al pulcro y jovial anciano que sostenía una fina taza de porcelana entre los dedos. El pelo blanco peinado hacia atrás, aquella chaqueta gris perla que dejaba asomar los cuellos y puños de una camisa impoluta y la mirada atenta, rodeado de aspidistras, crucigramas a medio terminar y una hermana de la que cuidar. Se preguntó por su historia, más allá de la de los Silva. Quizá atender las veleidades de Pascual, superar la tragedia y después concentrarse en las necesidades de su hermana no le dejaron margen para mucho más. O puede que los patios de La Proa generaran una fuerza centrífuga que succionaba a sus habitantes; una energía capaz de arrastrarlos hacia un eje central del que eran incapaces de escapar. Pascual Silva fue fagocitado por su mismo epicentro; las hermanas Josefa y Dolores permanecieron años cautivas a su alrededor y ella misma estuvo dos meses a su merced, como si el patio emitiera en una frecuencia magnética a la que solo sus habitantes fueran sensibles. Quizá Esteban y Amelia Trebujena solo eran otras dos víctimas atrapadas en aquel patio lleno de aspidistras durmientes y bonitos platos clavados a la pared.

—¿Cuál era la pregunta? —Esteban interrumpió sus reflexiones, solícito.

—¿Esos platos no serán de Puente del Arzobispo? —respondió ella, en cambio.

El anciano asintió. Si la pregunta no era la que esperaba, no lo demostró, entusiasmado ante el conocimiento de su invitada y la posibilidad de alardear de sus raíces con ella.

—En efecto. En mi pueblo hay una gran tradición alfarera. La artesanía de Talavera de la Reina, el municipio vecino, es la que se ha llevado todo el reconocimiento histórico, y dicen que los de Puente del Arzobispo no lo hemos sabido llevar deportivamente. Pero no es cierto. Además, ese verde esmeralda solo es comparable al de las piedras que evocan.

Koldo no supo interpretar si el comentario era una sencilla muestra de orgullo o una alusión velada a la joya desaparecida.

—Toda esta loza tiene ya unos cuantos años. Y cierto valor, sentimental, sobre todo —añadió él.

—¿Son de la misma época que mi fuente?

—No solo son de la misma época, sino que tienen el mismo origen familiar. Pertenecieron a los Silva durante generaciones. Gregorio mandó traer la fuente y los platos de la casa familiar de Toledo cuando, tras venir de Barcelona, se instalaron en la colonia.

—¿Así que este patio está así desde la época de la editorial?

—A grandes rasgos, sí. Las aspidistras tienen casi tantos años como yo. Y esta misma mesa es la que utilizaba Pascual para desayunar; aún conservamos el mantel de hilo blanco en algún cajón.

Koldo recordó la foto que descansaba sobre el tocador de Amelia, la misma que se había publicado en la revista ¡HOLA!, donde se adivinaban los restos de un elegante desayuno.

—¿Por qué no me dijo el otro día que el patio era uno solo en aquella época?

Esteban ladeó la cabeza sonriendo con inofensiva afabilidad.

—Porque no me lo preguntaste.

Fue entonces cuando se decidió.

—Seguramente sea una casualidad, pero en el retrato que

hicieron de Pascual Silva días antes de su muerte, las cuatro ranas que tenía la fuente estaban intactas. El día de la tragedia, en cambio, solo había tres. O al menos solo funcionaban tres de ellas, porque no hay señales del chorro de agua de la cuarta en la foto que se tomó.

Koldo depositó el plato ya vacío en la mesa y tomó la revista que había traído consigo. Obediente, esta se abrió por la página buscada. Según se la tendía a Esteban, se sintió hasta cierto punto culpable por obligarle a volver a ser testigo de aquella sangrienta imagen. Pero la curiosidad era más fuerte.

—¿No le resulta extraño? Es como si se hubiera desvanecido en ese intervalo.

Esteban miró la imagen, que conocía de memoria, por consideración hacia su invitada. Luego le tendió la revista sin cambiar de expresión.

—Cierto. En ese intervalo perdimos varias cosas. Y la rana, te lo aseguro, no fue la más importante.

—¿No cree que el paradero de la rana pueda estar relacionado con el del anillo? —insistió ella.

—De poco serviría si no sabemos dónde está la rana, ¿verdad?

Esteban se estaba entreteniendo a costa suya. Era un juego inofensivo y ella quien lo había propuesto, pero había algo llamativo en el hecho de que el anciano estuviera dispuesto a jugar. Se lo quedó mirando, consciente de que no le contaría nada que no quisiera y con la sospecha de que, en realidad, llegado el caso, tampoco le importaría hacerlo. Pero no sabía muy bien cómo abordarlo. Aquella extraña dualidad fue la que le animó a ser ella la que se confiara.

—¿Sabe que últimamente me ha estado haciendo visitas una señora que dice ser Teodora Galindo?

—¿Aquí? ¿A La Proa?

—Primero se hizo pasar por una especie de experta en arquitectura histórica que estudiaba la naturaleza de las colonias en Madrid. Después, cuando confesó su presunta identidad, me contó

una historia, bastante verosímil y rica en detalles, sobre lo ocurrido entre Pascual Silva y ella. Me pidió que le enseñara la casa; dijo que había venido a recordar. Luego, en un aparente rapto de sinceridad, me aclaró que le gustaría recuperar el anillo.

El anciano dio señales de sentirse auténticamente sorprendido. Su rostro, habituado a dominar la situación, mostraba una estupefacción sin reservas que, lejos de hacerlo parecer el anciano que era, le restó años hasta recordar al de un niño. La omnisciencia, sin embargo, no tardó en volver a su expresión, como si apenas hubiera necesitado un par de segundos para recalibrar la situación y hacerse una nueva composición de lugar.

—Me parece poco probable.

—¿El qué, que vaya a recuperar el anillo?

—Que sea Teodora Galindo.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque Teodora está muerta.

Su tono no fue el de una gran revelación, sino el de un secreto compartido; una verdad de sobra conocida que, sin embargo, era necesario recordar. Koldo se removió en la mecedora, inquieta, tratando de quitarse de encima aquella mirada que, a su pesar, le recordó a la de Tristán en El Mascarón. El anciano continuó:

—Lo sé porque yo mismo lo leí en su lápida.

—¿Fue usted a ver su tumba? —preguntó Koldo, incrédula.

—Me lo pidió don Gregorio antes de morir. La había tenido localizada durante aquellos años, esperaba compensarla de algún modo. Pero nunca encontró el momento. Ni el valor. La desgracia, además, no tardó en pasarle factura, su salud quedó muy tocada aunque le sobrevivió un par de décadas a su hijo. Así que yo mismo me encargué de velar por ella en la distancia y visité la tumba a su muerte. Quería asegurarme de que todo lo que había dejado atrás estaba en orden.

—¿Cuándo fue eso?

—Oh, hace unos cuantos años. Demasiados, supongo. —Volvió a mirarla con interés—. Murió en 1992, tenía cuarenta y siete años.

Pero desgraciadamente la muerte, que se sepa, no es una condición reversible. Así que estoy tan convencido como tú de que esa mujer que se empeña en agasajarte con su compañía, sea quien sea, no es Teodora.

El móvil de Koldo los sacó de aquella confidencia suspendida en el pasado. Era su madre. Koldo respondió al aparato un poco espesa, como si regresara de un largo sueño.

—*Ama*, dame un momento —la saludó. Se levantó de la mecedora e hizo un gesto de disculpa señalando al móvil que tenía en la mano—. Esteban, disculpe, es mi madre y tengo que hablar de un asunto urgente con ella.

—Ningún problema, podemos retomar en cualquier otro momento —le respondió el otro, incorporándose también y acompañándola del patio al salón y de ahí al *hall* de entrada con la sutil eficacia de alguien acostumbrado a atender las necesidades de los demás—. Ya sabes dónde estamos. Y que te esperamos.

Esteban esbozó una media sonrisa difícil de interpretar que a Koldo le trajo a la memoria aquella que colgaba de una de las paredes del Louvre. Koldo se despidió de él con un gesto de confuso agradecimiento y se quedó en el descansillo, a solas con su madre.

—¡Parece que nos hemos leído el pensamiento, porque estaba a punto de llamarte! ¿Cómo va ese tobillo, mami? —le saludó su hija, animada.

—Acabemos pronto con los preámbulos —la interrumpió su madre desde Bilbao con un tono que sonó crispado—. Mi tobillo está ya perfecto; listo para subirse a cualquier escalera. Pero tengo entendido que tú no.

Con la mano que sujetaba las llaves apuntando hacia la puerta y la otra sosteniendo el móvil, Koldo no fue capaz de procesar en tiempo real el significado de lo que su madre le estaba diciendo, por lo que la pausa que esta guardó no fue debidamente aprovechada. Su madre continuó hablando de forma atropellada; la llave se quedó dentro de la cerradura y la puerta sin abrir.

—Tengo aquí a Iso, que lo ha cantado todo como un jilguero. No

sé qué métodos ha utilizado Sisi, pero esos ojos de carnero degollado que me está poniendo tu amiga no van a servir de nada. Ni lo que tú me digas. Iso, ponme ahora mismo el manos libres ese —su voz se alejó un momento del aparato, para volver a continuación—, que os voy a decir dos palabritas a las dos. Solo será un momento, mientras Iso me compra un billete de autobús a Madrid, porque me voy ahora mismo para allá.

Se oyó una secuencia de ruidos que indicaba un cambio de manos del aparato con más o menos suerte, su probable caída al suelo, algún exabrupto proferido por distintas partes y el restablecimiento de las comunicaciones, esta vez en modo manos libres, ya que fue Iso quien tomó la palabra.

—Lo siento, Koldo. No sé cómo lo intuyó mi madre, pero cuando amenazó con venirse otra vez a Madrid, lo solté todo.

Aquel pequeño *impasse*, en cualquier caso, sirvió para que Koldo se recompusiera a tiempo para aprovechar el silencio posterior.

—*Ama*, dame un momento para explicarme. Siento mucho no habértelo dicho antes; no podías hacer nada y no quería preocuparte sin necesidad. Pero ya está todo en orden. Hoy mismo he estado en el ginecólogo y me ha dicho que el peligro ha pasado y que mi embarazo ya no es de riesgo. Está todo en orden y, salvo imprevistos, puedo hacer vida normal. Vamos, que ahora la cosa va en serio y ya se puede decir aquello de ¡estoy embarazada!

Un silencio sucedió a su entusiasta declaración, proferida en mitad de un pasillo en el que hizo eco. Percibía el callado aquelarre al otro lado de la línea e intuía el genio vasco de su madre librando su particular batalla.

—*Ama*, por Dios, no seamos disfuncionales y alégrate, anda. ¡Qué vas a ser *amama*!

Oyó algo parecido a un suspiro al otro lado.

—Tu madre está llorando en silencio revestida de una gran dignidad, ya la conoces. Las lágrimas surcan su rostro mientras empapan la merluza que estaba cocinando —informó Iso con tono socarrón.

—Ay, hija —se le escuchó por fin a su madre—. Cuando decías que lo ibas a hacer por tu cuenta, no me imaginaba que además de prescindir del padre ibas a hacerlo también de mí.

—Ya me conoces; soy demasiado indecisa como para estar a merced de lo que otros opinen.

—Vaya susto me has dado y qué alegría, creo que voy a sentir dentro de un rato —resumió su madre con eficacia—. ¿Seguro que está todo bien?

—Está todo bien, *ama*. En unos días iré a Bilbao y lo hablaremos todo con calma, ¿te parece?

# Capítulo 29

La frente de Koldo estaba perlada de sudor y el cabello se le había pegado a la nuca tras la llamada telefónica. Certificó para sus adentros que hablar con su madre podía calificarse de deporte de alto riesgo y que se estaba tomando con demasiada ligereza la sugerencia de Castillo de la Ensenada de incorporarse a su vida normal. No estaría de más poner un rato el móvil en silencio. Quizá incluso fuera un buen momento para abrazar el sofá y retomar ese libro de Siberia que se había convertido en comparsa silenciosa de estos meses. Iba siendo hora de terminarlo y clavar una chincheta más en aquel mapamundi de travesías imaginadas. Alguien pareció estar de acuerdo.

—¡Koldo! —le gritaron desde el interior de su propia casa—. ¿Se puede saber qué haces de pie y vestida?

La joven sabía que ningún ladrón se molestaría en amonestarla, pero no pudo evitar un vuelco en el corazón al oír el grito proferido por Macarena desde la cocina. La señora se asomó al salón al mismo tiempo que Koldo se echaba la mano al pecho.

—Maca, casi me meo encima; ¿cómo se te ocurre?

—¿Quién esperabas que fuera, Pascual Silva?

Se la veía extraña sin su delantal. Vestía un fino chándal rosa, calzaba unas deportivas con cuña y llevaba las uñas pintadas en dos tonos, lo que le imprimía cierto exotismo inesperado.

—Buenas noticias —le dijo, buscando amansarla con la misma

fórmula fallida que había utilizado con su madre—; el ginecólogo me ha dicho que todo está en orden y que ha pasado el peligro. Tengo luz verde para hacer vida normal.

Con los ojos a media asta y un trapo de cocina a rayas en la mano, Maca guardó silencio. Solo un momento.

—Si acabas de entrar por la puerta, quiere decir que hoy ya te has fundido la parte de vida normal que te corresponde.

En silencio, Koldo se vio obligada a darle la razón. Pero no dejaba de sorprenderle lo poco inclinada a celebraciones que estaba resultando la gente a la que le había dado la buena nueva.

—Escucha, sé que hoy te encantaría dedicarte a recorrer los patios del vecindario acompañada del calavera de mi hijo. Sí, sí. —Alzo la mano del trapo, reclamando un silencio que nadie había interrumpido—. A mí no me la dais. El otro día lo intercepté a tiempo, mala suerte. Pero resulta que nos tenemos que ir ahora mismo para Albacete. Al hijo de mi cuñada le han quitado los puntos del carné y no tiene quién la lleve mañana al hospital, así que le ha tocado a mi Eduardo hacer de buen samaritano.

Koldo obvió el dato, hasta cierto punto significativo, de que su Eduardo no tendría todavía ni diecisiete años.

—Conduce de maravilla desde los catorce —le aclaró esta con orgullo, al margen o no de que estuviera leyendo lo que pasaba por su cabeza.

—Y tampoco tendrían puntos que quitarle.

Macarena asintió, insensible a la ironía.

—Eso también. Pero vamos, va a ser cosa de un día. Para pasado mañana esperamos estar de vuelta en Madrid; hasta entonces, procura no hacer mucha vida normal —le dijo, alzando el dedo índice de manera admonitoria—. Y ahora, si me haces el favor, a la siesta.

Koldo supuso que Macarena se iría por la misma puerta por la que había entrado sin decirle qué había venido a hacer. La Proa era un coladero de vecinos y su casa había sido definitivamente engullida por la dinámica imperante. Pero la madre de Eduardo se redimió justo a tiempo.

—Te he puesto una lavadora que voy a tender ahora. Tienes una tortilla de patatas en la encimera para cenar y te he dejado un salmorejo y unas albóndigas en la nevera para mañana. Con salsa de zanahorias y su punto de nuez moscada, como le gustan a mi Eduardo.

El rostro de Koldo se ensanchó en una sonrisa que Maca desestimó con un golpe del trapo en el aire.

—Lo más importante. También te he dejado el documento de la junta de vecinos de hace dos años en el salón. Una pena que se me pasara la convocatoria de la última, porque ahí hubiera puesto yo los puntos sobre las íes. He intentado coincidir con Esmeralda en el patio para hablarlo con ella, pero la señora no se ha asomado por ahí. Te recomiendo que se lo comentes tú en cuanto tengas ocasión. El apartado de las humedades es, palabra por palabra, igual que el de la última junta extraordinaria. —Hizo una breve pausa—. Supongo que son buenas noticias. Raras, pero buenas, al fin y al cabo.

Koldo recibió la información con el mismo receloso entusiasmo con el que se lo trasladó Macarena. No sabía si sentirse aliviada o extrañada.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Que hay un malentendido y no hay humedades? ¿No debería bajar al Mascarón para enterarme bien?

—Ya lo he hecho yo nada más encontrar los papeles —prosiguió su vecina—. En El Mascarón no hay humedades. No las ha habido desde hace dos años y yo me ocupé de solucionarlas.

Que la amenaza de una fuga presuntamente originada en su patio fuera, en realidad, fruto de una confusión o un fallo administrativo, era una gran noticia. De la intención detrás de dicho error o presunto entuerto, sin embargo, no sabía hasta qué punto preocuparse.

—En fin —desestimó su vecina—, hoy ya no puedes hacer nada. Excepto echarte un rato, cenar un poco de tortilla más tarde e irte a dormir temprano. Voy a tender tres trapos y cuatro bragas que tenías en el cubo de la ropa sucia y me voy. No quiero oírte en el

rato que esté aquí. Cerraré con llave y la dejaré debajo de la alfombra, que nunca se sabe.

Koldo asintió a todo sin protestar; sabía que no era mala idea echarse media hora. Y olvidarse de patios, ranas y anillos. La tarde había refrescado lo suficiente como para garantizar que sus sábanas le dieran una fresca bienvenida. Y sumergirse en ellas le aportó el mismo placer que zambullirse en una piscina de aguas azules. Decidió abandonarse un rato a su caricia. No duró demasiado. Un sonido que al principio no supo identificar y que, tras el tercer tono, dedujo que era la vibración de su móvil demandando su atención desde el salón, la animó a incorporarse pasados los doce tonos. No esperaba ninguna llamada, pero nunca había sabido vencer la curiosidad de saber quién se tomaba la molestia de reclamarla durante lo que consideraba un periodo de tiempo tan prolongado como para rozar la descortesía o ser decididamente urgente. La sorpresa que le procuró el nombre que aparecía en la pantalla no pudo ser más agradable. Temerosa de que Maca la viera de nuevo en pie, salió al patio mientras respondía.

—¿Don Braulio? —dijo con un murmullo.

Interpretando aquel tono de manera equívoca, el venerable joyero, uno de sus nonagenarios predilectos, carraspeó antes de saludarla y se disculpó creyendo que aquel no era el mejor momento.

—¡En absoluto! —le respondió ella con su tono más jovial una vez salió al patio y volteó la puerta—. Usted siempre es oportuno. Quien tiene la molesta costumbre de requerir de sus valiosos conocimientos soy yo, y usted, la cortesía de no negármelos nunca —bromeó, mientras se ponía el kimono que colgaba del respaldo de una de las sillas de mimbre. La temperatura estaba cayendo en picado.

—No seas lisonjera —la reprendió el anciano con amable severidad—. Pero me alegra que puedas compartir conmigo un poco de tu tiempo. Quería comentarte algo a lo que vengo dándole vueltas desde nuestra última conversación, y que todavía no he

decidido si es pertinente o un absoluto disparate.

Con la misma insaciable curiosidad que venía persiguiéndola desde que su destino se cruzara en aquella casa con el de Pascual Silva, Koldo se recostó en la tumbona, dispuesta a no perderse ni una palabra de lo que el veterano joyero tuviera que contarle.

—Siete u ocho años más tarde de la tragedia sobre la que hablamos el otro día, y durante una subasta en Londres, un grupo de joyeros españoles nos reunimos en el bar del hotel Dorchester para tomar unas copas mientras repasábamos las piezas subastadas aquella tarde. A los joyeros de mi época solía gustamos hablar de piedras tanto o más que de mujeres —se excusó—, así que una cosa llevó a la otra y de una piedra saltamos a otra hasta que un colega portugués se refirió a una esmeralda que había tenido la oportunidad de tasar años atrás y cuyo recuerdo todavía le sobrevenía en sueños; sin duda, la más sobrecogedora que jamás hubiera tenido ocasión de acariciar con sus propios dedos. Se trataba de una portentosa piedra de treinta y nueve quilates que, según recordó, parecía irradiar una luz propia, de un verde profundo, como si un fuego opaco la iluminara desde el interior. Casualidades de la vida, constituía la piedra central de un pendiente, y el cliente quería separar la piedra del resto de la pieza, vender el pendiente y tasar la piedra.

Recostada en la tumbona y con el móvil pegado al oído, un escalofrío se propagó por la espalda de Koldo, acentuado por el frescor que comenzaba a imperar en el patio, instándola a abrazarse a su propio kimono.

—¿Cree que se trataba del otro pendiente?

—Se me pasó por la cabeza, no te voy a engañar. La coincidencia no dejó de sorprenderme, pero por aquel entonces tenía asuntos más urgentes de los que ocuparme y no le di demasiadas vueltas. Ahora las cosas han cambiado. —Rio para sí ante la obviedad del comentario—. Tras la conversación que mantuvimos el otro día, no he podido dejar de pensar en aquel otro pendiente; también me he planteado si la memoria no me estaría jugando una mala pasada,

forzando una casualidad intrascendente en una sugerente segunda parte de mi relato. Movido por un pálpito, sin embargo, la semana pasada me propuse localizar al portugués. No fue fácil, la joyería había cerrado hacía décadas. Pero mi nieta dio con un negocio en Oporto dedicado a la alta relojería que llevaba el mismo apellido de aquel hombre. Lo había fundado uno de sus hijos, con quien no tuve problemas en contactar. Me explicó que su padre había fallecido quince años atrás. Tras darle el pésame, me lamenté en voz alta de no poder hacerle la curiosa consulta que me había animado a buscarlo cuatro décadas después de nuestro último encuentro. Su hijo, que había heredado de su padre la fascinación por las piedras y al que afortunadamente le gustaban los misterios, se mostró seducido por la historia que le conté y encantado de solucionar mis dudas. Su madre, me dijo, todavía guardaba los libros de cuentas y los cuadernos de notas a los que, al parecer, su padre era tan aficionado. Me devolvió la llamada ayer mismo. Me confirmó que aquel trabajo y aquella tasación tuvieron lugar en la joyería de su padre. El nombre no se correspondía con el de Pascual Silva, pero por lo particular del encargo y las características de la esmeralda no había error posible. Además, su madre, que por aquel entonces ayudaba en la joyería, lo recordaba perfectamente. «Tenía una mirada extraña —recitó, replicando sus palabras—; como si fueran los ojos de una mujer los que miraran a través de aquel hombre».

Koldo dejó escapar una exclamación.

—¡Entonces era Pascual! ¡Estaba vendiendo el otro pendiente de la pareja!

Al otro lado, el anciano temía que lo que iba a decir a continuación tal vez fuera más propio de un desvarío senil que de un relato. Sin embargo, las fechas eran las que eran.

—Falta un detalle significativo para completar la narración. Y, de acuerdo con los libros, los cuadernos y lo que dice su viuda, no hay error posible. El encargo fue hecho en noviembre de 1966, dos años después de la tragedia que tuvo lugar en el patio de su casa.

# Capítulo 30

El estado que se apoderó de Koldo al colgar al señor Atienza fue parecido al que había poseído al propio joyero al hacer la llamada. Cada nueva pieza que contribuía a armar aquella historia, por momentos delirante, acababa añadiendo una nueva incógnita a la misma. Teodora Galindo, la mujer que aquella impostora tan interesada en su casa decía ser, estaba muerta. Pascual Silva, la única baja oficial de aquel fatídico día, parecía haber vuelto a la vida. Echada en la tumbona, la joven observó de reojo aquellas tres ranas mudas y obstinadas que la acompañaban en sus cábalas, deseando saber lo que ellas sabían, y resignada a que lo único que sus bocas vomitaran eternamente fuera agua. Sintió nacer la irritación ante el chorro incesante de aquellas cariátides color esmeralda. Inmunes a lo que acontecía a su alrededor, incluso a la súbita desaparición de una de ellas, se entregaban con imperturbable actitud a su monótono cometido: generar agua, escupir agua; engendrar agua, propagar agua. Solo agua, agua, agua…

Se despertó sobresaltada. Y mojada. Tardó apenas un instante en entender que seguía echada en la tumbona del patio, y algo más en interpretar la razón de la humedad. Era de noche y llovía. Las gotas surcaban su rostro como si hubiera estado llorando y la envolvía una ligera sensación de falta de aire, como si el cerebro, en el tránsito de la inconsciencia a aquel húmedo despertar, no supiera interpretar la naturaleza del momento y hubiera decidido que se

ahogaba. Se incorporó, como activada por un resorte, y trató de abrir la puerta que daba al salón. Estaba cerrada. Comenzó a aporrear el cristal. En aquel patio que se encharcaba por momentos, Koldo asumió que, por mucho que lo golpeara, nadie acudiría en su ayuda. Resignada, giró sobre sus pasos y se cobijó bajo el cenador. Macarena había debido cerrar la puerta antes de marcharse, creyendo que Koldo dormía plácidamente entre las sábanas de su propia cama, a salvo en su dormitorio. La realidad, en cambio, es que la lluvia caía alrededor del toldo creando una especie de marco en cuyo centro aparecía la curiosa imagen de la joven, envuelta en un kimono, sentada sobre la mesa y con las piernas alzadas sobre una silla. No era el peor de los escenarios; la gruesa tela del toldo le protegía lo suficiente y no hacía tanto frío en realidad. Pero no había solución inmediata a la vista y aún podía empeorar.

Como corroborando sus propias reflexiones, en aquel preciso instante la tormenta se erizó como una ola a punto de romper y se precipitó a su alrededor con la furia desatada de una intensa explosión. Tres o cuatro relámpagos, a los que siguió muy de cerca el estrépito de sus correspondientes truenos, indicaron el momento exacto en el que el temporal surcó los cielos de La Proa. Koldo creyó ver cómo uno de ellos caía entre Eurídice y Orfeo. Duró poco. Tras apenas diez minutos torrenciales donde nadie habría podido escucharla en caso de haber gritado pidiendo ayuda, el cielo comenzó a aplacarse y la acometida perdió intensidad, permitiendo oír la lluvia en lugar del estruendo. Con aquellas gotas espaciadas llegó el ruido de regueros, cañerías y canalones por donde el agua vomitada iba buscando su camino hacia las tripas del edificio. En el patio, que se había convertido en una suerte de embalse, comenzaba a dirigirse hacia los dos desagües principales, generando pequeños remolinos a los pies de la mesa donde Koldo aguardaba sin saber muy bien qué. Cogió el móvil; estaba sin batería. Suspiró para sus adentros. No sabía calcular la hora; tampoco habría podido hacerlo en caso de que las nubes hubieran permitido ver la altura a la que se encontraba la luna. Pero intuía que era alrededor de

medianoche, no muy entrada la madrugada. Y estaba encerrada fuera de su casa. El sinsentido no podía ser mayor. Supuso que no era la mejor hora para buscar auxilio en alguna casa vecina, pero no tenía muchas más opciones. Eso, o pasar la noche en vela sentada sobre una mesa.

Un ruido la sacó de sus cavilaciones, iluminando aquel negro patio con un rayo de esperanza. Provenía de la casa de la presidenta; la puerta que daba al patio pareció abrirse sin que ninguna luz acompañara a aquel gesto y dos bultos emergieron al exterior. En plena oscuridad, se intuía más por el movimiento que por las manchas en sí. También por los susurros. Koldo, que tenía ya la boca abierta para pedir ayuda, volvió a cerrarla.

—Lo más fácil es pasar en plena noche y mirarlo todo a conciencia —dijo una voz de mujer.

—¿Y los vecinos? —le respondió otra.

La primera, certificó, era la voz de barítono de Esmeralda, que siguió hablando.

—Soy la presidenta, algo se me ocurrirá. Asomémonos un momento.

Koldo contuvo el aliento cuando vio que ambos bultos descendían en silencio, asomándose ante la pequeña franja abierta que comunicaba los dos patios. Subida a la mesa, mimetizada parcialmente tras una de las columnas de la pérgola y quieta, supuso que su presencia pasaría desapercibida si nadie esperaba encontrarla.

—Tiene que estar ahí —insistió la presidenta.

—Esmeralda, en la fuente no hay nada; te lo aseguro. Solo esa estúpida baldosa que encontré buscando el anillo —respondió la otra mujer.

Desde la mesa, Koldo se asomó con cautela, intentando adivinar algún indicio en las sombras, pero las figuras, que habían quedado al otro lado de la mampara, ya se estaban incorporando.

—Hago lo que me digas, pero no creo que sirva de mucho. ¿Quieres que vuelva?

La segunda mujer, ya en pie, apoyó el brazo en el murete al dirigirse a Esmeralda, permitiendo que la mano asomara parcialmente al patio de Koldo. No fue necesario que la luna emergiera en aquellos momentos para que la joven distinguiera con claridad que aquella extremidad no tenía todos los dedos que se hubieran esperado en ella. Notó cómo las órbitas se le dilataban, mientras el latido de su corazón se aceleraba hasta convertirse en una bomba capaz de drenar toda la sangre de su cuerpo.

—Estoy pensando otra cosa.

Temió tontamente que el latido interno de sus vísceras la delatara. Para su fortuna, la mano mutilada fue retirada del murete y ambas mujeres desaparecieron por donde habían venido. El chasquido de la puerta del salón de Esmeralda al cerrarse fue la señal para poder volver a respirar. Solo le quedaba una opción. Cuando logró apaciguarse lo suficiente y el único recuerdo de la tormenta era un patio mojado, bajó de la mesa con cuidado, evitando resbalarse. Se quitó el kimono, que no era la prenda más cómoda para maniobrar, y se despojó de las alpargatas, cuyas suelas de esparto tienen la mala costumbre de engordar con el agua y ponerse rígidas. Descalza, se dirigió hacia la puerta que daba al salón. En su lateral aún seguía apostada la escalera. Procurando no hacer ruido, la abrió y se aseguró de que quedaba bien afianzada en el lado que daba al patio de los Trebujena. Vestida con un pijama corto de algodón azul cielo que había comprado en un mercado de prendas antiguas y tendría la misma edad que el suceso responsable de todo aquel barullo, comenzó a ascender con cuidado mientras echaba miradas de reojo, atenta a cualquier nuevo movimiento en casa de la presidenta. Una vez arriba, se asomó con cuidado al patio de Esteban y Amelia. Solo tenía que subir al porche y dejarse caer un poco más allá, en el lado de los Trebujena, teniendo cuidado de hacer pie en el murete y utilizar la silla del día anterior como apoyo intermedio antes de llegar al suelo.

Dejó escapar un gemido al caer en la cuenta de que la silla había desaparecido. Y se maldijo en silencio mientras recordaba que ella

misma había sido la responsable de que Esteban la cogiera esa misma tarde para su improvisada merienda. Valoró la distancia entre la parte superior de la pared y el suelo sin la existencia de la silla. En circunstancias normales se hubiera dejado caer sin problema, pero en su estado la cosa cambiaba de forma drástica. Si Esteban hubiera sido la persona que ocupaba el dormitorio que daba al patio, habría podido susurrar hasta despertarlo, pero era su hermana quien lo ocupaba. Y en caso de gritar lo suficiente como para que el anciano la oyera desde el fondo del piso, no tenía ninguna duda de que Esmeralda también lo haría y sabría que había sido testigo de sus recientes maniobras en el patio. Encaramada a la escalera y con sus opciones agotadas, sacudió la cabeza tratando de hallar en algún recoveco el eco de una idea.

Fue entonces cuando sus ojos tropezaron con una ventana, apenas a un metro de su radio de acción. La persiana levantada y el cristal entreabierto generaban una sutil corriente de aire que parecía requerirla. Y la situación era lo suficientemente desesperada como para prestar atención a aquel canto de sirenas. Sin que lo viera venir, Koldo había quedado apostada a la altura exacta del salón a oscuras del vecino ruso. En su interior solo se adivinaban siluetas informes, bultos desdibujados en un espacio que hasta el momento había tomado la decisión de no mirar. Pero la necesidad y, por qué no, la curiosidad, pudieron más.

El salón, un poco menos amplio que el suyo debido a la prolongación de la que se benefició la planta inferior décadas atrás, se veía aletargado, tal vez agradecido de que lo hubieran olvidado por un rato, pero dispuesto a ponerse en marcha en cualquier momento. Varias revistas, algunas abiertas, tapizaban el sofá de cuero; un par de latas de cerveza, abiertas también, reposaban a sus pies; una pila de colada esperaba tumo en el sofá que estaba frente a ella, y un televisor de pantalla plana y unas dimensiones capaces de proporcionar sombra durante el día a gran parte del salón presidía el lado más cercano a Koldo. Se puso de puntillas y estiró la cabeza para mirar por encima del mismo, de forma que sus

ojos pudieran procesar nuevos detalles. Diseminadas aquí y allá, acertó a ver media docena de cajas. Abiertas algunas, cerradas todavía unas cuantas, como una mudanza a medio empezar o seguramente sin interés por terminar del todo. A diferencia de su salón, en este no había biblioteca de obra, pero sí una muy funcional, colocada en la pared izquierda, con una considerable cantidad de libros. Los observó perpleja, pero no había luz suficiente como para identificar los títulos. Siempre podía intentar asomarse un poco más.

Echó el cuerpo hacia atrás, buscando con la cabeza la ventana que quedaba más allá, la del dormitorio. Estaba abierta, pero con las persianas echadas. El silencio la reafirmó para continuar con su trabajo de campo, ya más afianzada en la escalera, con las manos apoyadas en esa especie de porche que formaba la prolongación del techo de su propia casa y el cuerpo echado hacia adelante, inclinado hacia la ventana. Con la cabeza ladeada, la vista le dio lo suficiente como para leer un par de títulos. Cirílico. Chasqueó la lengua, fastidiada. ¿Qué esperaba? Se disponía a probar suerte con el siguiente lomo cuando sus ojos, cada vez más acostumbrados a la semipenumbra de aquel espacio, la arrastraron hacia arriba, a la parte alta de la estantería. Frunció el ceño para entender mejor las líneas de aquella pequeña silueta que reposaba en quietud, cuyo color no se adivinaba del todo, pero cuyos rasgos, como invocando algo, miraban hacia el cielo. Tenía los ojos fijos y la boca abierta, como si toda su existencia se redujera a atrapar algo, una gota quizá, que nunca acababa de caer del todo. Koldo notó cómo las costillas le pinchaban la carne al tiempo que la impresión le hacía perder el equilibrio momentáneamente. Abandonó el apoyo improvisado del porche para asirse de nuevo con fuerza a la escalera mientras jadeaba. Luego se tapó la boca con su propia mano, volviendo a observar aquello. Ahí estaba, ajena al mundo y a todo lo que de él devenía, esquiva como solo quienes ignoran que son buscados pueden serlo, la pieza nunca cobrada, el trofeo más codiciado, la pieza extraviada. La cuarta rana.

Si Koldo hubiera sido capaz de razonar en aquel momento, no habría sabido decidir si le sorprendía más su hallazgo o que solo un día antes hubiera deducido que su desaparición quizá se remontara al momento mismo de la muerte de Pascual Silva. Arrastrada por lo que casi parecía una revelación y borracha de adrenalina, luchaba contra aquella pulsión que conocía tan bien: la inevitabilidad. No lo pensó demasiado. Volvió a apoyar las manos en el porche de su propia casa y, tomando impulso, inclinó el peso hacia delante y subió primero una rodilla, y luego la otra. A cuatro patas, se acercó con un pequeño gateo en dirección a la ventana abierta y se asomó por el marco. Silencio absoluto. Con cuidado de no romperlo, giró las piernas hasta dejarlas colgando dentro de la casa y, tras apoyar la izquierda sobre un taburete cercano que no había visto desde la escalera, se dejó caer con suavidad en mitad de aquella desordenada calma. Descalza y de puntillas, avanzó con cuidado hasta colocarse a la altura de la figura que, no obstante, seguía estando por encima de su cabeza. Alzó los brazos, la cogió con las manos y la acercó hasta su rostro. No había duda. La acunó, con la mirada extasiada y un poco perdida, como si llevara tiempo ansiando hacer con ella aquello que nunca había podido hacer con las otras. Se preguntó si robar algo que en realidad le pertenecía sería robar. Pero, sobre todo, se preguntó qué hacía en aquella casa. No se decidía a decantarse por ninguna de las teorías que le venían a la cabeza. O bien el ruso desconocía todo lo referente a aquel hermético batracio, lo que sería decepcionante, o bien estaba al tanto, lo cual, en cierto modo, sería aún peor. Con la rana en brazos, se dispuso a proseguir aquella huida hacia adelante, buscando la puerta que daba al *hall* de salida.

Lanzó una última mirada hacia la ventana, aún abrazada a la figura, antes de dirigirse a la puerta. Pero no pudo continuar con su retirada. Recortado en la penumbra, sus contornos bien dibujados, el ruso la observaba con una expresión que el susto que la invadió no le permitió discernir. El blanco de los ojos apareció y desapareció de su rostro un par de veces, quizá en un pestañeo motivado por la

incredulidad. Quedó definitivamente estabilizado al tiempo que la figura, cuya lenta reacción resultó más aterradora si cabe que si hubiera saltado sobre ella gritando, avanzó un paso. Si el estado de Koldo hubiera estado lo más avanzado, seguramente habría roto aguas. En su defecto, notó cómo la ropa interior se le mojaba, y esta vez sabía que no era sangre.

La voz del tipo rompió aquel loco silencio.

—Dame una razón para no llamar a la policía.

La petición, en aquel tono grave cuyas inflexiones, alcanzó a darse cuenta, no eran del todo extranjeras y sí de una extraña familiaridad, le pareció inexplicablemente dialogante, algo que quedó muy lejos de tranquilizarla. En realidad, debería estar cumpliendo su amenaza.

—¿Por qué no lo haces? —La pregunta sonó más a un ruego que a un desplante.

El ruso, si es que lo era, avanzó otros dos pasos, invadiendo su espacio vital con aquel cuello ancho y encarándola desde uno de los ángulos de su nariz torcida. Frunció la mirada, como si intentara descifrar un enigma, y Koldo rezó porque la perplejidad siguiera neutralizando cualquier otra medida de carácter más violento mientras trataba de serenarse lo suficiente como para darle una explicación. Entonces cayó en la cuenta. En realidad, no la había. Lo que se le había antojado como un puñado de buenas ideas, una serie de pasos lógicos y casi inevitables motivados por la necesidad, la había llevado a la más insensata de las situaciones. Se vio a sí misma, tras irrumpir por la ventana y en paños menores, con la rana en brazos. Ahí fue cuando le dio la risa nerviosa. Le nacía de la boca del estómago y, por más que hizo por contenerse, se le escapaba a borbotones por la garganta. Se preguntó si estaría volviéndose loca por momentos, si sería aquel tiempo disparatado, la inactividad continuada, el delirio hormonal. No tuvo tiempo de decidirlo, porque la tragedia de su sino la conmovió hasta tal punto que la risa se tornó en llanto y en ese mismo instante se puso a llorar. Desquiciada y ruidosamente. Fue entonces cuando el hombre, que no había

llegado a avanzar más allá de aquellos primeros pasos, pareció dudar y comenzó a retroceder. Muy despacio, como si fuera una pequeña e impredecible criatura salvaje a la que no fuera conveniente darle la espalda, dio marcha atrás paso a paso hasta que atravesó el umbral de la puerta por el que había llegado y desapareció. La situación se transformó en cuestión de segundos en una suerte de lunática fantasía. El salón parecía haber sido abandonado a su suerte y solo los hipidos de la presunta asaltante rompían la quietud de aquel tranquilo patio de vecinos durante una noche de tormenta.

El tipo regresó al poco tiempo. Habituada a la misma, la oscuridad era ya una luminosa penumbra, y Koldo observó con sorpresa cómo este le tendía una de las dos latas que traía consigo. El olor que se desprendió de él con el movimiento también la pilló desprevenida; olía a fresco, a sal y a viento, como si hubiera salido de la propia tormenta. Tras devolver de forma un tanto torpe la figura de la rana a la estantería de donde la había cogido minutos antes y quedarse momentáneamente paralizada, aceptó la lata. Estaba fría, casi tan helada como el olor de su anfitrión, y el contacto con su palma, sumado a la tregua que se deducía del gesto, la tranquilizó lo suficiente como para observar al tipo que, tras sentarse en el sofá, había cruzado las piernas con aceptable elegancia y balanceaba una de sus chancletas en su dirección mientras le daba un largo trago a su lata. No parecía estar a la espera de una explicación; parecía limitarse a contemplar con aire remoto el cuadro, sin duda patético, que se le ofrecía ante los ojos. Se diría que cualquier demanda de información pudiera estropear las conclusiones que estaba sacando por sí mismo. O tal vez se limitaba a beber cerveza con una pasmosa ausencia de interés, como si Koldo fuera una polilla dando bandazos en busca de luz y su partida fuera tan inminente y poco excitante como su llegada. Pensativa, abrió la lata con un chasquido cuyas gotas le alcanzaron la cara. Le dio un par de tímidos tragos a la cerveza, mirando a los atractivos ojos claros del tipo por encima de esta.

—No eres solo ruso, ¿verdad?

—¿Solo ruso? —Lanzó una carcajada.

Y a Koldo, las rotundas eses de aquella respuesta no le sonaron tan rusas.

—¿Sabes de dónde ha salido esa rana? —volvió a preguntar en cambio, conservando la incoherencia de aquel intercambio que pretendía ser una conversación.

—Lo imagino. —La suavidad con la que pronunció aquella «g», la inflexión final alargada como un quejido, le recordó a aquel vendedor de coquinas que había montado un restaurante en Bilbao —. Lo que no sé es cómo sabías dónde buscarla.

Lo dijo sin preguntar, observando lo obvio y disfrutando de su propia perplejidad. Una vez familiarizado con aquel elemento discordante que era Koldo, el tipo seguía pareciendo menos interesado en forzar la situación con preguntas que en disfrutar de que su natural discurrir fuera llenando los huecos necesitados de información. Quizá por eso se inclinó a un lado y tiró del cordel que asomaba de una antigua lámpara de pie, en un gesto que recordó al de un agente iluminando al sospechoso en la sala de interrogatorios. La luz tenue que irradiaba la pantalla amarillenta hizo que Koldo parpadeara e iluminó el salón, que pareció todavía más viejo y desordenado. El ruso, como seguía llamándolo mentalmente, volvía a estar tocado del que parecía su uniforme de estar por casa; gafas a modo de diadema y camiseta de publicidad sobre *bóxers* holgados. Sus ojos, que ahora despedían destellos grises, la observaban fija y plácidamente. Aguantó su escrutinio. De un modo inextricable había llegado a ser esa vecina loca que tiraba fragmentos de maceta contra el cristal, lanzaba agua por la ventana, vomitaba en el felpudo y allanaba salones en plena noche; algo que empezaba a tenerla tan perpleja a ella misma como suponía que debía estarlo él. No consiguió sostener la mirada por más tiempo. Trató de sobreponerse paseando los ojos por el salón hasta que volvió a recalar en el batracio, lo que la inquietó más, si cabe. Bajó la mirada hasta la cerveza, que aguardaba en su mano. Le dio otro trago para

ganar tiempo hasta que se giró de nuevo hacia el tipo. Y, de repente, lo que vio no le pareció del todo mal. O fue entonces cuando cayó en la cuenta. El despliegue de los hombros bajo la camiseta, las piernas cruzadas, la displicencia sujetando la cerveza, la ataraxia que parecía envolverlo. Notó cómo su lengua se removía, inquieta. No se lo pensó demasiado. Le dio un último trago a la lata, que apoyó con un rápido gesto sobre la mesa, y la rodeó hasta colocarse a dos palmos del tipo, que permaneció imperturbable. Se inclinó hacia delante, apostó las palmas de ambas manos en los respectivos brazos del sofá de cuero y, en un gesto aparentemente inquisitivo, acercó su cara a la del ruso, tan cerca que percibió su aliento. Luego abrió la boca, hizo palanca con sus labios sobre los suyos y lo besó. No supo muy bien cuándo su gesto se convirtió en el de ambos, pero oyó su propia exclamación cuando unas manos la atraparon por detrás y la arrastraron hacia adelante, obligándola a sentarse a horcajadas mientras sus piernas apresaban las caderas del otro y le marcaban el ritmo. En algún momento las gafas del ruso, apoyadas en su cabeza, cayeron al suelo.

Fue visto y no visto. Con el pelo pegado al rostro, la espalda sudorosa y los miembros inertes, se dijo que eran los cinco minutos mejor empleados de los últimos dos meses. Se encontraba con la ropa del revés, tirada en el sofá de un desconocido y la satisfacción dibujada en el rostro. Hasta que un miedo súbito la invadió por completo. De un salto se puso en pie y se pasó la mano entre las piernas, introduciendo con delicadeza la yema de los dedos. Las miró con aprensión. Estaban húmedas y pegajosas, pero no había rastro de sangre. Suspiró, aliviada, al tiempo que se tiraba de nuevo en el sofá, permitiendo que aquella placentera sensación de calma regresara a su cuerpo mientras el extraño miraba al techo con los ojos entrecerrados.

—Podías pagarme, como a la rubia de las tetas grandes —le salió de algún sitio.

Este giró la cabeza, mirándola con renovada curiosidad.

—¿También vas a limpiarme la casa?

—¿Entonces no cobra por sus otros servicios?

—¿Tú sí?

Decidió abandonar aquel jardín donde había vuelto a meterse ella sólita, cambiando de tercio.

—¿Tienes un cigarro?

Aspiró el humo con esa dedicada atención que solo le imprimen quienes conocen lo excepcional de un privilegio. Se conformó con un par de caladas e introdujo la colilla en la lata de cerveza. Oyó cómo esta se apagaba. Luego, observando de reojo al ruso, que también fumaba en silencio a su lado, creyó llegado el momento de abandonar posiciones y batirse en retirada. No se trataba de una cuestión estratégica; al fin y al cabo, su presencia en aquella casa era un disparate de principio a fin. Pero sí de supervivencia; aquel desconocido parecía desatar en ella las más extrañas reacciones y no quería imaginar cuál podía ser la siguiente. Además, la invadía un sueño sobrenatural, y lo único que quería era echarse a dormir y dejar que la inconsciencia le permitiera olvidar por unas horas su errática y extravagante conducta reciente. Rezó porque la llave de Macarena siguiera debajo del felpudo, no se encontraba con fuerzas de desandar el camino y afrontar la inmensidad del ridículo que la esperaría de vuelta. Miró alrededor en busca de una excusa mientras el otro la observaba a través del humo del cigarrillo, que sostenía con las puntas de ambas manos, casi pegado a las yemas de los dedos, con algo parecido a una afectuosa curiosidad.

—¿Cómo sabías que tenía la rana?

Koldo suspiró, consciente de lo legítimo de la pregunta y de lo estúpido de la respuesta. Se salió por la tangente.

—¿Cómo es que la tenías?

El tipo se rio entre dientes al notar su quiebro. Luego se quedó pensativo, con el cigarro todavía en la punta de los dedos, dudando sobre la respuesta más precisa.

—En realidad no la tenía, sino que estaba aquí cuando llegué.

Se levantó de un salto, se colocó los *bóxers* con naturalidad y le hizo una señal a Koldo con el dedo índice para que lo acompañara.

La otra se incorporó y se recolocó la ropa con cierta precipitación. Luego siguió sus pasos hasta que llegaron al distribuidor de su piso, el lugar a partir del cual se accedía al salón del que venían, al *hall* de entrada y al pasillo de acceso al dormitorio y el baño principales. Y que quedaba, calculó sin mucho margen de error, justo encima del suyo. El ruso hizo a un lado una vieja alfombra de motivos geométricos con el pie, dejando al descubierto el viejo parqué. El suelo parecía recortarse dibujando un rectángulo de un metro cuadrado, en el centro del cual la madera se veía mucho más clara y brillante.

—Este hueco se cubrió varios años más tarde que el resto —le dijo.

Koldo lo miró sin comprender del todo.

—En tu distribuidor ya no habrá ni rastro y al techo de tu casa le habrán dado muchas manos de pintura desde entonces. Pero estoy bastante seguro de que este hueco era el acceso a unas escaleras que conectaban esta planta con la de abajo.

—¿Tu casa y la mía eran un dúplex? —exclamó sorprendida.

La sobresaltó el inesperado papel que comenzaba a reclamar aquella segunda planta de La Proa en el trágico vodevil que se había desarrollado hacía más de medio siglo en el piso inferior. Rio para sí al imaginar la respuesta de Esteban, en caso de que se le ocurriera increparle por no habérselo contado. El ruso contempló su reacción; un gesto que la hizo sentirse repentinamente suspicaz.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque todo lo que tiene que ver contigo es bastante entretenido —contestó él, como si la respuesta fuera evidente. Luego le señaló una doble altura sobre sus cabezas; un desnivel que dejaba el primer tramo del pasillo a menor altura que el resto y remataba el cambio de nivel por un tablón. No recordaba haber visto aquello en su piso, seguramente porque en la primera planta no existía. Aquel tablón era en realidad una trampilla y el techo bajo, un altillo.

—La rana salió de ahí —le explicó él, alzando el tablón para que

ella pudiera verlo—. La bajé para el hijo de Olga, la mujer que viene a limpiar.

—La rubia de las tetas.

El ruso torció la boca en una mueca de asentimiento. Koldo se puso de puntillas, intentando ver el fondo del altillo. Parecía estar vacío.

—No había nada más —negó el otro—. Solo una caja con la rana. Y unas revistas antiguas.

Se lo quedó mirando, incrédula.

—¿Revistas o cómics?

La caja, vieja y entreabierta, aguardaba en el salón al que habían regresado. Era una de las que Koldo había visto desde la ventana, un poco antes de allanar la casa. Reteniendo la respiración, se arrodilló, apartó las tapas y sacó el contenido con ambas manos. Un remolino de polvo se enredó entre los amarillentos haces de luz de la lámpara de pie cuando sopló sobre las primeras viñetas de un tebeo al que le faltaba la cubierta. Era la una y cuarto de la madrugada cuando Baltasar de Figueroa le sostuvo la mirada desde esa primera hoja con aquellos fríos e inquietantes ojos de mujer fatal. Se sintió sobrepasada por todo lo que había pasado en apenas una hora. Y buscó a alguien con quien compartirlo. Incrédula y maravillada, se tropezó con el rostro del ruso, quien, todavía de pie, la observaba con interés. Entonces cayó en la cuenta.

—¿Y tú quién coño eres?

# Capítulo 31

Lo primero que vio cuando logró despegar los párpados pegados por las legañas fue el bote de chocolate belga en la mesa cercana. Notó su aliento dulzón al tiempo que le venía el aroma a helado derretido, caliente y rezumante. Sintió unas breves náuseas, a las que les siguió una poderosa arcada. Se incorporó tan rápido como pudo del sofá donde había pasado la noche, tirada boca abajo y con la boca entreabierta, dejando un hilillo de baba tras de sí. Pudo llegar a tiempo a la taza del váter, donde vomitó una compleja papilla compuesta de helado, tortilla de patata y, supuso, el par de tragos de cerveza. La sorprendió no ver la colilla del cigarro al que también le había dado alguna que otra calada la víspera. Y cuando creía que ya lo había echado todo, el remordimiento aún le provocó un par de arcadas más que no dieron más fruto que algo de bilis llena de culpa. Castillo de la Ensenada lanzaría una carcajada estentórea y navideña, fingiendo una leve indignación, al tiempo que se lavaría las manos ante los desatinos de una de sus embarazadas más conflictivas. Se bajó el pantalón del pijama, aprensiva, comprobando que los únicos restos que había en el salvaslip eran los de los óvulos de Meriestra de la víspera. El alivio, la sobredosis de estrógenos que inundaba su cuerpo y la resaca emocional le provocaron entonces una tormenta de sollozos que, todavía con la ropa interior a medio subir, obligaron a Koldo a sentarse en el retrete. Cinco minutos de llanto histérico más tarde, Koldo se desvistió. Dejó en el cubo de la

ropa sucia el coqueto pijama azul que nunca hubiera imaginado el ajetreo de las horas recientes y, aún hipando, se metió en la ducha deseando que el agua le hiciera un lavado a su conciencia.

Tras asearse, con las fosas nasales inundadas del jabón de sales de La Toja y los óvulos de hormonas del día ya introducidos, se sintió razonablemente reconciliada consigo misma. Volvía a sentirse algo mareada y los contornos a su alrededor no terminaban de definirse del todo; aquella jornada, sin embargo, la encaró con el entusiasmo de una mártir purgando sus pecados. Estaba decidida a que aquel fuera el primer día de su nuevo embarazo. El único detalle que la perturbaba vivía enfrente y se llamaba Esmeralda; no había olvidado su extraña aparición de la víspera acompañada de la impostora. Así que se prometió a sí misma mantenerse alejada de aquella señora hasta que pudiera poner al corriente de todo a Iso y Macarena, que regresaban al día siguiente, y elaborar un plan de acción sensato destinado a sacarse de encima a la presidenta y sus lunáticas pretensiones de campar por sus fueros en el patio de Koldo.

Se preparó el zumo de frutas, las tostadas con aceite, tomate y aguacate y un descafeinado y, decidida a evitar los riesgos potenciales de cruzarse con ella en el patio, se recostó en el sofá, dejando vagar la vista con aquella recién encontrada serenidad. Hacía una mañana espléndida y se sentía complacida consigo misma por la sensatez con la que estaba afrontando el día hasta que, con la relativa sorpresa de lo que uno se esfuerza en olvidar, la sobresaltó la mirada de una rana encaramada a un hatillo de viejos cómics.

—¿Los puedo tomar prestados? —le había preguntado Koldo la noche anterior al ruso, señalando el montón de tebeos—. Prometo no quedármelos.

Rafael Volkov había resultado ser un ruso nacido en Sanlúcar de Barrameda por error; un gaditano equivocado que era un poco eslavo, como su padre. De ahí que hablara con acentos revueltos y supiera leer garabatos cirílicos, pero llevara un colgante de la virgen del Carmen a la que rezaba en su capilla de Bajo de Guía. Era

profesor, lo llamaban Volga, como al río, y en su casa solía haber cervezas, libros y mujeres, aunque esto último no hizo falta que se lo dijera. Se había instalado en La Proa un par de semanas después que Koldo y parecía pintar lo mismo que ella, nada. Sentado en su butaca y tras escuchar la versión abreviada de lo acontecido en la fuente que aparecía a sus pies cada vez que se asomaba por la ventana, miraba el número uno de *El Ángel* entre perplejo e indulgente, como si aquella enmarañada opereta lo desconcertara levemente, pero el polvo que le había procurado y su aprecio por la letra escrita lo hubieran predispuesto a una mayor benevolencia.

—Como estrategia de seducción no está mal —bromeó a cambio —; pero la próxima vez entra por la puerta.

Volga le cedió los tebeos de buen grado. Tampoco tuvo demasiados problemas en desprenderse de la rana que iba con el lote; era de ley que aquel pequeño ídolo regresara con sus camaradas. Se despidieron sin mucha ceremonia, como dos vecinos que se han cruzado en el ascensor. Tal vez, se dijeron, volvieran a encontrarse. Eran casi las dos de la madrugada y ambos, convinieron, tenían sueño. Por suerte, la llave de su casa seguía donde Macarena la había dejado, bajo el felpudo. Agotada, se había dejado caer en el sofá más que como si no hubiera un mañana, deseando que no hubiera habido un ayer. Y ahora aquella inoportuna rana la observaba desde su atalaya, indiferente al candor que Koldo emanaba tras la ducha y al camino de rectitud que había decidido tomar. Por supuesto, flaqueó. Indecisa, acarició con los dedos de los pies descalzos la suavidad del parqué de madera y, tras darle un par de pensativos mordiscos a una de las tostadas, se incorporó y tomó la rana que reposaba en la mesa grande del salón.

La observó con detenimiento, como si nunca hubiera visto una igual. O quizá porque las había visto demasiado y quería encontrar las correspondientes diferencias. Apenas medía doce centímetros, su color era de un verde esmeralda intenso veteado de pequeñas lágrimas azul cobalto y, como sus hermanas, contaba con dos orificios. Uno más amplio en las fauces y uno muy estrecho en el

culo, por donde, con toda seguridad, se había introducido el caño de conducción del agua del cuarto chorro. En un gesto espontáneo, Koldo sacudió la figura junto a su oído como si fuera un sonajero. Contra todo pronóstico, algo pareció despegarse y se dejó oír un pequeño tintineo proveniente de un objeto al que el bordillo interior del orificio de la base le había dificultado la salida. La joven alejó el batracio de sí misma como si estuviera vivo y fuera a meterle la lengua por la oreja. Lo miró con recelo y una incipiente codicia, similar a la lujuria. No podía ser cierto; demasiado obvio. Una esmeralda del tamaño de una aceituna, el objeto más buscado por toda la colonia durante décadas, no podía encontrarse justo donde se la esperaba. Extendió la mano izquierda con el gesto de quien pide una limosna y contuvo el aliento mientras, con su mano derecha, hacía girar el bicho para que aquella rana, por una vez en su vida, escupiera algo que no fuera agua.

Miró su palma con la avidez de un entomólogo ante una nueva mariposa que está a punto de catalogar. Cuando terminó de entender la naturaleza de su hallazgo, esbozó una sonrisa torcida y, sin cambiar el gesto de la mano, se dirigió a la cocina, abrió el armario que había bajo el fregadero y lo arrojó a la basura orgánica. Ni siquiera se molestó en lavarse las manos, aquel hueso de aceituna era tan antiguo que probablemente estuviera fosilizado. Al menos ya tenía claro el papel de la rana durante las décadas en las que se la había considerado una pieza clave para desentrañar el misterio de la joya desaparecida.

El alijo de cómics seguía aguardando en la mesa del salón. Alzando el dedo índice, como quien cae de pronto en la cuenta de otra asignatura pendiente, se acercó a la biblioteca, tomó un papel de encima de varios libros y se acercó de nuevo a la mesa, uniéndolo en un ceremonioso gesto al primero de los cómics, a modo de cubierta. Sonrió para sí, satisfecha. La fuente estaba completa, y ahora también el número uno, incluida la portada. Con la segunda tostada todavía en la mano y disfrutando del privilegio de estar de pie, fue hojeando aquel venerable ejemplar de *El Ángel* que

tantos quebraderos de cabeza había ocasionado entre los coleccionistas. La historieta comenzaba en pleno océano Atlántico, con el avistamiento de otro barco en el horizonte. Al parecer, pertenecía al corsario inglés lord Exquisite, némesis de Baltasar de Figueroa, que se proponía el abordaje de La Fragata Blanca. Asomando desde el interior de su barco y como el gran héroe que era, El Ángel irrumpía en cubierta con sus tirabuzones rubios cayendo en cascada, los ojos de mujer, una casaca roja, el mono en el hombro y toda su exultante apostura. La batalla se sucedía a lo largo de las páginas. En ella participaban con ardorosa fidelidad el imponente y calvo Tesauro, su segundo de a bordo, y otro de sus incondicionales, Techo, un personaje cómico magníficamente dotado para las piruetas que ejecutaba a través de velas y mástiles y que siempre culminaba dejando K.O. a uno de los enemigos. Entre las páginas y los enfrentamientos se sucedía la evocación nostálgica de los remotos lugares hasta los que Baltasar había viajado, los recuerdos de otras batallas y otras victorias y las imágenes de distintas damiselas en las que se recreaba con sentimientos que oscilaban desde la admiración incondicional al candor más ingenuo: la venerable mecenas *lady* Sun; la apasionada princesa siciliana Fuoco, la guerrera oriental Chi O. Todo tenía un manifiesto aroma crepuscular. Koldo seguía masticando tostadas y pasando páginas, absorta en la narración, hasta que sobrevenía el enfrentamiento entre el protagonista y lord Exquisite, un petimetre acicalado, ridículo y extremadamente hábil con la espada. La tragedia se veía venir. El español era traicionado por uno de los suyos, sobornado por el inglés, que le clavaba un puñal en el costado, distrayéndolo del ataque del corsario. Techo arremetía contra el traidor y Tesauro daba buena cuenta del inglés, no sin que antes Baltasar hubiera recibido una estocada fatal. Agonizando en cubierta y rodeado de sus fieles, el español dedicaba su último pensamiento a la única dama que había ocupado su corazón: la difunta beata Rosalva de Mateo, que descansaba en su tumba del convento de Santa Catalina, en la isla de Tenerife, y a la que ya no podría rendirle sus respetos. No

albergaba posesiones en tierra, le decía a su tripulación, todo lo cosechado en el mar seguía ahí. Pero deseaba recuperarlo y redimirse ante Dios y su adorada, destinándolo a las obras de caridad que el convento de Santa Catalina considerara adecuadas.

—¿Dónde podemos recuperarlo? —preguntaba el fiel Tesauro.

—Acercaos —decía Baltasar de Figueroa, con su último aliento, sabiendo llegada su hora final.

Su tripulación tomó buena nota del lugar donde se ocultaba el tesoro de Baltasar de Figueroa; sin embargo, Koldo no pudo enterarse. No es que el cómic concluyera ahí, pero esa era la última viñeta a su disposición. Incrédula, Koldo cayó en la cuenta de que faltaba la última página. Giró sobre sí mismo el tebeo mutilado, mientras la perplejidad daba paso a la frustración y esta, a las cavilaciones. El tebeo había sido despojado de su primera y de su última página. La acción quizá fue intencionada, pero también pudo tratarse de un gesto natural cuando alguien desmiembra una revista por el placer de desmembrar, y estas páginas son las primeras que uno tiene a su alcance. Supuso que ambas fueron arrancadas al mismo tiempo y debieron correr el mismo destino. Koldo retrocedió a las circunstancias en las que la portada fue a parar a su patio y fue entonces cuando recordó que los proyectiles lanzados por el hijo de Olga, la mujer que, entre otras cosas, limpiaba en casa de Volga, habían sido más de uno.

Atragantándose con el último pedazo de tostada, abrió la puerta del patio. Esquivó por muy poco la escalera, que seguía apostada a un lado como testigo mudo de las andanzas de la víspera y, olvidándose de cualquier gesto de prudencia destinado a evitar atenciones no deseadas por parte de la presidenta, se dedicó a buscar afanosamente entre tiestos y jardineras el paradero de aquella esquiva bola de papel que debía de aguardar en letargo, como un capullo esperando su transformación, desde hacía varias semanas. Tardó casi diez minutos en dar con ella. El proyectil reposaba sobre la tierra de una maceta, tras una tupida hortensia de flores azules que no sobreviviría a los rigores estivales de Madrid,

pero que había sido un regalo de Iso que ahora lucía en su máximo esplendor. Koldo suspiró al ver el papel arrugado.

Aquella hortensia siempre sedienta tenía dos caños de agua del sistema de riego por goteo en lugar de uno; las plantas habían sido regadas con manguera en más de una ocasión y el patio había padecido la demencial tormenta de la víspera. Lo tomó entre los dedos con delicadeza, sabiendo lo que encontraría. Una bola acorchada, pegada a sí misma como papel maché, que fue resquebrajándose y llevándose restos de unas partes pegadas a otras, con la tinta diluida, escenas fragmentadas y textos ilegibles. Solo una viñeta, casi hacia el final, sobrevivía parcialmente. En ella se adivinaba a Baltasar, recostado en la misma posición que en la parte del tebeo que había sobrevivido, el único ojo reconocible ya cerrado y un fragmento de texto proferido por alguien: «… nse en paz».

Koldo se lo quedó mirando, sintiéndose abrumada por una singular melancolía. No se trataba de la ocasión perdida, ni de la decepción por haber llegado a acariciar algo que finalmente se le había escapado. Si había un mapa, no lamentaba su desaparición. Sí, en cambio, la conclusión de aquella historia; la muerte del personaje, aquella última página que no dejaría nada atrás cuando se cerrase. Recordaba sus epifanías lectoras de cuando era niña, la manera en la que las historias y los personajes resonaban en su persona con la fuerza de las primeras impresiones, la nostalgia de saber llegado el desenlace, el fin de la maravilla. Aquella difusa tristeza infantil se parecía mucho a la que sentía ahora.

Todavía con los restos de la bola en la mano, regresó al salón donde aguardaban los tebeos. Aquel seguía siendo el número uno de *El Ángel*, con su portada para demostrarlo. No es que de un cómic pudiera esperarse una presencia sobrenatural como prueba de una existencia casi legendaria, pero Koldo estaba segura de que cualquier coleccionista le concedería esa cualidad a aquel ejemplar único, lisiado y maltrecho, tantas veces buscado y milagrosamente recuperado en casa de su creador. El resto, potenciado por su

mutilada condición, seguiría siendo pasto de leyenda, y podía seguir compartiendo con el anillo desaparecido el mismo plano ignoto de la fabulación.

# Capítulo 32

Al caer la tarde, recostada en el sofá mientras se comía un melocotón, pasó revista al resto de tebeos con la sensación de curiosear sobre una reliquia familiar. Se trataba de números antiguos de *El Ángel*, sin el interés para un coleccionista ni los rasgos delatores de Pascual Silva del primer número, pero entretenidos. Islas repletas de piratas, mujeres y ron, costas africanas, escaramuzas con ingleses, un encontronazo tropical con varias amazonas y un jaguar… El último cómic, sin embargo, cambiaba drásticamente de registro. Dos estupendas y curvilíneas jovencitas, con la ropa ceñida propia de los años cincuenta, miraban al lector desde la portada: una morena de expresión audaz, estilo más urbano y con lo que parecían unas llaves de coche en la mano, y una rubia de aspecto dulce, con un delantal a la cintura y sujetando una espumadera. *Luisa y Susi, tan distintas, tan hermanas*, rezaba el título.

Asier le había contado que el fenómeno del tebeo femenino en España había empezado a percibirse de forma tímida en los años cuarenta, pero que fue a finales de los cincuenta cuando eclosionó. Bruguera lanzaba *Sissi*, dirigida a un público femenino adolescente, a la que le seguirían *Lilian, azafata del aire*, y *Mary Noticias*, evidenciando que el sector apostaba por personajes que dieran respuesta, en clave edulcorada, a los sueños de realización, emancipación y aventura del público femenino. Silva también

irrumpiría con las hermanas *Luisa y Susi*: una dibujante de cómics femeninos morena y chispeante y otra rubia, de expresión dulce, dedicada a sus labores. La primera, siempre entrometida, era quien lideraba las aventuras, y la segunda, con el proverbial sentido común del ama de casa, la ayudaba a salir de los aprietos. Tuvieron un éxito sin precedentes entre las jóvenes de la época porque todas encontraron un *alter ego* en el que reflejarse.

El tebeo reposaba en su regazo, lleno de aquel encanto cursi que en la época parecía casi transgresor. Pasó las páginas curioseando a través de las atolondradas peripecias de Luisa y de los trazos gráciles y femeninos que la dibujaban. Observándola, volvió a sorprenderla aquella desconcertante inclinación suya por crear simbiosis entre personajes ficticios y realidad, potenciada por la intensidad con la que estaba viviendo los acontecimientos recientes. Aquel solapamiento de identidades, fruto de un exceso de estímulos simultáneos en su cabeza, le generaba en este caso concreto una inquieta perplejidad. Cada vez que observaba la contoneante silueta de Luisa, con su encantador descaro, era la figura contundente de su vecina de enfrente, la desfachatez de aquella imprevisible e inestable señora, lo que le venía a la cabeza. A medida que pasaba las páginas y veía el cabello negro y los ojos verdes de la joven ilustradora, la asociación iba ganando fuerza, como si esa creación ficticia fuera un trasunto de la enajenada presidenta de la colonia. Aquel espontáneo sincretismo la confundió de tal manera que en una de las ilustraciones en la que Luisa tenía el brazo en el gesto de quien llama a un taxi, Koldo creyó reconocer, asomando por la manga de la chaqueta, una pulsera muy similar a la que Esmeralda llevaba siempre abrazada a su muñeca. La embargó una incrédula desazón, como si el delirio se hubiera vuelto a apoderar de ella, y no pudo evitar comenzar a pasar páginas de forma atropellada. Mientras zarandeaba el cómic en busca de otra viñeta con la que refutar o confirmar aquella súbita sospecha, se dio cuenta de que no solo había apremio, sino el destello de la clarividencia. Por fin dio con ella. Ahí estaba, en una de las últimas páginas: era un plano

cercano de Luisa, que se tocaba el pecho con aparente temor, mientras de su muñeca colgaban los conocidos abalorios: monedas doradas y esmeraldas del mismo color de sus ojos.

Se incorporó en el sofá como un muñeco accionado por un resorte. Recordó aquella vanidosa costumbre de algunos ilustradores y dibujantes de cómics de la época de sellar sus creaciones con su propio rostro. Pascual Silva ni siquiera había sido el primero en hacerlo, pero la proximidad editorial de aquel ejemplo le sugirió que quizá no anduviera desencaminada. Más despacio, sabiendo ya lo que buscaba, fue retrocediendo página a página hasta llegar a la parte anterior de la portada, donde probablemente se hallaría la pequeña mancheta en la que, además de los datos de publicación, distribución y comercialización de la revista, se verían reflejados los nombres responsables de alumbrar aquel tebeo. Encabezada por la pastilla donde se leía el nombre de la editorial, enmarcada por una greca, y bajo el cargo en mayúscula de Gregorio Silva como fundador y presidente de la misma, se desgranaba una pequeña plantilla. Ahí estaba, liderando los tres nombres que se mencionaban dentro del departamento de ilustración, el suyo: Esmeralda Márquez.

Boqueó un poco por la sorpresa, a punto de tragarse el hueso de melocotón. Se sentía como un pez fuera de la pecera, pero no se atrevió a asomarse al patio en busca de aire. En su lugar se fue a por un vaso de agua a la cocina y luego paseó alrededor de la casa, entrando por una de las puertas de paso al dormitorio y saliendo por la otra hasta acceder al salón, desde donde inició nuevamente aquel recorrido circular. Necesitó un par de minutos hasta que su pulso se aplacó.

Mientras, trataba de poner en contexto aquella información que arrojaba nueva luz sobre la que, ahora ya lo sabía, fuera empleada de los Silva. Seguramente se trató de una de las ilustradoras que se trajeron desde Barcelona, a la que luego se tragó la historia y que regresaba ahora desde el pasado obsesionada con el anillo y con Pascual Silva. Pero ¿qué vínculo se había tejido entre aquella empleada de la editorial y el hijo del propietario? ¿Un desquite

profesional? ¿Un secreto compartido? ¿Una pasión silenciada? Esmeralda, según contó, había llegado a Madrid por amor; ¿el de Pascual? ¿Correspondido tal vez? También había quedado recientemente viuda en Barcelona y fue en ese momento, al parecer, cuando decidió regresar a la capital. Algo debió desordenarse en su cabeza; quizá la muerte de su marido propició una suerte de paranoia, el delirante repunte de un asunto pendiente; un brote fuera de control. O la muerte posterior del Cordobés, que reavivó su frenesí por desandar sus pasos y husmear de nuevo por aquella colonia, tal vez tratando de dar con el remoto rastro del anillo. Pero entonces Koldo irrumpió en sus vidas y ocupó la casa. Y ahora actuaba con una loca temeridad suplantando personalidades y buscando remover los cimientos de su patio con informes falsos en aras de su particular desvarío. No podía creer en la celeridad con la que las verdades comenzaban a atropellarse unas a otras, después de décadas en las que apenas una mínima revelación se había dejado caer sobre el eco ya silenciado de la anterior.

Trató de perfilar una estrategia. Llamaría a Iso y cogería el primer autobús a Bilbao. No se iba a quedar otra noche más a merced de una chiflada obsesionada con un pasado en el que la había embarcado a ella también. Ya en casa de su madre, vería cómo proceder. Avisaría a Esteban Trebujena desde allí, ahora no albergaba dudas de que había mucha información que había preferido no compartir con ella por el motivo que fuera. Esmeralda acababa de llegar, pero debía haberla reconocido. Maca en cambio no, era todavía una niña; debía ponerla sobre aviso. ¿Y Tristán? Coincidieron en el pasado; ¿habían llegado a hacerlo en el presente? ¿Se habrían reconocido?

Marcó el número de Iso. Comunicaba. Luego el de su madre, para estar segura de cómo se la iba a encontrar si hacía un viaje sorpresa a Bilbao. Confiaba en notarla animada y con las noticias recientes ya asimiladas, pero decidió no decirle que proyectaba dormir esa misma noche en casa para no preocuparla. Ella misma colgó antes de que su madre cogiera porque tenía una llamada

entrante. Era Iso.

—¿Tienes un momento?

—¿Vas a darme otro susto? —La advirtió la otra.

Koldo sonrió al teléfono.

—Pero no el que te imaginas, tranquila. Esta llamada hubiera debido ser una de esas largas conversaciones llenas de detalles que te habrían encantado mientras te explicaba lo que ha pasado con el vecino de arriba; en su lugar, voy a hablarte de mi vecina de enfrente. Y en algo no te equivocas. Es una llamada de auxilio.

Trató de relatarle los acontecimientos por orden y sin atropellarse; no fueron más de quince minutos. Iso estuvo de acuerdo en que lo mejor que podía hacer era poner tierra de por medio. Además, le debía esa visita a su madre y ahora podía viajar. Allí podían pensar en cómo proceder y volver juntas a Madrid con un plan. Iso se encargaría de cogerle el billete y enviárselo al móvil, ella solo tenía que ocuparse de meter tres cosas en la maleta y salir para avenida de América. Colgó mucho más calmada. Se dirigió en dirección al patio y accionó las persianas eléctricas para bajarlas. Estas iniciaron aquel familiar zumbido sordo que neutralizó la posibilidad de cualquier sorpresa indeseada, y se dispuso a encaminarse hacia el dormitorio para hacer el bolso y dirigirse al intercambiador. Estaba apenas a quince minutos andando y era la manera más rápida de salir para Bilbao.

Entonces los oyó. Fueron tres educados golpes en la puerta de entrada que, sin embargo, sonaron como si llamaran desde dentro. Porque así fue. Recortada por la luz que proporcionaba la puerta abierta de la entrada y con el halo fantasmal de las persianas recién bajadas, una voluptuosa Esmeralda, con la falda ceñida al cuerpo, hacía el gesto de llamar solo para alertar de su presencia, porque no había puerta cerrada alguna que la impidiera entrar.

—Estaba abierta —saludó con su sugerente voz de barítono.

Koldo notó que se le helaba la sangre. La puerta no estaba abierta; ni siquiera seguía la llave bajo el felpudo. Debía haber tomado el juego de llaves de la garita de Paco, en la recepción de

Píramo. O puede que sí, que se hubiera dejado la puerta abierta y fuera ella la que estaba siendo presa del delirio.

—Qué oscuro tienes esto, ¿no? —prosiguió la presidenta como si tal cosa, buscando el interruptor más cercano.

Sus movimientos, su voz, parecían los mismos de siempre; Koldo no pudo percibir nada en ella que delatara una personalidad haciendo aguas. Aquella ausencia de señales delatoras, lejos de tranquilizarla, la inquietó todavía más.

—Estaba cerrando todo para irme —contestó. Esperaba que Esmeralda no notara nada raro en su tono apresurado.

Su interlocutora por fin dio con el interruptor. El salón se iluminó de forma súbita, como un día radiante habitado por dos personas obligadas a mostrar alegría al encontrarse.

—¿Y eso? —La miró extrañada—. ¿Qué ha pasado con el reposo?

Se aproximó despacio. Demasiado, pensó Koldo. Luchó contra la tentación de apartarla de un empujón y salir corriendo, pero solo llevaba una camiseta encima de sus muslos desnudos y estaba descalza. Tampoco sabía qué haría al huir ni de qué lo hacía exactamente. Así que se quedó quieta y trató de sonar alegre, cortés y no premeditada.

—Oh, buenas noticias. Acaban de decirme que todo va bien. Así que por fin puedo hacer vida normal. Ahora mismo me iba a arreglar, he quedado para celebrarlo.

Esmeralda asintió, aleteando la sombra azulada de sus párpados.

—Cuánto me alegra oírte. Un poco de aire y movimiento te sentarán bien.

Y eso pareció cuando sonrió al mirarla. Puede que la alegrara sinceramente la noticia. O la posibilidad de que fuera a ausentarse más a menudo de casa.

—Había venido por lo del patio —prosiguió la presidenta—. El seguro de la propiedad habló con el perito porque quería que le diera una fecha para acercarse a inspeccionarlo. Venía a consultarte el mejor día creyendo que no te moverías de aquí. Pero ahora parece mejor aprovechar una ausencia tuya y quedarme yo

supervisando, así te quitamos de molestias, ¿no te parece? —Añadió, resuelta en su empeño. No parecía el día en el que Esmeralda tuviera pensado despojarse de su máscara ni hacer una gran revelación, así que prefirió seguirle el juego.

—Claro, claro. Me parece bien. Déjame que me organice y la semana que viene te digo cuándo estaré fuera para que puedan acercarse —le respondió con vaguedad.

Esmeralda la miró satisfecha, como si hubieran cerrado un trato de suma importancia. Luego, lejos de irse, avanzó un par de pasos, se sentó en el sofá más cercano al patio y sacó un abanico de entre las carnes de su pecho con el que comenzó a darse aire. El chas chas chas del abanico se mezcló con el *cling cling cling* de los abalorios de su pulsera.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó Koldo, en contra de su voluntad.

—No, estoy bien, gracias —respondió la otra sin mirarla, como si en realidad estuviera en su salón y no en el de Koldo, y se hubiera olvidado por completo de la presencia de esta.

Ambas guardaron un silencio que Koldo no se atrevió a romper. Tampoco le hubiera gustado que la invitaran a adivinar qué se cruzaba por la cabeza de Esmeralda en aquel momento; su mente parecía haber naufragado en algún lugar y la joven se estremeció pensando en el momento en que iniciara su regreso.

—Me voy a vestir —le dijo a cambio—. Solo tardo un momento.

Desapareció por la puerta del fondo que conectaba el salón con el dormitorio, esbozando un gesto de desesperación cuando perdió de vista a la presidenta. Dudaba entre seguir haciendo la maleta, vestirse a toda velocidad o esperar a que su visita se aburriera de sí misma y decidiera irse por donde había venido. Entonces cayó en la cuenta. Había dejado los tebeos encima de la mesa, justo enfrente del chasquido del abanico de Esmeralda. No recordaba cuál era el cómic que reposaba sobre el resto, ni si este estaba abierto por la página donde el nombre de la presidenta no aguardaba a otra cosa que a ser leído por quien lo cogiera. Se estremeció. Desde luego, no

iba a quedarse para averiguarlo. Notando el latido de su corazón en ambos oídos, confió en que el repentino silencio del abanico al otro lado de la pared no fuera el preludio de nada aciago, sino una prolongación de aquel estado semicatatónico en el que parecía sumida. Miró las persianas con pesar; de haber seguido abiertas, le habría resultado más sencillo escabullirse en silencio hasta el patio y subir por las escaleras hasta la casa del ruso. Pero accionar el mecanismo era demasiado ruidoso, la pondría sobre aviso. Fastidiada por lo desafortunado de aquella situación, echó mano de un pantalón ligero que colgaba sobre la silla del dormitorio, se lo puso sin molestarse siquiera en abotonárselo y cogió las sandalias con una mano mientras, con el móvil en la otra, se dirigía de puntillas hacia la puerta que desembocaba en el distribuidor. Una vez allí, asomó con cuidado la cabeza hacia el salón tratando de atisbar el perfil de Esmeralda. Si seguía sentada en el sofá, calculó, únicamente la vería deslizarse hacia la puerta de la entrada una vez estuviera en el pasillo principal, y para entonces sería demasiado tarde, apenas la separarían cuatro metros hasta alcanzar la puerta de entrada. Sabía que no tenía mucho margen para dudar. Respiró hondo y se embarcó en aquella huida hacia delante que solo le llevaría tres segundos. Pero, a punto de alcanzar su objetivo, algo salió a su encuentro a través del umbral de la cocina. Se paró en seco, tratando de entender lo que la separaba de la meta prevista. Tardó un instante en darse cuenta de que Esmeralda ya no estaba sentada en el sofá a sus espaldas y apenas dos en identificar que el objeto que se recortaba en la mano de esta, ahora frente a ella, no era su abanico, sino el filo de una hoja que la presidenta empuñaba por su mango de madera. Se trataba del cuchillo japonés que Asier se había dejado meses atrás en casa. Necesitó algo más para entender la intención de Esmeralda, cuyos iris verdes se posaron en ella con un brillo desquiciado.

—¿Qué pretendes hacer, Esmeralda? —le preguntó, incrédula.

—Lo mismo que hicieron con Dora hace medio siglo. Ni más ni menos que lo que se había buscado.

Sintió que las piernas le fallaban. Aquella señora había perdido la cabeza por completo. La joven dio un par de pasos atrás, calculando la dirección que le convenía tomar en la bifurcación que se abría a sus espaldas. Optó por retroceder hacia el salón, donde la luz seguía encendida, sin perder de vista a la presidenta, que avanzaba a medida que ella retrocedía. La alivió pensar que la puerta que aguardaba bajo la marina evitaba dejarla encajonada a merced de aquella desequilibrada y le ofrecía una vía de escape alternativa.

—Pero ¿qué te hizo a ti Teodora? —preguntó con verdadero deseo de entender, más que como estrategia para ganar tiempo.

La presidenta se detuvo y miró a Koldo con una mezcla de locura y sorpresa, como si le pareciera de muy mal gusto que su interlocutora desconociera la respuesta.

—¿Que qué me hizo? Quitármelo. Arrebatarme a Pascual —lo dijo como si la respuesta fuera obvia.

—¿Pascual y tú? —Muy a pesar suyo, fue el turno de Koldo de confirmar su teoría.

Aquello puso furiosa a la presidenta; saltaba a la vista que Esmeralda no consentía que se ignorara lo que para ella había sido una verdad oficial.

—¡Íbamos a casarnos! —soltó con un chillido—. Me convenció para venirme de Barcelona cuando trasladaron la editorial a Madrid; suya fue la idea de alojarme en La Proa, ni más ni menos que en la casa que estaba frente a la suya, y él fue el primero en hablar de boda… ¡Me lo prometió todo! Pero a los pocos meses se embarcó en uno de esos locos viajes suyos y cuando volvió ya no era el mismo. Lo notaba frío y distante, esquivo. Al poco, volvió a irse y fue cuando se trajo con él a aquella fulana de Miami. ¡Dora! La mosquita muerta, tan tímida, tan modosa, tan educada… Pascual no solo tuvo la desfachatez de pedirme que la acogiera y le dejara una habitación en el piso que tenía yo aquí, en La Proa, sino que la introdujo en su círculo íntimo y empezó a exhibirla por todo Madrid como un trofeo mientras ella se pavoneaba sin pudor colgada de su brazo. Se paseaban por El Retiro tan acaramelados, los veían cenando en el

Ritz como dos tortolitos y luego se iban de fiesta a Pasapoga; todo lo que siempre dijo que iba a hacer conmigo. ¡Hasta que un buen día aparece con aquel anillo de pedida! ¡La muy zorra!

A pesar de la distancia, Koldo notó en su rostro los espumarajos de rabia con los que Esmeralda pronunció aquella última palabra, lo que la hizo retroceder un paso más hasta que sus muslos tropezaron con el brazo del sofá. Reacia a quedarse ahí atrapada, comenzó a rodearlo para convertirlo en una especie de parapeto tras el que protegerse de su agresora, mientras seguía preguntando, en parte por saber y en parte por tenerla distraída.

—No tenía ni idea de todo esto que me estás contando, Esmeralda, te lo prometo. No sé qué crees que sé. —Echó un rápido vistazo a la mesa, maldiciendo al ver que el cómic firmado por la presidenta estaba sobre el resto—. Pero piénsalo: soy nueva aquí, estoy viviendo en esta casa de casualidad, no había nacido cuando ocurrió todo. ¡Ni siquiera sé lo que pasó de verdad aquel día, por Dios!

Esmeralda se rio como una lunática.

—Ocurrió lo que tenía que ocurrir. ¿No creerías que me iba a quedar de brazos cruzados y permitir todo aquello delante de mis narices? Tenía a aquel chaval de la editorial loco por mí, pobrecito. Qué ingenuo era. Aquel fin de semana me ocupé de que todos supieran que yo me había tenido que ir a Barcelona y que Dora se quedaba sola en casa. Cuando la hice salir para una última prueba de su vestido, atraje al chaval con la excusa más tonta y lo recibí con el mismo vestido estampado con el que Dora había paseado aquel día con Pascual por el Retiro. Sabía que Pascual estaría en casa y seducirlo frente a la cristalera que separa Píramo de Tisbe fue un juego de niños. No contaba con que Pascual fuera a reaccionar de aquella manera.

La presidenta pareció de nuevo ensimismada, seguramente perdida en los recuerdos. Pero Koldo fue incapaz de aprovechar aquel lapso para huir; le pudo el ansia de saber. Se limitó a ganar algo de distancia rodeando el sofá por completo y, cuando se sintió

relativamente a salvo, reclamó de nuevo la atención de la mujer.

—Esmeralda…, ¿qué hizo Pascual?

La aludida volvió en sí.

—Pascual podía ser muy frío y supuse que rompería el compromiso con aquella refinada crueldad suya. Pero también era muy temperamental, ahí me fallaron los cálculos. En un momento dado oímos un estruendo de golpes contra el cristal que nos dejó lívidos; era él dándole puñetazos. La mampara comenzó a agrietarse mientras la sangre empezaba a empañarla. Me aterrorizó pensar que pudiera romper el cristal y descubriera el engaño, no sé de qué hubiera podido ser capaz, así que obligué al chaval a salir de casa a toda prisa. Bajamos hasta la entrada de Tisbe como almas que lleva el diablo, pero nadie nos seguía. El pobre estaba presa de un ataque de nervios; no entendía nada y lo único que quería era ir a casa de Pascual a darle todas las explicaciones del mundo. Conseguí llevármelo a tomar un *whisky*, le aseguré que todo había sido un error y que lo único que tenía que hacer era estarse callado; nadie lo había visto y nadie podía culparlo de nada, le aseguré. Yo me ocuparía del resto.

Tragó saliva, tratando de ordenar sus atropelladas ideas, a medio camino entre el recuerdo y el delirio. Koldo aguardó, aún parapetada tras el sofá.

—Supongo que fue entonces —prosiguió— cuando nuestra angelical Dora se encontró el cristal de casa resquebrajado y, con el alma zozobrante, acudió a ver qué le ocurría a su enamorado. Todo se desmandó. El dedo, el anillo, el suicidio… Dora, explicaron, escapó al norte y el chaval, decían, regresó a su pueblo de Albacete. En realidad, nunca se volvió a saber de ellos; su huella se perdió en La Proa para siempre. Es como si se los hubiera tragado a todos este patio —añadió, señalando en dirección al exterior de la casa—. A todos. A Pascual, a Dora, a Tristán…

A pesar de lo extravagante de la situación, Koldo no pudo evitar manifestar su sorpresa.

—¿Tristán?

—Sí, Tristán; el chaval que trabajaba para Pascual y su padre, el chico de los recados, la víctima de mi engaño. El joven que bebía los vientos por mí, al que seduje en mi piso y que jamás volví a ver.

La coincidencia del nombre asombró a Koldo de tal modo que, por un momento, olvidó que su interlocutora era una demente con un arma blanca en la mano.

—¿El tipo de la librería de abajo? —sugirió en contra de su voluntad, como si ella misma no entendiera lo que estaba preguntando.

La carcajada que profirió entonces Esmeralda le heló la sangre. Era una risa desquiciada; la reacción desproporcionada a un chiste malo, también la promesa de una inminente revelación.

—En la librería de abajo no hay ningún Tristán.

En ocasiones, la comprensión de algo evidente lleva más tiempo del esperado. Le ocurrió cuando vio la sangre en su ropa interior en aquel viaje en tren; cuando se encontró su dormitorio de la época universitaria revuelto y sus pertenencias esparcidas por el suelo; cuando Esmeralda la aguardaba en el umbral de la cocina empuñando un cuchillo. El cerebro se dedica a rebuscar hipótesis alternativas que resulten más cómodas de asimilar que ceñirse a la peregrina evidencia. Esta vez necesitó que alguien que ni siquiera estaba en su sano juicio se lo explicara.

—Tristán lleva los mismos años bajo tierra que el tipo de abajo convenciéndose de que lo es.

Koldo volvió a intentar entender, sin éxito.

—¿Qué quieres decir?

—No te hagas la tonta conmigo, muchacha. Me habéis tenido más de medio siglo engañada, y me habría muerto así de no haber regresado a Madrid, pero os ha salido mal, ya ves. Al poco de morir mi marido pensé que había llegado el momento de volver a Madrid, de reencontrarme con mi pasado. No daba crédito cuando vi la oportunidad de comprar la casa. Fue un impulso que seguí sin pensar demasiado. Al principio me sentía tan ridícula, ejerciendo de presidenta y tratando de reavivar los fantasmas del pasado, que me

arrepentí de haber hecho caso de aquella loca corazonada. Entonces lo vi. Seguramente no hubiera pisado esa librería en mi vida, pero esa afición suya a visitar a los Trebujena hizo que nuestros caminos se acabaran cruzando y terminó por llamar mi atención. Al principio creí que se trataba de un espejismo, de una broma pesada de mi subconsciente. Es verdad que habían pasado muchos años. Y él hacía lo posible por evitarme. Pero a alguien no lo definen solo una mirada oculta tras unas gafas o un bonito cabello que ya perdió. No se puede dejar de ser quien se es, y no puedes dejar de saberlo si te cruzas con él.

Por fin lo entendió. La lucidez la poseyó con la precisión con la que la fulminaría un rayo. Hace cincuenta y cinco años no fue Pascual Silva quien murió en esa fuente. Tampoco era ahora Tristán quien caminaba renqueante apoyado en su bastón, mientras su cráneo de mariscal, sus gafas tintadas, el muñón y sus tatuajes intrigaban al vecindario. Tristán era Pascual Silva. El volátil y temperamental heredero, el inquietante personaje que poblaba las leyendas de La Proa, el galán de tirabuzones dorados y mirada de mujer.

Koldo no tuvo mucho margen para asimilar aquella revelación. La presidenta daba por hecho que aquel era un conocimiento compartido y sus inquietudes iban en otra dirección, por lo que había reanudado su particular ofensiva.

—Pero no pretenderíais que no moviera un dedo viendo cómo Pascual campaba a sus anchas por La Proa y tú, mi pequeña Dora, por esta casa, como si nada hubiera pasado, mientras los dos fingíais que el anillo seguía desaparecido.

Koldo constató que la lucidez había abandonado por completo a la presidenta. Mezclaba presente y pasado con un pavoroso convencimiento.

—¡Por Dios, Esmeralda! ¡Soy solo la vecina nueva! Estás empeñada en que sé algo que desconozco, incluso has enviado a una señora que se hace pasar por Teodora para sonsacarme; ¡y la mitad de lo que sé, lo sé por ella! —se atrevió a protestar Koldo casi

como una súplica, incapaz de procesar tanta información.

—Y ni siquiera te engañó, por lo que veo. Qué dinero más mal empleado —se lamentó la otra, sin darle en realidad demasiada importancia—. Tenía que haberlo hecho yo desdé el principio.

—¿Hacer qué? —se desesperó la joven—. ¡Esmeralda, por favor! ¿Qué crees que te puedo contar yo que tú no sepas?

La presidenta negó con la cabeza mientras chasqueaba la lengua.

—No sigas por ahí. Esos cómics no solo me han delatado a mí; también a ti —dijo, señalando con la cabeza en dirección a la mesa donde reposaban los tebeos—. Sé que has encontrado el primer número de *El Ángel*.

Koldo maldijo en silencio su mala suerte.

—Pero eso no quiere decir que también tenga el anillo.

—También he visto la rana.

Sin querer, su vista se dirigió en dirección a la mesa donde reposaba aquella figura que se disponía a asistir a un nuevo drama con la misma impasibilidad con la que presenciara el primero, décadas atrás. La joven gimió ante el peso de aquel razonamiento que, aunque equivocado, ella misma había tenido un día antes. Sabía que era inútil, pero trató de hacérselo ver a la presidenta.

—Esmeralda, la rana estaba junto con los tebeos, no te lo voy a negar. Pero el anillo no. Si alguna vez estuvo, alguien se lo llevó tiempo atrás.

La aludida esgrimió una sonrisa bondadosa que a Koldo le puso los pelos de punta.

—No esperaba que fueras a decírmelo a las primeras de cambio. Siempre lo niegas todo, Dora.

Se dio cuenta de que era inútil tratar de persuadirla; Esmeralda se había sumergido por completo en aquel delirante plano paralelo en el que no cabía razonamiento alguno. Sin desprenderse de aquella indescifrable sonrisa de esfinge, dirigió la mirada en dirección a su mano, como si acabara de recordar que seguía sujetando un cuchillo, y luego volvió a mirar a la joven mientras comenzaba a rodear el sofá. Aquel era el momento de poner

distancia de por medio. Tomando impulso, Koldo empujó el sofá contra la presidenta haciendo que esta perdiera el equilibrio. Luego se escabulló rápidamente hasta su dormitorio y rodeó su escritorio, esperando que Esmeralda la siguiera. Pero a la altura de la cama se dio cuenta de que no oía pasos a sus espaldas. Sola en la habitación, se detuvo a escuchar la dirección desde la que provenía el sonido en el salón contiguo. Solo silencio. Supuso que, a pesar de su enajenación, conservaba la lucidez necesaria como para saber que cualquiera de las dos podía sacar ventaja de la comunicación circular del piso. O perderla por el camino. Esmeralda era quien tenía el cuchillo, pero ella era mucho más joven y rápida; solo necesitaba detectar a tiempo por cuál de las dos puertas entraría la presidenta para correr en la dirección contraria. Imaginó que esta trataría de cortarle la salida por la entrada del distribuidor de la entrada, para así seguir teniéndola arrinconada al fondo del piso, así que volvió en silencio sobre sus pasos, ganando un par de metros hacia la zona de los ventanales. El haz de luz que se proyectaba desde el salón contra la puerta abierta, sin embargo, la alertó de su error, proyectando las piernas de la presidenta avanzando hacia el umbral.

Koldo corrió como alma que lleva el diablo en dirección opuesta; rodeó la cama, atravesó el distribuidor y avanzó por el pasillo principal sin mirar atrás hasta dar de bruces con una imponente figura que, una vez más, volvía a interponerse entre ella y la libertad. Acusó el impacto debido a la colisión y acto seguido percibió cómo, con un gesto brusco, aquella figura la cogía en volandas y la lanzaba con brusquedad hacia la cocina sin que terminara de entender la lógica de todo aquello. Cayó de nalgas sobre las baldosas mientras, por el rabillo del ojo, percibía una disputa a la altura de la puerta que no comprendió del todo hasta que no giró la cabeza. Tristán y Esmeralda forcejeaban, una enloquecida y fuera de control, y el otro tratando de reducirla. Tristán sofocó una especie de jadeo que Koldo no tuvo tiempo de interpretar, mientras el librero respondía con un contundente bofetón con el que el cuerpo de la presidenta se estremeció antes de perder

el sentido. Sujetándola como a un trapo, Tristán se giró en dirección a Koldo, que seguía sentada en el suelo.

—¿Tienes una cuerda?

Un par de objetos habían salido despedidos en la refriega. Primero, el bastón con empuñadura de cocodrilo de Tristán, que rodó hasta chocar contra sus pies descalzos, y después, el cuchillo de Asier, que quedó tirado delante de sus narices como el recuerdo de un mal sueño. Se esforzó en apartar la vista del mismo y prestar atención a la pregunta.

—¿Una cuerda? ¿Por qué voy a tener una cuerda?

Entonces cayó en la cuenta de que sí la tenía. Se levantó, abrió un cajón y sacó unas tijeras con las que se dirigió a la ventana de la cocina que daba a un diminuto patio interior. Sin demasiados miramientos, liberó la cuerda del tendedero de un par de bragas suyas que había colgado Macarena y que cayeron al patio y, cortándola, se la ofreció a Tristán con la misma formalidad de quien hace entrega de una soga para ahorcar. Esmeralda seguía inconsciente. A pesar del temblor del que seguían haciendo gala las manos del librero, Koldo admiró la pericia marinera con la que el tipo anudó sus muñecas y, a continuación, sus tobillos, dejándola delicadamente reclinada sobre el suelo del *hall*.

Luego se dirigió a ella:

—¿Todo bien? —Se aseguró.

—Supongo.

—En ese caso…

Sin terminar la frase, se agachó con cierto esfuerzo para hacerse con su bastón y dio media vuelta. Koldo lo detuvo sujetándole del brazo y obligándole con el gesto a que la mirara.

—Espera, no irás a marcharte así sin más.

—Por supuesto que sí.

—Espera, por favor —insistió Koldo tirando de su brazo—. Pascual.

El tiempo pareció detenerse. Luego, el imponente librero comenzó a girarse con mucha calma y, como si en ese movimiento

estuviera tomando la decisión de una vida, se apoyó en su bastón y, deslizando sus gafas con el muñón hasta que estas ocuparon su cráneo como una tiara, miró a Koldo con aquellos ojos que ella tantas veces había visto observándola desde otros lugares. Ahora proyectaban una mirada vieja, casi anciana, estaban faltos de pestañas y lucían a cambio las bolsas propias de quien ha cargado mucho en ellas a lo largo de los años. Pero seguían mirando igual.

Koldo lo contempló con la reverencia con la que un creyente habría asistido al regreso a la vida de un icono largamente adorado.

—Al final la vasca ha dado la campanada.

Koldo seguía atónita. Las preguntas pugnaban por salir, pero su cabeza se negaba a ordenarlas y su voz a articularlas.

—¿Cómo es posible? —Es lo único que alcanzó a formular.

—Lo sé, es difícil creer en los fantasmas —reconoció él—. A veces ni yo mismo sé a quién veo en el espejo.

El librero esgrimió aquella salvaje sonrisa suya de bucanero.

—Pero esta señora de aquí es muy real. —Señaló a Esmeralda, que profería inquietos gemidos anunciando que comenzaba a abandonar el estado de inconsciencia—. Y peligrosa. Hace meses que regresó a la colonia, sabe Dios por qué. Tuvimos un primer careo en la librería, pero no pareció que ninguno de los dos tuviera interés en sacar a pasear sus trapos sucios. Se limitaba a deambular por la colonia, husmeándolo todo, como si buscara a un perro extraviado, ajena a que ella era en realidad ese perro sin collar en busca de su amo. Preferí dejarla estar; volví a juzgarla mal. Desapareció un par de meses; me dijeron que estaba en Barcelona. Pero a su regreso, que coincidió con tu llegada, su actitud comenzó a ser más errática y desquiciada que nunca, y preferí no perderla de vista. Se pasó por la librería hace solo un momento; estaba fuera de control. Me preguntó por el anillo, por Teodora, por esta casa, por ti. Esta vez no me apeteció sentarme a esperar para descubrir demasiado tarde qué se traía entre manos. Hace décadas se empeñó en hacer de mi vida un infierno, pero para eso me bastaba yo solo. Ninguno de los dos éramos unos angelitos. Entonces se salió a

medias con la suya, pero esta vez no. Hoy decides tú. Seguro que lo que vas a hacer con ella es mucho más sensato que lo que harían Tristán o Pascual.

Entonces lo notó. Koldo, que aún sujetaba al librero, percibió una sensación cálida y pegajosa en la mano que la obligó a soltarlo del brazo y mirarse la palma buscando una explicación. Era sangre. El costado de quien para ella todavía seguía siendo Tristán sangraba en abundancia. Había empapado su brazo y, por extensión, la mano de Koldo.

—¡Tienes una herida! Hay que llamar a una ambulancia.

El librero negó con el bastón.

—Me parece que no.

—Déjame que la vea por lo menos. Tengo alcohol y vendas —exclamó Koldo, tratando de ganar tiempo mientras buscaba el móvil que, entonces cayó en la cuenta, llevaba un buen rato sonando. Seguramente había salido despedido al tiempo que ella caía al suelo y ahora la reclamaba desde debajo de alguno de los muebles de cocina.

—¿Alcohol de qué tipo?

Aún agachada, ella lo miró, desconcertada. Tardó demasiado en entender la pregunta.

—Lástima. El que necesito es el otro.

Con un gesto del muñón sus gafas volvieron a su posición original y, aprovechando que Koldo seguía a gatas, dio media vuelta y, sin despedirse, como solía, salió por la puerta y renqueó por el pasillo en dirección a las escaleras por las que en aquel momento subía Tifón, a grandes zancadas, seguido de una apresurada Macarena.

# Epílogo

No hubo funeral como tal. Apenas media docena de personas, todas venidas de La Proa, se reunieron en la Almudena para despedir al librero aquella tarde de verano en la que ondeaba el cielo azul de Madrid. La segunda vez que murió Pascual Silva no fue por un suicidio ni debido a una brutal cuchillada infligida por Esmeralda Vázquez, sino de madrugada en la bañera, víctima de unas fiebres salvajes que no se atrevieron a certificar como malaria. Tampoco lo hizo con su nombre, así que la memoria del romántico galán quedó a salvo. Una botella de *whisky* escocés rodó sobre las baldosas cuando Paco, armado de su manojo de llaves, fue instado a entrar en su casa de Orfeo para asegurarse de que todo iba bien y abrió la puerta del baño. El bastón aguardaba apoyado en la bañera, como un perro esperando la llamada de su amo.

Sucedió la misma noche del incidente ocurrido en la primera planta de Píramo, pero aquel acontecimiento tampoco sirvió de pasto para la crónica negra de ninguna revista. Macarena todavía se santiguaba al recordar la escena con la que se encontraron al llegar de forma apresurada tras la llamada de Iso: Koldo con un susto de muerte, Esmeralda maniatada y un cuchillo ensangrentado en el suelo. Fue la propia Macarena quien se encargó de localizar a los hijos de la presidenta de la comunidad a través del conserje. La decisión de su madre de trasladarse a Madrid a la muerte de su padre los había dejado perplejos, hasta el punto de pedirle que

regresara a Barcelona con la excusa de unas gestiones relacionadas con la herencia que procuraron demorar más de lo necesario para tenerla bajo supervisión. Fueron los dos meses que Esmeralda faltó en La Proa y Koldo compró el piso del Cordobés. Aquella segunda vez, Esmeralda prácticamente se fugó a Madrid entre las protestas de sus hijos. Lo que se encontró en la colonia a su vuelta no contribuyó a calmar su estado; las llamadas a Barcelona se fueron distanciando y las conversaciones con sus hijos resultaban cada vez más incoherentes, así que el desenlace no los pilló del todo desprevenidos y casi supuso un alivio poder poner fin a las andanzas de su madre por la capital.

Esmeralda aguardaba ahora su tumo para ingresar en un discreto psiquiátrico a las afueras de la Ciudad Condal y las cenizas de Pascual reposaban en una urna que le fue entregada a Esteban Trebujena. Pensativa e incapaz de asignarle todavía una emoción concreta a lo ocurrido, Koldo caminaba junto a su vecino, quien, tras colocar la vasija en una bolsa detrás de la silla de ruedas de su hermana, la empujaba en dirección al taxi adaptado que los esperaba a la entrada del tanatorio. Macarena se había marchado con Eduardo con la excusa de que tenía faena en casa, y Asier se había despedido de Koldo poco antes con un beso en la mejilla que un receptor menos entrenado hubiera podido interpretar como una promesa y que a ella le sonó a despedida. Cuando Esteban la invitó a merendar a casa, no lo dudó. Su regreso a la verticalidad y su flamante vida de embarazada activa le provocaban un hambre voraz a todas horas.

El patio de los Trebujena también se había reservado una pequeña parcela del bonito cielo azul de aquella tarde. Bajo el mismo, la brisa imprimía un grácil movimiento a las páginas del periódico atrapado por la jarrita de leche y al cabello malva de Amelia, que acariciaba su delicada tez velando por su sueño. Koldo le daba sorbos a su descafeinado mientras sus ojos vagaban por el crucigrama del periódico, que parecía bailar al compás de la brisa.

—Cambiar una cosa por otra. Nueve letras —leyó en voz alta—.

Sustituir.

Esteban, que se estaba acercando una taza de poleo menta a la boca, se detuvo a mitad de camino.

—¿De verdad pone eso?

—No.

El vecino terminó de posar la taza en sus labios y le dio un cuidadoso sorbo, devolviéndola acto seguido al platito que descansaba sobre la mesa, junto al crucigrama. Luego miró a Koldo con expresión inocente.

—La palabra que estás buscando es todavía más precisa; una lástima que solo tenga ocho letras.

La joven aguardó mientras el otro se tomaba su tiempo.

—Cambiazo —dijo finalmente, con un amable tono didáctico que a la joven le sonó provocador. Mordió el anzuelo.

—Es lo que hicisteis con Tristán y Pascual, ¿verdad?

Esteban suspiró, elevando la mirada al cielo, como si el vecino de arriba por fin hubiera dejado de hacer ruido. Luego miró a su hermana con dulzura.

—Todos sabíamos que este momento llegaría, ¿verdad, Amelia? —Luego se giró hacia Koldo con el rostro revestido de una novedosa gravedad—. No podía saber cuánto había llegado a contarte Esmeralda, y tampoco tuve ocasión de preguntárselo a Pascual —se lamentó—. Pero veo que fue suficiente.

—Digamos que Esmeralda solo me avanzó los titulares y Pascual no tuvo tiempo de rebatirlos —matizó ella—. Ninguno de los dos entró en detalles.

Esteban alisó los pliegues de la servilleta de hilo que reposaba sobre su rodilla.

—Esmeralda, en realidad, no lo sabía.

Reflexionó antes de seguir.

—Como todos, ella también creyó en su momento que Pascual había muerto. Pero acabó descubriéndolo. No sé qué se le pasó por la cabeza a esa mujer para regresar a la colonia cincuenta años después, pero desde que reapareció, y con la excusa de su cargo,

iba y venía por la comunidad como un perro de presa, merodeando siempre que tenía ocasión. A nosotros no nos perdía de vista, igual que a Tristán, pero no se atrevía a mucho más. Viviendo donde vivías, tú te convertiste en su objetivo prioritario. Me imagino que seguía buscando el anillo, así que le dije a Tristán…, a Pascual —se corrigió—, que se anduviera con ojo, pero que no perdiera el control. Pascual nunca fue muy cauto; creo que llegaste a conocerlo lo suficiente como para darte cuenta, y en eso no había cambiado. Pero por consideración a nosotros, la evitó todo lo que pudo. Salta a la vista que no fue suficiente.

—Y entonces ella amenazó con destapar el pastel y delatarlo.

—En absoluto. La única injusticia que estuvo interesada en denunciar esa señora fue la que supuestamente Pascual cometió con ella. Esmeralda solo vivía para el despecho, el rencor… y el anillo. Lo que hubiera sido de Tristán le traía sin cuidado.

Koldo fue incapaz de contenerse.

—Entonces fue Pascual quien lo mató.

Su interlocutor asintió a regañadientes.

—Técnicamente hablando, digamos que sí. Ese día, cuando regresamos a casa después del cine, Amelia fue la primera en encontrarse con aquella escena dantesca. Nunca olvidaré mi impresión al salir; mi hermana de pie, conmocionada, y aquel cadáver medio sumergido en la fuente. El azar quiso que Tristán y Pascual compartieran cierto parecido: ambos eran corpulentos, bien plantados y rubios. Así que, a primera vista, lo más lógico era pensar que aquel cuerpo sin vida perteneciera a la persona que vivía aquí. Mi hermana quedó atrapada en aquel funesto espejismo, pero yo solo tuve que acercarme un par de pasos para salir de mi error. El cadáver pertenecía a Tristán; Pascual aguardaba al otro lado de la fuente con la espalda apoyada en la misma y mirando con rictus descompuesto sus manos ensangrentadas. Puedes imaginarte lo ocurrido. Tristán fue a verlo para pedirle disculpas. Como el desgraciado nunca llegó a entender que lo habían utilizado, interpretó la ira del otro como una señal de que este sentía algo por

Esmeralda. Le dijo que el amor lo había cegado, que creía que a Pascual no le importaría, siempre en referencia a Esmeralda. Pascual, por su parte, creyó que hablaba de Teodora y aquello terminó de enloquecerlo. Se enzarzaron en una pelea en la que Tristán llevaba todas las de perder. La mala suerte quiso que un puñetazo propinado por Pascual le hiciera perder el equilibrio y acabó golpeándose la cabeza contra una de las esquinas de la fuente. Debió de morir al momento. Nosotros llegamos poco después y luego don Gregorio, que solía pasarse por Píramo al caer la tarde. Oímos su versión consternados: la traición de Teodora primero y cómo este, al reconocerla por el vestido, había sido testigo de la misma a través del cristal; el sangriento y feroz arrebato posterior de Pascual en aquel mismo patio con Teodora, y la visita de Tristán con el fatídico desenlace. La cosa no pintaba bien; describir aquello como el desafortunado accidente que había sido, después de aquella ciega locura que se había apoderado de él, no parecía muy probable. Un suicidio, en cambio, sí.

Esteban hizo una pequeña pausa que aprovechó para humedecer de nuevo sus labios con un pequeño sorbo de menta poleo. El descafeinado de Koldo se había quedado helado sobre sus rodillas hacía rato.

—Confieso que la idea fue mía —prosiguió el anciano—. Ni don Gregorio ni su hijo estaban en condiciones de pensar o hacer demasiado. Así que yo mismo me ocupé de buscar uno de los trajes claros de Pascual y ponérselo al muchacho. También del resto de detalles: los cortes en las muñecas, el dedo amputado escondido en el puño…

Debió percibir el rostro de pasmo de Koldo, que se estaba dando cuenta de que el respetable octogenario que tenía delante era en realidad el cerebro del complot que había tenido a la colonia en vilo durante más de medio siglo. Este no se dio por aludido.

—Tristán era un muchacho sin familia conocida, recién llegado de un pequeño pueblo de Albacete; no era descabellado pensar que nadie preguntaría por él. Y la escena que yo improvisé en apenas

media hora era más o menos verosímil a primera vista. De esto hace ya muchos años. En aquella época, un apellido respetable pesaba más que cualquier posible incongruencia, como así fue. Pascual se suicidó. Y Tristán hizo el petate, y el chófer de don Gregorio, el padre de Macarena, lo llevó a Bilbao aquella misma noche. Embarcó en un carguero y desapareció.

Un suspiro quedó atrapado en la garganta de Koldo porque el anciano no había terminado.

—Esa misma noche, don Gregorio acudió a Tisbe a ver a Teodora. Quería pedirle disculpas en nombre de su hijo… y discreción. Teodora, que llegaba entonces del hospital con la mano vendada y el vestido manchado de sangre y desgarrado, no solo siguió negando que le hubiera sido infiel a Pascual, sino que le aseguró a su padre que perdonaba a su hijo a pesar de todo y que guardaría silencio. Cumplió. Se marchó al norte y nunca más se supo de ella. Esmeralda, que regresó al día siguiente tras su supuesto fin de semana en la sierra, se encontró con un suicidio, una compañera de piso desaparecida y su joven admirador en paradero desconocido. Fue lo suficientemente lista como para no hacer preguntas, pero no tanto como para no dejarse arrastrar por su propia desfachatez. Continuó trabajando en la editorial ilustrando aquel tebeo femenino hasta que un buen día, tiempo después de la tragedia, se tropezó en las oficinas con don Gregorio. Llevaba el mismo vestido ceñido y estampado con el que don Gregorio vio a una ensangrentada Teodora regresar el día de autos del hospital. Lo curioso es que este estaba impecable. Esmeralda no estuvo en el despacho de don Gregorio más de cinco minutos. Pero para los que no la vieron entrar y salir, también fue como si se la hubiera tragado la tierra.

Esteban se tocó las comisuras de la boca con la pequeña servilleta de hilo bordado que reposaba en su rodilla antes de devolverla también a la mesa. Ahora sí, la narración parecía haber tocado a su fin. Koldo, que supuso que debía sentirse agradecida por aquella confesión, se descubrió a sí misma sintiéndose un tanto molesta por lo tarde que esta había llegado. La sorprendió su propia

susceptibilidad.

—Sé que solo me lo cuentas porque Pascual ha muerto.

—No solo por eso. Ya sabes a qué me refiero.

El timbre del horno, que fue simultáneo a la alarma interior de Koldo, avisó en ese momento de que el pastel estaba listo, devolviéndolos al presente. Esteban hizo una mueca, simulando un cómico fastidio por lo inoportuno de la interrupción.

—A un bizcocho no se le puede hacer esperar.

Koldo fue abandonada a la inesperada frescura de aquel patio exterior envuelto en aspidistras. Las golondrinas parecían volar especialmente bajo aquella tarde, y lo que hasta entonces era una brisa ligera iba adquiriendo la consistencia de un viento racheado. Zarandeado por su envite, el chal que cubría a Amelia se deslizó hasta sus rodillas dejando sus brazos al descubierto. Sus manos, delicadas y recubiertas de una piel fina y quebradiza como las alas de una mariposa, reposaban en su regazo. Reparó en la alianza dorada que abrazaba su anular izquierdo. La sorprendió pensar que podía haber estado casada. No lograba imaginar la vida de aquella anciana pareja de hermanos más allá de su vínculo con los Silva; desconocía sus deseos, lo que ellos habrían querido hacer de sus vidas si la dinámica de ambas familias no hubiera vinculado sus destinos de forma inexorable a los de sus amos. El escalofrío que recorrió el cuerpo de la anciana en aquel momento, seguramente provocado por la intensidad del viento, la interrumpió en sus cavilaciones. Amelia se removió en la silla de forma inconsciente, como si fuera un mal sueño lo que la perturbara, y su brazo izquierdo resbaló por su regazo hasta caer inerte a un lado. Incorporándose, Koldo se acercó para acomodarla en la silla y arroparla con el chal. Se inclinó con delicadeza sobre ella buscando su mano. Entonces lo notó. Un pequeño objeto, sólido, suave y frío, reposaba en la palma de la anciana cuando la tomó. Le giró la mano con cuidado, curiosa.

Una piedra de corte rectangular y fabulosa presencia irradiaba su intenso color verde desde el interior de su arrugada palma. Lo que

Koldo había creído que era una alianza de casada no era sino el aro de una portentosa joya que no la saludaba a través de los tiempos ni la bruma de la leyenda, sino desde el doméstico anular de aquella anciana desvalida recostada en una silla con ruedines. Contuvo la respiración al tiempo que giraba el anillo de manera que la piedra se mostrara en todo su esplendor sobre la menguante y delicada mano de Amelia, donde sin duda resultaba excesiva y fuera de lugar. La contempló con una mezcla de pasmo y maravilla, aún sin atreverse a respirar. ¿Dónde esconderías un anillo? La respuesta siempre había sido evidente para quien quisiera verla. Una risa un poco ebria se la escapó de la garganta al tiempo que acariciaba la mano de la anciana, notando su suavidad de pergamino. El anillo, arrastrado por el peso de la esmeralda y demasiado grande para el huesudo anular de la mujer, comenzaba a deslizarse de nuevo hacia un lado, iniciando el regreso a su posición original. Los dedos de Koldo, que en un principio se dirigían en pos del anillo para volver a enderezarlo, cambiaron de parecer por el camino y se lo sacaron sin apenas dificultad. La sortija se deslizó por su propio dedo con la misma facilidad y, sin saber muy bien cómo, se encontró contemplando las mil facetas y ricos matices de aquel verde selva desde su propia mano. La idea de que pudiera tratarse de la legendaria y esquiva joya que llevaba asaltando sus sueños y vigilias desde hacía meses la tenía todavía alucinada, cuando la anciana que había dejado de portarla pareció despertar de aquel letargo infinito, quizá en busca de una respuesta ante la novedosa liviandad de su mano. Abrió los ojos lo justo para depositar su mirada en la de Koldo, que la contempló con la misma fascinación que a la joya, como si la viera por primera vez. Apenas fue un momento. Amelia regresó de forma mecánica a la delicada duermevela que parecía ser su estado natural, pero aquel instante fue suficiente. Sus pupilas se habían encontrado en un punto intermedio entre el presente y el pasado mientras el discernimiento se apoderaba de Koldo al darse cuenta, por fin, de dónde provenía aquella inquietante mirada que Pascual parecía haberle robado a una mujer.

—Bueno. Ahora ya lo sabes todo. O casi.

Esteban la observaba desde el marco de la puerta que daba al salón. Tenía dos porciones de bizcocho sobre sendos platitos; un detalle que, dadas las circunstancias, añadía una inquietante nota cotidiana a la escena general. Sin llegar a procesarlo del todo, Koldo prefirió pasar por alto el último apunte con el que su vecino había matizado su propia afirmación.

—¡Amelia era la madre de Pascual!

—Sí, angelito. Y yo, su tío.

Como si tal cosa, se acercó a la mesita y depositó las porciones de bizcocho junto al crucigrama.

—Te ofrecería un poco de coñac para el *shock*, pero no es lo más adecuado en tu estado.

Koldo sacudió la cabeza, sin saber si con aquel gesto convenía o disentía. El anciano se sentó en la silla junto a ella antes de continuar con las explicaciones.

—Don Gregorio dejó a Amelia embarazada estando casado. Cosas de estas ocurrían entonces lo mismo que ahora, pero las convenciones de la época exigían soluciones más complicadas. Pascual fue hijo de mi hermana durante sus primeros años, pero cuando don Gregorio, que no había tenido descendencia oficial, enviudó, le hizo a Amelia una propuesta que no fue capaz de rechazar: darle su apellido al niño y llevárselo a Barcelona. Imagina las oportunidades que se le ofrecerían al muchacho como un Silva en lugar de como un Trebujena. Y así comenzó la historia que nos atañe. Cuando don Gregorio regresó de Barcelona, el destino quiso que volviéramos a reunimos. Amelia no recuperó a Pascual, pero al menos pudo cuidar de él. Luego ocurrió todo aquello. Una sola tarde lo cambió todo. Y mi hermana creyó que había vuelto a perder a su hijo. Para siempre. Fui yo, sin consultar con nadie, quien decidió que mi hermana se quedara con el anillo. Lo de la rana fue fruto de la disputa entre Pascual y Tristán; el caño se torció y la figura estaba tirada en el suelo; la pobre debió acabar olvidada en algún armario. Pero el anillo no. Consideré que, después de perder a un hijo dos

veces y la cordura con la segunda, nadie tenía más derecho que ella. De ahí todo el pequeño revuelo que se ha armado a lo largo de los últimos cincuenta y tantos años en tomo a esta bonita baratija.

El anciano dejó escapar una pequeña risita traviesa que no sirvió para ocultar del todo aquella fría lucidez que lo había guiado en su determinación.

—Seguramente fue una decisión tan cuestionable como la idea de intercambiar las identidades de Tristán y Pascual, pero hoy volvería a tomar ambas de la misma manera. Cuando Pascual regresó, a su padre le quedaba poco tiempo. Estar a las puertas de la muerte ha sido siempre el mejor momento de confesarse, y don Gregorio no fue una excepción. Tristán no volvió a abandonar La Proa, ni a su madre.

Esteban calló un momento, dejando vagar su mirada sobre Koldo como si fuera a emitir algún tipo de veredicto.

—Pero veo que ha hallado una nueva dueña.

La joven lo miró confusa, sin entender. Hasta que, siguiendo los ojos del anciano, fue a parar a su propia mano, donde ella misma se sorprendió al ver la esmeralda que minutos antes había tomado prestada de la mano de Amelia.

—Te queda muy bien.

Koldo se sintió pillada en falta, como si su intención no hubiera sido probársela, sino quedársela.

—Me parece, además, que ya va siendo hora de que ese anillo cambie de manos. Y tú tienes el mismo derecho que mi hermana a lucirla; ella estaría de acuerdo —añadió.

La joven sintió como si todos los huesecillos y vísceras de su cuerpo sufrieran una leve, aunque perceptible, convulsión antes de volver a su lugar. Luego se quedó inmóvil, como detenida en el tiempo, a la espera de lo que Esteban tuviera que añadir. Pero el anciano prefirió guardar silencio. Fue ella quien acabó rompiéndolo.

—¿Cómo lo has sabido?

Esteban sonrió para sí, como al hilo de una broma íntima.

—Oh, ahora es cuando lo sé.

Koldo empezó a dar forma a una especie de protesta, quizá justificación, que Esteban no le dio tiempo a formular, interrumpiéndola en el proceso.

—Pero lo imaginé nada más verte, angelito, igual que Pascual cuando entraste a su librería aquella primera vez. El parecido con tu abuela es asombroso. El mismo rostro, la misma tez…, incluso la misma voz. Eres igual que Teodora. Sabía que su nieta tendría más o menos tu edad. Y cuando, nada más conocerte, mencionaste a tu abuela y sus recuerdos de la colonia, no me cupo ninguna duda.

Koldo, que con cada palabra de Esteban fue siendo consciente de que había ya poco que pretender y nada que ocultar, fue relajando primero los hombros, luego el cuerpo y finalmente el rostro, exhibiendo una amplia y franca sonrisa.

—Y esa sonrisa —añadió Esteban, acompañándola con la suya propia.

La joven tomó por fin la palabra:

—Esmeralda, en su delirio, me llamó un par de veces Teodora. Es cierto que debemos de parecemos, aunque yo apenas la recuerdo. Murió siendo yo una niña.

Esteban hizo un gesto de asentimiento, animándola a seguir.

—Teodora fue la abuela más cariñosa y entregada del mundo. Y una absoluta desconocida al mismo tiempo. Ni siquiera mi padre logró saber gran cosa del pasado de su propia madre. Creíamos que había nacido en Cuba y que había emigrado a España de joven. Que lo del dedo había sido un triste accidente doméstico ocurrido durante su infancia. Sabíamos, eso sí, que había vivido en Madrid en un lugar del que nunca hablaba, aunque a veces recordaba con cariño. Su barco en el centro de Madrid, solía decir, el gran transatlántico de la capital. No supe a qué se refería hasta que tropecé con La Proa al instalarme en Madrid. Desde entonces me atrajo como un imán; paseaba alrededor de este lugar siempre que tenía ocasión y soñaba con conocerlo. Hasta que la más loca de las coincidencias me llevó a vivir en él. El caso es que tardé en atar cabos —prosiguió—. La visita de la supuesta Teodora me desconcertó, sobre todo, por su extraño

comportamiento y porque, como a mi abuela, le faltaba un dedo. Pero fue *El Caso*, curiosamente, el que me llevó a convencerme de que la protagonista de aquel suceso no era otra que mi abuela. Su manera nostálgica de habitar el mundo, su discreción, su pasado sin explicar, su elegancia natural… Todo encajaba. Mi espontánea visita era, por tanto, una intrusa en busca de algo.

Koldo guardó silencio, dando forma a una última reflexión que Estaban tuvo cuidado de no interrumpir.

—La curiosidad me trajo hasta aquí una y otra vez, o a lo mejor fue la propia casa quien me reclamaba, hasta que acabé recorriendo los mismos pasos que ella y tropecé, sin pretenderlo, con mi propia abuela.

Esteban se la quedó mirando, como si dudara de lo que estaba a punto de decir.

—Y con tu abuelo.

Koldo lo miró como si la obligaran a enfrentar una sospecha que aguardaba, en algún rincón, el momento de ocupar la realidad con la consistencia de la verdad. No sobrevino la sorpresa prevista, seguramente porque ya había habido demasiadas. Solo la impresión de que una última pieza ocupaba su lugar de manera natural. Y con ella, el abrumador peso de la nostalgia. Evocó aquella otra vida a la que estaba íntimamente ligada y que solo había podido rozar de forma fugaz; intuyó una afinidad apenas explorada; lamentó la ocasión perdida. Y la poseyó una media sonrisa por aquel ser de apetitos lejanos que, en cierto modo, le recordaban a los suyos.

—¿Estás seguro?

Esteban asintió.

—Totalmente. Don Gregorio veló por el bienestar de Teodora en su nueva vida en el norte, quiso asegurarse de que tenía la oportunidad que se merecía de volver a empezar. No hizo falta. Al poco de instalarse en Bilbao, apenas cuatro meses después, conoció a tu abuelo, quien la cortejó de forma incansable. Al poco se casaron y tu abuela dio a luz un niño sano y en perfecto estado, tu padre. Solo habían pasado siete meses desde que llegó a Bilbao. Es

evidente que a tu abuelo no le importó, y eso le honra.

—¿Crees que mi padre supo de quién era hijo realmente? ¿Y Pascual?

—Tu padre, tal vez. Pascual, sin duda. Tuvo buen cuidado de poner muy pocas conferencias a Madrid durante sus andanzas por el mundo, pero en una de ellas él mismo se lo confesó a don Gregorio. Tu abuela y él habían vuelto a verse en Bilbao; aquel fue su adiós definitivo antes de que él embarcara; también fue cuando ella le contó que estaba embarazada. Pascual le pidió a su padre que velara por ella y le hizo un único encargo. Si repasas las baldosas que hay dentro de la pila principal de tu fuente, encontrarás una con una curiosa inscripción en la parte de atrás.

—«Conservar algo que me ayude a recordarte sería admitir que te puedo olvidar».

—Veo que ya has tenido ocasión de tropezar con ella —asintió Esteban—. Fue uno de aquellos gestos de Pascual; su renuncia oficial a Teodora y al niño por el bien de todos, su conformidad con aquella separación definitiva. Tu abuela no solo seguía amándolo, sino que lo había perdonado, tal como le aseguró a don Gregorio, y estaba decidida a que escapara de la justicia. Por eso le hizo un regalo. Un pendiente con una piedra igual a la que ella misma había perdido, pero que él nunca tuvo intención de quedarse. El pendiente que completaba el juego.

—¿El del tesoro pirata?

Esteban se rio con esa risa juvenil y vigorosa que le sobrevenía a veces y que le hacía parecer cuarenta años menor.

—Esos pendientes se los regaló su propia abuela a Teodora cuando se fugó de Miami con Pascual, angelito; la suya en Cuba fue una familia de peso durante la época de Batista; no me extrañaría que los Galindo fueran quienes verdaderamente poseyeron uno de esos tesoros legendarios. El caso es que la abuela quiso asegurarle un futuro a su nieta si la aventura en España le salía mal y fue Teodora quien le pidió a Pascual que le hiciera un anillo con uno de ellos para tener presente a quien no dejó de velar por ella. Pero

nunca fue la sortija de pedida. El anillo con el que se comprometieron fue un fino hilo de platino destinado a durar para siempre, alojado en el mismo dedo, y en el que nadie reparó. Ese fue el anillo del que quiso desposeerla Pascual durante su loco arrebato y del que el supuesto Tristán ya nunca se separaría. Sin embargo, la joya que acaparó toda la atención y que yo tomé prestada para mi hermana es la que ahora llevas tú en el dedo; la otra mitad se la gastó Pascual para sufragar sus correrías por medio mundo cuando el imperio de don Gregorio comenzó a hacer aguas. Salta a la vista que Teodora no le sacó demasiado partido al regalo de su abuela, pero tampoco le hizo falta, en realidad. A tu familia le fue muy bien en Bilbao.

—Así que Pascual nunca encontró ningún tesoro.

Koldo sonrió con melancolía, más apenada por Pascual que por su propia decepción. Repasó mentalmente, con estupor, aquella charada de más de medio siglo poblada de identidades solapadas, celos infundados, errores impulsivos y tesoros inexistentes que separó para siempre a dos personas; una farsa a la que su abuela ni siquiera sobrevivió y durante la cual su abuelo tuvo que resignarse a ejercer de testigo mudo de su propia historia. Una tragedia griega a la altura de los edificios de La Proa.

—Una pena —resumió.

—Bueno, yo no diría tanto —le sonrió Esteban—. Mírate. Yo creo que al final Pascual sí que encontró su tesoro. Y fue gracias a tu abuela.

—¿Lo dices por mí? Un poco tarde, ¿no?

—O justo a tiempo.

Las golondrinas, que volaban ya casi a ras del patio, corearon con sus alaridos las últimas palabras de Esteban mientras Koldo se levantaba y lo besaba en la mejilla antes de irse. Había caído en la cuenta de que tenía algo que hacer en casa.

Cavilosa, observó el pequeño anfibio y, sin mayores ceremonias, subió las persianas, salió afuera y se dirigió a la toma de agua del fondo, cerrando la llave. El silencio que se apoderó del patio la pilló

desprevenida, como si el mundo hubiera enmudecido de repente. Se giró con cautela, prestando atención a lo que hasta entonces no le había sido posible percibir: zumbidos fugaces, un aire acondicionado, risas a lo lejos, el sonido de los platos que alguien fregaba. El sonido del presente, y quizá también del pasado, por fin audible. Se preguntó, mientras se acercaba a la fuente, desprendía la cera que cubría la abertura y devolvía la cuarta rana al lugar que le correspondía, por todo lo que no se había llegado a escuchar; los llantos y la desesperación, el pasar arrebatado de páginas, la bocanada de un cigarro consumiéndose con fruición. Y la fascinó, una vez más, la perseverancia con la que aquellas ranas obstinadas se habían entregado a su tarea a través de las décadas, cerrando filas en torno a todo lo ocurrido y sacrificando a una por el camino sin inmutarse. Las observó, quietas, liberadas por un instante de su misión, de repente confusas al saberse sin propósito. Koldo volvió sobre sus pasos y abrió la llave; el agua volvió a fluir y las ranas reanudaron su cometido eterno como si nunca hubieran parado; tan poco conmovidas de haber recuperado a su cuarta compañera como poco pesarosas estuvieron durante su ausencia.



LETICIA ECHÁVARRI (Estella, 1975). Es licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad de Navarra. Ha consolidado su trayectoria como periodista en medios de estilo de vida como Vogue España, donde desarrolló su labor profesional durante catorce años, siete de ellos como redactora jefe. En la actualidad es directora adjunta de ¡HOLA! Living, cabecera de cuyo equipo creador formó parte. *Ayer en mi patio* es su primera novela.